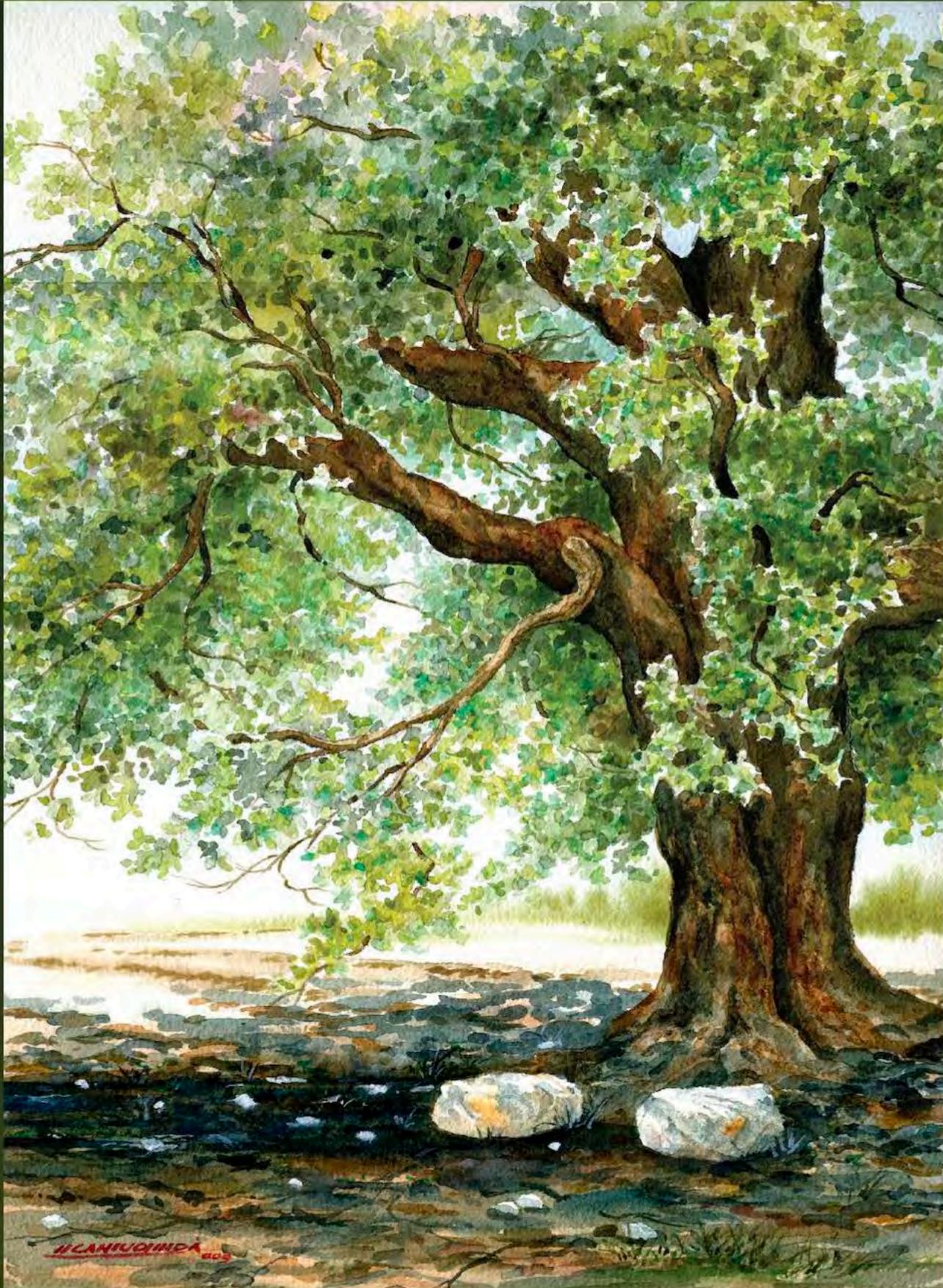


# Un filósofo pueblerino



*Hernando Castillo Guerra*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

# UN FILÓSOFO PUEBLERINO



*Ediciones de la Hacienda San Pedro*



# UN FILÓSOFO PUEBLERINO

*Hernando Castillo Guerra*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
MONTERREY, MÉXICO



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Jesús Áncer Rodríguez  
*Rector*

Rogelio Garza Rivera  
*Secretario General*

Rogelio Villarreal Elizondo  
*Secretario de Extensión y Cultura*

Celso José Garza Acuña  
*Director de Publicaciones*

José Reséndiz Balderas  
*Director del Centro de Información de Historia Regional  
Hacienda San Pedro "Celso Garza Guajardo"*

I.S.B.N.: Trámite

Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías  
Alfonso Reyes 400 norte, planta principal  
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440  
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095  
e-mail: publicaciones@seyc.uanl.mx  
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición: Septiembre de 2010  
© Universidad Autónoma de Nuevo León  
© Hernando Castillo Guerra

Impreso en Monterrey, México  
*Printed in Monterrey, Mexico*

# UN FILÓSOFO PUEBLERINO

*Imagen de portada y viñetas de Héctor Cantú Ojeda.*

## DEDICATORIA

A Pesquería Nuevo León, mí tierra natal...

(Esas secretas raíces, ese misterioso engranaje espiritual, ese magnetismo inescrutable, ese hilo invisible que une y ata fuertemente al hombre con la tierra donde nace).

*Hernando Castillo Guerra*



## PRESENTACIÓN

Un viejo maestro que me dio algunos elementos básicos de oratoria me dijo: nunca empieces una conferencia, alocución o discurso con una advertencia o aclaración, no te vaya a pasar lo que le sucedió a un político de pueblo que desde el kiosco de la plaza se dirigió a la muchedumbre que lo escuchaba y sin tomar en cuenta la crisis de credibilidad del pueblo hacia los políticos, comenzó su discurso diciendo:

Antes de empezar mi discurso quiero advertirles que yo no soy ningún «Demóstenes, ni mucho menos un Cicerón», y un borrachito que estaba bajo el kiosco le gritó: ¡Si has de ser, tal por cual, pero quieres hacernos tontejos!

Pues bien, violando el sabio consejo de mi viejo maestro, hoy voy a iniciar la presentación de esta modesta obra, con una explicación, que puede sonar más a excusa que a justificación.

Hace algunos meses, a sugestión del cronista de Pesquería, mi pueblo adorado, el Prof. Y Lic. Mario Elizondo, llevé personalmente al Sr. Presidente Municipal una dotación de los 2 libros que hasta entonces había escrito: El Destino de un Dios, en el marco de la Mitología Nahuatl, y Diálogos en el Panteón Liberal de México, sobre el Liberalismo Mexicano, con el fin de que los agre-

gara a la exigua Biblioteca Municipal y a la Escuela Secundaria.- Al hacerlo, el Alcalde los miró, medio hojeó uno de ellos y me dijo.- Pues bien, sí escribes muy bonito, pero de tu pueblo nunca te has acordado.- No Has escrito nada de Pesquería.- Ante esto, no me quedó nada que decir y solo le contesté: Lo voy a hacer y me salí como dicen allá; con la cola entre las patas, como perro regañado.

Después de aquello me puse a hurgar en mis recuerdos en busca de algún material que pudiera servirme de inspiración para escribir un ensayo o una novela relacionada con mi tierra natal; por el ámbito de la epopeya histórica no encontré nada o no investigué bien, pues aunque de niños encontramos al escarbar la tierra, o en los barrancos del río, algunos casquillos de 30-30 o de máuser, nunca quedó huella escrita del paso de los carrancistas y los villistas por aquel lugar, también encontrábamos puntas de flecha que según platicaban los viejos, eran de los indios que bajaban desde la Sierra de Picachos a robar gallinas y caballos y creo que alguna vez hasta niños, pero nunca nadie me aseguró nada en firme.- En el campo de la biografía no encontré ningún ícono, o personaje digno de una apología por encima del normal de los demás habitantes. Entonces un rayo de luz iluminó mi frente y apareció como bella visión la imagen desgarbada de mi tío «Lolo»; quien de alguna manera sobresalió un poco sobre los demás pesquerienses, no solo por su estatura, sino también por su agudeza mental, su nobleza, su generosidad y sobre todo por los hermosos cuentos que relataba magisterialmente de cosas que afirmaba habían sucedido allí; Tal vez algunos hayan sido ciertos, otros producto de su imaginación, pero

la verdad es que sus relatos poblaron de hermosas fantasías mis sueños infantiles.

De inmediato me dije ¡Ese es el tema, la personalidad de mi tío y sus relatos!- Así escribí esta novela, con la advertencia, de que no es mi género, preferido; yo me inclino mas por rescatar nuestras raíces históricas y culturales, pero con esta obra rindo el homenaje de mi recuerdo y mi gratitud a mi tierra natal y al hombre que tan importante fue para mí en la etapa que mas lo necesitaba.

Tenía yo 6 años de edad, y mi circunstancia personal era muy crítica.- Con un padre, hombre muy valioso en el campo de la educación y la cultura, pero siempre distante, y una madre propiamente heroica preocupada, con todo derecho, en rehacer su vida, yo me quedé un poco a la deriva y fue entonces que una abuelita mía ya muy anciana y residente en esta ciudad de Monterrey resolvió que me fuera a vivir al lado de mi tío abuelo Isidoro Guerra, que vivía en la que había sido en Pesquería, la casa paterna de la familia completamente solo, pues nunca quiso casarse.

Mi tío me recibió con gran regocijo, acaso con un poco de conmiseración, pero encantado de tener compañía con quien platicar y ¡Vamos que si le gustaba platicar!

A él le renació en el alma el hombre niño, que llevaba dentro y empezamos a vivir los dos una nueva vida.

¡Imagínense ustedes! el tremendo amarramiento espiritual que se dio entre un anciano lleno de soledades y un niño semi-abandonado.

Dormíamos en la misma cama, no había otra, yo al lado de la pared y mi tío en el otro lado, a veces él me divertía haciendo retruécanos con sus huesudas manos,

que con la contra-luz de la lámpara de petróleo morado permitían formar figuras grotescas en la pared a base de sombras e invariablemente me relataba un cuento o leyenda que me conducían poco a poco al mundo de los sueños.- Años después cuando ya de joven leí Las Mil y Una Noche entendí la capacidad narrativa de Sherezada que la ayudó a sobrevivir.

Todos los días me llevaba a la labor de los Nogales, también propiedad de la familia, encima de un viejo caballo que al caminar iba mirando fijamente al suelo, no se si para no tropezar, o porque ya estaba buscando donde descansar para siempre, o sea, que yo anduve en ancas del caballo y también de mi tío; ¡Qué días tan felices!

Una tarde mi tío cayó enfermo, batallaba para respirar; llegaron de Monterrey nuestros familiares, me obligaron a ir a dormir a casa de una vecina y al día siguiente me dijeron que había muerto y que en sus últimas palabras les recomendó que me cuidaran.- Yo no quise verlo, ni fui al panteón; me dirigí al río y sentado en una piedra lloré, y lloré.- Como lloran los niños, a sollozo abierto y con estrujantes estremecimientos.- ese llanto subyace todavía en mi pecho y anegó algunas páginas del manuscrito de esta novela.

La casa aquella fue cerrada por completo y a mi me trajeron a vivir a Monterrey con mi abuelita María Gallardo viuda de mi abuelo Jesús Guerra, hermano de mi tío «Lolo». A quien la recuerdo permanentemente con cariño profundo.

Esta fue la razón y el motivo fundamental de esta novela; en ella recogí algunos de los relatos que él me contó, pero principalmente el recuerdo de mis días infantiles a su lado, fue lo que más me inspiró para escribir esta

sencilla novela que nunca será una joya literaria, pero no todos estamos obligados a escribir un Quijote de la Mancha, un Hamlet ni una Divina Comedia, ¡Vaya! Ni siquiera un cien años de soledad de Garcia Márquez ó un Pedro Páramo de Juan Rulfo; Esas son muy altas cimas literarias, cumbres grandiosas de la novela, que fascinan, con razón, a quienes les gustan las alturas, pero yo pienso que no solamente hay belleza en las cumbres altas, también la hay en las laderas y en las tierras bajas, donde la belleza de los arroyos cantarines, los umbrosos bosques y los pájaros de 400 voces, «(cenzontles)es decir, también en las novelas de género chico, como podríamos llamar a la mía, sabrán encontrar alguna belleza los lectores que tengan vibraciones sentimentales en ese lugar oculto de nuestro ser que nos hace sentir que somos seres humanos y no bestias salvajes: En el alma.

GRACIAS.

*Lic. Hernando Castillo Guerra*  
*Julio de 2010*



## INTRODUCCIÓN

**E**sta novela es un modesto recurso para rendir homenaje a la tierra donde vi la luz primera de mi existencia, así como también a los personajes que con nombres simulados aparecen en ella. El principal protagonista, que inspiró esta narrativa, fue mi tío abuelo don Isidoro Guerra Lozano; mi tío «Lolo» que con sus fantasías pobló de mariposas mis ensueños infantiles.

Aludir a la tierra en que nacimos, es tratar de expresar lo que llevamos en el alma desde niños; grabado con cincelos de fuego y de añoranzas; el pueblo donde hemos nacido es algo más que una casa, un terreno, un espacio; referirse a él es asomarse al pasado en busca de nuestras raíces primigenias.

En el tiempo en que se desarrolla el contenido de esta novela, en mi querido pueblo, que he querido mencionarlo con nombre supuesto para no particularizar la narrativa, carecía de los progresos que proporciona la energía eléctrica; sus noches eran oscuras y tétricas, sin las diversiones que posteriormente nos han dado el radio y la televisión; era un pueblo aislado y ensimismado en su rutinario vivir, de tal suerte, que la única forma de transmitir pensamientos y sucesos era a través de la conversación y el diálogo. En un medio ambiente de esas caracte-

rísticas destacaba socialmente la persona que tuviera el don de la imaginación y de la buena conversación; es ahí donde mi tío «Lolo» se erigía como un ser privilegiado dados sus fabulosos dotes de gran conversador.

En las noches, señores de mucho respeto y algunos jóvenes se reunían en el kiosco de la plaza principal y comentaban los sucesos del día, pero todos esperaban las narrativas de mi tío «Lolo»; siempre adornadas con estremecedoras pinceladas de dramatismo y de ingenio. Yo recuerdo haber observado en los rostros de quienes lo escuchaban, expresiones de asombro, de embeleso, de perplejidad y hasta de espanto según el contenido de sus pláticas que frecuentemente propendían hacia el catastrofismo, porque a mí tío le gustaba dejar pasmados a sus oyentes-.

La dialéctica de mí tío basada en pragmatismos rotundos, resultaba aplastante e irrefutable para la gente de mi pueblo siempre propensa a dejarse llevar corriente abajo por el río de las rutinas. El tenía la habilidad de destacar hasta la exageración todos los sucesos que acaecían en aquel apacible vivir, tirando siempre hacia lo inescrutible o apocalíptico.

Mi niñez transcurrió en ese ambiente y los relatos de mi tío «Lolo» dejaron huellas imborrables en mí alma. A algunos de ellos he tratado de darles vida en esta novela. Nada de lo que aquí se narra es ficticio sólo los nombres de los personajes que por razones obvias quise soslayar su identidad por temor a que los hechos hayan sucedido en forma distinta a como los contaba mí tío, que en medio de su exaltada imaginación y su desmesurado afán protagónico, relataba algunos hechos como él hubiera querido que sucedieran, no como realmente sucedieron.

La personalidad de mi tío «Lolo» pendulaba entre los extremos de lo que llamaríamos un sabio natural, y un hombre socarrón y fantasioso.

Quien lea esta novela de carácter rusticano incursionará inevitablemente en la forma de vida que predominaba en el mundo rural de la región noreste del México y del Nuevo León de principios del siglo XX. Sus tradiciones, sus costumbres, su ancestral conformismo, pero podrá consignar a la vez, la transformación mental y cultural de sus pobladores, que en los años posteriores demostraron su dinamismo y su propensión hacia el progreso.



# UN FILÓSOFO PUEBLERINO



## UN FILÓSOFO PUEBLERINO

Dime, tío Astucio ¿Por qué te pusieron ese nombre tan extraño? ¡Cosas de mi padre! No sé donde escuchó o leyó que las virtudes fundamentales de un ser humano, que lo pueden conducir a la felicidad personal y a la admiración y respeto de sus semejantes eran: La valentía, fidelidad, generosidad y astucia. Con ese motivo a mi primer hermano le puso Valentín; al segundo, Fidel; al tercero, Generoso y a mí, si hubiera sido niña me hubiera puesto Astucia, pero como fui varón, me enjaretó este ridículo nombre de Astucio, con el que seguro estoy, jamás tendré un tocayo en todo el mundo.

¡Vaya nombrecito! lo peor es que muchos me llamen «Astacio», otros «Anastasio» y algunos de mala fe me dicen «Astrozo» pero, en fin, ¿qué puedo hacer? mi padre me heredó ese nombrecito; por cierto, eso fue todo lo que me heredó. Mas no lo digo como reproche, porque, antes que todo, él me dio la vida, me heredó un apellido limpio y respetable; me enseñó, de niño, a montar a caballo, a ordeñar las cabras, a cuidarme de las víboras de cascabel y a matarlas con el menor riesgo de mi parte; me acuerdo que cuando realizaba satisfactoriamente algunas de estas «hazañas», me decía: «Astucio tienes astucia», y soltaba la carcajada, mientras yo rechinaba de rabia los dientes. Aunque debo confesar que en el fondo me halagaba su reconocimiento, pero me comprometía con mi propia reflexión de que un hombre, con ese nombre, no podía carecer, al menos, de la más elemental astucia. Esa reflexión me obligaba a tratar de comprender el sentido práctico de la vida, porque mi padre me decía en

sus concepciones filosóficas, a las que era muy afecto por cierto; que el más grande elogio personal que halagó su alma fue cuando alguien expresó en un discurso con motivo de la celebración de su onomástico, que él era el filósofo del pueblo y acaso, el de toda la región.

Él afirmaba que la astucia no era otra cosa que la hábil y eficiente aplicación del conocimiento de la vida a la realización de cosas prácticas, por medio de la cual el hombre astuto superaba todas las adversidades, y se situaba por encima de los demás hombres del círculo social que constituían su cercano mundo, mediante acciones rápidas, inteligentes, directas o sesgadas, según el caso, pero con muy clara visión del objetivo.

Si lo logras –me decía– serás un hombre astuto y harás honor a tu nombre. Para ello, tienes que aprender muchos secretos de la vida, de los hombres, de los animales, de la naturaleza y de su permanente tendencia equilibrante, y hasta de las cosas que consideramos «inanimadas». Un hombre, para ser verdaderamente astuto, tiene que ser sabio, pero no de éstos que pretenden descubrir todos los misterios del universo.

No; un sabio de las cosas sencillas, pero prácticas, de esas que sirven para vivir mejor, con menor fatiga y con mayor placidez. ¡Vaya! –decía– golpeando fuertemente una mano con la otra, en actitud de darle mayor firmeza a sus apreciaciones. Un hombre astuto debe aprender a hablar hasta con los animales para entenderlos mejor y establecer con ellos una más estrecha relación mutua de apoyo y comprensión. Y si es posible -decía aumentando el tono de su voz- un hombre astuto debe saber hablar hasta con las cosas de la naturaleza. Yo conozco –decía– mujeres que hablan con las flores de su jardín y afirman

que, al hacerlo, se obtienen impresionantes resultados, pues el amor y el cuidado que se les da, lo corresponden con la belleza de sus policromías.

No te imaginas –me decía– la gran sabiduría que tienen los animales, y que los humanos creemos estúpidamente que se trata solamente de instinto; ellos han evolucionado durante millones de años siempre en absoluta armonía con la naturaleza, se han hecho sabios observándola, respetándola y dejándose llevar por sus eternas leyes; quiero decirte con esto que quien llegue a comprender a fondo el comportamiento animal, habrá acumulado una sabiduría que la inmensa mayoría de los humanos desconocemos.

-Con todo respeto, tío Astucio, yo pienso que estás exagerando; para mí, los animales se conducen en la vida en base a los instintos que han desarrollado a través de los siglos; conforme a la evolución de cada especie, y en mi opinión eso no es sabiduría, sino condicionamientos naturales.

-No niego, querido sobrino, que hay en el comportamiento animal una gran dosis de instinto que los ayuda elementalmente a sobrevivir, a reproducirse y a vivir en compañía de otros animales generalmente de la misma especie, pero esos instintos elementales también los tenemos los humanos y los llamamos instinto de conservación, de reproducción, y al impulso de vivir en sociedad con nuestra misma especie, le llamamos instinto gregario; pero así como la sabiduría humana va más allá de sus instintos, los animales también desarrollan una sabiduría propia por encima de sus instintos naturales; por otra parte, no te olvides que los humanos pertenecemos al género animal y que somos una especie de ese género.

-Me parece, tío Astucio, que en esta plática has adoptado una actitud prosopopéyica.

-¡Ah caray! y eso ¿qué significa?

-Prosopopéyico es una palabra que aprendí en un diccionario y significa la tendencia a atribuir a los animales o a las cosas, cualidades o acciones propias de los seres humanos.

-Pues entonces, yo soy muy Prosopo... eso que tú dijiste; porque yo creo que los animales piensan, aman, odian, sufren dolores, tienen temores, tienen alegrías y a veces demuestran ira; te aseguro que en algunas ocasiones los he visto actuar con un comportamiento que evidentemente entraña un juicio de razón pero, dejemos esto; la vida misma te enseñará lo que ahora no comprendes.

-Aquí quiero hacer una digresión –sobrino querido– para aclararte que mi padre leía muchos libros que un viejo maestro rural, muy culto, le había dejado al morir como afectuosa correspondencia a una gran amistad que había surgido entre ellos, producto de muchas horas de prolongadas pláticas y divagaciones que la mayoría de las tardes disfrutaban sentados en uno de los muros de la represa que derivaba las aguas del río por dos acequias laterales que servían para favorecer a las tierras labrantías.

-En esas pláticas mi padre aprendió algunas «palabrejas» como él las llamaba- que frecuentemente repetía para impresionar a los lugareños que gustaban de escuchar sus comentarios.

Entre los libros que heredó del viejo maestro, había uno de poesías que a nadie más le permitía leer; tenía para ese libro escondites especiales que sólo él conocía y siempre lo leía a solas en algún lugar apartado: a la orilla del arroyo, de la acequia o del río, frecuentemente bajo un árbol frondoso, y a veces hasta en la azotea de la casa. De tanto leer poesías le surgió un ferviente encanto por las bellezas de la naturaleza, particularmente por las flores y los pájaros. Decía que las flores eran bellas policromías que nos regalaba la naturaleza; que las mariposas eran flores con alas, que las estrellas eran flores del cielo, y a veces hasta hacía rotundas disquisiciones, sobre las que no permitía que nadie discrepara, pues su solo planteamiento lo impedían. Por ejemplo, hacía cuestionamientos que llevaban implícitas respuestas irrefutables: ¿Para qué existen las flores, si no es para embellecer la tierra? ¿Para qué existen las mariposas si no es para embellecer el aire? ¿Para qué existen los pájaros si no es para embellecer con sus trinos las sinfonías de la naturaleza? ¿Para qué existen las estrellas, sino es para embellecer la noche? Entonces, -decía- tomando una actitud de grave solemnidad: todo lo que existe, obedece a un plan divino de embellecer la vida. Por eso, hijo mío, -me decía- nada debe hacerse para atentar contra ese maravilloso objetivo. Ni nadie tiene derecho a hacerlo.

-Hasta aquí llega mi necesaria digresión que tuvo por objeto explicarte cómo era mi padre.

-¡Caray! Tío Astucio, por lo que me dices, tu padre era algo así como un sabio, o un filósofo pueblerino.

-El decía que era un autodidacta.

De él aprendí cosas hermosas, bellos conceptos y valiosos preceptos; yo también leí y releí todos los libros

que le dejó el viejo maestro de quien te hablé y de quien más adelante te contaré una anécdota de su vida y de su extraña llegada a este pueblo, para que puedas comprender por qué un hombre de tan amplia cultura y sensibilidad poco común en nuestro medio, haya preferido este modesto pueblo para venir a vivir aquí el resto de su vida.

A falta de otras distracciones, que en mi querido pueblo no existían y por una inexplicable pasión por la lectura, seguramente heredada de mi padre, dediqué la mayor parte de mi tiempo a leer detenidamente todos los libros de aquel viejo maestro; de día, con la luz del sol, bajo la fresca sombra del frondoso nogal que cubría gran parte del patio de mi casa. En las noches, alumbrado apenas por la débil luz de una antigua lámpara de petróleo persistía en mis lecturas hasta muy altas horas de la noche, y en ocasiones, hasta muy cercanas de la aurora. Esas lecturas llegaron a convertirse en una adicción, pero me salvaron del tedio pueblerino que tenía sometidos a los lorentenses; los sábados y domingos los dedicaba exclusivamente a leer un diccionario de la lengua española que en su parte final contenía las principales reglas gramaticales que le dan vida y expresión al idioma castellano. En fin, los libros me instruyeron; ellos fueron mis maestros; la vida me formó y la naturaleza fue el laboratorio maravilloso de mis experiencias.

Además, yo también como mi padre, aprendí algunas «palabrejas» que en mi pueblo nadie entiende, por cuya razón me consideran un hombre sabio, lo cual no es un defecto de apreciación privativo de mis coterráneos, pues se sabe que en los más altos círculos culturales cuando alguien dicta una conferencia que nadie entiende, califican al conferenciante como un sabio, por temor a ser juz-

gados de ignorantes si admiten que no le entendieron.

El gran defecto de mi padre, que hasta ahora comprendo, era su tendencia a tratar de desacreditar las grandes teorías científicas o filosóficas sustentadas por los grandes sabios de todos los tiempos y aceptadas por la cultura universal como bases incommovibles del saber humano, y se atrevía a elaborar sus propias teorías solamente fundadas en su sentido común, en sus experiencias elementales y en sus apreciaciones instintivas, convirtiendo hasta los más intrincados teoremas en proposiciones de una simpleza tal, que cualquier persona, por ignorante que fuera podría comprenderlas, por ejemplo decía que Newton, había sido el primer hortelano que sembró manzanas y que un día que se quedó dormido debajo de uno de esos árboles, le cayó una manzana en la cabeza y agregaba: eso a cualquiera le pudo pasar. También decía: que antes que Einstein, su compadre Pedro «El Cojo» había inventado La Ley de la Relatividad, porque siempre hablaba con relativismos, cuando le preguntaban ¿Cómo está tu esposa? Contestaba: ¿comparándola con quien? Y afianzaba su teoría en otros ejemplos: Todas las subidas son también bajadas -decía- depende de donde vengas, o todo está a la izquierda o a la derecha, según donde estés parado y hasta tu propia sombra cambia según la posición del sol; ya ves -me dijo un día ese pobre hombre que vende agua limonada en un carrito, si estuviera en el desierto, con esa garrafa sería sumamente rico; porque allí el agua tiene un gran valor sobre todo si es de limón. Con esto mi compadre Pedro, el cojo, nos trataba de demostrar que todo era relativo.

Afirmaba también, que Galileo Galilei aseguraba que la tierra se movía, no porque lo hubiera comprobado cien-

tíficamente, sino porque había logrado sobrevivir en un tremendo terremoto, donde la tierra tuvo movimientos oscilatorios y trepidatorios, a tal grado que derrumbó todo tipo de construcciones y por eso él sabía lo que decía cuando exclamó en el tormento de la Inquisición: «Y sin embargo se mueve».

En una ocasión llegaron al pueblo un grupo de maestros de la Secretaría de Educación Pública de la Nación. Hombres de gran cultura y de un talento poco común, que acudían a los poblados rurales para llevar a cabo los ambiciosos planes de un programa nacional educativo conocido con el nombre de: Misiones Culturales que tenían como objetivo principal enriquecer la educación básica en el área rural. A manera de bienvenida el Alcalde del pueblo les ofreció un banquete, al que solamente fueron invitados unos cuantos personajes representativos de aquel vernáculo poblado; entre ellos se encontraba mi padre, que no hallaba la manera de expresar lo halagüeño de aquella invitación.

Ya sentados a la mesa, el señor Alcalde, quien, por supuesto, la presidía, dirigió a los invitados unas breves palabras ofreciendo el banquete, así como su incondicional apoyo a su importante cometido. Inmediatamente después se sirvió la comida a base de diversos platillos regionales, entre ellos, la imprescindible barbacoa de pozo, el cortadillo, el arroz con pollo y los frijoles de la olla. El Director de la Misión Cultural abrió los diálogos y convocó a los presentes a conversaciones libres, sin ningún protocolo, y fue entonces cuando el Alcalde, tal vez con el fin de revestir de alguna importancia a sus invitados especiales, expresó con cierto tono de jactancia: Señor Director, aquí donde nos ve, no somos un pueblo tan

atrasado, pues contamos con un filósofo completo, y al decirlo señaló a mi padre. El Director de la Misión evidentemente intrigado se dirigió a mi padre y le preguntó: Perdone, ¿Cuál es su nombre? ISIDORO GUERRA LOZANO, contestó: ¿y de verdad es usted el filósofo de estos rumbos? Y mi padre sin dejar de arremeter contra la barbacoa, fingiendo una modestia que no le era muy propia, contestó: ¡bueno, no tanto como se dice; pero le hacemos la lucha! El Director insistió: ¿Podría darnos en este momento una demostración de sus conocimientos filosóficos? Y mi padre contestó: no comprendo bien lo que me pide, pero si me lo aclara y el señor Alcalde me lo permite, con todo gusto atenderé su petición. Me sentiría muy satisfecho -dijo el Director- si en este momento nos hiciera una definición, lo más simple posible, de un concepto filosófico; por ejemplo: ¿Cómo definiría usted la «Nada». Es decir ¿qué es la nada?

Todos los maestros presentes percibieron lo tendencioso de la pregunta, porque aparte de referirse a un concepto indefinible, resultaba impropio e inoportuno su planteamiento, porque no era digno de gente educada humillar culturalmente a un lugareño, considerando que precisamente el objeto de la Misión era llevar la cultura a los lugares provincianos, no hacerles patente su ignorancia o su incultura pueblerina. Mi padre palideció momentáneamente, recorrió con su mirada los rostros de cada uno de los comensales, seguramente haciendo tiempo para pensar; bajó un momento la vista, oprimió el taco de barbacoa que sostenía en su mano izquierda, luego levantó su cabeza en un desplante de certidumbre y mirando fijamente al Director de la Misión le respondió «La Nada», señor Director, es como por ejemplo: un taco

de barbacoa, sin barbacoa por dentro, ni tortilla por fuera, ¿Qué le queda? ¿Verdad que no le queda nada?

Una sonora carcajada y varios aplausos provocó entre los presentes la respuesta de mi padre; el Alcalde y los invitados vecinos del pueblo aplaudían entusiasmados la forma en que mi padre había solventado la pregunta del Director de la Misión, pues en su rústica apreciación consideraban lógica su respuesta. Los maestros de la Misión aplaudían la agudeza de la respuesta y la consideraban una clara lección de simpleza y de objetividad. El Director de la Misión aplaudía también, más por solidaridad con sus compañeros, que por sincero entusiasmo, pues no podía evitar sentirse un tanto abochornado porque la respuesta de mi padre lo dejaba mal parado en muchos aspectos.

-Dígame tío Astucio- ¿por qué este pueblo se llama Loreto?

-Porque es el nombre de la santa patrona del pueblo: La Virgen de Loreto; y así se llama también la iglesia, en donde tiene su nicho en un lugar prominente. Ése era también el nombre de mi madre.

-Y usted tío ¿Nunca salió de Loreto?

-Sí; una sola vez fui a la gran ciudad, pero pronto regresé horrorizado; esa pobre gente perdió los dones de la naturaleza y vendió su alma al diablo del progreso que sólo es indolencia y vanidad.

-Y ¿Qué es lo que lo ha retenido en este pequeño pueblo? donde la gente parece muy tranquila y apacible en apariencia, pues en realidad me da la impresión que han caído en la más negativa resignación que los abisma en un triste y menguado conformismo, de tal suerte que la vida aquí transcurre eternamente sin que ningún suceso

de importancia rompa el cotidiano hastío. Yo pienso que en este aburrido y atrofiado pueblo nunca ha pasado nada impresionante de verdad, a no ser las consabidas, exageradas y fantasiosas historias de aparecidos o de la existencia de una descomunal víbora capaz de comerse a un hombre, que nadie atestigua pero que todos comentan como cierto. O de los tesoros enterrados, que nadie encuentra, o de cuando los indios salvajes bajaban al pueblo en épocas pasadas y se robaban caballos, gallinas y hasta niños. Cuando se cuentan esa clase de historias, el que las narra sabe que está exagerando y los que escuchan también lo saben, pero como en este anquilosado pueblo nunca pasa nada, a todo se le da credibilidad aunque saben que son mentiras, pero que en el fondo les hubiera gustado que aquello fuera cierto. O bien, dígame tío Astucio ¿alguna vez ha sucedido en este pueblo algo digno de contarse, pero que no sea de muertos aparecidos, ni de víboras, ni de tesoros enterrados, ni de ataques de indios? ¡ah! Tampoco del grito de la llorona en época de lluvias, o de la bruja del pueblo, una tal doña Braulia, que convertía en animales a la gente que la ofendía.

-Me temo- incrédulo sobrino que tus apreciaciones ofenden la inteligencia y el buen crédito de la gente de Loreto; es cierto, somos muy fantasiosos, frecuentemente narramos algunos hechos no como sucedieron, sino como quisiéramos que hubieran sucedido; sí, somos fantasiosos y ¿cómo no serlo en un pueblo oscuro, sin luz eléctrica, sin distracciones, sin radio, sin teatro, sin televisión? Eso da pie a que las narraciones de la gente que se reúne en grupos en la plaza principal, que es el único lugar de reunión, tiendan a sustituir esa falta de

divagaciones, exagerando o maquillando los sucesos para hacerlos más impresionantes, pues es de sobra sabido que el alma de los seres humanos, sobre todo las más sencillas, gustan de los hechos conmovedores o estrujantes, acaso para poner a prueba su capacidad de asombro y su entereza, por si tuvieran que enfrentar en la realidad alguno de los sucesos que se comentan. Ahora bien, tampoco es cierto que en Loreto nunca haya sucedido nada verdaderamente impresionante. En lo que te voy a contar no hay exageración, ni fantasía, sino hechos que conmovieron hasta en sus raíces a los habitantes de este pueblo. -Y al decir esto mi tío adoptó una actitud ceremonial y su voz adquirió la austera tonalidad propia de exequias o de un sermón religioso.- Lo primero que te voy a contar es un suceso relativo a un oso inmenso que inquietó la vida de nuestra comunidad.

## EL OSO

Una vez, hace muchos años, desapareció inexplicablemente Berenice, una de las muchachas más hermosas de Loreto, muchos decían que era la mujer más bella que vivió por estos entornos. Como no tenía novio, aunque sí muchos pretendientes, nadie se explicaba lo que pudo haber pasado -digo esto porque lo más común en la desaparición de alguna muchacha casadera, correspondía a una huída con el novio para casarse, sobre todo cuando los padres de la chica no otorgaban su consentimiento para el casorio.- Cualquier motivo de ese tipo quedaba descartado en el caso de Berenice ya que todo mundo conocía su forma de ser, más bien tímida e introvertida,

cuyas únicas salidas de su hogar, que en todo sentido eran respetables y a la luz pública, eran para asistir a la iglesia del lugar, consagrada, como ya te dije, a la Santísima Virgen de Loreto, a donde acudía todas las tardes a cumplir con la doctrina como una buena cristiana; al rosario por las noches y a la rigurosa misa de los domingos por la mañana. Sus piadosas devociones y sus generosas acciones cristianas, le habían ganado la notoria simpatía del joven sacerdote del lugar, de tal suerte, que Berenice era la joven preferida por el cura para cualquier festividad de la iglesia, particularmente en las solemnidades en que se acostumbraba personificar a la Virgen de Loreto; y fueron tantas las veces en las que Berenice ostentó los atuendos de la virgen, que la gente al verla tan bella y vestida con los mantos de la imagen venerada, llegaron a identificarla tanto con ella, que al pasar, los hombres y las mujeres no solo saludaban cumplidamente a la señorita Berenice, sino había en su actitud un ingrediente solemne de veneración. Todo esto sucedía ante la complacencia del joven párroco y la aquiescencia de los padres de Bere, que se sentían altamente honrados con tan hermosa distinción que el pueblo dispensaba a su bella y honesta hija.

Ante aquel gran enigma de la desaparición de la bella Berenice, era importante considerar lo que antes he narrado para tratar de encontrar alguna explicación a su extraña desaparición. Se bordaron, sobre el caso, miles de conjeturas, pero al no encontrarse ninguna explicación lógica, se empezó a transitar en lo fantástico, sobre todo cuando alguien de buena fe conjeturó que a lo mejor la Virgen de Loreto se la habría llevado para integrarla a su corte celestial.

Los más prácticos afirmaban simplemente que ella no podía haberse ido por su voluntad, porque Bere no tenía esos alcances, pues era muy apegada al hogar de sus padres; entonces, alguien lanzó una frase que a las mentes simples les pareció aplastante; «Si no se fue por su voluntad, alguien se la llevó». Y aquella frase por simplista y perogrullada que ahora nos parezca, dio por concluidas todas las demás especulaciones, sólo faltaba saber ¿quién se la había llevado? Descartada por completo la posibilidad de que hubiera sido la virgen, conjetura que el señor cura desde el púlpito se encargó firmemente de negar, diciendo enfáticamente que las vírgenes no se llevan muchachas, la gente buscó motivos más mundanos para explicar el suceso, pero pronto la situación se hizo más inexplicable, pues no faltaba ningún hombre del pueblo, ni de sus alrededores, ni se sabía que algún hombre extraño hubiera rondado por allí en esos días.

Los padres de la chica estaban inconsolables porque conocían la mentalidad y los hábitos de su hija; sabían que nunca se alejaban de la casa más allá de los límites de la iglesia, o de la plaza frente al templo, sólo en el verano, en los días calurosos, se acompañaba con un grupo de muchachas de su edad e iban hasta el río, que tampoco está lejos, pues pasa a trescientos metros al sur de la plaza principal del pueblo. Allí en el río las jóvenes se divertían metiendo las piernas en el agua, sentadas en la orilla y chapoteaban fuertemente salpicándose las unas a las otras -a veces la diversión incluía lanzar piedras lajas al río y «patitos» que el golpe sesgado de las piedras levantaban en el agua.



-Ninguna muchacha se atrevía a bañarse en el río en ese tiempo, eso hubiera sido muy criticado; a veces se resbalaban y caían en el agua con todo y ropa, pero eso era otra cosa.

El comandante de la policía local no estaba preparado para afrontar casos difíciles que significaran acopio de pistas, móviles y conclusiones para abrir varias líneas de investigación, pues su rutina como comandante local se concretaba a pleitos de borrachera o conflictos menores de barandilla.

Aquella misteriosa desaparición era demasiado para él; solicitó ayuda a las autoridades superiores del gobierno estatal y le contestaron categóricamente que aquél era un asunto estrictamente local, que por tanto, le correspondía a él solucionar.

Al quinto día de tan misteriosa desaparición, por fin apareció un indicio que conmocionó al pueblo entero. Unos niños habían encontrado un zapato de Berenice en la entrada de la cueva conocida como «la gruta del oso» , llamada así porque muchos loretenses afirmaban que allí tenía su madriguera un inmenso oso negro que hacía algunos años se había escapado de un circo que pasó por la carretera cercana; debido a que la carreta -jaula que lo conducía- quedó destruida por completo al volcarse accidentalmente; el oso al sentirse libre corrió desenfrenadamente hacia la sierra mas cercana, que precisamente bordea, por el Norte, el pueblo de Loreto. El Oso fue buscado arduamente varias semanas, sin ningún resultado; por lo que se abandonó su persecución. Algunos lugareños afirmaban que el oso se había escondido en aquella cueva, que según ellos era tan extensa que nunca se había podido explorar por completo. Los

indios que antes habitaban esa región contaban que la caverna se prolongaba a lo largo de toda la sierra y no se sabía si tenía salida por el otro lado.

El dueño del circo consideró aquello como una pérdida irreparable, pues afirmaba que el animal tenía, lo que pudiera llamarse, con las reservas del caso, una especie de inteligencia natural fuera de lo común; y que su comportamiento, pero sobre todo su mirada, era tan reveladora del estado de sus emociones, que al observarlo de cerca, se tenía la extraña sensación de estar frente a un ser humano. El oso convivía mejor con la gente que con los otros animales del circo, los cuales lo respetaban y le temían, porque, no obstante, su docilidad ante sus domadores, en varias ocasiones había demostrado, su formidable fuerza y su terrible ferocidad, cuando era agredido o molestado.

El zapato de Berenice encontrado en la boca de la caverna del oso inquietó profundamente a la población Lorentense, así como a los poblados aledaños, inquietud que se agravó en la misa parroquial del domingo, cuando el sacerdote desde el púlpito comentó que en diversos lugares del país existían versiones ó leyendas de osos que se habían robado muchachas, no con el fin, de devorarlas, sino por algún impulso inconsciente de su instinto sexual animal. El sacerdote pensó que aquello tranquilizaría a los padres de la muchacha y en general a toda la feligresía, porque aquel comentario entrañaba una esperanza de que Berenice siguiera con vida, pero las palabras «instinto sexual animal» causaron un gran desasosiego y dieron lugar a múltiples conjeturas que escandalizaron principalmente a las mujeres del pueblo, que por su hermética pudibundez hacían comentarios de sosla-

yo, en voz baja, con fingida discreción, sobre lo que podía estarle pasando a la «pobrecita de Berenice» en poder de aquel oso lujurioso.

Percibiendo el sacerdote la conmoción de la gente, al terminar la misa del domingo, desde el atrio de la iglesia convocó a los lugareños a formar varios grupos no menores de 10 hombres, debidamente armados e implementados adecuadamente para adentrarse en la gruta del oso en busca de Berenice y matar al animal; el plan que había concebido el sacerdote consistía en que el primer grupo de 10 hombres penetrara de inmediato en la caverna con escopetas y rifles de alto poder, alumbrados con antorchas, hachones y baterías de mano y de ser posible; con algunas lámparas de carburo, distribuyéndose en su interior de tal manera que fuera peinándose por completo toda la caverna, en la inteligencia de que al día siguiente serían relevados por un segundo grupo y así sucesivamente hasta encontrar a la muchacha. Como el sacerdote parecía ser el principal promotor de las acciones se encargó de comandar la primera brigada; el segundo grupo estaría al mando de Don Ricardo García, padre de Berenice y el tercero, que se suponía tendría que avanzar hasta lo más profundo de la caverna sería jefaturado por el comisario de policía.

Las mujeres rezaban en la boca de la cueva pidiendo la ayuda divina para que los hombres que penetraban en ella en tan peligrosa búsqueda salieran con bien junto con Berenice.

El primer grupo que se internó con el sacerdote a la cabeza; al salir de la cueva al día siguiente; para ser relevado por el segundo grupo, mostró a la multitud que afuera esperaba alguna noticia, un vestigio más, que re-

velaba que la muchacha perdida se encontraba indudablemente dentro de la caverna, pues el sacerdote había encontrado un arete de Berenice en un lugar inmediato a un venero de agua dulce que brotaba en el interior de la cueva formando un pequeño arroyuelo.

La mamá de Berenice, doña Amalia, con fuertes sollozos recibió aquel arete que era de su hija; de inmediato, el sacerdote intentó consolarla diciéndole que en ningún lugar habían encontrado manchas de sangre, ni rastro de violencia, ni ropas desgarradas; lo que significaba un fuerte indicio de que la joven seguía con vida.

El segundo grupo, comandado por el padre de la muchacha se internó a las 5 de la tarde del día siguiente con mayores provisiones que el primero, por que su internamiento tendría que ser más profundo. Veinticuatro horas después salieron de la cueva con demostraciones de gran fatiga y lo único que dijo al salir Don Ricardo, con tono apesadumbrado fue: «No encontramos nada».

Algunos de ellos comentaron a sus familiares que creyeron haber escuchado algunos gruñidos que parecían de oso, pero que no estaban seguros de eso por que no todos los integrantes del grupo los habían escuchado.

El comandante de policía queriendo demostrar una gran perspicacia policiaca antes de entrar al frente del tercer grupo a la caverna habló con el sacerdote y con Don Ricardo García y les dijo que si habían encontrado un venero interior que se convertía en arroyuelo, esa agua debería salir por alguna parte y consideraba que siguiendo el curso de ese arroyo tal vez podrían encontrar otra salida de la cueva en algún lado de la sierra, lo cual estimaba muy importante determinar, porque si había otra salida era posible que el oso y Berenice ya no estuvieran

en la caverna, no obstante que los indios, que en alguna ocasión habitaron por esos rumbos, aseguraban que nunca habían encontrado otra salida.

El razonamiento del comandante de policía no carecía de lógica, por lo que el tercer grupo explorador se preparó para permanecer en el interior de la cueva todo el tiempo necesario hasta encontrar la salida del agua siguiendo el curso del arroyo; entre ellos iba un joven, ya no muy joven, conocido en el pueblo por el apodo de la «JACHA» de quien nadie sabía su nombre y apellido porque todo mundo le hablaba por su apodo. Se decía que ese sobre-nombre se lo había impuesto su propio padre desde que era un niño; según decían, porque era un muchacho muy locuaz, su padre comentaba que parecía una chachalaca porque nunca dejaba de estar diciendo cosas que la mayoría de las veces carecían de sentido, solamente por el gusto de parlotear. En su adolescencia la «JACHA» tuvo muchos problemas con sus maestros porque solía siempre decir las verdades, sin tapujos y sin temor a las consecuencias. Ya en plena juventud adquirió el vicio de la bebida, y si sobrio era claridoso, borracho resultaba deslenguado e inverecundo, pero nadie podría tildarlo de falaz ó de calumnioso; en una palabra como dice el viejo refrán, le llamaba pan al pan y vino al vino. Esa actitud de abierta franqueza, le había ganado muchas antipatías, pero también algunas admiraciones. Además, se jactaba de ser un poeta-cantor.

El comandante de policía conociendo bien la tendencia de la «JACHA» lo aceptó dentro de su grupo con la condición de que no fuera verborreando dentro de la caverna porque debían ir muy en silencio para estar en posibilidades de escuchar algún grito o cualquier ruido re-

velador; la «JACHA» prometió portarse bien y junto con los demás se introdujo en la cueva, en la misión más importante de la búsqueda porque el propósito de ese grupo era explorar la parte más profunda de la gruta, más allá de donde habían llegado los grupos anteriores; con la idea de que el oso, al sentir la presencia de tanta gente seguramente buscó refugiarse en el fondo de la caverna, lo que significaba que si aquella cueva no tenía otra salida; inevitablemente ese grupo tendría que encontrarlo; enfrentarse a él y conocer lo que había sucedido con la muchacha.

Siguiendo el curso del arroyuelo el grupo caminó varios kilómetros sin ningún resultado, ni siquiera rastros esperanzadores, al grado de que empezó a cundir la pesimista idea de que aquella gruta no tenía fin; solamente la entereza y la capacidad de mando del comandante del grupo lograron conservar la unidad y el empeño de seguir adelante.

Cuando ya empezaban a aparecer en los rastreadores signos de claustrofobia y de histerismo la «JACHA» a gritos les dijo una verdad que les pareció a todos razonable y les dio nuevos bríos para continuar la búsqueda. ¡Compañeros, no pierdan la cabeza, si no estuviéramos cerca de una entrada de aire ya nos hubiéramos muerto asfixiados, y la verdad es que no nos está faltando el oxígeno! En efecto, aproximadamente dos kilómetros después de la razonable intervención de la «JACHA», en un recodo de la gruta, donde la corriente del arroyo adquiría mayor rapidez, apareció ante el júbilo de todos una gran claridad que procedía de una cavidad de una altura aproximada de tres metros, por donde el agua se precipitaba formando una cascada de no muy considerable caudal,

ni de gran altura, pero que desmentía la versión de los indios que habían habitado esa comarca por varios siglos, en el sentido de que aquella gruta no tenía salida.

Después de la explicable algarabía de los rastreadores, siguió un extraño silencio de reflexión porque la búsqueda de Berenice, que era el principal objetivo, había fracasado: ¿Qué fue lo que pasó? Y sumidos en esas reflexiones estaban cuando Arturo, uno de los más jóvenes del grupo, al estar tomando agua en el arroyito observó, que ya cerca de la cascada, en el fondo del agua, había un objeto atorado entre unas piedras, se metió al arroyo y al sacarlo gritó con estridente voz: ¡Miren lo que encontré, es un zapato de mujer! Todo el grupo se acercó frenético a mirar el objeto encontrado por Arturo, lo tomó en sus manos el comandante de policía y dijo con sentenciosa voz: ¡Es el otro zapato de Berenice! Todos se quedaron impávidos; y comenzaron a flotar en el ambiente varias conjeturas que al final se redujeron a sólo dos posibilidades: o el zapato fue arrastrado por el arroyo desde aguas arriba y se había atorado antes de caer por la cascada, o el oso, al verse perseguido, había sacado a la muchacha por esa otra salida y con seguridad allí había perdido Berenice el zapato que le quedaba.

Buscaron huellas del oso y de los pies desnudos de la muchacha en la salida de la cueva, pero no encontraron ninguna, tal vez porque en ese lugar predominaba el terreno pedregoso y las peñas lajas.

Portando el zapato de Berenice como único resultado de la búsqueda, el grupo de rastreadores volvió al pueblo no por el mismo túnel de la caverna sino bordeando la sierra, siguiendo veredas hechas por las cabras. Tardaron casi medio día en llegar a las orillas del pueblo, donde ya

los esperaba una multitud expectante, ansiosa de escuchar las noticias de ese último grupo rastreador, pareciéndoles inexplicable que llegaran por un rumbo distinto al que conducía a la entrada de la cueva.

El Presidente Municipal les pidió a los rastreadores que no dieran ninguna explicación hasta que lo hicieran en el salón del cabildo, a un lado del Palacio Municipal, donde la gente debería concentrarse para escuchar el informe correspondiente.

Ante la presencia de la mayoría de los habitantes del pueblo, así como de las autoridades, del director de la escuela y del joven sacerdote de la Iglesia de Loreto, el comandante de policía, que como ya hemos dicho, jefaturaba ese grupo, hizo uso de la palabra y con tono de gravedad que más bien parecía un sermón litúrgico o de una oración fúnebre expresó: quiero primeramente hacer un reconocimiento muy cumplido a los integrantes del grupo rastreador que estuvo conmigo varios días en esa oscura y profunda caverna, que ahora sabemos atraviesa a lo largo la sierra barretosa que bordea por el Norte nuestro pueblo; doy testimonio oficial de la entrega, esfuerzo y penalidades que arrostramos en absoluta unidad y disciplina, pero sobre todo, del valor cívico demostrado por todos los integrantes de ese grupo, que en lo sucesivo deberán ser señalados como hijos distinguidos de esta comunidad, a la que tengo el honor de servir como comandante de policía ... de pronto un grito surgido del anonimato interrumpió el discurso: ¡ya déjate de rollos y dínos qué pasó con Berenice! El comandante perdió de momento el aplomo pero volvió pronto a tomar compostura y expresó: tiene razón el compañero; sin más rollo quiero informarles con tristeza de mi parte

que no obstante que rastreamos palmo a palmo todos los recovecos de la gruta no encontramos ni huellas, ni señales de Berenice, ni siquiera del oso, excepto el otro zapato de la joven que aquí traigo como prueba, el cual lo encontramos en el fondo de un arroyito que se forma dentro de la cueva y que sale por el lado contrario de la boca de la gruta que todos conocemos, lo que significa que la cueva tiene otra salida por atrás, es decir; por donde nosotros salimos después de haberla atravesado. Quiero decirles que a la conclusión que hemos llegado los integrantes de mi grupo es que el oso al verse perseguido por tanta gente huyó por la parte trasera de la cueva llevándose con él a la muchacha con destino desconocido; si hubiéramos sabido de antemano que la cueva tenía otra salida la hubiéramos protegido, apostando allí gente armada, pero todos teníamos la idea de que la única salida de la gruta era la que conocíamos como entrada.

Inmediatamente el joven sacerdote pidió hacer uso de la palabra y dijo. «No es necesario señor comandante que trate de justificarse ante nosotros, estamos conscientes que usted hizo todo lo posible para resolver satisfactoriamente este caso; todo el pueblo ignoraba la existencia de esa salida trasera de la cueva, y aunque algunos indígenas nos habían hablado de una caída de agua que existía al fondo de la sierra barretosa, tanto ellos, como todo el pueblo, pensamos que era un venero o manantial, de esos que muy frecuentemente se forman en las montañas; pero ahora lo más importante es tratar de descubrir donde está en estos momentos la virtuosa Berenice, que tantas veces representó a la Virgen de Loreto en las fiestas de la santa patrona de este pueblo, cuyas virtudes y belleza eran el orgullo de los hombres y las

mujeres de éste lugar; ¡Díganos señor comandante cuál es su formal opinión al respecto!

El comandante tragó saliva, recorrió con su mirada a todos los presentes, sacó su pañuelo para limpiarse el sudor de su frente, y fijando su mirada en la persona del señor Alcalde del lugar dijo:

-Confieso humildemente que no tengo la menor idea del lugar ó de la situación de la joven Berenice; no puedo asegurar, en principio, si está viva o muerta (al terminar de decir esta última palabra se escuchó un grito de dolor proferido por la madre de Berenice, seguido por el sollozo de otros familiares presentes). El comandante hizo una pausa en señal de respeto al dolor de la familia, y continuó diciendo: Lo más probable es que el oso al verse perseguido huyó por la parte trasera de la cueva llevándose consigo a la muchacha quien, tal vez, en el forcejeo perdió el zapato que cayó al arroyo ya casi a la salida de la gruta. Ahora bien, desconozco por completo el rumbo que haya tomado el animal pero como medida preventiva he dejado en ambas entradas de la cueva, personal suficiente, debidamente armado e instruido para evitar que el animal vuelva a internarse en su guarida. La siguiente medida que he tomado es la de pedir la ayuda de algunos huelleros especiales, muy avezados en detectar todo tipo de huellas, para ver si logramos determinar el rumbo que tomó el oso en su huida o bien las huellas de los pies desnudos de Berenice; en fin, señor Alcalde, señor Cura, señoras y señores, la policía a mi cargo hará todo lo posible por resolver satisfactoriamente este dilema, pero no me lo dejen todo a mí, requiero de voluntarios para que me ayuden a resolverlo con la mayor rapidez posible. También quiero informarles que he man-

dado mensajes a todas las policías de los municipios y congregaciones aledaños, pidiéndoles su colaboración para resolver este caso y ya estoy enviando igualmente, algunos elementos para que prevengan a los ejidatarios, campesinos y ganaderos de esta región, a fin de que nos informen si alguien divisa un oso negro de mayores dimensiones de los que vemos comúnmente en las serranías cercanas; además, varios de mis agentes están rastreando todas las cuevas, pequeñas, medianas y grandes que existen en las sierras y en las lomas cercanas donde generalmente los osos hacen su madriguera. Si alguien de ustedes tiene alguna idea que nos ayude a resolver este caso le pido que nos lo manifieste; toda colaboración es buena, toda idea es bienvenida y cualquier indicio es importante.

El señor Alcalde sintió la necesidad de participar en la reunión y al efecto, ofreció toda la colaboración oficial de la Presidencia Municipal e informó al pueblo que ya había solicitado una audiencia con el señor Gobernador del Estado para pedir la participación de todas las corporaciones policíacas de la entidad para llevar a cabo una batida conjunta que seguramente daría buenos resultados. Acto seguido pidió a la multitud regresar a sus hogares y esperar pacientemente nuevas noticias de acuerdo a los avances de las investigaciones.

Pasaron los días, las semanas y algunos meses sin que apareciera ningún indicio del paradero de Berenice, ni del oso; la gente, al igual que los elementos policíacos no sabían qué pensar. Para mayor complicación del caso las conjeturas sobre el destino de Berenice tomaron diversos rumbos debido a que la «Jacha», en una reunión de amigos donde prevalecía el alcohol había expresado, con gran

desparpajo: en esa cueva nunca ha estado el oso que se escapó del circo y mucho menos Berenice; en todo el recorrido no encontramos huellas, ni excremento, ni pelos del oso, que mucho abundan en las madrigueras de esos animales, tampoco vimos algunas señales de que una muchacha hubiera estado allí durante varios días; ¿y los zapatos y el arete de Berenice como llegaron hasta allí?

-Alguien le preguntó- y la «Jacha» en vez de dar una respuesta contestó con otra pregunta: ¿tú qué crees? Y después de una carcajada llena de ironía, abriendo desmesuradamente los ojos en estudiada actitud, farfulló: ¡Misterio!.....¡Misterio! Y se alejó del grupo dejando a todos sumidos en hondas perplejidades e incertidumbres.

El joven sacerdote de la parroquia del pueblo, que había mostrado el mayor interés por descubrir el paradero de Berenice, inexplicablemente y sin previo aviso, había sido removido no sólo del curato de Loreto, sino de la diócesis regional, asignándosele como nueva sede una parroquia en el municipio de la Piedad Michoacán, cercana al lugar donde había nacido, pero a más de mil kilómetros lejana del pueblo de Loreto. Fue tan inesperada e intempestiva su remoción que no tuvo oportunidad de despedirse de aquella población que tanto cariño y respeto le había dado, durante varios años.

Con el transcurso inexorable del tiempo la aflicción general que había causado la desaparición de la virtuosa Berenice empezó a atenuarse y como luego dicen, que el tiempo lo cura todo, los loretenses volvieron a su vida habitual y a sus rutinas con la esperanza de que algún día apareciera alguna señal que revelara el destino de la muchacha. Para don Ricardo y doña Estela, padres de la

joven desaparecida, por el contrario, cada día aumentaba más su congoja, y permanentemente acudían ante el comandante de policía del pueblo en busca de noticias: finalmente, desesperados, comparecieron ante el Director de Policía del Estado buscando información sobre algún indicio que hubieran reportado las policías municipales de la región y fue grande su desconuelo al escuchar de viva voz del citado funcionario la noticia de que ya se había dado por cerrada la investigación. Además, se sintieron agraviados cuando demoledoramente les dijo: «esa muchachita se fue con el novio y ha de andar muy lejos de aquí; con toda seguridad un día aparecerá en el pueblo bien casadita».

Desalentados los padres de Berenice volvieron al pueblo y ya no acudieron más ante el comandante de policía; ellos también hicieron lo posible por cerrar el caso dentro de sus almas y doña Estela simplemente se dedicó a prender veladoras permanentemente ante la imagen sagrada de la virgen de Loreto, pidiendo la ayuda divina a favor de su querida hija.

Todo había vuelto a la normalidad, hasta que un día don Emeterio, el viejo boticario del lugar, trajo una noticia que volvió a causar nuevas truculencias en el pueblo, pues afirmaba que en su último viaje a la ciudad de Guadalajara, a donde había ido a visitar a una hija casada allá, creyó haber visto a Berenice entre el gentío de un mercado popular, pero que no podría asegurarlo del todo, porque la vio a considerable distancia entre la mucha gente que había en el mercado y aunque trató de abordarla no lo logró porque se le perdió entre la muchedumbre; pero insistía en que no estaba muy seguro de que fuera ella; porque la mujer que vio estaba en muy avanzado estado

de embarazo y por supuesto, la imagen que tenía de Berenice, tan delgadita, no correspondía a la de aquella mujer, aunque su rostro era idéntico visto de lejos.

Nuevas inquietudes volvieron a surgir; los que seguían aferrados al virtuosismo de Berenice sostenían que las conjeturas de don Emeterio no podían ser ciertas, en primer lugar porque carecía de una buena vista por su avanzada edad y además porque él mismo aclaraba que no estaba seguro de que fuera Berenice; los más escépticos del pueblo entre los que se encontraba la «Jacha» le daban un sentido pragmático a la visión de don Emeterio considerando que había en ella una posibilidad bastante factible, dadas las circunstancias de su desaparición, y hasta hubo quienes llegaron al extremo de pensar que el oso había embarazado a la muchacha, y ésta, por vergüenza, decidió alejarse del pueblo e ir a vivir a una ciudad lejana.

El nuevo sacerdote asignado a la parroquia de Loreto era un anciano octogenario de nombre Román Andrade, que había oficiado en casi todas las ciudades del país; él mismo no comprendía por qué lo habían relegado a una parroquia pueblerina, pero como uno de los valores más importantes de la clerecía era la obediencia, sin ninguna muestra de inconformidad tomó posesión de su nuevo cargo. En la misa dominical hizo su presentación ante la feligresía Loretense, la que con diversas manifestaciones de entusiasmo, le dio la bienvenida, sin faltar la consabida comelitona en la que abundaron los chiles rellenos, especialidad de Doña María Frías; el mole de Doña Josefa Iriarte; el cortadillo de Toña la de Conrado y el arroz con menudencias de Doña Agredana Torres. En ese banquete Doña Amparo Molina, Presidenta del grupo de

«HIJAS DE MARIA» hizo uso de la palabra brevemente y entre las pocas cosas que pudo organizar en su pequeño discurso se alcanzó a entender que eran palabras de bienvenida. Doña Ambrosia Cabrera le preguntó al nuevo sacerdote si sabía porqué razones habían removido al cura anterior y Don Román contestó parcamente: «somos soldados de Cristo, nuestra virtud es la obediencia y vamos humildemente a donde nos mande el señor obispo».

El domingo siguiente el sacerdote en su sermón ya no estuvo tan afectuoso, pues fustigó a quienes andaban propalando que un oso escapado de un circo había embarazado a una muchacha del lugar: ¡Eso es; una barbaridad! ¿A quién se le ocurre pensar que eso pueda ser posible? Las leyes de la genética natural son ajenas a esa posibilidad y solamente se da la procreación en seres de la misma especie; a quien vuelva a insistir en esa atrocidad -les dijo- lo denunciaré como un mal cristiano y no le permitiré que venga a comulgar.

El sermón del cura puso fin a las conjeturas que relacionaban a Berenice con el oso; sin embargo la «Jacha» que era un incrédulo mordaz afirmaba en las reuniones de amigos, que su abuelo y su padre habían presenciado el cruzamiento de varias especies diferentes y que, aunque el producto no había sido normal, la preñez había sido efectiva, pero como la «Jacha» no gozaba de ninguna verosimilitud, quienes lo escuchaban le dieron mayor crédito a lo expresado por el sacerdote.

Ante la falta de certidumbre de Don Emeterio, porque él mismo reconocía no estar muy seguro de haber visto a Berenice, y la afirmación rotunda del sacerdote de que un oso no podía procrear con una mujer, el pueblo se quedó sumido en una perplejidad que paralizó todas las

acciones y desvió la atención de los loretenses hacía otros menesteres, entre ellos, la terrible sequía que estaba sufriendo la región y unos brotes de fiebre aftosa que podría aniquilar la principal fuente de vida de esa comarca, o sea la ganadería; sin embargo, como siempre, hay personas a las que les gusta sembrar dudas a base de rumores y sospechas, no faltó quien lanzara la tremenda frase: ¿y qué tal si lo que vio Don Emeterio fuera verdad? Porque él menciona que no está seguro de que fuera Berenice, pero no afirma que no lo era.

Siguió pasando el tiempo; Don Ricardo García, padre de Berenice falleció a consecuencia de un paro cardiaco que según el médico que lo atendió se agravó seguramente por la angustia sostenida causada por la extraña desaparición de su hija. En el velorio se veía a su viuda, Doña Amalia, muy envejecida prematuramente, con el rostro surcado de arrugas reveladoras de un sufrimiento permanente. El pueblo le dio sinceras expresiones de solidaridad compartiendo su duelo; después, todo pareció olvidarse y dejó definitivamente de ser objeto de conversación la desaparición de la muchacha.

Ocho años después llegó al pueblo, en el autobús de pasajeros, un niño de aproximadamente siete años que al bajarse del vehículo que lo condujo hasta allí comenzó a preguntar por la señora Amalia García y una vez que fue informado de su domicilio, se dirigió hacia allá, llamó a la puerta y fue recibido de inmediato por Doña Amalia.

Luego se supo que ese niño portaba una carta escrita por Berenice donde le daba a conocer a su madre que aquel niño era su hijo y que en virtud de que ella estaba condenada a morir víctima de una anemia perniciosa le

rogaba que cuidara del niño y le prodigara todo su amor de abuela, ya que la criatura no tenía culpa de lo que había sucedido. También le pedía que registrara al niño en el registro civil y que si no tenía inconveniente le pusiera el nombre de su abuelo, o sea Ricardo, nombre que desde que nació ella le había puesto pero que no lo había registrado, ni bautizado. También se supo después que Berenice ya había muerto precisamente en la ciudad de Guadalajara, lo que confirmaba la versión de Don Emeterio, pero en dicha carta no se revelaba el nombre del padre del niño.

Doña Amalia llevó al niño ante el funcionario que hacía las veces de oficial de registro civil y lo registró con el nombre de Ricardo García, de padre desconocido. Igualmente le pidió al viejo sacerdote que lo bautizara en una muy discreta ceremonia, a la que sólo asistieron ella, y como padrinos, un hermano de Doña Amalia de nombre Leonardo y su esposa. Igualmente hizo gestiones para que fuera recibido en la escuela primaria del pueblo en la que fue admitido en el primer año de educación elemental.

Todo mundo miraba a Ricardito con gran curiosidad, algunos con indiscreta sonrisa que el niño no llegaba a comprender; en la escuela, los niños con cierta crueldad empezaron a llamarle «El Oso» apodo que tampoco el niño comprendía, pues su figura de rasgos delicados y finos no correspondía a la estructura bestial de los osos; la «Jacha» con su espíritu mordaz decía: ese niño no parece oso ¿qué no ven que es la viva imagen del joven sacerdote que estaba aquí cuando Berenice desapareció ? y pensar que le echaron la culpa al pobrecito oso que se escapó del circo; y para remachar cantaba una canción-

cita con un verso que decía:

Había un extraño oso  
Cuyos recuerdos ingratos  
Aún causan sobresaltos;  
Tan raro y tan afrentoso  
Que gustaba usar zapatos  
Y con taconcitos altos

Muy pronto tanto al niño Ricardo como a doña Amalia les resultó imposible seguir soportando tantas burlas y desprecios, por lo que un día sin que se supiera cómo, ni cuándo, desaparecieron del pueblo con todo y mobiliario, seguramente a altas horas de la madrugada para que nadie se enterara y jamás volvió a saberse de ellos.

Algún tiempo después, la «Jacha» compuso otra tonadita, cuya letra decía:

El sacerdote del pueblo  
A Berenice halagó  
Tanto la vistió de virgen,  
Que luego se lo quitó.

En verdad, tío Astucio, estuvo interesante el suceso que me has contado y conociendo, como conozco, el carácter pudibundo de la gente de este pueblo ya me imagino el escándalo que ha de haber provocado el problema de Berenice, el joven sacerdote y el oso del circo. Pero tú me has dicho que hubo otros incidentes que causaron conmoción en este pueblo, en donde yo creí que nunca había pasado nada digno de recordar y de relatarse. ¡Cuéntame, pues, otro episodio semejante!

## EL MEZQUITE CHUECO

-Te voy a contar el terrible caso, que concluyó en tragedia, y que sucedió precisamente en frente de la parte posterior del solar de la casa donde yo nací, al otro lado de la acequia que conduce el agua de riego para las tierras de sembradíos que se localizan en el poniente del pueblo.

En ese terreno que colinda hacia el Norte, acequia de por medio, con el solar que cuando yo nací era de mis padres, existía un mezquite de descomunales proporciones, que había crecido así, favorecido por la permanente humedad que le proporcionaba el agua de la acequia. Se decía que era el árbol más viejo del pueblo; y se afirmaba que era centenario, pues las personas más ancianas del pueblo, que ya frisaban cerca de cien años de edad, aseguraban que cuando eran niños ya se trepaban en ese mezquite y masticaban la goma o resina chiclosa que producía el árbol, no así, sus frutos, porque eran muy amargos, pero gustaban de columpiarse en sus ramas laterales que habían crecido a baja altura y en línea paralela al suelo. En efecto, ese árbol favorecido por una permanente humedad había crecido con formas muy caprichosas; algunas de sus ramas habían seguido la normal línea vertical hacia arriba, pero otras en vez de crecer de esa manera se habían inclinado lateralmente y al aumentar sus dimensiones, por razón de su peso, algunas casi rozaban el suelo. Ahora bien, el tronco, que tenía casi metro y medio de diámetro, con los años se torció y quedó inclinado también en forma paralela al suelo con una altura aproximada de tres metros y de ese tronco se desplantaban todas las ramas verticales y horizontales con

una gran frondosidad, generando en su tupido follaje una gran sombra, que invitaba al descanso y a la placidez, sobre todo por la frescura del agua de la acequia cercana. Por todos era conocido como «el mezquite chueco» y frecuentemente servía de punto de referencia para algunas orientaciones, por ejemplo: «Del mezquite chueco, dos cuadras a la derecha». Enfrente del mezquite chueco».

-Lo que no entiendo- tío Astucio- por qué me das tantos detalles de ese mezquite, pareciera el principal protagonista del episodio que me quieres contar.

-¡En cierta forma lo fue! luego sabrás por qué.-

-No entiendo cómo un árbol puede tener tanta injerencia en la vida de las personas o del pueblo.

¡Ya verás. . . Ya verás! En ese terreno, en el extremo contrario a donde está el mezquite, existían dos jacalitos; uno de ellos, el más chico, servía exclusivamente de cocina, y como ya era muy viejo, su aspecto era muy pobre y muy sucio, porque como no tenía chimenea, la gente que había vivido allí cocinaba en un pequeño fogón de piedra a ras del suelo, y como el humo no tenía salida, las paredes de adobe mal encaladas, estaban ennegrecidas por el hollín. El otro jacal, algo más grande, pero también de feo aspecto, servía de dormitorio y estancia, donde se apilaba para dormir toda la familia del señor Manuel González que era su dueño.

Entre los hijos del señor González había un joven llamado Irineo, que a la postre terminó quedándose con ese terreno, pues sus padres murieron, las dos hermanas mayores se casaron y otro hermano menor se había ido a los Estados Unidos en busca de una mejor vida. Irineo vivió solitario en esos jacales durante varios años y se ga-

naba la vida sirviendo de pastor de cabras a Don Juan Martínez, un hombre que tenía también algunas vacas y dos terrenos labrantíos que le proporcionaban regulares cosechas de maíz.

Irineo González al cumplir sus 18 años de edad se destacaba por su destreza para amansar y montar caballos en los jaripeos que cada año se celebraban en las ferias del pueblo. Irineo se distinguía por su apostura y su gallardía en las diversas pruebas exigidas por ese deporte hípico tan tradicional en el medio rural, entre ellas: las coleaderas, el gallo enterrado, la chiva colgada, las manzanas y otras más.

A su galanura personal se unía la bella estampa de su caballo lucero, un ejemplar de gran alzada, negro, y con un hermoso «lucero» en la frente. Ese caballo se lo había regalado un gringo viejo ya fallecido, que tuvo en algún tiempo una ranchería cercana donde criaba caballos finos y los vendía en la frontera de su país; Irineo crió ese caballo con gran esmero desde que era un potrillo y por eso lo quería a ese caballo como si fuera parte de su familia; que en verdad lo era, pues Irineo no tenía a nadie más a su lado.

Muchos jóvenes del pueblo tenían preferencia por Irineo; pues lo consideraban un joven guapo, apuesto, gentil, de buenas maneras, y muy educado no obstante que solo había estudiado hasta el cuarto grado de la educación primaria, que era el límite máximo en ese entonces, en la escuela Benito Juárez, única en el pueblo; si alguien quería alcanzar el quinto y el sexto grado, tenían que ir a un poblado distante de Loreto como a cuatro kilómetros.

Irineo tenía una clara idea de su atracción varonil entre las muchachas del pueblo, pero desde niño él había quedado deslumbrado por la niña Rosalba, hija de Don Guadalupe Elizondo Martínez el hombre más rico, no sólo del pueblo, sino de toda la región. No había en Loreto, ni en los poblados aledaños ninguna persona que no hubiera tenido necesidad de pedirle un préstamo en dinero a Don Guadalupe. La mayoría de los pueblerinos estaban comprometidos económicamente con él. Esa circunstancia, además de la petulancia que suele dar el dinero lo habían convertido en un hombre soberbio y arrogante que despreciaba abiertamente a quienes tenían menos que él, particularmente a quienes le debían dinero, Don Guadalupe siempre tuvo en mente casar a su hija Rosalba, llegado el momento, con el hijo de alguien que tuviera, al menos, una solvencia económica similar a la suya, para unir los capitales y duplicar las bases de su riqueza. Para ello contaba con la angelical belleza de su hija, capaz de generar amor y atracción a cualquier hombre de su nivel que pusiera los ojos en ella, y lo desvelaba la terrible inquietud de que ella se fuera a enamorar de alguien de menor estofa.

Por su parte, Rosalba con sus 17 años era muy bella físicamente, pero, sin duda, su alma era aun más bella; tenía los ojos tan grandes y hermosos que mirándola de prisa parecía que en su cara no tenía más que ojos, pero observándola detenidamente se advertía, además, una boca con matices de fruta reventona, cincelada por algún Dios estético que pretendió hacer de aquella boca el paradigma de la perfección; mejillas de concha nácar, enmarcadas por una cabellera que como dos cascadas de azabache negro caían a ambos lados de la cara, perfilan-

do el dintel de un rostro de gloriosa belleza que remataba con un mentón firme y retador. Aquel rostro digno de una princesa extraída de los cuentos de hadas, de una aparente docilidad, no correspondía estrictamente a su carácter, pues Rosalba había heredado de su madre muerta un carácter vigoroso y firme, propio de aquellas matronas forjadoras de patrias. Y al igual que su madre, a fuerza de soportar la soberbia de Don Guadalupe había templado su firmeza para resistir su arrogancia y su autoritarismo; algunas mujeres que habían vivido cerca de la madre de Rosalba afirmaban que ella murió prematuramente debido al sufrimiento y a los corajes que le causaban la soberbia y estupidez de Don Guadalupe.

Un día en la última jornada de jaripeo de las fiestas del pueblo, presididas tradicionalmente por las personalidades que ocupaban el palco de honor, es decir, el Alcalde, el Sacerdote, el Director de la Escuela y el hombre más rico del pueblo, o sea Don Guadalupe y su hija Rosalba, después de mostrar ser el mejor jinete de la región, Irineo recibió de manos del Alcalde como supremo trofeo, un hermoso sarape zacatecano tejido con las mejores fibras y los más hermosos colores, además de un sombrero galoneado, con bordados de plata. Como muestra de respeto Irineo de inmediato se puso el sombrero y con gran donaire varonil entregó el colorido sarape a la señorita Rosalba al mismo tiempo que decía: «Para la más hermosa de la feria». Don Guadalupe percibió no sólo el gesto de complacencia de su hija hacia aquel jinete gentil, sino algo más en sus ojos; aquello le provocó un gran desasosiego y su única reacción fue, sin decir nada más, tomar a su hija del brazo, levantarla de un estirón y abandonar el coso, ante el asombro y confusión del público

que los observaba; pero antes de abandonar por completo el palco, ella, en un desplante de gran desafío, volteó hacia donde permanecía impávido Irineo y dirigiéndole una mirada y una sonrisa que significaban muchas cosas, con gesto decidido, se terció el sarape sobre sus hombros, y con paso presuroso, dejando atrás a su padre, abandonó el graderío.

Irineo, desde aquel momento, sintió punzado el corazón por la saeta dolorosa, y a la vez dulce, del amor. Lo que desde niño había sido una atracción, después de la mirada de Rosalba cuando aceptó el sarape, se había convertido en una prodigiosa ilusión amorosa, tal vez inalcanzable, porque su diferencia tan extrema de condición social podría ser un fuerte impedimento para que su amor se realizara. Se sentía como un gusano enamorado de una estrella, sobre todo porque conocía la ruindad de su padre, que en su atroz soberbia nunca permitiría esa relación amorosa. Su mal de amores lo inclinaba hacia penumbrosos estados de tristeza y en las soledades de los jacalitos donde vivía, al pie del mezquite chueco, que era lo más «glorioso» de su terreno, cantaba una cancioncita muy escuchada por aquellos parajes y que empezaba diciendo: «yo sé que nunca besaré tu boca».

Rosalba, por su parte, cuando niña, nunca percibió siquiera la presencia cercana de Irineo, menos su admiración, no obstante que estudiaban en la misma escuela; sólo en las ferias del pueblo ya había advertido la galanura y gallardía de aquel jinete que tanto se distinguía en el jaripeo; además, descubriría en las conversaciones con sus amigas, la admiración y atracción que sentían por él la mayoría de las jóvenes del pueblo, pero ella aparte de su reconocimiento como un jinete apuesto, nunca había

sentido ningún sentimiento por encima de aquella admiración. Sin embargo, cuando él puso en sus manos el sarape, trofeo de su triunfo, expresándole aquellas inolvidables palabras: «Para la más hermosa de la feria», su mirada penetró hasta el fondo de su alma y un estremecimiento interno sacudió todo su cuerpo. Ella no sabía hasta entonces cómo era el amor, pero su instinto de mujer le hizo percibir que algo muy grande había empezado a surgir en su interior. Desde ese día ya no fue la misma, la imagen de Irineo se apoderaba de sus pensamientos, y en sus momentos de soledad, así como en sus sueños, aquel nuevo sentimiento se adueñaba de su mente y de su alma.

Detectada por Rosalba aquella nueva emoción como el irreprimito sentimiento del primer amor, se apoderó de ella la tremenda inquietud que igualmente afligía a Irineo: la imposibilidad que se interponía entre ellos dadas sus diferencias sociales; pero sobre todo porque nadie mejor que ella conocía la intransigente soberbia de su padre, que nunca aceptaría esa relación amorosa.

Los dos enamorados aprovechaban las misas dominicales para dirigirse sus mensajes de amor con miradas furtivas, Don Guadalupe que ya presentía que algo había sucedido entre Irineo y Rosalba, ya que el extraño comportamiento de ella posterior a las fiestas del pueblo, así lo indicaba, buscaba la forma de impedir que cruzaran palabras y hasta miradas.

Un domingo, al salir de la Iglesia, imprudentemente Irineo trató de entregarle una rosa blanca a su amada haciendo alusión al significado de su nombre: Rosa-Alba, es decir, Rosa Blanca, furioso Don Guadalupe se interpuso entre ambos y a grito abierto increpó al muchacho:

«No se te ocurra jamás, volver a acercarte a mi hija; la miel no se hizo para el hocico de los cerdos; y eso eres tú, un cerdo que vive en el cieno apestoso de tu pobreza; mi hija está destinada a un futuro muy alto, hasta donde un pobre pelagatos como tú no podría jamás alcanzarla, ni siquiera mirarla; búscate una chancluda de tu clase, como era tu madre, que toda la vida fue nuestra sirvienta, hasta que se casó con el borracho perdido de tu padre. Mi hija vivirá en palacios de oro, no en los mugrosos jacales donde vives tú; no te acerques nunca a mi hija porque te vas a arrepentir».

Aquellos insultos tan infamantes, proferidos en un lugar donde los escuchó la mayor parte del pueblo provocaron en Irineo una gran ira y un resentimiento muy profundo comenzó a roerle el alma. Se encerró en su jacalito y lloró durante todo el día con sollozos estremecedores que le venían de lo hondo de su ser; el padre de su amada lo había humillado en sus más sensibles fibras y había interpuesto públicamente, un gigantesco valladar entre él y su amada. Lo qué más le había dolido, habían sido las ofensas, contra su madre y su padre, porque bien podía llegarse a comprender que un padre busque lo mejor para su hija y que utilice cualquier medio para tratar de alejarla de algún pretendiente que estime inconveniente, pero lo que no se justifica, de ninguna manera, es aprovecharse de eso para injuriar a sus padres. Irineo sentía que aquel resentimiento que le lastimaba su alma sería difícil de superar y de perdonar. Desde niño había descubierto en sí mismo una actitud que rechazaba la conmiseración y el perdón cuando la ofensa era tan profunda que lastimaba el alma. Siempre recordaba una cancioncita que cantaba su padre, que

concluía con la siguiente frase: «Podré perdonar la ofensa, pero olvidarla, jamás «y él cuando lo oía cantarla, en su fuero interno sentía que se identificaba con la contundencia de la frase; entre más profundizaba en su interior le asustaba descubrir que su necesidad de venganza ó de revancha superaba todos los demás sentimientos de moderación, sensatez ó de comprensión. Empezó a sentir poderosamente la necesidad espiritual de desquitarse de alguna manera de Don Guadalupe; aquello era una revelación de sí mismo, porque percibía que ni siquiera el gran amor que ya tenía para Rosalba, calmaba aquel resentimiento, que como una ponzoña espiritual envenenaba su alma.

Sintió la necesidad de pedir ayuda espiritual y concertó una conversación con el sacerdote de la iglesia, quien le hizo ver el derecho de un padre de aspirar a la más completa felicidad de su hija y estaba a punto de dejarse convencer por el cura de que, al igual que su amor imposible por razones de clase social, muchos hombres y mujeres que se amaron tuvieron que renunciar a sus ilusiones, porque la vida en sociedad tenía sus propias leyes, no siempre justas, ni humanas, ni cristianas. Pero la rebeldía de Irineo renació con mayor fuerza cuando el sacerdote se negó rotundamente a intervenir favorablemente ante Don Guadalupe Elizondo expresando, con cierto sarcasmo, un argumento que en sí mismo entrañaba otra ofensa similar a las del padre de su amada: ¿Cómo quieres que interceda contra la voluntad de Don Guadalupe? Ni lo mande Dios ¿acaso no sabes que él es quien da las mayores limosnas y aportaciones para la iglesia? Irineo salió furioso de la parroquia percibiendo que su imposibilidad amorosa cada vez se le hacía más presente

y más difícil de resolver; la única esperanza que quedaba vigente era la posibilidad de que Rosalba, si sentía lo mismo que él, en aras de su amor, convenciera a su padre para que aceptara sus relaciones, o al menos buscara algún medio de reducir el abismo que los separaba.

Después de la conversación tan frustrante que tuvo con el sacerdote, lo que más le dolía era lo que le había dicho el cura en el sentido de que al rezar el Padre Nuestro se decía: «Perdona Nuestras Ofensas, Como Nosotros Perdonamos a Quienes Nos Ofenden» y que, por lo tanto, si no estaba dispuesto a perdonar las ofensas de Don Guadalupe, ya no podría rezar válidamente esa oración. Le dolía porque el «Padre Nuestro» era el rezo preferido de su madre, quien le había inculcado desde niño la idea de que era la oración que más lo acercaría a Dios y aunque no era un joven muy devoto, siempre que sentía la necesidad de reverenciar al Creador, le rezaba. En adelante ya no podría hacerlo, porque no podía ofrecerle a Dios perdonar las ofensas de Don Guadalupe y prometer lo que no podía cumplir era ofender al Señor. Desde ese momento decidió no volver a la iglesia percatándose de que ello lo alejaría de Dios y de su posible salvación.

Para agravar las cosas, Irineo fue invitado a la boda de su amigo Anselmo Ruiz que casaba con su prima Minerva Martínez, y como se enteró que Don Guadalupe Elizondo también asistiría a esa ceremonia, porque había aceptado ser padrino de la boda, y como no tenía esposa por ser viudo, con toda seguridad la madrina sería Rosalba. Irineo consideró que la fiesta iba a ser una oportunidad para volver a ver a su amada y si ella le respondía favorablemente, podría sacarla a bailar lo cual deseaba fervientemente. Con ese motivo comprendió que debía ir bien

vestido no sólo para impresionarla a ella, si no para mejorar públicamente su propia imagen ya que siempre se le conocía en el pueblo con ropa de trabajo o de jinete en las ferias.

Vendió uno de los cerdos que criaba en su terreno y fue a la Capital del Estado, y se compró un traje de color gris, una camisa blanca, una corbata que combinaba con el color del traje y unos zapatos negros. Vestido así se presentó a la boda y en la iglesia confirmó que Rosalba hacía pareja con su padre como padrinos del matrimonio. La fiesta se celebró en el Auditorio del pueblo, único local acondicionado para ceremonias de todo tipo y con una amplia zona para bailar.

En el banquete, Irineo estratégicamente se sentó dando frente al lugar donde estaba Rosalba y no obstante que quedaban un poco separados, porque ella y su padre habían sido colocados en la mesa principal al lado de los novios, nada pudo impedir que Irineo y Rosalba se miraran de frente regalándole ella una mirada y una sonrisa que significaba, entre otras cosas un «Te Quiero». Irineo sintió que el corazón le explotaba de gozo y le correspondió con un ademán de asentimiento, fácil de entender para los seres que se aman, como un «yo también te quiero» -ies increíble lo que pueden decirse dos enamorados con sólo mirarse!- y eso no podía impedirlo Don Guadalupe Elizondo. Cuando la rústica banda de música comenzó a tocar y las parejas empezaron a poblar la pista de baile, Irineo sin medir las consecuencias se dirigió decididamente hacia Rosalba, se acercó a ella y respetuosamente la invitó a bailar. Don Guadalupe no esperó la respuesta de la muchacha; furioso se puso de pie y nuevamente, a grito abierto denostó otra vez al joven dicién-

dole enfáticamente: «¡Ya te había advertido que no te acercaras a mi hija! No creas que porque vienes de traje y corbata cambia tu condición de pelagatos. El mono, aunque se vista de seda, mono se queda; no te olvides que mi hija tiene sangre de noble alcurnia y tú, aunque te vistas como te vistas, nunca dejarás de ser más que el hijo de una sirvienta y de un borracho. Saca a bailar a gente de tu clase, mi hija jamás bailará contigo; haz el favor de retirarte antes de que me obligues a darte tu merecido, porque no quiero bajar al nivel de la clase de cerdo que eres tú ¡Retírate!!» Irineo bajó la cabeza se dio media vuelta y avergonzado se retiró de la fiesta y no alcanzó a ver que Rosalba llorando también abandonó el banquete por una puerta lateral, seguida a distancia por su padre. Lo que más le dolió a Irineo, en su fuero interno, fue que en las dos ocasiones que Don Guadalupe lo había insultado públicamente, Rosalba no había mostrado ningún intento para defenderlo o para calmar a su padre y esa actitud lo había dejado indefenso ante toda la gente pues consideraban que si la muchacha no había dado muestras de corresponder a sus peticiones amorosas, resultaba una grosera impertinencia su insistencia; porque si ella lo hubiera defendido, quien hubiera quedado fuera de lugar habría sido Don Guadalupe. Dos razones atormentaban la mente de Irineo; una de ellas podría ser que no lo amaba tanto como para enfrentarse a su padre y la otra, su falta de carácter para defender su amor; ambas razones cancelaban toda posibilidad de realizar sus sentimientos amorosos.

En medio de todas esas tribulaciones Irineo se pasaba los días tratando de encontrar algún medio para comunicarse con Rosalba, cosa nada fácil porque Don Guada-

lupe la tenía vigilada permanentemente. De pronto se le ocurrió una idea que de inmediato le pareció maravillosa: Doña Julia Cabrera había sido íntima amiga de su madre durante toda la vida; se querían como hermanas, inclusive había sido su nodriza en los primeros meses de nacido, debido a que su madre inmediatamente después del parto contrajo una fiebre tifoidea que la imposibilitaba para amamantarlo; entonces Doña Julia, que también había tenido una niña en esos mismos días, compartió con él la leche de sus pechos. Esa circunstancia establecía un vínculo muy poderoso entre Irineo y Doña Julia; pues bien, ella era la encargada de lavar, planchar y arreglar la ropa de Rosalba con la anuencia de Don Guadalupe y propiamente ése era el principal ingreso económico de Doña Julia, que tenía fama de hacer esos menesteres con mucha pulcritud y cumplimiento.

Irineo consideró que Doña Julia podría ser la intermediaria ideal para comunicarse con su amada; fue a verla y casi con el llanto en los ojos le pidió su ayuda. Doña Julia enternecida al ver la consternación del muchacho a quien había amamantado cuando niño, le ofreció resueltamente interceder entre ellos.

El primer paso que se dio al respecto, fue llevarle a Rosalba una misiva de Irineo, donde le refrendaba su amor y le hacía saber su sufrimiento permanente por no poder acercarse a ella.

Rosalba sintió una gran alegría al saber que ya había una forma de comunicarse entre ellos, y contestó la cartita de Irineo en la misma forma, diciéndole que lo amaba mucho, que también sufría de soledad y ausencia y que le apenaban mucho los insultos proferidos por su padre, y agregaba ¿Qué puedo hacer, Irineo? ¡El es mi

padre!

Después de éstas, muchas cartitas fueron y vinieron; todas ellas impregnadas de amor, ensoñación, melancolía, ausencia y quimeras. En una de ellas Irineo sintió que Rosalba había dado un paso hacia adelante pues le decía que Don Benito Casas, dueño de la tienda de abarrotes principal del pueblo, era la persona más amiga de su padre, a quien respetaba, escuchaba y le pedía opiniones sobre algunos asuntos de diversa índole, y que por intermedio de él podría plantearse la posibilidad de que al menos permitiera que pudieran platicar sentados en alguna banca de la plaza, y ofrecía que ella misma hablaría sobre ello con Don Benito y en la próxima carta le informaría al respecto.

Irineo brincaba de alegría cuando leyó esa carta. Por fin, se empezaban a abrir un poco los nubarrones que cubrían el horizonte de su amor.

La próxima carta de Rosalba tardó en llegar, lo cual Irineo interpretó en el sentido de que su amada aún no tenía la aceptación de Don Benito.

Un día que Irineo fue a la casa de Doña Julia para preguntar si ya había llegado la carta esperada, ella con tono maternal le pidió que tomara asiento en un sillón de su modesta sala y le dijo:

-Hijo mío, comprendo que tu amor es muy grande por Rosalba; ella también te ama a ti; el problema es que Rosalba está acostumbrada desde niña a muchos lujos y placideces que tú nunca podrás darle. Yo entiendo que el amor todo lo puede, pero también sé que las grandes diferencias de clase social, y de posibilidades económicas han sido, y seguirán siendo por toda la vida grandes obstáculos para que dos seres que las padezcan puedan rea-

lizar su amor. Te quiero como si fueras mi hijo, y de hecho lo eres, porque con la leche de mi pecho te transmití mi sangre y un vínculo así une mucho a la mujer que amamanta y al niño amamantado. No estoy en contra de lo que sienten Rosalba y tú, por el contrario, en otras circunstancias ese sentimiento me haría sumamente feliz, pero presiento que ese amor de ustedes, entre más fuerte, más dolor les causará. Don Guadalupe jamás aceptará que te cases con ella, primero se la llevará a vivir lejos de aquí que aceptarlo, y siguió diciendo: La otra tarde que estuve en la casa de ellos, mientras arreglaba la ropa de Rosalba en las cajoneras de su recamara, no pude evitar escuchar que su padre le decía: «¡Abre los ojos muchacha! Si te casaras con ese pelagatos, muerto de hambre, lo cual de sólo imaginarlo se me retuerce el hígado, tendrías que ir a vivir con él en esos mugrosos jacales donde vive; tendrías que darle de comer a los cerdos en aquel asqueroso chiquero y lo peor de todo, tendrías que preparar los alimentos en el jacalucho contiguo que le sirve de cocina, en donde estuve una vez cuando murió el padre de Irineo y por compromiso tuve que ir a darle el pésame a su madre. ¡No te imaginas lo asqueroso de esa cocina! Como no tiene chimenea, sólo un pequeño fogón en el piso de tierra, el humo de muchos años, tal vez de siglos, se ha acumulado en las paredes que en algún tiempo, tal vez estaban encaladas, pero que ahora se ven ennegrecidas por el hollín, además, del techo de paja y de carrizo cuelgan horribles canjilones negros formados por el humo y la grasa al cocinar los alimentos. Nunca había yo visto, hija mía, algo tan asqueroso, sombrío y desagradable como lo que vi en esa mugrosa cocina; no comprendo cómo puedan en ella cocinar ó comer algún

alimento ante la presencia de tanta mugre y suciedad, porque debo decirte que ahí conviven toda clase de bichos: pulgas, piojos, ratas, alacranes, arañas, moscas en grandes cantidades, y enormes cucarachas. Te digo esto hija porque ése sería el más sombrío destino al que estarías condenada si atendieras las pretensiones de ese pelagatos de Irineo. Tu difunta madre, que Dios la tenga en un coro de ángeles, y yo, habíamos soñado para ti una vida llena de comodidades y de placenteras condiciones de vida que te llevaran por un camino de gran felicidad.»

Mientras eso le decía Don Guadalupe, ella sollozaba y nada respondía. Yo ya no quise oír más y para evitar que Don Guadalupe advirtiera que yo estaba escuchando su conversación, me alejé muy escurridita hacia otra zona de la casa. Después volví a la recamara de la niña Rosalba y la encontré llorando desconsoladamente sobre su cama, no quise interrumpirla y me alejé de la casa meditando seriamente las palabras de Don Guadalupe y sopesando alguna de sus razones, que no eran tan descabelladas; porque, la verdad, su hija difícilmente podría congeniar con la pobreza y con la falta de comodidades, no porque fuera mala, sino porque estaba acostumbrada a condiciones muy ventajosas.

Irineo no era consciente de lo que significaban en toda su dimensión aquellas disquisiciones sociales, pues estaba acostumbrado a ver en la naturaleza la forma tan simple como se unían y se aparejaban los machos y las hembras de todas las especies, atraídos por su instinto, por olores o humores que establecían identidades, y basados en ellos se formaba la pareja y tenían sus crías. Asimismo sus amigos y parientes y muchas de las vidas conocidas en el pueblo, habían transcurrido con toda sencillez y

habían encontrado su pareja atraídos por el amor y todo había fluido normalmente, sin grandes contratiempos ni grandes imposibilidades, y se habían casado y formado una familia, en la que tanto el hombre como la mujer cumplían con los señalamientos que para cada uno estaban predeterminados por las costumbres ancestrales del pueblo; por eso no comprendía el hecho de que Rosalba, si en verdad lo amaba, no pudiera sujetarse a las posibilidades que él podía ofrecerle; después de todo recordaba las palabras de su madre y en general las de muchas mujeres que de distintas formas señalaban lo mismo: «Las mujeres deben seguir a sus esposos a donde quiera que las lleven». Pero Irineo sentía que a cambio de esa complacencia resignada de las mujeres, los hombres tenían la obligación de procurarles las mejores condiciones de vida, sobre todo si existía entre ellos un gran amor.

La confianza de Doña Julia lo llevó a considerar la posibilidad de arreglar, al menos un poco la cocina de su humilde hogar y hasta imaginó una chimenea de adobe con un capitel de dos aguas que mejorara en algún grado las condiciones de aquel lugar donde había visto a su madre durante muchos años vivir agachada en cuclillas ó de rodillas frente al fogón preparando los alimentos de su esposo y de sus hijos, porque efectivamente lo más repulsivo de la cocina era el hollín que ensuciaba las paredes y en el techo formaba colgajes negros y mantecosos, no sólo por el humo del fogón si no también el de las lámparas de petróleo y de los quinqués de aceite.

También pensó cambiar el piso de tierra por algún empedrado que mejorara el aspecto del lugar. Irineo comprendía la terrible impresión que le había causado aquella fea cocina a Don Guadalupe y por supuesto que

resultaba inadmisibile pensar que Rosalba pudiera vivir en aquellas condiciones.

Irineo comprendía que todos aquellos planes dependían de que Rosalba aceptara casarse con él y quisiera vivir en aquellos jacales, que eran su único patrimonio. Pensando en ello, lo mortificó la idea de que nunca habían hablado de matrimonio pues, no obstante, que las cartitas que se habían cruzado con la intervención de Doña Julia eran grandes manifestaciones de un amor correspondido, en verdad nunca había sido planteada concretamente una propuesta matrimonial. Asaltado por esa idea, Irineo se apresuró a formular otra misiva, en la que le hacía patente a Rosalba su deseo de casarse con ella, y le pedía, que en su respuesta le expresara lo que ella pensaba al respecto.

Gracias a las diligencias de Doña Julia, las cartitas siguieron yendo y viniendo. Rosalba, en su respuesta no fue muy categórica; no negó que su más grande ilusión sería casarse con Irineo, pero en el resto de la carta se percibía cierta inseguridad de que aquello pudiera ser posible, y terminantemente ponía como condición la aceptación de su padre, dando como razones las siguientes: «Comprende, amor mío, que soy la única hija de mi padre, y desde que faltó mi madre, su dependencia amorosa se ha estrechado más conmigo. Siempre me ha dicho que soy la luz de sus ojos y la razón de su vida, y que anhela, sobre todas las cosas, una felicidad bien garantizada para mí. Si me casara contigo Irineo sin su consentimiento, eso lo mataría de tristeza, lo condenaría a encastrarse de por vida dentro de las paredes de su casa, por la vergüenza que tendría ante sus amistades, a quienes siempre les ha dicho que siendo yo la chica más bella

—según dice él y además, la más rica del pueblo, buscaría casarme con un hombre de igual ó mejor condición que la mía, y que si fuera posible, con algún joven cuyos padres ostentaran algún título de nobleza.

Tú comprenderás lo difícil que es para una hija, causarle ese dolor a su anciano padre. Yo pienso que nuestro amor no tiene ninguna esperanza y que debemos dejar que la vida o el destino nos conduzca hacia el horizonte que Dios nos tenga señalado. Sin embargo, hay un pequeño rayo de luz en medio de la negrura de nuestras imposibilidades. Como te prometí en una carta anterior, tuve la oportunidad de hablar en privado con Don Benito Casas y no obstante lo difícil de la encomienda, me prometió analizar muy seriamente mi petición, que de antemano veía de buena gana, porque, según me dijo, él había padecido circunstancias similares cuando resolvió casarse con Doña Nicolasa. Como no he vuelto a hablar con él, desconozco su decisión; mañana iré a buscarlo y a la petición anterior agregaré la propuesta de matrimonio que ahora me haces, y le pediré que encabece una comisión formada por otras tres personas que él considere convenientes, para acudir ante mi padre a pedir formalmente mi mano. No creas amor mío que tengo mucha confianza en que mi padre acceda, pero dado el respeto y ascendencia que mi padre le tiene a Don Benito pudiera ser que algo consiga en beneficio de nuestro amor. En mi próxima carta te informaré del resultado de mi petición, para que, en caso de ser favorable, tú también le corras la cortesía a Don Benito y le hagas formalmente la petición de referencia, sabiendo de antemano su respuesta.

Rebosante de ilusiones Irineo esperó con impaciencia las noticias de su amada; por las tardes iba un rato a la iglesia y de rodillas le pedía a Dios y a la virgencita de Loreto que le hicieran el milagro de ablandar el corazón de Don Guadalupe. Después de la iglesia se iba al río y sentado en uno de los pilares de la presa, veía pasar el agua ensimismado, frecuentemente levantaba su mirada hacia el cielo y veía pasar muy lentamente las nubes; aquello le indicaba que todo era pasajero; que todo pasaba; que nada permanecía estático, y pensaba que si todo era así en la naturaleza, acaso sería igual en las cosas del alma. Por otra parte, trataba de comprender por qué su padre a pesar de haber trabajado desde niño, de sol a sol había nacido pobre y había muerto igual. Y eso mismo había sido con los padres y los abuelos de su padre. Don Guadalupe Elizondo, en cambio, no había hecho su capital por esfuerzo propio, sino que simplemente había administrado la riqueza de sus ancestros y se preguntaba, sin hallar respuesta: ¿Dónde hubo más grandeza? Y ¿Por qué esa circunstancia tan injusta socialmente ahora representa un obstáculo para mi felicidad?

A los pocos días llegó la carta esperada y después de leerla, tanto le invadió la alegría, que no pudo evitar abrazar y besar a Doña Julia que también se alegró, ante la entusiasta felicidad de Irineo. En la carta Rosalba le informaba que ya se había entrevistado con Don Benito, quien no muy seguro del resultado de su encomienda, aceptó encabezar la comisión de pedimento que él mismo se encargaría de organizar, pero antes de eso, quería tener una conversación con el novio de la muchacha; la carta concluía con la recomendación de buscar a Don Benito para rogarle aceptara esa encomienda, que de

antemano entrañaba serías dificultades. Irineo así lo hizo y Don Benito le dijo:

Mira Irineo -le dijo- las lágrimas de Rosalba y tú respetuosa petición me han convencido del gran amor que hay entre ustedes. Yo también tuve muchas dificultades para casarme con Nicolasa, pero al fin su padre se convenció de que no hay tapia o valladar capaz de detener el impetuoso torrente de un amor verdadero y para sorpresa mía la comisión de pedimento de mano que acudió de parte mía me trajo la dichosa aceptación de quien ahora es mi suegro. Él ha sido testigo de que nuestro amor era auténtico porque nos ha visto muy felices desde que nos casamos, al grado de que, cuando mi suegra murió, resolvió venirse a vivir con nosotros. Mi hogar es ahora un verdadero paraíso de felicidad, donde conviven esposo y esposa, padres e hijos, nietos y abuelos. ¡Ojalá que ustedes tengan la misma suerte! Voy a pedirle a algunos de mis amigos más prominentes del pueblo, para que juntos integremos la «comisión de pedimento»; si la comisión es muy representativa, creo difícil que Don Guadalupe nos dé una negativa. Ponte de acuerdo con tu novia para que me informen el día y la hora que sea más propicia para ir al domicilio de Don Guadalupe.

Irineo loco de entusiasmo, en vez de irse a los jacalitos, se fue a buscar a Doña Julia y allí en su propia casa escribió una misiva para Rosalba donde le contaba detalladamente lo sucedido y quedaba en espera de la información que solicitaba Don Benito; es decir, el día y la hora más adecuada para llevar a cabo el pedimento.

Por la misma vía contestó Rosalba recomendando que la comisión de referencia se presentara el jueves siguiente a las 8:00 de la noche sin previo aviso, a fin de que su

padre no buscara alguna excusa para no estar presente. Además, le informaba a Irineo que la comisión sería recibida en la salita cuya ventana miraba hacia la iglesia y que para ese efecto buscaría adornarla con las más bellas flores de su jardín y prepararía algunos bocadillos que suelen ofrecerse en ocasiones como ésta. Informado de todo Don Benito Casas formó la comisión de pedimento con tres hombres, además de él, que eran considerados como la gente más importante y respetable del pueblo, los que -a decir verdad- no estaban muy convencidos de querer integrar esa comisión, pero su gran amistad con Don Benito los obligaba. Además, Doña Nicolasa la esposa de don Benito, recordando su propio caso, ayudó a convencer a los comisionados, así como a sus esposas, bajo el apasionado comentario de que «El amor verdadero siempre debe triunfar».

Y como dice el refrán «No hay fecha que no se llegue, ni plazo que no se cumpla», llegó el día y la hora señalada para el evento de referencia; cobijado por las sombras de la noche Irineo no soportó la tentación de escurrirse hasta la orilla de la ventana del lugar donde se llevaría a cabo la reunión de la comisión con Don Guadalupe, porque quería escuchar personalmente lo que ahí se dijera, pues no se sentía capaz de esperar en otro lugar el resultado de la reunión. Bajo aquella ventana tuvo que buscar un apoyo para sostenerse pues las piernas le flaqueaban, las manos le temblaban y hasta la respiración le resultaba difícil. Lo que allí habría de pasar sería determinante en su vida futura; por eso estaba tan nervioso.

Irineo cobró alientos cuando escuchó la forma tan cordial con la que Don Guadalupe recibió a la comisión.

-¿A qué se debe el honor para mi casa de ésta tan importante visita, de la cual yo no estaba informado? De cualquier manera me siento muy orgulloso de recibir en mi casa a un grupo tan distinguido y tan prominente; sírvanse tomar asiento y en el momento que ustedes crean conveniente háganme saber el motivo de su presencia, la cual como ya dije, honra y distingue mi casa, que es la de ustedes.

-No nos agradezcas la visita, dijo Don Benito Casas, nos trae ante ti una diligencia relacionada con tu familia, que habremos de tratar contigo compadre Lupe (se decían compadres, sin serlo efectivamente, pero habían adoptado mutuamente ese parentesco espiritual como símbolo de una relación afectiva más allá de la simple amistad) con todo el respeto que me mereces como jefe de una familia de las más respetables de este pueblo.

-No comprendo de qué me estas hablando, compadre Benito, pero de antemano te digo que me molesta mucho que personas ajenas a mi casa por muy amigas que sean, vengan a mi hogar a tratarme asuntos familiares que solamente competen a mi familia.

-¡No te acalores compadre! Respetuosamente y sin la menor intención de ofenderte, o de agraviar el honor de tu familia, por la amistad que tenemos y por la representatividad que tienen en el pueblo los señores que me acompañan te ruego nos escuches ya que solamente estamos cumpliendo una encomienda que de ninguna manera consideramos deshonrosa; pero para abordarla necesitamos que te calmes y nos escuches serenamente, con la promesa, de parte nuestra, de que aceptaremos incondicionalmente tu respuesta a la petición que vamos a plantear.

-Les confieso que no tengo la menor idea de lo que me vayan a plantear, pero les ofrezco escucharlos con la serenidad que ustedes se merecen. ¡Soy todo oídos!

-Lo que venimos a plantear compadre, es algo que hemos tenido que pasar todos los padres que tenemos hijas casaderas, y que un día, las leyes mismas de la vida nos hacen comprender, que nuestros hijos tendrán que separarse de nuestro lado, para formar su propia familia. Eso mismo pasaron nuestros padres cuando nosotros también lo hicimos.

-Sigo sin entender nada; hazme el favor de hablarme claro. ¿De qué se trata?

-Irineo González, hijo de Manuel y de Gregoria, ya fallecidos, que tu conociste perfectamente, porque ambos trabajaron para ti, él en las labores del campo y ella muchos años sirviendo en tu casa, gente pobre pero muy honrados a carta cabal; Irineo, a quien todos reconocemos en este pueblo como el mejor jinete de la comarca, nos ha pedido que vengamos ante ti a solicitar tu autorización para llevar a cabo su casamiento con tu hija Rosalba.

Al escuchar aquello Don Guadalupe se levantó iracundo y a grito abierto llamó a su hija dando demostraciones de destemplanza. La muchacha se presentó en la sala y con tono compungido preguntó: -¿de qué se trata papá?- se trata nada menos, de que estos señores, sin que yo estuviera al tanto de nada, vienen a pedir tu mano para que te cases con ese tal Irineo, que desde hace tiempo te anda haciendo la ronda, dime con franqueza ¿tienes algo que ver con él?

-¿Quieres que te hable con franqueza? Así lo haré, pero te ruego lo tomes con calma por respeto a estos señores que en todo caso no tienen ninguna culpa. ¡Sí papá! hace

mucho tiempo que Irineo y yo nos amamos, pero precisamente por respeto a ti lo hemos hecho a escondidas. Debo advertirte que no tengo nada de que avergonzarme, ni de que tú tengas que avergonzarte.- Nuestro amor ha sido a base de miradas y de pequeñas cartitas, pero debo decirte, ya que quieres que te hable con franqueza que no obstante que nuestro amor ha sido a distancia, es tan profundo y tan fuerte que es capaz de soportar cualquier adversidad y de salvar cualquier obstáculo que la gente o la vida nos pueda poner. Yo sé que tú no lo quieres, solamente porque es pobre, porque ninguna otra objeción puedes encontrar; pero su pobreza no afecta el gran amor que le tengo porque yo estoy convencida que me hará feliz y que algún día mejorarán sus condiciones de vida, porque es muy honrado y muy trabajador, además tiene muy buenos proyectos para su futuro.

Irineo, que todo lo había escuchado desde su escondite temblaba de pies a cabeza, le alegraba la firme defensa que Rosalba había hecho de su amor, pero le inquietaba la respuesta que daría Don Guadalupe, mas no tuvo que esperar mucho, al oír éste la franca confesión de su hija, montó en cólera y dando golpes en la mesa que había en la sala furiosamente dijo: ¡Jamás daré mi consentimiento para semejante barbaridad! cómo es posible que mi única hija, que fue educada desde niña como una princesita para que a su tiempo se casara con un joven de su propia alcurnia que le proporcionara el linaje y las comodidades a que ha estado acostumbrada desde que nació; cómo es posible -repito- que pueda casarse con ese pelagatos hijo de una criada y de un borracho, cuyo único capital son los dos mugrosos jacales de adobe y de paja, donde sólo pueden vivir las cucarachas, las

chinchas y demás animalejos que suelen criarse entre la mugre, la suciedad y la porquería. No me cabe en la cabeza, además, cómo ha sido posible que mi bella hija se haya enamorado de ese pelafustán, sabiendo que yo nunca lo aceptaría. Lo único que se me ocurre es que la hayan deslumbrado sus éxitos en el jaripeo, lo cual es frecuente entre las muchachas pueblerinas e ignorantes, pero mi hija debió comprender que las cualidades de un jinete no son suficientes para casarse con un hombre que nada tiene que ofrecerle. ¡Retírate de mi vista Rosalba antes de que la ira me provoque a hacer algo que nunca haría en mis cabales! y ustedes señores háganme el favor también de retirarse; no los estoy corriendo de mi casa, eso nunca lo haría y menos a mi compadre Benito, pero les suplico comprendan mi estado de ánimo que me impide atenderlos como se merecen y sobre todo no quiero seguir hablando ni una palabra más sobre este molesto asunto. Llénenle a ese muerto de hambre, mi rotunda negativa y mi advertencia de que si lo vuelvo a ver cerca de mi hija soy capaz de cometer con él una barbaridad. ¡Que pasen buenas noches! y les ruego cerrar la puerta al salir de mi casa; si es posible, compadre Benito, que nadie más en el pueblo se entere de lo que aquí pasó esta noche, les ruego a todos la mayor discreción por tratarse de un asunto que en cierto modo afecta el honor de mi familia.

Irineo, al escuchar las últimas palabras de Don Guadalupe emprendió una enloquecida carrera sin rumbo y sin sentido. Retumbaban en sus oídos las groseras palabras del padre de su amada; pero sobre todo, aquellas ofensas habían herido su alma y sin saber cómo llegó a su terrenito tomó una botella de mezcal que había en la

cocina y que seguramente la había empezado a tomar su padre en el tiempo en que vivía. Fue y se sentó en el tronco del mezquite chueco y a grandes sorbos bebió su contenido y se quedó dormido en un inconsciente letargo que al menos lo aislaba de sus dolorosos pensamientos. Aquel letargo duró hasta casi el mediodía del día siguiente, cuando fue despertado por Don Benito Casas que lo había ido a buscar para informarle del resultado de la comisión, pero antes de que Don Benito hablara, se adelantó Irineo y le dijo:

-No es necesario que me informe nada, todo lo que sucedió anoche yo lo escuché de viva voz desde la ventana de la sala donde hablaron con Don Guadalupe. Lo que más lamento es haberlos comprometido en una encomienda que resultó tan mal; le ruego les haga extensivas mis disculpas a las otras personas que lo acompañaron.

-No tienes de que disculparte, nosotros aceptamos tu encomienda conscientes de que no era fácil, pero nunca imaginamos que mi compadre Lupe se fuera a exaltar en tan fea forma al grado que hubo momentos en que tuvimos el temor de que golpeará a su hija delante de nosotros o que nos corriera a base de injurias o de violencias. No estoy para darte consejos pero si fueras mi hijo le diría lo mismo que ahora te recomiendo a ti:

Hay amores imposibles, no porque el amor en sí mismo lo sea, sino porque la gente y la vida se encargan a veces de poner obstáculos insalvables, yo creo que éste es uno de esos casos. Tengo la impresión sincera de que no habrá poder humano que pueda cambiar la opinión de mi compadre Guadalupe. Todos sabemos que es el hombre más terco del pueblo; además con franqueza te con-

fieso que en este caso su terquedad tiene una gran dosis de razón porque quiere lo mejor para su hija. Tal vez, en un caso similar yo actuaría en forma semejante. Todos los hombres y mujeres tenemos un cajón donde guardamos todas aquellas cosas que no fueron posibles. En ese cajón, generalmente arrojamos las cosas más bellas de nuestra vida; ese cajón está lleno de tristezas, de desencuentros y de nostalgias; lo que no pudo ser generalmente significa lo que mayor felicidad nos hubiera dado, pero que no se pudo hacer. Te recomiendo, como si fueras mi hijo, que guardes en ese cajón entrañablemente tu amor por Rosalba y que busques, por otros caminos, algún otro horizonte de felicidad. Nunca te había visto borracho; comprendo porqué lo hiciste, pero no te dejes arrastrar por caminos indebidos que sólo causan dolor, envilecimiento y degradación. Tú eres un buen muchacho que en tus cualidades y habilidades de jinete puedes encontrar un porvenir que te aleje de esta pobreza, y como el tiempo todo alivia y toda herida cicatriza, estoy seguro que volverás a encontrar un amor menos escabroso que el que ahora te hace sufrir.

Después de decir esto Don Benito se alejó, no sin antes acariciar la cabellera de Irineo con un gesto paternal. Irineo nada contestó y tan pronto vio alejarse a Don Benito lanzó con furia a la acequia la botella que aún contenía algo de mezcal y que pronto desapareció entre las aguas.

Muchos pensamientos contradictorios se incubaban en la mente de Irineo como vertiginosas ráfagas que en relampagueantes torbellinos lo enfrentaban angustiosamente con las imágenes dolorosas de aquel frustrado amor que tanto lo hacía sufrir. Pensaba, sin

poderlo evitar, en las terribles ofensas que Don Guadalupe le había proferido públicamente, involucrando, también a sus difuntos padres. Sentía que su corazón se iba endureciendo y la mancha negra del odio; de un odio ciego, iba oscureciendo su alma, antes tan diáfana y pura. Un deseo irresistible de venganza se apoderó de todo su ser, y sabiéndose incapaz de realizar su amor por las vías de rectitud y la honorabilidad, su odio lo llevó a pensar en la mejor forma de vengarse de Don Guadalupe. Tenía que ser algo tan íntimo y personal que ni siquiera su dinero, ni sus humos aristocráticos lo pudieran proteger; tenía que ser algo que le doliera en lo más profundo; algo que no solamente le causara sufrimiento y aflicción, sino también descrédito ante la gente del pueblo, en la que había muchos que los respetaban por el lugar prominente que ocupaba en la localidad derivado de su opulencia; había otros que le temían por el poder que siempre dá el dinero en cualquier sociedad, pero había otros muchos, que lo odiaban por los términos usureros con los que les había concedido algunos préstamos. Irineo quería vengarse de Don Guadalupe, de tal forma, que los primeros dejaran de respetarlo; que los que le temían y los que lo odiaban se regocijaran al ver degradado y afligido a quien siempre los había tratado con altanería y arrogancia. Todo un día, bajo la sombra del mezquite chueco, que como antes se dijo, le daba un tono peculiar a su humilde terrenito por sus grotescas formas, estuvo meditando los términos de su venganza; después de mucho meditar concluyó que la mejor forma de vengarse en la que se conjugaran todos los objetivos que él se proponía conseguir, podría ser la de proponerle a Rosalba que se fugara con él en medio de la noche, para poste-

riormente casarse con ella, con o sin el consentimiento de Don Guadalupe. Por supuesto, el casamiento con Rosalba no debería de ser muy rápido, para que la fuga de la muchacha se conociera en el pueblo y la venganza comenzara a surtir efecto, es decir, que transcurrieran los procesos naturales: en primer lugar, la vergüenza que todo padre experimenta cuando una hija se fuga con el novio, violando así, todas las reglas de buena conducta y de honestidad que todos los progenitores desean para sus hijas de ir vestidas de blanco ante el altar y de legalizar ante el juez del registro civil el contrato civil de matrimonio teniendo como testigos a las personas más honorables del pueblo. Después de esa vergüenza, que le causaría un gran descrédito, vendría la segunda etapa, la de la angustia, de no tener noticias de su hija y de estar consciente de que aquella fuga no fue contra la voluntad de la muchacha, la que, indudablemente, ya estaba haciendo vida marital con el hombre que la había enamorado, al grado de hacerla romper con todos los lazos familiares y con todas las normas de la decencia a la que estaban acostumbrados los hombres y mujeres de aquel pequeño pueblo, y por último vendría la tercera etapa o sea, la consideración de que dadas las circunstancias y de que lo hecho, hecho estaba, lo más importante sería rescatar lo más posible el decoro de la familiar; consistiendo, aunque fuera de mala gana aquel matrimonio que antes tanto se había rechazado.

Irineo, sabiendo que contaba con el amor de Rosalba, le dio rienda suelta en su interior a tan meditada forma de venganza; por supuesto, aquello requería de la aceptación de la muchacha para llevar a cabo la nocturna fuga; convencido de sus ideas y con una extraña alegría inter-

na, escribió una nota haciéndole saber a su amada, que habiéndose cerrado todos los caminos para realizar su amor por las vías del convencimiento, en nombre de sus grandes sentimientos amorosos le pedía que se fugara con él para casarse posteriormente, y le ofrecía que una vez casados le vendería a Don Silvestre González su pequeña propiedad que varias veces le había pedido le vendiera, y que con ese dinerito podrían irse a casar a San Felipe, donde había nacido su padre y todavía vivían algunos lejanos familiares, que sin duda alguna los ayudarían a establecerse y a formar su hogar. Terminaba la misiva reconociendo el sacrificio que significaba para ella el renunciar a todo, pero lo alentaba la idea de que el gran amor que se tenían llegaría a superar todas las adversidades. La propuesta para llevar a cabo la fuga sería tentativamente el siguiente domingo a la 1:00 de la mañana y él la esperaría en los muros que servían de contrafuerte atrás de la iglesia y que su caballo «Lucero» los llevaría hasta San Felipe, y terminaba pidiéndole que a través de Doña Julia le diera su respuesta, la que estaría esperando con todo su amor y su esperanza.

Cuando Doña Julia se enteró del contenido de la cartita que se le encomendaba llevar, le reconvino fuertemente a Irineo diciéndole: ¿Sabes lo que le estas pidiendo a esa buena muchacha? Le estas pidiendo que renuncie a lo que toda mujer desea cuando ama a un hombre, es decir, vestirse de blanco entre la algarabía de sus amigas, y el respeto social de toda la gente del pueblo, la bendición sacerdotal en la casa de Dios, recibir la ostia hincada al lado del que va a ser su esposo y prometerse ante el Señor respetarse y amarse mutuamente por todos los días de su vida hasta que la muerte lo separe, así como

el banquete y el baile que se acostumbra en el pueblo para testimoniar la felicidad de toda la gente ante un evento que cumple las reglas que la propia sociedad de este pueblo se ha impuesto a sí misma como normas de conducta a seguir para todos los hombres y mujeres que pretendan formar un hogar bajo las leyes civiles, religiosas y sociales. ¿Sabes Irineo, el tremendo dolor que le vas a causar a Don Guadalupe en el caso de que se realice la fuga? ¿Comprendes la vergüenza de toda su familia?

-Irineo se limitó a contestar: «He pensado en todo, y si Rosalba me apoya, lo llevaremos a cabo así llueva, trueque o relampaguee. Estoy decidido a todo. Tú simplemente lleva la cartita y pídele a Rosalba que a más tardar mañana jueves te entregue la contestación.

Doña Julia, no muy convencida de la probidad de su encargo, porque ella había accedido a servir de intermediaria entre Irineo y Rosalba, porque consideraba una injusticia que se truncara aquel gran amor sólo porque Irineo simplemente fuera pobre y ella rica, pero esto era diferente; en el fondo de sus razones no estaba muy de acuerdo en que su unión se realizara violando todas las buenas costumbres por medio de una fuga que lastimaría a mucha gente inocente, sin embargo cumplió con su misión y aprovechando su posibilidad de entrar libremente y en confianza a la casa de Don Guadalupe, subrepticiamente, como las veces anteriores, entregó la cartita en las manos de la «niña Rosalba» complementando el mensaje de Irineo de pedirle una rápida contestación. Rosalba, como las veces anteriores demostró una gran alegría al recibir la cartita de su amado, pero al leer su contenido lanzó un leve gemido de dolor y sollozando, con estremecimientos de su cuerpo, se derrumbó en la

cama y continuó llorando por largo tiempo. Doña Julia que había permanecido a discreta distancia de la muchacha, también derramó lágrimas de solidaridad, comprendiendo su dolor; cuando advirtió que Rosalba se había calmado, se acercó a ella y le preguntó cuándo vendría por la contestación y Rosalba, todavía con los ojos preñados de lágrimas, con una determinación que sólo las mujeres pueden tomar cuando sienten lastimados sus sentimientos amorosos, le contestó: ¡En este mismo momento le voy a contestar! Y de inmediato se sentó frente a la mesita de su alcoba y con nuevos sollozos comenzó a escribir; a los pocos minutos le entregó a Doña Julia la respuesta y ésta, al retirarse, todavía alcanzó a escuchar los dolientes gemidos de la bella muchacha.

Doña Julia no se atrevió a leer el contenido de la contestación, pero por la actitud de Rosalba estaba segura que contenía una terminante negativa, por esa razón al entregarla a Irineo no quiso permanecer ni un instante frente a él, y rápidamente se alejó de su presencia.

Irineo con gran nerviosidad e inquietud abrió la cartita y tratando de calmarse a sí mismo se fue a sentar bajo la sombra del mezquite chueco, que era su lugar preferido cuando se trataba de meditar sobre aspectos importantes de su vida, y con gran tristeza se enteró de su contenido. Entre otras cosas Rosalba le decía: «Nunca pensé que me fueras a hacer tan deshonrosa petición, que en sí misma me degrada y me humilla; yo pensé que de veras me querías honradamente y que considerando mi rango social y el linaje de mi familia, buscarías los medios más honorables para realizar nuestro amor y formar juntos, tú y yo una nueva familia sin mancha de deshonra ni sombras de culpa original. Es mucho el dolor y la decep-

ción que me ha causado tu desagradable propuesta mas no por eso voy a pensar que dejaré de amarte; mi amor por ti no es tan frágil para romperse por una errónea actitud de tu parte; te ofrezco buscar muy pronto la forma de entrevistarme contigo personalmente, para decirte las posibilidades, no muy remotas, de que nuestro amor pueda realizarse sin romper reglas, sin lastimar a nadie y bajo sólidos cimientos para que podamos formar una familia que merezca el respeto de todo el mundo. Y terminaba diciendo: ¡Te adora tu lastimada pero siempre leal amada tuya! Irineo quedó muy confundido con aquella respuesta de quien le decía estar muy dolida y muy decepcionada de su propuesta de fuga, pero que al mismo tiempo le refrendaba su gran amor y le daba nuevas esperanzas. No estaba muy seguro del sentimiento que habían provocado a su espíritu las palabras de su amada, porque aunque entrañaban una negativa terminante, de la fuga implicaban también, una confirmación de su amor y esperanzadoras posibilidades futuras; de lo que sí estaba seguro era de la gran entereza de la muchacha, de su firmeza y honorabilidad, y sobre todo, de la autenticidad de su amor. Lo único que le molestaba de aquella carta eran las expresiones relativas a su «rango social y linaje de familia» que había utilizado en forma muy parecida a como las usaba con arrogancia Don Guadalupe, su padre, cuando quería presumir de su posición social y de su dinero, siempre con la doble intención de humillar a los demás. Nunca pensó que Rosalba usara esas expresiones en su relación con él, sabiendo que la diferencia de posición social era precisamente la razón de sus imposibilidades.

Todo parecía indicar que un rayo de esperanza empezaba a iluminar un posible horizonte para aquellos dos seres que se amaban, pero un golpe del destino amenazaba sus renovadas esperanzas; Rosalba, en un desplante de autenticidad, cometió el gravísimo error de enfrentarse a su padre y confesarle que Irineo le había propuesto fugarse para irse a casar a escondidas a un pueblo cercano. Propuesta que ella había rechazado en aras de conservar el honor de la familia, y con cierta altanería, para demostrarle su veracidad, le mostró la carta de Irineo. Ella lo hizo con la intención de que su padre temeroso de ver hasta donde podían llegar las cosas por culpa de su obstinada oposición, por intimidación o por consideración, tuviera un rasgo de generosidad y aceptara, o cuando menos entendiera, que el amor es una fuerza capaz de mover montañas o de salvar cualquier valladar ¡qué equivocada estaba Rosalba! Don Guadalupe no tenía el más mínimo atributo de generosidad, ni de comprensión; le arrebató la carta de sus manos, se dio la vuelta y se retiró furioso farfullando horribles palabras y lo último que logró escuchar Rosalba: fue iba a ver ese desgraciado cómo le va a ir, no sabe de lo que soy capaz!

Inmediatamente, Don Guadalupe, se dirigió a la Presidencia Municipal y pidió hablar con el señor Alcalde y con el Comandante de policía a la vez, lo cual no le fue difícil porque ambos le debían mucho dinero y una vez frente a ellos dijo: Vengo a denunciar un delito de rapto que pretende cometer Irineo Gonzalez en contra de mi hija Rosalba Elizondo, que como ustedes saben todavía es menor de edad pues sólo tiene 17 años; aquí traigo una carta escrita y firmada por puño y letra del mentado Irineo, donde ustedes pueden ver su intención de raptar

a mi hija, lo cual a todas luces es un delito, quiero, por lo tanto, que cumpliendo con la ley apliquen todo el rigor que el caso requiere y solicito que de inmediato sea detenido y encarcelado para evitar que lleve a cabo sus malos propósitos, de no hacerlo así, los haré responsables a ustedes de lo que pueda pasar.

Le concedemos toda la razón a su preocupación -dijo el Alcalde- pero nosotros como autoridades tenemos que analizar todos los ángulos del caso, porque tenemos conocimiento, y creo que todo el pueblo lo tiene, de que Irineo y Rosalba son novios, y que inclusive a petición de él, se formó una comisión muy formal de pedimento que acudió a la casa de usted a solicitar la mano de su hija, y también sabemos que usted se negó totalmente a concederla, y que además de mala manera usted casi los echó de su casa.

De veras que en este pueblo todo es puro chismorreo.

-Dijo Don Guadalupe- habíamos quedado en que nadie se enteraría de esa comisión, pero eso no importa. Lo que verdaderamente debe importarles a ustedes como autoridades es la intención de ese pelagatos que quiere robarse a mi hija, que es una menor de edad. Les advierto que en el caso de que ustedes no respondan a mi petición, estoy dispuesto a ir a hablar con el señor Gobernador del Estado, muy mi amigo, quien me debe muchos favores que no es el caso de contárselos a ustedes, a fin de que oficialmente les ordene cumplir con su deber. Por otra parte, no se olviden de los compromisos económicos que tienen conmigo, ya vencidos desde hace mucho tiempo, y que en cualquier momento puedo exigir legalmente su cumplimiento. Por última vez les pido que le den entrada a mi denuncia y manden detener de

inmediato a ese infeliz y lo encarcelen con carácter de incomunicado.

-No es necesario, Don Guadalupe, que vaya a molestar al señor Gobernador; de antemano pienso que usted tiene la razón y le reconocemos plenamente el derecho de proteger a su hija, y como no queremos ser los responsables de que mañana o pasado Irineo cumpla sus intenciones, desde este momento el comandante de policía a mi cargo, procederá a llevar a cabo la detención inmediata de Irineo González. Ahora bien; como usted sabe, estamos reparando por completo la cárcel Municipal y por lo tanto, hemos habilitado momentáneamente la parte baja del kiosco de la plaza como cárcel provisional, donde habremos de recluir al preso mientras consignamos el caso a las autoridades Judiciales que son la cabecera de nuestra jurisdicción. ¡Qué bueno! -dijo Don Guadalupe- que lo encierren en el kiosco de la plaza para que allí toda la gente del pueblo vea a ese delincuente y queden advertidos de quién es Don Guadalupe Elizondo cuando alguien le «pisa los callos» y trata de lastimar sus intereses. Es más, señor Alcalde, ojalá que no solamente lo tenga encerrado sino que, además, lo amarre de uno de los postes del kiosco para que sirva de escarmiento a todos los pobladores de este Municipio.

Eso sí no se lo puedo conceder, Don Guadalupe, porque ese tipo de penas no las permite la ley. Además, Irineo no es un furioso criminal para tenerlo encadenado; usted sabe que siempre ha sido, hasta ahora un muchacho respetuoso y trabajador, que por el contrario varias veces le ha dado prestigio a nuestro pueblo en las ferias de la región; por otra parte nunca había cometido ninguna falta. Pero sí, le aseguro, que hoy mismo quedará privado

de su libertad hasta que las autoridades correspondientes resuelvan este caso.

En efecto, Irineo fue aprehendido en su domicilio y conducido al kiosco de la plaza. Cuando Rosalba se enteró lloró amargamente su impotencia, pero por primera vez faltándole al respeto a su padre, le reprochó acremente su proceder, dejándole al final de sus reproches una frase que Don Guadalupe no pudo soslayar: -Si crees, papá, que con esto que estás haciendo voy a dejar de querer a Irineo ¡¡ te equivocas!! Por el contrario, me siento culpable de haberte enseñado su carta, que has utilizado como instrumento para condenarlo, y al sentirlo víctima de mi indiscreción, ahora lo quiero más y en esa misma medida te empiezo a odiar a ti.

Era la primera vez que su hija le faltaba al respeto en esa forma, y como era lo único que tenía en su mundo familiar, le dolió mucho escuchar que su hija empezaba a odiarlo. Para agravar la situación el comandante de policía queriendo complacer a Don Guadalupe, durante la noche entró a la improvisada prisión y golpeó sin piedad a Irineo con su macana pretextando que lo había agredido al tratar de huir. Al día siguiente todo el pueblo de Loreto presenció a un Irineo bañado en sangre, pero sin exhalar ninguna queja; en su rostro se advertía un desplante de indiferencia resignada, su mirada fría revelaba un poderoso resentimiento que se traducía en un silencio contenido; sólo miraba el piso de su prisión y en la noche se consolaba viendo las estrellas.

Una multitud de vecinos enardecidos se presentaron ante el palacio Municipal pidiendo, con pancartas y con gritos, la libertad del muchacho a quien todo el mundo quería y respetaba, porque advertían que su triste situa-

ción había sido provocada solamente por la gran influencia del dinero de Don Guadalupe. Podría decirse que el pueblo entero estaba exigiendo la libertad de Irineo; al grado, que se instalaron en los jardines de la plaza; así como en la puerta del Palacio Municipal impidiendo la entrada del Alcalde y de los demás funcionarios, además, amenazaron con pedir la solidaridad de los pueblos cercanos. Aquella situación de protesta popular adquirió perfiles tan graves que sin contar con la anuencia de Don Guadalupe el Alcalde ordenó la libertad del preso antes de las 72 horas que el Reglamento Municipal señalaba para la consignación judicial de los delitos.

Muy adolorido y todavía sangrando por las heridas que le causaron los golpes recibidos, Irineo al ser puesto en libertad, acompañado por un grupo de sus mejores amigos, se dirigió a sus humildes jacalitos a convalecer de sus lesiones. Al llegar se dio cuenta que en esos dos días y noches que pasó en prisión, le habían robado cuatro de los ocho cerdos del chiquero donde los tenía encerrados, lo cual agravaba más su difícil situación económica; como nadie se dio cuenta del robo Irineo se resignó a tan triste pérdida; le habían truncado una de sus principales fuentes de ingreso, así como su esperanza de que al venderlos podría haber dedicado el dinero obtenido a mejorar las condiciones de sus jacales, principalmente, el que servía de cocina, que era el más cercano al mezquite chueco, y el que más lo requería.

Todo su sufrimiento físico y espiritual, así como la vergüenza de haber sido expuesto a la humillación pública como si fuera un criminal, acentuó el odio que ya sentía por Don Guadalupe y exacerbó infinitamente su deseo de venganza; pero lo que más le dolía era que

Rosalba no había dado un sólo paso para impedir su detención o para ayudarlo en la búsqueda de su libertad, ni siquiera había ido a verlo a su prisión en el kiosco, para llevarle un poco de consuelo. Además, le quemaban el cerebro las dudas que bullían en su mente acerca de ¿Cómo había llegado a las manos de Don Guadalupe la carta donde le proponía la fuga a Rosalba? ¿Acaso ella por descuido la había dejado en algún lugar donde casualmente Don Guadalupe la encontró, o tal vez, su propuesta fue tan impertinente y ofensiva para Rosalba que con toda intención se la entregó voluntariamente a su padre? A Irineo esto último, no le parecía posible, porque Rosalba no era capaz de traicionar su amor; sin embargo, en su carta de respuesta le había advertido que su propuesta le había causado una gran «desilusión» ¿Habría sido tanta su desilusión que la hubiera llevado al extremo de mostrarle la carta a su padre, sabiendo que eso podría traerle graves consecuencias? No sabía en realidad, qué pensar de todo aquello ¿Lo habría dejado de querer Rosalba? ¿Por qué no fue ni siquiera a verlo a la prisión? ¿Por qué no intentó a través de Doña Julia mandarle un mensaje de advertencia, primero, o de consuelo después?

Ante tantas ideas confusas que atormentaban su mente Irineo resolvió esperar a que Rosalba se comunicara con él y que fueran el tiempo y las iniciativas de Rosalba las que resolvieran definitivamente su incertidumbre.

Pasaron los días y Doña Julia no acudió a sus jacalitos llevando alguna noticia de Rosalba; sin poder contener su inquietud fue a la casa de Doña Julia y casi sollozando le preguntó por su amada: Si la había visto últimamente, si la había visto triste, o llorar a solas; si se mostraba indi-

ferente ¿Porqué no le había mandado ninguna misiva?

Mira Irineo; desde que ella supo que estabas en la cárcel pública no ha hecho otra cosa que llorar, porque se siente culpable de lo que te pasó, ella me confesó que ingenuamente creyó que al enterarse su padre de una posible fuga motivada por su cerrada oposición a los amores de ustedes, advertido de ese peligro, se ablandaría su corazón y actuaría con mayor comprensión, pero resultó todo lo contrario, el viejo le arrebató la carta de las manos y se fue directo a la Presidencia Municipal con los resultados que todos conocemos. Está ella arrepentida de haberte causado ese daño que trajo por consecuencia que te golpearan injustamente y que al tener abandonadas tus pertenencias te hubieran robado tus cochinitos. Me dijo que no fue a verte a la prisión porque de alguna manera su padre se hubiera enterado y hubiera obligado al Alcalde a hacerte males mayores. Pero me aseguró que por sentirse culpable de tu dolor y de tus heridas ahora te quiere más y que tiene decidido provocar un serio enfrentamiento con su padre en el cual estará más presente el amor que te tiene a ti, que el que ya dejó de tenerle a su progenitor; y me ofreció que una vez que eso suceda me informaría de los resultados para que a la vez te los comunicara a ti; por eso no había ido a informarte nada porque esperaba saber el resultado de ese enfrentamiento y llevarte noticias concretas.

Al escuchar todo aquello Irineo sintió que se le tranquilizó el alma, pero a la vez le inquietó desconocer lo que se proponía Rosalba al enfrentar a su padre. Volvió a sus jacalitos con una expresión más calmada en su cara. Tomó su vieja guitarra, se fue a sentar bajo la sombra del mezquite chueco y acompañado del suave rumor del agua

de la acequia entonó la dulce canción de amor diciendo:  
«Quisiera ser golondrina. . .»

En efecto, Rosalba al percibir la inquebrantable obcecación de su padre, que cerraba todas las puertas a su amor por Irineo resolvió hablar a solas con él, para ello acudió a su recamara un día en que Don Guadalupe se había sentido mal de salud y había querido permanecer en su cama durante algún tiempo. Hasta allí llegó Rosalba con el pretexto de llevarle una jarra de limonada, cerró las puertas de la recamara, se sentó a un lado de la cama y le dijo:

-Papá, quiero que me escuches detenidamente, sin interrumpirme porque lo que voy a decirte no admite discusión ni regaño. Nunca pensé que algún día tendría que hablarte de esta manera, pero con tu proceder me has obligado a hacerlo. Amo profundamente a Irineo y ni tus ofensas, ni consideraciones que de sobra conozco evitarán que lo siga queriendo. Como soy tu única hija y no quiero deshonar el honor de la familia acataré, mientras tu vivas, tus prohibiciones de realizar mis amores con Irineo. Acataré también tus negativas a que tenga alguna conversación con él, pero con el fuerte carácter que heredé de mi madre, y con la terquedad con la que te he visto actuar desde que era niña, que me han hecho ser igual de terca que tú, te sentencio, que si Dios se acuerda primero de ti que de mí, que sería lo más lógico dada tu avanzada edad y la tremenda diabetes que permanentemente amenaza tu salud, te juro, desde ahora, que al día siguiente de que tú mueras, me casaré con Irineo aquí o en cualquier otro pueblo y no podrás hacer nada para evitarlo, pero también te juro, como ya te lo dije, que mientras tú vivas acataré tus prohibiciones y no haré nada

que lastime el buen nombre de nuestra familia.

Don Guadalupe se quedó impávido, las palabras y el tono de voz de su hija habían sido determinantes; nada tenía que reprocharle, sus promesas de acatamiento a sus prohibiciones habían sido formales, pero igualmente rotunda había sido su advertencia de lo que haría después de su muerte, y en medio de la perplejidad que le habían causado las palabras de su hija, no supo qué contestarle, porque aquella advertencia no tenía contestación; era un hecho irrefutable que la naturaleza misma se encargaría de resolver en definitiva. Sólo logró decirle: Hija mía ¿tú amor será tan grande y tan suficiente que te haga aceptar ir a vivir a los mugrosos jacales donde vive Irineo y que tengas que prepararle los alimentos en aquella asquerosa cocina?

Rosalba no contestó nada, simplemente se retiró con pasos firmes y decididos dando un fuerte cerrón a la puerta.

Con la misma determinación salió de su casa, se dirigió al domicilio de Doña Julia y le comunicó lo sucedido, pidiéndole que fuera a contarle todo a Irineo, ofreciéndole que le mandaría una cartita muy pronto informándole acerca de la actitud que había tomado su padre con motivo de dicho enfrentamiento.

Irineo se quedó impresionado de la vigorosa actitud de su amada que revelaba su fuerte carácter y la lealtad de su amor. Le intrigaba la actitud que tomaría Don Guadalupe, pero lo tranquilizaba la idea de que si bien era un hombre tozudo, soberbio y engraido, no se sabía que hubiera mandado asesinar o desaparecer a nadie; es decir, no llegaba a tal extremo su arrogancia.

A los pocos días, antes de que llegara alguna misiva de Rosalba, acudió a sus jacalitos Don Anselmo, un hombre serio, de irreprochable conducta, tirando más a antisocial, que a huraño, y desde la orilla de la cerca de su terrenito, le dijo en voz alta: Irineo, necesito hablar contigo de un asunto muy importante ¿me permites pasar?

-Pase usted, Don Anselmo: En esta pobre casa son bien recibidos todos los hombres honorables y de buena voluntad, como usted.

Después de dar las gracias por el recibimiento tan afectuoso, Don Anselmo fue conducido por Irineo al jacal mayor, donde le ofreció al visitante una vieja silla cuya fragilidad resultaba evidente. Don Anselmo se sentó con cierto cuidado e Irineo hizo lo mismo en una vieja mecedora con asiento de mimbre.

-¿Qué lo trae por acá, por esta humilde casa, Don Anselmo?

-Me trae un asunto muy delicado que quiero lo acojas con mucho respeto.

-¿De qué se trata, Don Anselmo?

-Se trata de una encomienda personal que me ha encargado Don Guadalupe Elizondo. A su lecho de enfermo me mandó llamar para hacerme este encargo que me hace venir hasta aquí. Mi compadre Guadalupe está seriamente enfermo a causa de una diabetes aguda que le está afectando varios órganos vitales, de pronóstico nada halagador. El médico que lo atiende tal vez por ética profesional se reserva su diagnóstico y sólo se limita a decirle al enfermo y a su hija Rosalba, que el caso es muy serio, de difícil recuperación y que está haciendo todo lo posible por prolongar la vida del enfermo, pero que el desenlace será inevitable, sin poder precisar el tiempo que le

queda de vida a su paciente. Consciente de ello mi compadre Lupe ya está arreglando todos sus papeles para después de su muerte; su preocupación mayor es el futuro de su hija y como presente que al faltar él su hija se matrimoniará contigo, porque ella misma, de viva voz así se lo comunicó hace unos días, me pidió qué viniera a hablarte porque quiere que vayas a su casa para acordar los términos en que podría llevarse a cabo ese matrimonio. Es decir, él quiere ver casada a su hija antes de morir; para ello, estaría dispuesto a dar su consentimiento para ese matrimonio, pero antes quiere exigirte algunos compromisos tratando de garantizar la mayor felicidad de su hija. Me pidió, además, que tú fijaras la fecha y la hora de esa entrevista, a la que yo debería de acompañarte y servir de testigo de lo que ahí se trate, en la inteligencia de que debe llevarse a cabo lo más pronto posible antes de que empiece a perder sus facultades mentales, pues las físicas ya están muy deterioradas, al grado de que ya no puede ni siquiera levantarse de su lecho.

-¡Pobre viejo! -exclamó Irineo- ya de nada le sirve su dinero, ni su arrogancia. Con todo gusto acepto la entrevista, cuanto antes mejor, porque eso me acerca a la gran felicidad de casarme con Rosalba, que ha sido y sigue siendo la mayor ilusión de mi vida. No sé qué condiciones me quiera poner Don Guadalupe, pero de antemano estoy dispuesto a aceptarlas si con ello nos concede su consentimiento para el casorio; así es que hágame el favor de arreglar cuanto antes la entrevista.

-¡Qué bueno, muchacho, que pienses así! Enseguida voy a hablar con mi compadre para que nos reciba mañana a las 12:00 del mediodía ¿Qué te parece?

-Aquí lo esperaré Don Anselmo con muchas ganas de que todo salga bien.

Una vez que Don Anselmo se alejó, Irineo, a su vez, se dirigió presuroso a la casa de Doña Julia para contarle lo sucedido sin poder ocultar su alborozo; Doña Julia también se regocijó con la noticia, y cuando éste le preguntó sobre las condiciones que podría exigirle Don Guadalupe para dar su consentimiento, ella le contestó:

-Seguramente te exigirá que hagas feliz a su hija, que la trates bien porque es una muchacha muy delicada y que te esfuerces por darle las mejores condiciones de vida, lo cual, en mi concepto, serían exigencias muy justas. Trata de olvidar ante su presencia, todo el resentimiento o el odio que te causaron sus ofensas; considera que es un hombre muy enfermo, que en su lecho de muerte quiere garantizar el porvenir de su hija.

-Esto último que me pides me resulta imposible garantizarlo; las ofensas y las humillaciones que he sufrido de su parte me han obligado a conocerme más a mí mismo, y he descubierto que tengo mucha capacidad de amar, pero también de odiar; he descubierto también, que no sé perdonar; en fin, los sufrimientos, las humillaciones y los golpes que he recibido por culpa de Don Guadalupe me han llevado a descubrir en la parte más profunda de mi espíritu, una terrible personalidad, casi monstruosa, que presiento me ha endurecido el alma irremediablemente, al grado de que mi deseo de venganza contra ese hombre se ha convertido en una obsesión incontenible, que alimenta mis más negros instintos. Yo mismo no sabía la terrible condición de mi alma ante la afrenta y el agravio; ese viejo no solamente me ofendió a mí públicamente; sino también a mi divina madre y al pobre hom-

bre que fue mi padre. ¡Nunca podré olvidar y menos perdonar tantas infamias! Y sobre todo llevo grabado con el fuego de un odio casi diabólico, aquella noche que, sin que nadie se diera cuenta, llegó hasta el kiosco que me servía de prisión, y después de pedirme que me acercara a las rejas para hablar conmigo, me escupió el rostro y me fustigó con una vara que llevaba en las manos. ¿Cómo voy a perdonar eso? ¡De ninguna manera! Y menos sabiendo, como lo sé; que su actitud actual, fingiendo una concordia que en el fondo no siente y que sólo la aparenta, es porque sabe que se va a morir muy pronto y no quiere llevarse remordimientos de ninguna especie. Sin embargo, por el amor de Rosalba, voy también a fingir mi odio y tomaré una actitud contemplativa y condescendiente hasta donde me sea posible, pero quiero que lo sepas, mi querida Julia, que ni en su lecho de muerte lo perdonaré y abrigo la esperanza de que una noche, sin que nadie me vea, ir al panteón a escupir su tumba, como él me escupió a mí.

-¡Me asustas muchacho! -expresó Doña Julia- nunca imaginé que dentro de tu alma de niño bueno hubiera tan negros nubarrones de odio, ante los cuales de nada te servirían mis consejos; pero quiero advertirte, que el odio, le hace más daño al que lo siente que a la persona odiada, porque corroe el alma, endurece el corazón, y los sentimientos se vuelven tan dañinos, que terminan lastimando hasta a los seres más queridos, que te rodean. Esa manera de odiar que estoy descubriendo en ti, seguramente la heredaste de tu padre, que no obstante que era un hombre bueno, en una ocasión recibió una ofensa tan grande, de un hombre muy poderoso, por lo que, incapaz de vengarse, se dio a la bebida, y entre más bebía más

recordaba la ofensa y más dolorosa le parecía su impotencia para descargar su odio y para llevar a cabo una venganza que restañara su honor; por eso bebía tanto tu padre y ese vicio lo llevó prematuramente a la muerte.

-¡Cuéntame Julia cuál fue la injuria que recibí mi padre, y de parte de quién, para cumplir yo la venganza que él no pudo llevar a cabo!

-Ya sabía que ibas a reaccionar así, hijo mío, pero ya no puedes vengar nada porque el ofendido y el ofensor hace mucho tiempo que murieron, y por lo tanto ya no tiene ningún caso recordar o revivir viejas discordias. Prepárate espiritualmente para tu entrevista con Don Guadalupe, esfuérate por no demostrar tus resentimientos frente a él. Haz lo posible por aceptar sus condiciones si se refieren a la felicidad de Rosalba porque queriéndola como tú la quieres no te será difícil aceptarlas. Trata de demostrarle a Don Guadalupe tu mejor lado, porque lo tienes, y demuestra tolerancia y respeto aunque sólo sea aparentemente, Rosalba lo merece, ella tuvo la entereza de enfrentarse a su padre y provocó con su actitud el motivo de la entrevista que te está concediendo Don Guadalupe. ¡Pórtate bien, hijo mío! De tu actitud depende que esa buena muchacha realice su ilusión de casarse contigo, con el asentimiento de su padre, la bendición de Dios frente al sacerdote, y el jolgorio de todo el pueblo al asistir al matrimonio de un joven apuesto y bragado, que con audacia le ha dado prestigio a nuestra comunidad, con una de las muchachas más bellas y honestas de la comarca. Te ruego que después de la entrevista con Don Guadalupe vengas conmigo a informarme de su resultado; me interesa mucho conocer las condiciones que te ponga Don Lupe para dar su consentimiento para el ca-

sorio. ¡Que Dios te ilumine y que con su omnipotencia domine en tu interior al diablo del odio que corroe tus entrañas! Yo por mi parte, te ofrezco avisarle a Rosalba de que mañana irás a esa entrevista, aunque yo creo que ya lo sabe, su padre debe habérselo dicho.

Después de aquello, Irineo regresó a sus jacalitos, tomó su vieja guitarra se sentó debajo del mezquite chueco, pero no tocó las cuerdas del instrumento, lo dejó en un lado y se puso a meditar hasta que lo sorprendió la noche. Le abrumaba todo lo que había comentado Doña Julia y una ola de buena voluntad que le llegó a su alma al ver en el cielo aparecer las estrellas lo condujo a un estado de ánimo de placidez calmosa y le dieron muchas ganas de rezar, y repitió varias veces las oraciones y los rezos que su madre le había enseñado desde niño, y sin darse cuenta dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas. No entendía por qué lloraba pero percibió que se aliviaba un tanto la opresión que sentía en el pecho. Esa noche poco pudo dormir, mil imágenes extrañas y contradictorias revoloteaban en su mente, trataba de prepararse para aparecer calmado al día siguiente frente al hombre que tanto odiaba y que tanto daño le había causado; y empezó a recordar algo que tenía olvidado, alguna vez su madre le había insinuado que a su padre no le parecía que ella trabajara con Don Guadalupe como sirvienta y de pronto le surgió la terrible idea de que, acaso, la gran ofensa que su padre no pudo olvidar, ni vengar, y que lo tiró a la bebida, se la había hecho también Don Guadalupe, y si así fuera ¿Cuál podría haber sido esa ofensa? Acaso le faltó al respeto a su esposa, cuando trabajaba para él. Irineo trató de desechar esa idea, porque no coincidía con el comentario de Doña Julia de que: «tanto el ofen-

dido como el ofensor ya habían muerto» o tal vez, lo dijo así para no agravar más su odio hacia Don Guadalupe. En esos pensamientos estaba cuando amaneció; se levantó, fue al jacalito que servía de cocina, prendió el fuego en el fogón, y se preparó una taza de café que acompañó con unas gordas de elote que había guardado desde hacia varios días en una canasta colgada del techo, para protegerla de los ratones y otros bichos. Después se metió a la acequia y se dio un buen baño que lo hizo despertar por completo y de asearse para después vestirse con sus mejores prendas y esperar a Don Anselmo para ir juntos a la entrevista con Don Guadalupe.

Don Anselmo llegó a la hora convenida y juntos partieron hacia la casa de Don Guadalupe. Rosalba les abrió la puerta y antes que nada les dijo ¡Bienvenidos a ésta su casa! Y dirigiéndose a Irineo con lágrimas en los ojos le expresó: Irineo, amor mío, acepta lo que te pida mi padre para que nos conceda su consentimiento y casarnos como Dios manda ¡Hazlo por mí, por nuestro amor y por nuestro futuro! A usted Don Anselmo -dijo la muchacha- le doy gracias por su buena intervención a nuestro favor. ¡Pasen, mi padre los está esperando! Está un poco débil pero se desayunó bien, se tomó todo el atole de maicena que le preparé pero no podrá levantarse de su cama; con ese motivo coloqué dos sillas cerca de su lecho para que puedan platicar en privado. Yo estaré aquí en la sala esperando que terminen de platicar, así como los resultados de la entrevista.

Al entrar a la recámara Irineo al ver a Don Guadalupe se tuvo que esforzar para disimular un gesto de encono que nacía de las partes más oscuras del alma; se limitó a decir respetuosamente «buenas tardes». Don Anselmo se

acercó a la cama del enfermo lo saludó de mano y le dijo: aquí me tienes compadre Lupe cumpliendo lealmente tu encomienda: ¡Siéntense por favor! -dijo Don Guadalupe- como Irineo se había sentado en la silla más alejada de la cama, Don Guadalupe le pidió que acercara su silla lo más posible de la cabecera de su cama, para no tener que hablar muy fuerte. Una vez que Irineo se acercó, casi al nivel de la cabeza de Don Guadalupe, éste comenzó a hablar y dijo: Irineo, como ya te habrá informado mi compadre Anselmo, de esta cama no me voy a levantar, la diabetes está acabando con mi vida y como pronto he de morir, he resuelto arreglar todas las cosas relacionadas con mi muerte, principalmente las que tienen que ver con la vida y futuro de mi hija Rosalba, de quien me preocupa sobre todas las cosas, su felicidad. Seguro como estoy, porque ella me lo ha hecho saber con sus propias palabras, que una vez que yo muera ustedes realizarán su matrimonio, he preferido participar en ello y le he ofrecido a Rosalba dar mi consentimiento para su casamiento, siempre que tú aceptes algunas condiciones que quiero imponerte para asegurar, de alguna manera una buena vida futura para mi hija. Tú sabes que en el fondo yo nunca aceptaría que se casara contigo; sigo pensando que ella se merece algo mucho mejor que tú -Al llegar a este punto, Irineo se puso de pie bruscamente e interrumpiendo a Don Guadalupe lo increpó y le dijo- Si va usted a volverme a ofender aprovechándose de que estoy en su casa, desde este momento, por mi parte, doy por terminada la entrevista; Don Anselmo me convenció de venir a hablar con usted asegurándome que esta plática sería en buenos términos, pero el tono de sus palabras y el rumbo que llevan, terminarán por ofenderme como

siempre. En esta ocasión no se lo voy a permitir.

¡Vaya! ¿De dónde me saliste tan quisquilloso y tan digno? -dijo con arrogancia Don Guadalupe-

Al oír aquello, que en sí mismo entrañaba desprecio, Irineo se dirigió firmemente hacia la puerta de salida, pero antes de llegar a ella lo detuvo Don Anselmo y reclamó fuertemente a Don Guadalupe diciéndole: ¡Compadre Lupe estás faltando a tu palabra! Tú me prometiste que tratarías bien a Irineo, de no ser así, nunca le hubiera pedido que viniera. El muchacho tiene razón en molestarse y no te olvides, que tú fuiste quien lo mandó llamar.

-Tienes razón, la culpa es de esta maldita diabetes que provoca se me suba muy pronto la sangre a la cabeza. Te pido disculpas Irineo y te ruego vuelvas a tomar asiento, con la seguridad de que no volveré a cometer el mismo error, siéntate y escúchame con toda atención. Antes de empezar a hablar te ruego compadre Anselmo que acerques y pongas en mis manos aquel crucifijo que está sobre aquella cómoda porque quiero que todo lo que aquí se diga sea en nombre de Jesucristo para que tenga mayor fuerza moral y religiosa.

Ya con el crucifijo en las manos recargado en el respaldo de su cama y muy cerca de donde estaba sentado Irineo, Don Guadalupe, con voz ceremoniosa, dijo:

Solamente una condición voy a ponerte; si la aceptas tendrán tú y Rosalba mi consentimiento pleno para su matrimonio. Pero antes de decirte en qué consiste esa condición, quiero hacer un preámbulo para que entiendas mejor las razones que me mueven a plantearte esa condición. Cuando mi hija nació era su cuerpecito tan blanco y delicado que mi esposa cuando me la mostró

me dijo «Mira Lupe es tan linda que parece una Rosa Blanca» y por eso acordamos ponerle el nombre de Rosalba. Te cuento esto para que tengas una idea del grado de delicadeza, de belleza y de ternura que mi niña desde que nació trajo a este hogar. A medida que fue creciendo se fue modelando en ella un carácter tierno dulce y amoroso que llenaba de belleza nuestro hogar; los pajaritos en el jardín donde ella jugaba parecían competir entre ellos para darle sus mejores trinos, y las flores, sobre todo las rosas que mi esposa cuidaba con esmero y que engalanaban el jardín, cuando mi niña pasaba cerca de ellas, parecía que doblaban sus corolas avergonzadas de no ser tan bellas como ella; los animalitos que eran sus mascotas: perros, gatos, patos, canarios y hasta una ardilla, se tornaban dóciles y tiernos ante sus caricias. El caballito que ella montaba, cuando la sentía en su lomo movía su cola como un perrito, como señal de sentirse feliz por llevar a la niña encima, y eso que todos sabemos que los caballos nunca menean la cola lateralmente; una chivita que se encariñó con ella, como no le permitíamos que durmiera en su cama, se pasaba las noches recostada al pie de la puerta de su recamara. En fin, quiero mostrarte con esto, el tipo de vida cómoda y dulce que bordó de ternura los años infantiles de Rosalba.

En la escuela era la niña que más amigas tenía; era increíble ver cómo todas las tardes, al salir de la escuela, la acompañaban hasta la puerta de esta casa más de una decena de niñas. En ocasiones mi esposa, que en ese tiempo aún vivía, invitaba a las niñas a pasar y a disfrutar de una espléndida merienda. Era, además, el ejemplo de niña buena para todos los maestros. Desgraciadamente su madre le faltó desde muy joven y desde entonces em-

pezamos a sentir por primera vez los signos de la tristeza y de la soledad; a ella le faltaba algún hermano y a mi me faltaba la reina de la casa. Tal vez con justa razón mi hija me culpa de la muerte prematura de mi esposa, porque piensa que mi forma tan estricta y obcecada de ser la hicieron infeliz y la enfermaron, pero ella no sabe que mi esposa padecía desde su juventud una especie de Leucemia para la cual los médicos no encontraron remedio; ahora bien, admito que mi forma de ser dista mucho del buen trato y comprensión que toda esposa honesta merece. Durante toda mi vida, siendo Rosalba mi única hija, me esmeré en darle todas las comodidades que pudieran hacerla feliz y de superar la falta prematura de su madre; tal vez en muchos aspectos la sobreprotegí y le otorgué comodidades con exageración, buscando, lo confieso, no sólo su felicidad sino también ganarme su cariño de hija, toda vez que yo no tenía a nadie más en el mundo. La vi crecer y hacerse señorita de la noche a la mañana, y a medida que crecía aumentaban sus virtudes, su ternura y su proverbial dulzura, excepto que su carácter se convirtió en firme y voluntarioso, atributos que heredó de su madre, pero seguía siendo la hermosa flor de esta casa. Tal vez tú consideres, Irineo, que este preámbulo ha sido muy largo, pero quería hacerte saber las razones por las que me oponía a tus relaciones con ella, no te sientas ofendido por lo que voy a decirte, un día, con toda seguridad, tú también serás padre y entonces me comprenderás mejor. Habiendo visto nacer y crecer a mi niña como si fuera una delicada flor del más bello jardín, siempre pensé que merecería casarse, si no con un príncipe, porque esos sólo existen en los cuentos de hadas, cuando menos con un hombre que le diera

una vida superior, o al menos similar a la que tuvo desde niña, es decir, a la que estuvo acostumbrada desde siempre. Mis sueños no se realizaron en la forma en que soñé; su destino estaba muy separado de mis anhelos, cada quién tiene su predestinación y está obligado a cumplir su propia misión y su propio destino. Yo no sé -y creo que mi médico tampoco- cuántos días, semanas o meses, seguiré viviendo en este mundo; para mí ya todo acabó, mi vida y mi misión en la tierra está cumplida y sólo espero el llamado del Señor para rendir mi tributo a la existencia, pero antes de morir he resuelto ver a mi hija casada con el hombre que ella escogió, me guste o no me guste.

Pero en el poco tiempo que me queda de vida quiero asegurarme de que vivirá, cuando menos, decorosamente, porque el sólo hecho de casarse contigo es descender de su nivel social y esto no debe de ofenderte Irineo, porque no es una ofensa es un hecho real; de aquí se deriva la única condición que voy a exigirte para darte mi pleno consentimiento para la boda. La condición es la siguiente, pero antes de contestarme quiero que te pongas este crucifijo en tu pecho y jures ante él, ante mi lecho de muerte y ante Don Anselmo a quien de antemano le pido que acepte ser padrino de la boda de ustedes para ser doblemente compadres, porque él la bautizó y ahora quiero que la case; pues bien ante Dios, ante mí, ante mi compadre Anselmo y ante ese retrato de mi fallecida esposa, que estoy seguro que en este acto espiritualmente está entre nosotros, que jures, que cumplirás la siguiente condición: prometerme, bajo tu palabra de honor y ante las instancias divinas y humanas que antes he mencionado, que aunque lleves a mi hija a vivir como tu esposa en la

única propiedad que tienes que son tus dos jacalitos, cuyo único adorno importante es ese mezquite centenario de grotescas formas, convivirás con mi hija en el jacal más grande, que parece estar en regulares condiciones, pero júrame que nunca harás, ni obligarás, ni permitirás que mi hija entre a esa mugrosa cocina que alguna vez conocí cuando murió tu padre y que no soporté los olores nauseabundos que de ahí salían y preferí sacar una silla y sentarme cerca del mezquite chueco mientras velaban a tu padre. ¿Entendiste cuál es mi condición? Te la voy a repetir: que nunca harás, ni obligarás, ni permitirás que mi hija entre a esa mugrosa cocina de tu casa; aunque yo me haya muerto. Eso te obligará a buscar la forma de que mi hija te prepare los alimentos a ti y a los hijos que tengan, en otro lugar que no sea esa asquerosa cocina, porque no puedo olvidar que tu santa madre -a quien en esta casa se le tenía gran afecto porque era una buena sirvienta- se pasó la vida empinada en ese sucio fogón a nivel del suelo, soplándole a la lumbre y matando cucarachas y alacranes.

Con el crucifijo en ambas manos, estrechándolo en su pecho y mirando fijamente a Don Guadalupe, Irineo dijo solemnemente: Juro ante este Dios, ante usted Don Guadalupe, ante Don Anselmo, que será nuestro padrino de bodas y ante la imagen y el recuerdo de Doña Clarita, su fallecida esposa; que aunque usted se haya muerto; nunca haré, ni obligaré, ni permitiré que su hija Rosalba entre al jacal que nos ha servido de cocina a mi familia y a mí, y que buscaré la manera de acondicionar en otro lugar algún sitio para que prepare los alimentos míos, de ella y de nuestros hijos cuando vengan al mundo. Al terminar de decir esto Irineo besó el crucifijo y se lo devol-

vió a Don Guadalupe.

Concluida la entrevista Don Lupe le pidió a Irineo que los dejara solos a él y a Don Anselmo porque tenían que tratar otro asunto y le recomendó que pasara a la salita de la casa donde seguramente lo estaría esperando muy inquieta su hija Rosalba.

En efecto, al entrar Irineo a la salita, Rosalba que había estado recostada en un sofá, de un salto se puso de pie, se abalanzó sobre su amado y presurosamente le preguntó ¿qué fue lo que pasó? ¡cuéntame! e Irineo con gran regocijo, empezó por decirle ii por fin lo conseguimos niña mía!! y en seguida pasó a contarle con todo detalle lo que sucedió en la dichosa entrevista, lo que provocó que Rosalba se colgara de su cuello plena de felicidad y le diera un beso indicativo de su gran amor y del triunfo de sus ilusiones.

Después de aquellas comprensivas demostraciones de amor ya más calmados, Rosalba preguntó ¿Cuál fue la condición que mi padre te puso para dar su consentimiento? -a lo que contestó Irineo- Nada, simplemente me pidió que te hiciera muy feliz. Al decirlo su mirada se tornó dura, expresiva de sentimientos contradictorios, ella notó el cambio y se estremeció al darse cuenta que había expresiones en la mirada de su amado que no comprendía y que le causaban temor.

Mientras esto sucedía en la salita, allá en la recamara Don Guadalupe hablaba con su compadre Anselmo en los siguientes términos.

-Compadre, yo quiero que la boda de mi hija se haga con toda la gala y elegancia que ella merece y que la gente del pueblo espera, dada la alcurnia de la novia. Toda la gente de este lugar al saber que se casa Rosalba dará por

hecho que será una de las bodas más espléndidas y pomposas que se hayan celebrado por estos rumbos, y como seguro estoy que Irineo no tiene dinero para ello, ni para menos, yo te pido en nombre de nuestra gran amistad que en tu carácter de padrino principal, y por haber sido también su padrino de bautismo organices una gran fiesta, esplendorosa, donde sean invitados todos los habitantes de este pueblo y lugares circunvecinos, donde abunde la comida, la bebida y la música; contrata varios grupos musicales que se alternen continuamente para que no haya ni un solo momento sin música; adorna la iglesia y las mesas del banquete con muchas flores, y dale una buena limosna al sacerdote para que lleve el coro de la Iglesia y le canten a mi hija sus mejores himnos. La ceremonia civil, siguiendo la costumbre del pueblo debe ser aquí en la casa de la novia y encárgate de que venga gente de la capital que se esmere en confeccionar el más hermoso vestido de novia para mi hija y un traje adecuado para Irineo; todo lo que cueste lo que te acabo de pedir saldrá de mi bolsa, pero tu verás la forma de que todo mundo sepa que tú lo estas pagando como padrino de la misma. Nadie, ni siquiera Rosalba, menos Irineo, deberán enterarse de este arreglo que estamos haciendo tú y yo. Estoy seguro, estimado compadre, que éste será el último favor que yo te pida, pero si me lo concedes te lo agradeceré durante toda la vida que me quede en este mundo, y si hubiera otra vida desde el más allá te lo seguiré agradeciendo; sólo te pido una total discreción y que busques la mejor forma de que yo te reembolse todos los gastos sin que nadie se entere. Quiero ver muy feliz a mi hija y que parezca el casamiento de una princesa, aunque el príncipe no sea de todo mi agrado. Tú sa-

bes compadre que en estos pueblos se le dá mucho valor y es digno de mucho respeto el tamaño y la esplendidez de las bodas, sobre todo cuando se sabe que se trata de la hija del hombre más rico de esta región y cuando se invita públicamente a todo mundo, porque se considera que no solamente es una boda, sino una fiesta completa de todo el pueblo.

Don Anselmo advirtió en toda su dimensión cuál era la intención de su compadre Lupe y no pudo negarse a tan grande petición porque de haberlo hecho le hubiera causado un gran dolor a su compadre enfermo y se habría roto por completo la amistad y el compadrazgo; por ello, solo se limitó a decir: Compadre Lupe, se harán las cosas como tú lo quieres y yo te prometo guardar con toda discreción este secreto. No te preocupes de nada porque tu enfermedad se puede agravar; déjamelo todo a mí y cuando algo se me atore, o tenga alguna duda, personalmente vendré a consultarlo contigo; en cuanto al dinero voy a pensar en la mejor forma de que fluya entre nosotros sin que nadie se entere. Te prometo que será la boda más hermosa que se haya presenciado jamás en estos rumbos. Despreocúpate y déjalo todo en mis manos.

Después de aquello Irineo se fue presuroso a la casa de Doña Julia para contarle lo acontecido como se lo había prometido, lo cual causó una gran alegría a aquella mujer. Pero de pronto de nuevo se volvió torva la mirada de Irineo y con grave tono le hizo una terrible pregunta que la estremeció de pies a cabeza y que fue tan intempestiva que no dio lugar a evadirla, ni a buscar un subterfugio salvador.

¿Verdad Julia que quien ofendió a mi padre fue Don Guadalupe? Ya no tiene caso que me lo ocultes, porque si no me dices la verdad voy a pensar que no me quieres tanto como dices. He reflexionado mucho sobre los datos que tengo de esa ofensa, que ante la deshonra y la impotencia hicieron de mi padre un borracho perdido, que terminó destruyendo su hígado; tú misma me confesaste hace tiempo que la ofensa la hizo un hombre poderoso y que por eso mi padre se sintió impotente para exigir una satisfacción, o para vengarse. Atando cabos he llegado a la conclusión de que el ofensor fue Don Guadalupe Elizondo, porque mi padre nunca tuvo ninguna relación con otro hombre poderoso, y como mi madre trabajaba de sirvienta con Don Lupe, casi puedo asegurar que por ese rumbo se generó la gran ofensa que acabó con la vida de mi padre. Yo percibo que tú me has ocultado esa verdad tratando de evitar que se envenene más mi alma contra ese maldito viejo, que por desgracia es el padre de mi amada, pero ahora que todo se ha arreglado satisfactoriamente y que mi matrimonio con Rosalba es inminente y que ese viejo malvado está cercano a la muerte, quiero que me digas la verdad, porque la duda envenena más mi corazón que la misma certeza de lo sucedido.

Doña Julia se sintió acorralada y comprendió que la mejor forma de conservar la confianza y el cariño de Irineo era diciéndole la verdad: Hijo mío, me había prometido a mí misma jamás contarte lo que te voy a decir, por temor a que fueras a comprometerte tratando de llevar a cabo por tus propias manos la venganza que tu padre no pudo cumplir, por eso te mentí al decirte que tanto el ofensor como el ofendido ya habían muerto, bus-

cando, con ello, tu paz interior. Pero ahora que me exiges la verdad y no me dejas ninguna salida para conservar ese secreto, y considerando que si bien el ofensor no está aún muerto, pero está muy cerca de estarlo y tomando en cuenta que pronto se realizará la felicidad de tus amores con Rosalba te responderé con toda verdad a lo que me preguntas. No hay mucho que contar, tu madre era una mujer hermosa; y trabajaba de sirvienta en la casa de Don Guadalupe; su esposa había fallecido y se le hizo fácil hacerle propuestas de amor a tu mamá y ante sus rotundas negativas, un día el viejo se abalanzó sobre ella y trató de obtener, por la fuerza, sus caricias. Tu madre salió corriendo de esa casa y para su mala suerte se topó con tu padre a mitad de la plaza quien al verla tan angustiada y presurosa, la obligó a contarle lo sucedido, y al enterarse, cuchillo en mano se dirigió a la casa de Don Lupe y a puntapiés trataba de abrir la puerta principal, a la vez que dando enfurecidos gritos retaba al viejo a salir a enfrentarse a él. Asustado Don Guadalupe le pidió a uno de sus caballerangos que brincara la tapia trasera de su propiedad y fuera a pedir auxilio a la comandancia de policía; pronto aparecieron tres gendarmes, que pistola en mano redujeron a tu padre y lo llevaron a la cárcel municipal donde pasó mucho tiempo privado de todos sus derechos, obligándolo a que saliera a barrer los accesos de la plaza principal, convirtiéndolo en el hazmerreír de todo el pueblo. A partir de entonces tu padre empezó a emborracharse cotidianamente, y se fue degradando cada día en su moral y en su salud, hasta que un día lo encontraron muerto a la orilla de la acequia, junto al mezquite chueco, con medio cuerpo dentro del agua y la otra parte afuera. Tú estabas tan niño que ni cuenta te

diste de tan grande desgracia; ¿quién iba a pensar que al transcurso del tiempo te ibas a enamorar y luego casar con la hija del hombre que causó la desgracia de tus padres? Ahora bien espero que sepas considerar y actuar en consecuencia, porque la niña Rosalba no tiene ninguna culpa de lo que sucedió.

-¡Viejo desgraciado! Antes lo odiaba porque me había ofendido y humillado delante de todo el pueblo y también por haberme mandado encarcelar y golpear injustamente, pero ahora lo odio mucho más, con todas las fuerzas más negras y profundas del alma, porque ahora sé que él trató de abusar de mi madre, lo que causó ira, frustración, vicio, degradación y finalmente la muerte de mi padre. Yo no podría vivir con este gran rencor que llevo en mis adentros y siento que le faltaría a la memoria de mi padre, que desde su tumba me maldeciría si no cobro una adecuada venganza por todos los males que nos ha causado ese viejo infeliz de Don Guadalupe. Él lastimó en lo más sensible del alma a mi madre al querer abusar de ella por la fuerza y por las circunstancias de ser su patrón; también hirió en lo más hondo del alma a mi padre, al ofender lo que más él quería, que era su esposa. Yo tengo que vengarme en lo que más le duele a Don Guadalupe, aquello que lastime en mayor grado las cuerdas más sensibles de su ser; sólo así sentiré que he vengado el ultrajado honor de mis padres.

Lo que más quiere en la vida Don Guadalupe -dijo Doña Julia- es a su hija Rosalba, que es lo único que tiene y a la que cuida como a la niña de sus ojos; pero en ella no te puedes vengar porque en primer lugar ella te ama; en segundo lugar, ella no tuvo ninguna culpa de lo sucedido, es más, creo que ni lo sabe.

¿Y qué culpa tuvo mi madre? ¿y qué culpa tuvo mi padre? ¿y que culpa tuve yo? Ninguno de nosotros tuvo la culpa y tanto mi madre como mi padre y yo, hemos sufrido los embates de ese viejo infame. Por otra parte Julia, en este momento no estoy muy seguro, en mi conflicto interno, de quién sea más fuerte, si el demonio del odio o el ángel del amor.

¡Me asustas muchacho! Nunca imaginé que fueras capaz de odiar de esa manera; comprendo tu rencor, pero de ninguna manera estoy de acuerdo en que te vayas a ensañar con la niña Rosalba; en todo caso, realiza tu venganza con don Guadalupe, que ha sido el causante de todo.

¿De qué manera podría vengarme de un viejo que está próximo a la muerte? Sería como tratar de vengarme de un muerto ¡¡No!! tengo que hacer algo que lo lastime profundamente y que al morir sepa que él fue la causa de mi venganza, para que no pueda morir en paz con su conciencia, sino agobiado por el remordimiento de los males que hizo a mi familia; la venganza tiene que ser un dardo directo a su alma.

Yo te he ayudado -dijo Doña Julia- a servir de intermediaria entre tú y la niña Rosalba, porque sentí que era una injusticia que un amor tan grande entre ustedes no se realizara, pero ahora que hablas de venganza y de odio me niego por completo a servirte de ayuda en lo sucesivo. Es más, yo que te he querido tanto que con mucho derecho me he sentido tu segunda madre, me niego a asistir a tu boda porque he comprendido que no es el amor el que te lleva al altar, sino la nube negra del más terrible odio. Voy a rezar a la virgen del Perpetuo Socorro, de la que soy devota para que interceda ante Dios

nuestro señor para que ilumine tu alma y la libere de ese demonio del rencor que llevas dentro y que va a lastimar a todo el mundo que esté cerca de ti de aquí en adelante.

Don Anselmo, con la representatividad y el apoyo económico que le había dado Don Guadalupe se encargó de hacer todos los preparativos para la boda civil y religiosa de Irineo y Rosalba; así como para el gran banquete que el papá de la novia había dispuesto, donde sería invitado el pueblo entero, así como las congregaciones vecinas.

Ataviados los novios con las ropas que les había mandado confeccionar Don Anselmo, ella con un hermoso vestido blanco con bordados de plata y oro y pedrerías, igual que la corona, con un velo nupcial tan largo como la cola de su vestido, parecía una de esas hadas que sólo en nuestras fantasías o en nuestros sueños infantiles podemos concebir «Se veía hermosa». Irineo, por su parte, con su traje negro con solapas de seda y zapatos de charol, también parecía un caballero apuesto, salido de las páginas de una revista de modas masculinas de París. La gente del pueblo, al verlo, casi no podía creer que fuera Irineo, a quien siempre habían visto con la ropa tosca y gruesa de los jaripeos. Las mujeres decían que se veía muy guapo.

Presentes los novios en la sala principal de la casa de Don Guadalupe Elizondo, acompañados de Don Anselmo Villarreal y su esposa Doña Georgina, así como otros vecinos y compadres de Don Guadalupe que aceptaron fungir como testigos, con la sola ausencia de Doña Julia Cabrera que sería la testigo por parte de Irineo, pero no asistió; con la presencia, además, de algunos familiares cercanos de Don Guadalupe se llevó a cabo el matrimonio civil presidido y autorizado por Don Antonio Gonzá-

lez González, que de acuerdo con las leyes fungía como Oficial de Registro Civil y después de leer el acta que previamente había levantado y de recabar las firmas de los contrayentes y de los testigos, así como la firma de Don Guadalupe que hizo algunos gestos reticentes antes de firmar el libro correspondiente, dio lectura solemnemente a la epístola de Don Melchor Ocampo que era obligatoria en esos casos, Don Antonio consideró válido su contrato civil de matrimonio, declarándolos legalmente como marido y mujer no sin antes agregar de su propia voluntad algunas palabras ceremoniales que subrayaban la importancia del matrimonio para formar una familia como célula elemental de la sociedad, y después de entregarles la constancia del matrimonio, les deseó la más grande felicidad y mucha salud y prosperidad para el futuro.

Durante toda la ceremonia Don Guadalupe permaneció muy serio, mirando siempre los mosaicos del piso de la sala sin levantar la vista y mascullando, de vez en cuando algunas palabras o sonidos ininteligibles y breves, que si alguien los hubiera podido escuchar los calificaría de gruñidos entrecortados.

De allí pasaron a la iglesia que estaba atestada de gente, al grado de que los que no cupieron dentro se atiboraban en el atrio y en las escaleras del frente de la parroquia. Don Guadalupe violando las costumbres, del pueblo, se negó a acompañar a su hija en el «paseillo» del atrio hasta el altar, para entregar ahí a su hija a quien ya era su esposo por la ley civil, con el pretexto de sus dificultades para caminar, le pidió a Don Anselmo que lo substituyera en esa ceremonia; a Irineo lo acompañó del brazo, en ese tramo Doña Julia que a la iglesia sí aceptó

ir, haciendo las veces de madre; pues como ya se ha dicho, en cierta forma lo era. El interior de la iglesia estaba adornado con las más hermosas flores traídas de los más grandes viveros de la región. Tanto a los lados del pasillo central, como en algunos floreros laterales rosas blancas y amarillas alumbradas por los gruesos cirios y los hermosos candelabros de fina plata que eran el orgullo de la parroquia le daban al evento un esplendor tan singular, como no se recordaba haber visto otro en ninguna ocasión. Los adornos florales en el altar llegaban al exceso; había tantas flores en todos los sectores de la iglesia que quienes estaban dentro bien podían imaginarse estar en el interior del más hermoso y florido invernadero.

Don Anselmo, cumpliendo la voluntad de Don Guadalupe, había traído de la capital del Estado al más famoso coro que había en la entidad, que acompañado por el órgano que trajo consigo, entonó cantos gregorianos e himnos religiosos que resonaban en las almas de todos los presentes como si fuera música celestial. En medio de esos acordes y sublimes cánticos el sacerdote llevaba a cabo el ritual de la eucaristía; en su momento se acercó a los contrayentes que permanecían hincados en sus reclinatorios y les dio la comunión por medio de la sagrada ostia. Acto continuo expresó el consabido discurso que siempre comienza con las mismas palabras, o sean: «hermanos míos, estamos aquí reunidos, etc. etc. etc.» y al final de su breve alocución declaró a Rosalba y a Irineo unidos para siempre como esposo y esposa, por el sacramento cristiano del matrimonio, ante la Iglesia y ante Dios y culminó con la tradicional advertencia «lo que unió Dios, que el hombre no lo separe». En el fondo del templo, detrás de una gruesa columna, presenciaba la cere-

monia Don Guadalupe Elizondo en su silla de ruedas, y diciendo algunos rezos seguramente pidiéndole a Dios por la felicidad de su hija, pero tratando de no evidenciar mucho su presencia.

Rosalba estuvo muy inquieta tanto en la ceremonia civil como en la religiosa porque algo extraño percibía en la mirada de Irineo; su acostumbrada ternura, su mirada inocente, casi infantil, sus destellos alegres, habían desaparecido. La miraba con el amor de siempre, pero sin aquella dulzura que solía decir más que sus palabras. Ella estaba acostumbrada a reflejarse en la ternura de sus ojos, como un espejo limpio que volvía más hermoso todo lo que miraba y se preguntaba qué le estaría pasando a Irineo, pues debería de estar más feliz que nunca porque la vida les estaba dando todo lo que habían soñado, la posibilidad de vivir juntos para siempre y de formar, ellos dos una familia llena de amor y de esperanza. Rosalba supuso que tal vez aquel cambio tenía como razón la aglomeración de tantas emociones encontradas y no estaba preparado para conducirse ante tanta felicidad; ella pensó que en el banquete de bodas que había preparado su padrino Anselmo, la alegría de la fiesta, la música, la algarrabía de sus amigos y el abrazo de buenos augurios de todo el pueblo, harían volver a Irineo a su usual y tierna forma de ser.

Los recién casados, la comitiva de parientes, así como los que asistieron a la misa nupcial se dirigieron a pie hasta la casona de Don Anselmo donde se había preparado con gran esmero el banquete de bodas.

Esa casona estaba situada frente a la plaza principal, muy cercana a la iglesia, de tal suerte que los invitados y los novios con mucha facilidad se trasladaron de la igle-

sia a la casa de Don Anselmo, que era una residencia campirana de gran belleza; una construcción de las primeras que seguramente se hicieron alrededor de la plaza, pues aparte de su típica arquitectura colonial, se distinguía también por un hermoso zaguán de fierro forjado y madera de ébano con incrustaciones de cobre, que servía de entrada a la residencia, aunque, de hecho, siempre se usaba la puerta lateral «de mano» para el acceso cotidiano. En su estructura constructiva se destacaba una gran cantidad de aposentos que integraban toda la finca, con techos de terrado, contruidos a una altura mayor de lo usual, que daba una agradable sensación de frescura; en el interior de la finca lucía un inmenso jardín flanqueado por frondosos árboles frutales, muros cubiertos de enredaderas y en el centro un gigantesco nogal que cubría con su sombra todo lo que no alcanzaban a cubrir los demás árboles. A ambos lados del jardín había largos corredores con andadores de ladrillo rojo, arcos de punto y medio que se prolongaban a todo lo largo de ambos corredores, bancas de fierro; ventanas enrejadas, macetas colgantes, jaulas con aves canoras y un gran patio embaldosado; al final de los arcos estaba el aljibe que servía de embalse al agua de la lluvia que se derivaba de los techos de toda la finca y de donde se obtenía el agua para beber.

Al fondo, estaba el traspatio, en el que había una vieja galera donde se guardaban; entre otras cosas, los instrumentos de labranza, las guarniciones para los animales de tiro; cerca de la galera se veían algunos vehículos de tracción animal; entre ellos, la carretela de dos llantas que se usaba en los paseos elegantes, una carreta y un carrerón de cuatro ruedas para el transporte de carga, todos con el pértigo levantado.

Allí había una noria muy profunda de donde se sacaba el agua para los animales y para regar el jardín.

Era tan extensa aquella finca de Don Anselmo que tenía la capacidad de dar cabida a toda la gente que quisiera asistir libremente al banquete de bodas.

Don Anselmo le reportó a Don Guadalupe que se habían comprado 500 cajas de cerveza y la misma cantidad de refrescos embotellados; que se habían sacrificado diez reses para el cortadillo, el menudo y la barbacoa; diez borregos para la fritada, veinte cabritos para los invitados especiales, cuatro cerdos para el asado de puerco, y varias gallinas para hacer el mole.

La mesa de los novios padrinos y familiares se colocó en la parte central, donde empezaba la arquería; las demás mesas se instalaron en el jardín y en los corredores laterales; a los trabajadores de Don Anselmo y de Don Guadalupe, así como a sus familiares se les colocó en el patio embaldosado del fondo, y en un lugar estratégico se colocó un templete para los músicos y un tablado en la parte frontal de jardín, como pista de baile. Entre los árboles y en los corredores había una gran cantidad de adornos de papel picado y en la pequeña pila al lado del aljibe nadaban unos patitos con adornos brillantes en el cuello. Todo aquello parecía un mundo de fantasía como Don Guadalupe había soñado para el casamiento de su única hija. El ritual de costumbre se cumplió abriendo el baile la pareja nupcial que bailaron al compás de las dulces notas del vals «Íntimo Secreto» Rosalba, que lucía como podría lucir cualquier princesa de los cuentos de hadas, denotaba en su semblante la alegría de toda novia que siente la felicidad de realizar su amor ante el aplauso y la complacencia del mundo que la rodea y que siente santi-

ficado su amor ante Dios y ante los hombres. En cambio Irineo apenas sonreía y la complacía con algunos gestos amorosos pasajeros. Una vez iniciado el baile por los novios, y cumpliéndose la vieja costumbre de bailar la siguiente pieza musical con parientes cercanos Rosalba bailó con su padrino Anselmo e Irineo con Doña Julia que se había atuendado con un vestido color esmeralda que le sentaba bien y la hacía ver como una mujer distinguida. Después, todo mundo bailó las melodías tradicionales de esos rumbos: Los Jacalitos, El Zopilote Mojado, Las Gaviotas, El Quelite; algunas jaranas y la mayoría de los vales conocidos entre los que gustaban más: Dios Nunca Muere y Morir por tu Amor. La comida fue increíble; los comensales tenían dificultades para escoger el mejor platillo; las mujeres y los mozos en la cocina no se daban abasto en llevar a todas las mesas las diversas charolas y las tortillas calientitas; a su vez, un grupo de muchachos más jóvenes, contratados para ese efecto, casi corriendo surtían las mesas de cerveza y de refrescos. Como postre se sirvieron grandes trozos de queso de vaca y pedazos de piloncillo, que se consideraba el más delicioso manjar en ese tipo de festividades. La fiesta y el baile continuaron todo el día; en la noche, grandes canastos de tamales y de barbacoa completaron la cena. A las diez de la noche Irineo y Rosalba se retiraron, no sin antes haber escuchado, en la voz de Don Antonio González, el Secretario de Ayuntamiento, un breve discurso a nombre del señor Alcalde; un discurso, que como todos los que se acostumbran en esos casos, contenía la expresión de la alegría del pueblo, el agradecimiento por tan faustoso festín y el deseo de que su matrimonio se viera coronado por la felicidad eterna.

Rosalba al retirarse fue a despedirse de su padre; le dio un beso en la frente y solamente le dijo: Papá gracias por todo esto, me haz hecho muy feliz; lo que provocó lágrimas en los ojos de Don Guadalupe. Irineo se limitó a saludarlo de mano y escuchó con entereza y calma las palabras de Don Guadalupe ¡No te olvides de la promesa que me juraste! e Irineo respondió concisamente ¡Lo que le juré, se cumplirá al pié de la letra! Ya se retiraban los recién casados cuando Don Guadalupe llamó a Rosalba y cuando ésta se acercó le dijo al oído: Hasta este momento yo he cumplido como padre y aquí concluye mi responsabilidad; como no quiero nunca volver a ver a Irineo en mi casa, tampoco quiero que vuelvas tú, desde este momento mi casa ya no es la tuya y a partir de mañana modificaré mi testamento dejándote fuera de él porque no quiero que ninguno de mis bienes termine en poder o en beneficio de ese desgraciado. Era tanta la alegría de Rosalba que en ese momento no le dio la importancia que tenía la sentencia de su padre, y como si no hubiera pasado nada se fue a refugiar en los brazos de su esposo.

El banquete se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada; Irineo y Rosalba, como ya se dijo, furtivamente se retiraron para no tener que despedirse de todos los invitados y se dirigieron a pasar la noche de bodas en los jacalitos donde residía Irineo; ella llevaba un veliz con sus pertenencias personales que inmediatamente Irineo le ayudó a cargar. Una vez que estuvieron en el solar de Irineo, antes de entrar al «jacal grande» él tomó de la mano a su esposa y la condujo hasta el mezquite chueco; desde allí la luna se veía preciosa tanto en el cielo como en el reflejo del agua de la acequia, la sombra gigantesca de aquel árbol de figuras caprichosas, tan

querido por Irineo, se ensanchaba majestuosa; la luna, la acequia y el mezquite chueco fueron los más cercanos y fieles testigos del primer beso prolongado y ansioso que se dieron los recién casados, y también fueron testigos de una amorosa canción que le cantó Irineo a su amada, que hablaba de inmensidades y de infinitudes.

La humilde cama de Irineo, colocada al fondo del jacal grande, al pié de una ventana protegida, por gruesos barrotes sirvió de tálamo nupcial. El grandioso amor que sentían ambos y que iluminaba su alma, hacía ver bello todo lo que les rodeaba; la pobreza y humildad de aquel recinto matrimonial que sería auspicio de la noche de bodas de aquellos dos amantes ni siquiera se advertían; por el contrario, los rayos de luna entrando por entre los barrotes de la ventana e iluminando los cuerpos abrazados de los recién casados daban una imagen de ternura y amor que podía corresponder a la más elegante recámara nupcial del más hermoso palacio, o la vastedad magnificente de un castillo encantado.

Aquello era la más fiel expresión de lo que puede hacer el amor entre dos seres humanos. Ni pobreza, ni estrechez existían para ellos; todo era grandioso en aquella ansiada comunión nupcial; nada era poco, nada era chico, nada era pobre ¡Todo era maravilloso para ellos!

Rosalba despertó antes que Irineo y se asomó por la ventana; lo primero que vio fue la figura extraña pero impresionante del mezquite chueco, sin sospechar lo importante que sería ese árbol en su vida futura. También observó que en sus retorcidas ramas papaloteaban muchas mariposas de diversos colores atraídas seguramente por la cercanía del agua de la acequia o por la «goma» que supuraba de sus troncos: también le llamó la

atención la gran cantidad de nidos que albergaba su tupida frondosidad, donde también revoloteaban decenas de pajarillos, a la vez que expresaban su alegría matinal con gorjeos atiplados y repetitivos dando al ambiente un sentido de campestre rusticidad. En esas emociones estaba la hermosa Rosalba cuando despertó Irineo; después de intercambiar amorosos besos ella le preguntó ¿dónde puedo darme un baño? Mientras acondiciono un lugar donde te puedas bañar -contestó Irineo- tendrás que hacerlo, como yo, en la acequia. Rosalba ocultó su contrariedad y sólo contestó: me encantaría hacerlo, con la condición de que nos bañemos juntos, respuesta que le agradó a Irineo. Luego Rosalba le expuso: quiero empezar a cumplir con mis obligaciones de esposa, ábreme la puerta de la cocina y enséñame a prender el fuego para preparar el desayuno. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Irineo, pero pudo disimularlo; por lo pronto comeremos aquí en la recámara -le dijo- la cocina está interiormente semi-derrumbada, y por lo tanto, no está en condiciones de dar servicio. Doña Julia me ofreció traernos de comer durante estos primeros días, mientras hago algunos arreglos para habilitar un lugar a manera de cocina, a fin de que en lo sucesivo en ese lugar prepares nuestros alimentos. De esta manera y con una pequeña mentira, Irineo evadió momentáneamente tener que decirle a su esposa los términos del juramento que había hecho ante su padre.

En efecto, poco tiempo después llegó Doña Julia con suficientes viandas para almorzar los tres, lo que hicieron en la mesita ubicada en el centro del jacal grande, y después de lavar las vasijas en la orilla de la acequia, ella se comprometió a traer la comida después del mediodía.

Rosalba, en un afán de disculparse, le dijo: me apena mucho que usted tenga que traernos la comida, pero Irineo me informó que la cocina no está en condiciones de que yo pueda utilizarla para preparar nuestros alimentos.

Doña Julia, que ya conocía los términos del juramento de Irineo ante Don Lupe, simplemente se encogió de hombros y le contestó: para mí es un gusto servirles a ustedes, pero creo que debes insistirle a Irineo que te acondicione algún lugar como cocina.

Después de la comida del mediodía Rosalba sintió la necesidad de tomar una siesta, pues resultaba comprensible que en la noche de bodas no hubiera dormido todo el tiempo que ella acostumbraba como soltera. A Irineo le pareció bien que Rosalba se acostara a descansar y le dijo: mientras tú duermes un poco yo tengo mucho trabajo que hacer. Un poco antes de quedarse profundamente dormida Rosalba alcanzó a escuchar fuertes golpes de martillo indicativos de que Irineo estaba haciendo algunos trabajos por el rumbo del mezquite chueco; y no le faltaba razón, Irineo estaba clavando unas largas tablas en el mezquite chueco horizontalmente aprovechando la curvatura principal del árbol, que formaba un plano paralelo al suelo; una vez clavadas las tablas clavó también sobre ellas en forma vertical, unas láminas viejas de cartón que antes habían servido de techo en el chiquero de los cochinos formando con ellas un rectángulo con un claro aproximado de tres por dos metros cuadrados y una altura cercana a los dos metros y medio. Cuando Rosalba despertó sintió ganas de volver a bañarse en la acequia y desde allí veía trabajar a su esposo clavando tablas y láminas de cartón; hasta ese momento ella pensó

que estaba construyendo un baño, o reponiendo el chiquero para seguir criando algunos puercos; salió del agua y volvió al jacal grande donde se puso a revisar y ordenar la ropita que había traído de su casa en el veliz. Entre las cosas que había logrado sacar de la casa de su padre estaba un retrato de su madre, un alfiletero muy elegante, un espejo de mano que parecía muy fino, una cajita de música que le había regalado la esposa de Don Anselmo y algunos regalos adelantados que habían llegado a su casa antes de la boda. Mientras Rosalba le daba un toque femenino al jacal grande que hasta ese momento había sido un local utilizado para todo, Irineo daba los últimos martillazos a su frágil construcción de tablas y raídas láminas de cartón, que como no tenían las dimensiones exactas en razón de la altura del mezquite, no llegaban hasta el piso, quedando descubierto, en la parte de abajo, un espacio de aproximadamente treinta centímetros, que de momento Irineo no podría cubrir porque no tenía más láminas, ni más madera, ni dinero para adquirirlas; podría decirse que aquella rústica -por llamarle de alguna manera- construcción, había quedado rabona.

Asoleado y fatigado Irineo se lanzó a la acequia para refrescarse y Rosalba al escuchar que estaba chapoteando en el agua se acercó y le preguntó ¿ya terminaste? y él escuetamente contestó ¡sí! -¿qué fue lo que construiste, un chiquero o un baño? Irineo evadió la pregunta sumergiéndose en el agua.

Después, cuando Irineo salió del agua y envuelto en una toalla fue al jacal grande a cambiarse de ropa, Rosalba lo siguió hasta allí y volvió a interrogarle ¿para qué va a servir lo que con tanto esfuerzo construiste?

-¡Después te lo diré! En eso llegó Doña Julia con la cena; se sentaron los tres y cenaron alegremente; la plática se centró en los detalles de la boda, así como en los comentarios tan favorables que se habían hecho en el pueblo por tan espléndido y lujoso casamiento, lo bella que se veía Rosalba y lo apuesto que se veía Irineo, y como conclusión del tema Doña Julia expresó concretamente ¡La boda de ustedes se recordará en este pueblo y en ésta región por mucho tiempo!

La segunda noche no tuvo la ardiente fogosidad de la primera, pero, en cambio, hubo mucha ternura de parte de Rosalba y platicaron amorosamente hasta muy altas horas de la madrugada. A Rosalba le preocupaba el futuro de su vida matrimonial, porque deseaba formar una familia cuando menos de tres hijos, y no pudo evitar preguntarle a Irineo, con un tono de voz amable y cuidadoso ¿de qué vamos a vivir Irineo, porque yo ignoro cuál es tu fuente de ingresos, es decir, en qué trabajas o a qué te vas a dedicar? Sé que eres un magnífico jinete, y que eres un hombre muy trabajador, pero me gustaría saber cómo y de qué vamos a vivir para cimentar nuestra vida futura y nuestra familia. A lo cual Irineo contestó fríamente: vamos a vivir de lo que siempre he vivido yo, de comprar, criar y vender cochinos, y tú tienes que adaptarte a lo que yo te pueda dar.

Rosalba, percibiendo que la pregunta no había sido del agrado de Irineo se apresuró a enmendar el rumbo de la conversación diciendo: el comercio y la cría de animales puede ser una importante fuente de ingresos si aplicas en ello toda tu inteligencia natural y tu capacidad de trabajo, y desde ahora te ofrezco ayudarte en esas tareas o en las que tú dispongas para el futuro. Irineo se

tranquilizó; se abrazaron, gozaron de su amor en plenitud y se quedaron dulcemente dormidos hasta que el sol penetró entre los barrotes de la ventana y los despertó en medio de una maravillosa sinfonía de armoniosos trinos, cánticos de gallos y ladridos de perros que amenizaban la mañana celebrando todos ellos, la llegada de un nuevo día.

Con la diligencia y exactitud del día anterior llegó Doña Julia con el almuerzo; se sentaron de nuevo en la mesita del jacal grande, conversaron de mil cosas, casi todas agradables, y al terminar las dos mujeres se llevaron los platos y vasijas a la orilla de la acequia para lavarlos. Mientras Rosalba se daba un chapuzón en la acequia, Irineo se encaminó en compañía de Doña Julia rumbo al mezquite chueco y le dijo: a partir de mañana ya no es necesario que nos traigas de comer, porque Rosalba se encargará de preparar nuestros alimentos.

¿En dónde lo va a hacer? ven para que veas dónde - dijo Irineo- y la llevó al interior del estrecho cuartito de madera y de láminas de cartón que el día anterior había construido debajo del mezquite chueco.

¿¿Aquí?? ¡Estás loco Irineo! esto es un cuchitril infame que no merece la niña Rosalba; además, como la parte de abajo no esta terminada, por allí pueden entrar animales y alimañas venenosas.

Rosalba ya no es ninguna niña; ahora es mi esposa y tiene que adaptarse a lo que yo le pueda ofrecer; por otra parte cuando tenga algún dinero trataré de cubrir la parte baja de lo que habrá de ser para siempre su cocina.

Sigo creyendo que estás loco ¿cómo es posible que le hagas esto a la niña Rosalba? porque te guste o no te guste yo le seguiré llamando «niña».

¡Llámale como tú quieras! Pero la verdad es que Rosalba ha dejado de ser la niña bonita de su casa y ahora es la esposa de un hombre pobre que ella misma escogió y que al igual que mi madre, que mi abuela y que tú misma, aceptaron seguir la suerte de los hombres con los que se casaron.

Por otra parte yo sólo estoy cumpliendo al pie de la letra la condición que me puso Don Guadalupe, de que no le permitiera entrar jamás a mi cocina, de tal suerte que en lo sucesivo ésta será la cocina de Rosalba para toda la vida.

Pero ella no sabe nada sobre esa condición que te puso su padre, además, Don Guadalupe, al imponértela buscaba el beneficio de su hija y tú con esta actitud estás agravando en forma inhumana su situación, yo les había ayudado a ustedes en todo, porque siempre te he querido como a un hijo y a ella porque desde niña la he visto tan noble y tan buena, que quise ayudarla a realizar su amor contigo, pero ahora que estoy viendo que ese terrible odio que llevas en el alma te está convirtiendo en un monstruo que te está destruyendo a ti mismo, y que amenaza destruir a mi niña Rosalba, que ninguna culpa ha tenido en la causa de tus odios, yo no estoy dispuesta a ser cómplice de tu injusta venganza. Te advierto que jamás volveré a esta casa tuya que estás ensombreciendo de rencor y de resentimientos; algún día tu odio sombrío y cruel se habrá de revertir contra ti mismo. Lo único que siento es que mi niña Rosalba va a sufrir mucho contigo, sin culpa alguna. No vuelvas jamás a pedir mi ayuda; tampoco quiero volver a verte allá por mi casa; desde este momento dejás de ser mi hijo adorado, a menos que resuelvas arrepentirte de lo que estás haciendo. Es cier-

to, el dolor que le causará esto a Don Guadalupe será tan grande que le costará la vida; eso concretará tu venganza de hacerlo sufrir en lo más sensible de su alma o sea su hija Rosalba, pero también a mí me estás causando el dolor más grande de mi vida al ver que el niño inocente que yo amamanté se convirtió en un monstruo. No me quiero despedir de Rosalba porque me sería imposible disimular mi enojo y mi tristeza; pero ella sabrá buscarme si algún día necesita de mi ayuda, que estoy segura la va a necesitar ¡Qué Dios o el Diablo te acompañen!

Irineo se quedó muy acongojado al comprender que había perdido el gran cariño que aquella buena mujer le había profesado desde niño; se fue a la orilla de la acequia y estuvo cavilando mucho tiempo, hasta que la voz de Rosalba lo sacó de su ensimismamiento.

Irineo, esposo mío ¿por qué estás tan pensativo y triste? ¿porqué se fue Julia sin despedirse de mí?

En lo sucesivo -dijo Irineo- Julia ya no nos traerá los alimentos, los tendrás que preparar tú.

¿En dónde lo voy a hacer?

Allí, debajo del mezquite chueco -contestó Irineo- en ese lugar que acondicioné para que lo utilices como cocina.

Me imagino -dijo ella- que eso será mientras arreglas el jacal chico.

No; ésa será tu cocina para siempre, sólo me falta colocar algunas piedras en el suelo a manera de fogón, para que allí enciendas el fuego, y con algunos sartenes y vasijas que sacaré de la cocina que fue de mi madre, estarás en condiciones de preparar los alimentos.

No puedo creer, ni encuentro la razón para que me condenes a utilizar este cuchitril como cocina para toda

la vida. No lo entiendo. Ni las mujeres más pobres de todo el pueblo cocinan en estas condiciones, no creo merecer este sacrificio; ni entiendo por qué no arreglas la cocina de tu madre, que en todo caso, estaría en mejores condiciones que esto que ni siquiera alcanza la categoría de gallinero o de chiquero. Yo podría conformarme con usar este cuartucho, algunos días, mientras tú arreglas el jacal chico que siempre fue la cocina de tu casa, pero me asusta mucho oírte decir que ésta será mi cocina para siempre. Te ruego me expliques por qué no quieres arreglar la cocina que fue de tu madre, pues aunque esté en muy malas condiciones estará mejor que esté improvisado e incomodo cuartucho. Además, por debajo de las láminas van a entrar el viento, los animales, y la lluvia que harán más penoso mi trabajo. Por favor, amor mío, arregla el jacalito chico; en tanto, yo te ofrezco sacrificarme un poco para preparar tus alimentos en este lugar, incluso, yo te puedo ayudar a arreglar la cocina.

No tiene sentido -dijo Irineo- que arregle el jacal chico, porque de ninguna manera tú podrás entrar en él. Ha llegado el momento de explicarte el por qué. ¿Te acuerdas que tu padre me exigió una condición para dar su consentimiento para nuestra boda? Condición que yo acepté porque ante todo anhelaba casarme contigo y cumplir tu ilusión de verte casada con todas las reglas de la ley, de la religión y de la sociedad; pues bien, esa condición tu padre me hizo jurarla ante un crucifijo y ante la presencia de Don Anselmo.

La condición que tu padre me puso y que yo juré cumplir, fue precisamente que nunca permitiría, ni te obligaría a entrar a la cocina que fue de mi madre, o sea, el jacalito chico, y esa promesa sería para toda la vida, es

decir, aunque muriera Don Guadalupe. La condición a la que me refiero solamente la conocen tres personas, aparte de mí y de ti que ahora la sabes; esas personas son: tu padre, Don Anselmo que estaba presente y Doña Julia a quien sentí la necesidad de contársela. Nadie más lo sabe, ni lo sabrá. Comprendes ahora porqué tendrás que aceptar que este cuchitril como tú lo llamas, será para siempre tu cocina, porque jamás podrás entrar a la cocina que fue de mi madre. Esto no te lo estoy haciendo yo, te lo está haciendo tu padre que me obligó a hacer una promesa juramentada que estoy obligado a cumplir.

Pero tienes que comprender -dijo ella- que mi padre lo que pretendía era que me hicieras una cocina en mejores condiciones que la que fue de tu madre.

Eso no se especificó, yo sólo me comprometí a que nunca entrarías a esa cocina y lo voy a cumplir. Si no te agrada lo que te ofrezco puedes volver a casa de tu padre y seguir con tu vida de niña bonita regando las flores del jardín. Eso no te lo puedo impedir, pero si sigues conmigo tienes que ajustarte a lo que te ofrezco. Te prometo que cuando gane mi primer dinero trataré de cubrir la parte que quedó incompleta de tu cocina; por lo pronto ayúdame a acarrear aquellas piedras que están al fondo de mi terreno para habilitarte un pequeño fogón y empieces, cuanto antes, a preparar la cena de esta noche; yo te proveeré de las vasijas necesarias para ello y acarrearé toda la leña que necesites para hacer el fuego. Tienes que aprender a trabajar en cuclillas y a guardar en las noches las brazas ardientes cubriéndolas con la ceniza para que en la mañana las descubras y con unas breñitas, soplando las brazas vuelvas a encender el fuego para preparar el desayuno y así sucesivamente.

Irineo, no seas tan ingrato conmigo, nunca te dije que al retirarnos de nuestra fiesta de bodas, mi padre me prohibió que volviera a pisar su casa mientras él viviera, y que tampoco lo podría hacer después de muerto, porque me iba a desheredar, lo que significa que no cuento nada más que con tu amor, con tu ayuda y con la vida que me puedas dar.

Lo siento por ti, pero yo tengo que cumplir mi promesa. Resígnate para siempre a esta cocina. El agua para beber y para hacer el café se la compraré a Don Higinio de su aljibe y la acarrearé en grandes tinas para que no te falte. Allí mismo, en el comercio de Don Higinio compraremos todos los víveres que sean necesarios. El agua que se requiera para otros menesteres, la acarrearas tú de la acequia en esas tinas.

Irineo, quiero que tengas compasión de mí, mira lo viejas y agujeradas que están estas láminas de cartón que sirven de paredes, en tiempo de invierno o de lluvias va a ser muy angustioso estar aquí.

Lo siento -dijo Irineo- y dando media vuelta se dirigió a traer las piedras para hacer el fogón.

Hasta ese momento Rosalba comprendió que el odio que sentía su esposo hacia su padre, era más grande que el amor que ella le inspiraba; lo que más le dolía era que Irineo la estuviera utilizando a ella como objeto de venganza hacia su padre. Por primera vez la asaltó la terrible idea de que tal vez ella no sería capaz de soportar aquella humillación, y también, por primera vez presintió que las bases amorosas de su matrimonio no estaban bien cimentadas.

Irineo acarreó varias piedras que antes habían formado parte de la cerca del fondo del terreno, que se había

derrumbado parcialmente y nunca se había repuesto. Con esas piedras y un poco de argamasa construyó un pequeño fogón de cincuenta centímetros de altura en el centro del cuartucho que sería la cocina de Rosalba. Después extrajo de la cocina que había sido de su madre una mesa de madera que además de sucia presentaba muchas heridas de cuchillo y algunas quemaduras en las tablas superiores, que gracias a su grosor había podido soportar. También sacó dos sillas de madera con asiento de mimbre reforzado con bejuco, también muy sucias, ahumadas y grasientas; así como algunos sartenes, mocas, cucharas, cuchillos, casuelas, comales y demás vasijas imprescindibles en toda cocina. Acercó también alguna leña y la colocó en el centro del fogón y con unas virutas y hojas secas instruyó a Rosalba cómo prender el fuego; luego sujetó de la parte del techo algunos ganchos que servirían para colgar algunas ollas, así como la lámpara de petróleo que alumbraría en las noches aquella improvisada cocina. Una vez que encendió el fuego, le dijo a su esposa: Ya tienes todos los utensilios que necesitas para preparar nuestros alimentos; de aquí en adelante tú te encargarás de todo, la leña yo la acercaré a la cocina. No te olvides de colgar en los ganchos de arriba la canasta de las tortillas, la olla de la leche y los alimentos que tengas que guardar, todo esto para protegerlos de las cucarachas y demás animales; mañana sacaré de la cocina de mi madre la tinaja en la que depositábamos el agua para beber.

Yo, desde mañana iré a ver a Don Anselmo para que me preste o me rente un carretón de tracción animal que él ya no utiliza; si lo logro le agregaré unas estacas a manera de redilas y me dedicaré por completo a la compra y

venta de cerdos , y también a la cría de ellos. Pienso reconstruir el chiquero del fondo de mi propiedad y allí volveré a criar algunos puercos, a la orilla de la acequia, porque a ellos les gusta mucho bañarse en el lodo. Te aseguro, Rosalba, que con mi experiencia en el trato de los animales, podremos salir adelante en nuestra vida futura con estrecheces, pero con decoro. Por algún tiempo te prohíbo que salgas de esta casa, ni siquiera a la iglesia, porque allí puedes encontrarte a tu padre y puede hacerte víctima de humillaciones y de dolorosas ironías; al único lugar a donde podrías ir con toda libertad es a la casa de Doña Julia, que es, acaso, nuestra única amiga. Olvídate de las muchachas del pueblo que fueron tus amigas y que te consentían por ser una niña rica; ellas nunca te perdonarán que te hayas casado con el hombre más pobre del pueblo; te aseguro que buscaran la forma de lastimarte.

Así pasaron los meses. Don Anselmo, cumpliendo su compromiso de padrino de boda, le prestó el carretón y la mula a Irineo, quien se dedicó a recorrer los pueblos cercanos comprando y vendiendo cerdos, y pronto se hizo de unos puerquitos de poco tiempo de nacidos y los llevó a su chiquero para criarlos; su comercio le producía pequeñas utilidades, pero suficientes para proveer las necesidades elementales de él y de su esposa. Rosalba a los dos meses de casada empezó a sentir los síntomas del embarazo lo cual fue motivo de gran felicidad para Irineo, pero ella no demostraba ninguna alegría. Rosalba no salía a ninguna parte, no tanto por las prohibiciones de su esposo, sino porque no tenía interés en conversar con nadie, mucho menos responder a los cuestionamientos que la mayoría de la gente le haría en razón de su vida

presente.

Así siguieron pasando los meses, la relación entre los esposos había dejado de ser efusiva y se había convertido en un trato convencional; ella hacía sus labores de esposa y él se encargaba de proveer todo lo más necesario. Como Irineo dedicaba muchas horas al día recorriendo en su carretón las congregaciones y pueblos aledaños, comerciando con sus animales, Rosalba pasaba mucho tiempo sentada en una roca cerca de la acequia, metía con frecuencia los pies en el agua y los veía hincharse cada vez más con motivo de su embarazo. Rosalba no podía definir con certeza si en aquel tiempo era feliz o desgraciada, más bien se había vuelto indiferente, con una indiferencia resignada y conformista; ya no la alegraban los trinos de los pájaros, ni le entusiasmaba seguir sembrando flores en sus macetas, ya no tenían sentido muchas cosas. Sentía repugnancia por el olor a estiércol que provenía del chiquero y que frecuentemente le provocaba vómitos. La ingrata cocina a la que estaba aherrojada, la consideraba como una condena, pero entraba a ella y hacía su trabajo como una autómatas, tratando de que no le doliera su horrible situación; pero llegó el invierno y la época de lluvia, y la situación se volvió casi imposible de soportar; algunos ventarrones habían tumbado varias láminas de cartón y algunas habían quedando parcialmente destruidas, de tal suerte, que la lluvia y el frío, con toda inclemencia penetraban en aquel cuartucho como si estuviera a plena intemperie, casi a techo descubierto. Todo aquello se agravaba por el avanzado estado de embarazo de Rosalba que ya tenía dificultades para moverse y casi le resultaba imposible agacharse en el fogón; dos veces rodó por el suelo y con

gran dificultad pudo ponerse en pie agarrándose de los barrotes verticales donde estaban clavadas las láminas de cartón. Un día en que ya no pudo más, con un niño que pasó por su casa mandó llamar a Doña Julia, la que cerciorándose primero que no estaba Irineo llegó y al ver que Rosalba no estaba en el jacal grande, se dirigió al cuartucho del mezquite chueco y allí encontró a Rosalba casi desplomada en una silla, con el vientre ya muy abultado, con las piernas inflamadas por las varices, con una horrible palidez en su rostro y los ojos casi fuera de sus orbitas.

-¡Dios mío Rosalba!, ¿Qué ha sido de ti? ¡Tú ya no puedes seguir en esta situación! Voy de inmediato a decirle a tu padre todo lo que está pasando.

-¡A mi padre no, por favor! En todo caso dígaselo a mi padrino Anselmo, pero, cuídese de que no lo sepa Irineo.

Doña Julia apresuradamente se dirigió a la casa de Don Anselmo y le informó de la triste situación de Rosalba haciéndole saber que aquella promesa que le hizo a Don Guadalupe la había convertido Irineo en un instrumento de venganza, haciendo víctima, a la pobre niña.

-¿Qué podemos hacer? -dijo angustiado don Anselmo- Yo creo que lo mejor es ir con mi compadre Guadalupe y después de contarle lo que está pasando suplicarle que perdone a su hija, la rescate, y la lleve a vivir a su casa, cuando menos durante el tiempo necesario para que tenga su hijo.

-En eso ya no me puedo meter, dijo Julia, pero creo que eso es lo más benéfico para esa pobre niña.

-En este mismo momento iré a ver a mi compadre Guadalupe, y si todavía le queda una pizca de amor por su hija atenderá mi sugestión.

Don Anselmo fue recibido con afecto por Don Guadalupe, y con cierta timidez y con los ojos bañados en lágrimas le contó todo lo que había ocasionado la condición que le puso a Irineo y el juramento que éste había hecho de cumplirla; le contó, a detalle, las condiciones inhumanas del cuartucho que Irineo había habilitado como cocina para impedir que penetrara en la vieja cocina del jacal chico que siempre había utilizado su madre; le contó el muy avanzado estado de embarazo de Rosalba, las dificultades que estaba pasando para moverse dentro de esa cocina, el frío y la lluvia que con sus inclemencias le estaban haciendo la vida tan angustiada y terminó suplicándole que la perdonara y que fuera por ella y la trajera a su casa para que allí tuviera con todas sus comodidades al hijo que estaba por nacer.

Al oír aquello, la primera expresión casi con regocijo de Don Guadalupe fue ¡Se lo dije! Y de ninguna manera la voy a perdonar; su casamiento con ese infeliz ha causado humillación y desdoro a mi familia. Cuando ella se casó con Irineo para mí dejó de existir, y en el fondo me alegra su triste situación, porque confirma las razones de mi negativa para ese casamiento. Te ruego, compadre Anselmo que no vuelvas a venir a esta casa con noticias de alguien que para mí no significa nada, evítame la pena de negarte la entrada a esta casa que siempre ha sido como si fuera la tuya. Deja a esa mala hija que sufra las consecuencias de su desobediencia y ojalá que ese niño no llegue a nacer vivo, pues no quiero saber que anda por ahí un nieto mío muriéndose de hambre.

-¡Qué duro eres de corazón compadre! No comparto tus razones, ni tu manera de pensar; podrás decir que tu hija para ti está muerta, pero en el fondo de tu alma sa-

bes que eso no es cierto; que tu hija tan querida, que fue siempre la niña de tus ojos, está sufriendo las más terribles circunstancias, provocadas en cierta forma por ti, por el mal trato que le diste a Irineo, a quien humillaste públicamente por su pobreza y por la pobreza de sus padres. Lo mandaste encarcelar y golpear arteramente y le impusiste una condición que, en sí misma, entrañaba una gran humillación para su madre, que pasó su vida en esa cocina a la que tú le exigiste que no le permitiera entrar a tu hija; todo eso generó un terrible odio en el muchacho quien, por su parte, ha sido cruelmente injusto al buscar en ella su venganza contra ti. ¡Piénsalo bien compadre! Ella es tu hija amada y está sufriendo una culpa que no es suya; comprende que fue tu orgullo y tu incompreensión, unida a un alma que se ensombreció y endureció por el odio contra ti, lo que está causando en esa pobre inocente tanto sufrimiento. Yo te ruego que antes de cerrar tu corazón, vayas y veas, aunque sea de lejos, las condiciones en que está viviendo tu hija; si eso no te enternece, quiere decir que tu corazón ya esta muerto, y luego, cuando te acabes de morir completamente, tu conciencia no tendrá paz y morirás con el gran remordimiento de no haber sabido perdonar a lo que más querías en la vida, tan sólo por el orgullo estúpido de que tu hija se dejó llevar por el amor que sentía en su corazón y desoyó tus negativas. Por lo que a mí toca, compadre, si no ayudas a tu hija, no volveré a pisar tu casa, no porque me lo prohíbas, sino porque no podré volver a mirar los ojos de quien en un tiempo fue mi compadre más querido y que se convirtió en un engendro de vanidad y de egoísmo.

Dicho esto, Don Anselmo dio la media vuelta y se retiró temblándole el mentón de rabia y sentimiento. Don Guadalupe se quedó anonadado. De momento creyó, como siempre, que estaba en la razón, pero pasaron las horas y recluido en el sillón de siempre, empezó a sollozar; los sollozos se convirtieron en gemidos y los gemidos en un llanto desgarrador. Esa noche no pudo dormir; las palabras de su compadre se habían clavado como alfileres punzantes en su corazón. Miró el retrato de su esposa y creyó percibir en ella una mueca de desaprobación, a tal grado que resolvió no volver a mirarla.

Al día siguiente, muy temprano, Don Guadalupe no resistió el impulso de ir personalmente a ver, por sí mismo, lo que le había contado su compadre Don Anselmo. No queriendo ser muy evidente, pretendió disfrazarse poniéndose ropa de campesino, un sombrero de petate, huaraches y un paliacate rojo; tomó su bastón y renqueando, porque le dolía mucho una rodilla, se dirigió, lo más furtivamente posible, rumbo a los jacales de Irineo. Desde la cerca que rodeaba el solar, pudo observar a Rosalba que estaba lavando unas vasijas y alguna ropa en la orilla del bordo de la acequia apoyándose en un árbol. Cuando la vio resbalar en el lodo, y caer dentro de la acequia, y salir de ella con gran dificultad por lo abultado de su vientre, tuvo el impulso de brincar la cerca para ayudarla a salir, pero le volvió a ganar el orgullo y no lo hizo; cuando Rosalba se introdujo en el jacal grande para cambiarse con ropa seca, don Guadalupe, percibiendo que no estaba Irineo, brincó la cerca y se fue directamente hacia el cuartucho que había construido Irineo bajo el mezquite chueco y que durante cerca de un año había servido de cocina a su amada hija. Una vez

dentro de aquel sucio cuartucho con paredes de láminas negras de cartón, enchapopotadas, la mayoría de ellas agujeradas, las vasijas colgando del techo, las piedras del fogón cubiertas de hollín, la mugrosa mesita con quemaduras y cuchilladas que él había visto, hacía tiempo, en la cocina de la madre de Irineo; todo aquello le pareció dolorosamente impresionante, indigno de su princesita adorada. Salió de allí apresuradamente, para que no viera su hija, volvió a su casa y entonces le pareció doloroso también el lujo de su cocina comparado con lo que acababa de ver en el mezquite chueco; se sintió mal, sintió un profundo dolor en su corazón que le impedía respirar y presintiendo que era su fin, tomó un papel y un lápiz, y alcanzó a escribir lo siguiente: «Rosablanca, hija mía te perdono de corazón. . . ¿podrás perdonarme tú? y no pudo continuar, se nubló su vista y se desplomó sin vida.

La sirvienta de la casa encontró su cadáver al día siguiente y al primero que le avisó de lo sucedido fue a Don Anselmo; después al sacerdote, al médico y al comandante de policía. Pronto todo el pueblo supo la noticia. El primero en llegar ante el cadáver fue Don Anselmo, quien encontró en las manos de Don Lupe aquel escrito final que tanto significaba; lo recogió e inmediatamente se dirigió a los jacales de Irineo y le dio la triste noticia a Rosalba. También le dio la nota que escribió su padre en los últimos instantes de su vida. Rosalba la leyó presurosa y lanzó un grito tan lastimero que bien pudiera haberse confundido con el grito agónico de una ternera degollada.

En esos instantes llegó Irineo y malhumorado le preguntó a Don Anselmo: ¿Qué está haciendo usted aquí?

-Vine a darle a tu esposa la triste noticia de la muerte de su padre, que según parece fue víctima de un ataque al corazón, y no te irrites si te digo que mucha gente del pueblo piensa que mi compadre Guadalupe se murió del corazón por el sufrimiento sostenido por muchos meses que le causó el matrimonio de Rosalba contigo, y sobre todo, al conocer la clase de vida tan inhumana que le has dado a tu esposa. Regocíjate de saber que tu venganza está cumplida, lastimaste a mi compadre Lupe en lo más sensible de su alma y no lo pudo soportar; no creo que Dios te perdone por lo que has hecho con tu esposa, ni tampoco te perdonará la gente buena de este pueblo que antes veía en ti a un joven apuesto, pobre, pero honrado y noble. Por lo que a mí toca te exijo me devuelvas de inmediato el carretón que te presté, la mula también y espero no volverte a ver jamás.

-¡Lárguese usted de mi casa! mañana a más tardar, le devolveré su carretón y su mula.

Una vez que se retiró Don Anselmo en actitud vacilante Irineo se dirigió al jacal grande donde Rosalba tirada en la cama lloraba a grito abierto; tal vez en un acto de compasión, ya no muy frecuente en el carácter de Irineo, se sentó en la cama al lado de ella y le estuvo acariciando su cabeza sin decir media palabra. Ella no respondió a las caricias, siguió llorando con fuertes estremecimientos en todo el cuerpo. Irineo, al ver que pasaba el tiempo y ella no se tranquilizaba, le dijo al oído ¡Cálmate Rosalba, ya no llores porque puede causarle algún daño al niño!

Al día siguiente Rosalba resolvió no ir al entierro de su padre, pero desde lejos vio pasar el cortejo rumbo al pan-

teón, y cuando consideró que la tumba había quedado sola, fue hasta allá, se sentó junto a la cruz y lloró y rezó hasta que ya muy cerca de la noche, Irineo fue a traerla nuevamente a su casa. Esa noche comenzaron los dolores de parto e Irineo acudió de inmediato a buscar al médico del pueblo, que no era ninguna eminencia, pero era el único. Después de auscultar a Rosalba diagnosticó que el parto no sería del todo fácil y recomendó que lo más conveniente sería llevar a Rosalba a la Capital, para que fuera atendida en un hospital con todos los elementos quirúrgicos que se requerían para evitar alguna complicación que pusiera en peligro la vida de la madre y del niño.

¡Nada de hospitales! -dijo Irineo visiblemente molesto- mi madre tuvo sus hijos en este mismo lugar, solamente atendida por Doña Chona, la comadrona del pueblo, que ha traído a cientos de niños al mundo.

Haga lo que usted quiera Irineo, dijo el médico, pero le advierto que si resuelve traer a la comadrona, desde este mismo momento yo me deslindo de toda responsabilidad en lo que pudiera pasar.

Una vez que el médico se retiró, Irineo corrió en busca de Doña Chona quien de inmediato lo acompañó para atender a Rosalba. Muchas horas pasaron. Los gritos dolorosos de Rosalba rompieron con el silencio de la noche y los vecinos más cercanos al escuchar tan fuertes alaridos, prendieron en sus casas veladoras a los santos de su devoción y rezaron pidiéndole a Dios y a la Virgen María, que también fue madre, ayudar a la pobre parturienta en aquel doloroso trance. Ya cerca de la aurora Doña Chona con el rostro compungido salió de la casa de Irineo y a quienes le preguntaban por el caso, ella sin

detenerse respondía el niño ya estaba muerto cuando lo saqué! Y tal vez en un gesto de magnanimidad, Doña Chona, en vez de ir a su casa se fue directamente con el médico y le pidió que fuera a asistir a la pobre muchacha que se estaba desangrando. El médico en una actitud muy profesional puso en su maletín los instrumentos y medicamentos que le dictaron sus conocimientos médicos y apresuradamente se dirigió a la casa de Irineo. Ella aun no tenía conciencia de lo que había pasado, ni sabía que su hijo estaba muerto; la pérdida de sangre la tenía en un pleno estado de inconciencia. Irineo abrumado por la angustia de saber que su hijo no había nacido vivo, y preocupado por el estado de su esposa, aceptó, sin replica, la asistencia médica del doctor y le dijo con tono lastimoso ¡Sálvela doctor, se lo ruego!

Todo el resto del día y la noche entera el médico estuvo atendiendo a Rosalba alumbrado por las dos débiles flamas de las dos únicas lámparas de petróleo que tenía Irineo. El semblante del doctor denotaba gran preocupación y su permanente verificación de la temperatura de la enferma, del pulso y el uso frecuente del estetoscopio examinando los latidos del corazón de la paciente revelaban que estaba confrontando una fuerte batalla contra la muerte. Irineo sentado en la silla al lado de la cama presenciaba angustiado el constante accionar del médico en favor de su esposa.

El niño muerto yacía envuelto en una manta dentro de un gran canasto de mimbre que estaba en un rincón de la habitación.

Ya empezaban a cantar los gallos su letanía del amanecer; los perros empezaban a ladrar, la gente de los pueblos sabe que solamente uno de los perros tiene motivos

para ladrar, los demás simplemente lo acompañan. Con los primeros rayos de sol el médico, que se había quedado dormido en las últimas horas despertó, revisó a la enferma y le tomó la temperatura. Irineo se despertó también con los primeros movimientos del doctor y le preguntó ¿Cómo sigue mi esposa Doctor? El peligro ya pasó, la hemorragia la hemos controlado, la temperatura de su cuerpo es normal, y su corazón esta muy fuerte. Creo que le hemos ganado la batalla a la muerte; ahora, todo depende de su propia fortaleza y de los cuidados que tenga las próximas 72 horas; pasado ese tiempo podremos cantar victoria. Te recomiendo la proveas de una buena alimentación líquida y sustanciosa; nada de grasas ni de alimentos irritantes; muchos líquidos y reposo absoluto durante varios días. Me voy a atender a mis pacientes en el consultorio y por la noche volveré a examinar a tu esposa; pero si algo se ofrece o percibes alguna anomalía o algún dolor, corre a avisarme y yo vendré de inmediato. Haz los trámites necesarios para enterrar al niño cuanto antes, allí te dejé en la mesita el certificado de defunción correspondiente.

No obstante su estado de debilidad Rosalba escuchó concientemente todas las indicaciones del doctor, y a los pocos minutos se quedó profundamente dormida. Irineo acercó su silla al borde de la cama y también dormitó por largo tiempo. Lo despertó la voz de su esposa que le decía: Irineo: ¡Irineo, Irineo, Irineo! ¿El niño nació muerto, verdad? Sí, Rosalba, el parto fue muy difícil y el niño no pudo sobrevivir. ¿Y dónde está mi bebe? -dijo ella- Lo envolví en una frazada y lo coloqué en el canastón de mimbre que iba a ser su primera cunita. ¡Quiero verlo! No tiene caso Rosalba, no tiene caso, y al decir esto últi-

mo Irineo trató de tomar cariñosamente la mano de su esposa, pero ella con gran desdén la retiró y le clavó una mirada de odio y de rencor que lo estremeció de pies a cabeza; nunca había mirado en los ojos de Rosalba más que los resplandores del amor, por eso lo impresionó profundamente aquella terrible mirada que lanzaba destellos de encono, sufrimientos y reproches.

-Voy a tener que dejarte sola unas cuantas horas porque tengo que ir al ejido Francisco Villa a cobrar el precio de un cochino que ayer le vendí al comisario ejidal y que ofreció pagármelo hoy. Con ese dinero quiero darle un entierro digno a nuestro niño y también darle un abono al doctor por sus honorarios; tengo que irme ya porque al regreso tendré que devolver el carretón y la mula a Don Anselmo; de pasada le diré a Doña «Chona» que venga a cuidarte mientras yo regreso.

¡No quiero volver a ver a esa vieja! es muy sucia y se dice que es media bruja; prefiero quedarme sola y llorar a gusto la muerte de mi niño.

Yo regresaré en unas dos o tres horas y con el dinero que me paguen compraré alguna comida que te ayude a mejorar tu salud.

No me importa lo que te tardes, finalmente, tu compañía no me sirve de consuelo; al contrario.

Irineo no quiso contestar ni cuestionar las palabras de su esposa, y apresuradamente salió al patio a uncir la mula en el carretón de Don Anselmo y por la puerta del fondo salió con rumbo al ejido mencionado.

Don Remigio Pérez, comisario ejidal, de inmediato hizo entrega del dinero relativo a la compra del cochino que le vendió Irineo y al enterarse de que lo necesitaba para enterrar a su hijo le dio además, su sincero pésame por

medio de un estrecho abrazo y las palabras de consuelo que se acostumbran en esos casos.

De regreso, en un tramo pedregoso del arroyo de los Piojos, se zafó una de las ruedas del carretón y como no traía bujes de repuesto, con grandes dificultades improvisó Irineo un taquete de madera con la esperanza de que soportara el eje todo el trayecto hasta su casa; la pieza de madera no soportó y tuvo que sustituirla con un clavo de grandes dimensiones sujetado con alambres de púas. En dos ocasiones tuvo que repetir la operación porque la rueda volvía a salirse de su eje. Aquella contingencia lo hizo perder varias horas y cuando volvió al pueblo ya pasaba del mediodía. Avanzando muy despacio para sostener la rueda en su lugar, se acercó hasta la calle de su casa y desde una cuadra antes vio aterrorizado que el jacalito chico que había servido de cocina de su madre estaba envuelto en llamas. Se bajó del carretón y corrió desafortadamente hacia su casa, que ya para ese momento estaba rodeada de mucha gente del pueblo que al verlo hicieron una exclamación extraña que no pudo comprender, pero que no era de solidaridad. Entró a su terrenito y lo detuvo el comisario de policía diciéndole ¡No sigas adelante Irineo, quiero que hagas uso de todas tus fuerzas de hombre, para que tengas el valor de ver lo que vas a ver! Estoy viendo quemarse mi jacalito -dijo Irineo- ¿Qué más tengo que ver? En esos momentos se acercó también Don Anselmo y tomándole de un brazo lo condujo hasta el mezquite chueco donde colgaba, de una de sus ramas, el cuerpo ya sin vida de su esposa Rosalba. Irineo se desplomó con los ojos desorbitados viendo balancearse colgado del cuello aquel cuerpo inerte que había pertenecido a la muchacha más bella del

pueblo.

La noticia corrió velozmente por toda la comarca y pronto se congregaron todos los vecinos poseídos de curiosidad y espanto al ver el cuerpo de Rosalba balancearse con las ráfagas del aire. Como las autoridades jurisdiccionales, con cabecera no muy cercana al pueblo de Loreto se tardaron varias horas en venir a dar fe del suicidio y a descolgar el cadáver, aquel macabro espectáculo permaneció hasta las últimas horas de la tarde; cuando todo el mundo hacía sus propias divagaciones y conjeturas. Irineo permanecía tirado en el suelo a la orilla de la acequia, asistido por algunos amigos que le ofrecían tragos de licor para calmarlo o embrutecerlo; mientras unos niños que jugaban cerca del chiquero de los cochinos comenzaron a gritar con gran espanto, y corriendo como locos entre la gente llamaron la atención de los curiosos que seguían presenciando el ahorcamiento; por fin uno de los niños logró organizar sus palabras distorsionadas por el miedo y se acercó al comisario de policía y le dijo: vaya a ver lo que hay en el chiquero. Al acercarse el comisario y Don Anselmo antes que nadie, con espanto observaron semi-sumergido en el lodo del chiquero estaba el cuerpecito roído y desmembrado de un niño recién nacido que estaba sirviendo de alimento a los cochinos.

Aquel espectáculo espantoso, en un pueblo que no estaba acostumbrado a presenciar tan terribles tragedias causó mayor conmoción que el suicidio de Rosalba. Manuel Robledo y Ramiro Cabrera, inseparables amigos, de Irineo, fueron los primeros en atreverse a entrar al chiquero, y recoger en unos costales de yute, los restos del niño de Rosalba. Al sacarlos, todos los que estaban presentes se hincaron, rezaron y hubo fuertes sollozos, que

se generalizaron entre la multitud expectante cuando Manuel y Ramiro sacaron de los costales los restos del niño y los limpiaron en el agua de la acequia. Doña Julia, con una admirable serenidad pero con un impresionante rictus de dolor envolvió los restos del niño en una tela blanca y los llevó a depositar en el interior del jacal grande, encima de la mesa en la que hacía poco tiempo había comido al lado de Rosalba e Irineo. Nunca en la vida del pueblo de Loreto había sucedido una tragedia de esas dimensiones; el pueblo estaba consternado como nunca, y en los semblantes se percibía asombro, anonadamiento y expectación, las autoridades municipales se encargaron de dar cristiana sepultura, en el mismo féretro a Rosalba y a los trozos de carne que quedaron de su niño muerto. El pueblo entero, y mucha gente de los pueblos vecinos se unieron para acompañar a tan infortunados seres, tanto en la misa fúnebre como en el cortejo y en su entierro. La gente no podía creer lo que había pasado. Irineo desapareció, sin saberse por un tiempo su paradero, pero días después sin que nadie supiera cómo, ni cuándo, apareció también su cadáver colgando de la misma rama del mezquite chueco donde se había colgado su esposa.

Nadie del pueblo asistió a sus funerales; el sacerdote de la Iglesia de Loreto se excusó de officiar la misa de cuerpo presente que en todos los casos se llevaba a cabo en el pueblo fingiendo un viaje urgente a la gran ciudad a donde dijo que había sido llamado por el señor Obispo. La mayoría del pueblo comprendió las razones de la falsa excusa; nadie acompañó al carretón tirado por un caballo que servía de «carroza municipal» a la gente sin recursos; por primera vez, en toda su vida, Don Nemesio

González, eterno conductor de esa humilde carroza no vio a nadie tras de sí y se limitó a conducir el cadáver hasta el panteón, donde los sepultureros se encargaron de cumplir simplemente su trabajo. Solamente Doña Julia desde lejos presenció los funerales; pero ni una sola flor quedó depositada en la tumba de aquel hombre.

Mucha gente dice que durante algún tiempo una nube cubrió con su negra sombra la tumba de Irineo para que no le llegaran ni los rayos del sol, y que un grupo de lechuzas, que en el pueblo se consideran símbolo de las brujas, en las noches volaban en círculo por encima de su tumba lanzando espantosos chillidos y picoteando la cruz de madera hasta derrumbarla. Unos viejitos que frecuentemente se reunían para tocar sus guitarras, compusieron un corrido que todavía se canta por el pueblo y que titularon como «La infortunada Rosalba». La propiedad de Irineo jamás fue ocupada por nadie. El jacal grande, que era el único que quedaba se derrumbó, sólo el mezquite chueco, ya con muchas ramas secas apenas vuelve a reverdecer cada verano y allí quedó como testigo mudo de la más grande tragedia acaecida en el pueblo de Loreto.

Durante varias noches la «Jacha» cantó en el kiosco de la plaza una cancioncita que la gente escuchaba impresionada, porque fuera de la costumbre de su autor, de contar chismes y rumores, su cancioncita hablaba de cosas ciertas que todo el mundo había presenciado:

Don Guadalupe ofendió  
Públicamente a Irineo  
Y este luego se vengó  
Casándose con Rosalba  
Tan mala vida le dio

Que le nació el niño muerto  
Rosalba desesperada  
La cocina le quemó  
Le echó el niño a los puercos  
Y luego se suicidó  
Allá en el mezquite chueco  
Irineo, como judas  
Del mismo árbol se colgó  
A la tumba de Irineo  
Nadie ha ido a visitarla  
Sólo en las noches sin luna  
A su alrededor volando  
Pasa un grupo de lechuzas  
Las que dicen que son brujas  
Como demonios chillando

-¡Caray, tío Astucio, y yo que pensé que en este pueblo nunca había pasado nada importante! Sin embargo, como lo conozco a usted, que tiene la permanente tendencia a hacer de todo una fantasía, quiero que me muestre alguna prueba de lo que me acaba de contar ¿Realmente sucedió ó se trata de una de sus constantes divagaciones?

-¡Ah, qué mi sobrino tan desconfiado! de este lugar donde estamos al terreno que fue de Irineo, hay menos de trescientos metros de distancia, te invito a que me acompañes y veas por ti mismo el famoso mezquite chueco; allí te mostraré la rama donde se colgaron Rosalba e Irineo, y podrás ver que todavía existen en su tronco, los clavos con los que Irineo puso las tablas que sirvieron de improvisado techo a la que sería la ingrata cocina de Rosalba, y estoy seguro de que todavía pueden existir algunos vestigios del chiquero donde encontraron

al niño de Rosalba entre los cochinos. También te puedo llevar al panteón municipal para que veas la tumba de Irineo, reducida a un montón de tierra donde ni la yerba ha crecido, única tumba que no tiene cruz. También te puedo mostrar la cripta de mármol donde yacen los restos de Don Guadalupe Elizondo, Rosalba Elizondo y el niño de Rosalba, que no fue bautizado, pero que el Alcalde resolvió que le pusieran el nombre de su abuelo Guadalupe. Por otra parte, el niño que encontró el cadáver del hijo de Rosalba de entre los cochinos aún vive; ya es un hombre mayor, si quieres te llevo para que lo conozcas, pero él siempre se ha negado a volver a hablar del asunto. Si con todos esos datos sigues dudando de la veracidad de mi relato, debes de preocuparte por tu salud mental porque quien no cree en nada, o de todo desconfía, puede estar afectado de una seria enfermedad de la mente.

-¡No se enoje tío Astucio! Por curiosidad algún día de estos lléveme a conocer el mezquite chueco más que por la duda, por curiosidad. Estoy verdaderamente impresionado con su relato; éste fue más dramático, que el anterior. Me gusta la sencillez de su conversación y la expresión de su cara cuando me cuenta pasajes asombrosos, porque parece recrearlos y me transmite sus emociones. Sígueme relatando algunos otros hechos de importancia que hayan sucedido en este pueblo, en el que, repito, creí que nunca había pasado nada digno de contarse.

-Aquí han pasado muchas cosas, sobrino, algunas más impresionantes que otras, pero todas han dejado en el alma del pueblo la sensación de algo profundo; sobre todo aquellos que no han tenido explicación alguna, o que

han llegado a los umbrales de lo mágico, de lo fantástico, de lo misterioso o de los sentimientos muy profundos del alma, casi siempre incomprendidos por la gente común.

Te voy a contar un hecho que sucedió cuando yo era niño y que mi padre y mi abuelo expresaban con cierto regocijo cuando lo contaban, o cuando trataban de encontrarle alguna explicación; toma asiento y escúchame.

## EL ORADOR

-Un día cercano a la semana santa llegó al pueblo, en el camión de pasajeros que hacía el servicio entre el pueblo de Loreto y la Capital del Estado, un hombre de extraño aspecto, no precisamente de feas hechuras, sino de diferentes dimensiones a las del común de los hombres de nuestra región. Era un hombre alto, magro de carnes, pero musculosas, de ágiles movimientos, de cabellos largos e hirsutos, de cara larga que culminaba con un mentón ancho dividido y prominente; en el pueblo nunca habíamos conocido a nadie que tuviera una hendidura tan marcada y profunda en medio del mentón. Sus brazos eran largos y nervudos, sus dedos tenían curvaturas extrañas, que culminaban en uñas muy gruesas y descuidadas; sus piernas eran largas y poderosas y un cuello muy largo y cubierto de pelo; sus ojos casi sin pestañas, pero enmarcados por muy gruesas y muy pobladas cejas que le daban un aspecto, como antes dije, muy diferente a los hombres de nuestra comunidad. Su mirada era apacible y amistosa; sus dientes eran blancos como perlas, entre los que sobresalían dos colmillos un poco más gran-

des que el resto de la dentadura y que se hacían más notorios cuando se reía. Su indumentaria era de ropa común a todos los hombres del pueblo, sólo lo caracterizaban dos grandes muñequeras de cuero que traía en sus brazos, con hebillas metálicas. Pero lo más extraño de su indumentaria era que en ocasiones usaba un collar grueso de cuero, con incrustaciones de fierro, como estoperoles que terminaban por darle al recién llegado una imagen estafalaria, o al menos, extravagante. En conclusión, podríamos decir que aquel hombre era de hechuras extrañas, pero de correctas actitudes propias de un hombre pacífico, amigable y generoso. Por esa razón muy pronto hizo amistad con la mayoría de la gente del pueblo; se llamaba Severo Canseco, nunca supimos su apellido materno, y muy pronto la gente del pueblo se acostumbró a llamarlo con el mote de «El Orador» debido a su vocación permanente y protagónica de decir discursos o sermones sin que nadie se lo pidiera, tan espontánea y reiteradamente, que mucha gente decía con ironía que estaba enfermo de «verborrea». Era muy frecuente que en la plaza, trepado en una de las bancas, que la gente llama inexplicablemente «glorietas» o en el kiosco, desde allí lanzara al viento sus discursos con temas extraños generalmente de corte fundamentalista, admonitorio y apocalíptico. Al principio la gente por curiosidad lo escuchaba sin comprender exactamente lo que decía, pero sus grotescos ademanes y los gestos raros de expresión en su cara, les llamaban la atención a mis coterráneos, acostumbrados a escuchar a personas que al hacer uso de la palabra guardaban la mayor compostura y propiedad.



IKANUONIDA 009

En cambio, Severo Canseco se retorció, gesticulaba, se golpeaba las manos, y a veces levantaba los brazos y la voz como retando al cielo; pero solamente al principio causó sensación entre los que lo escuchaban, después comenzaron a fastidiarse por sus largos sermones pero sobre todo, porque no le entendían el contenido de sus palabras.

En todas las reuniones de carácter general, en las fiestas cívicas y hasta en los casamientos y los velorios, Severo Canseco pedía permiso para hacer uso de la palabra y como en algunas ocasiones su participación le daba cierto ingrediente de solemnidad a los actos, generalmente se le permitía que hablara. Por otra parte, no había en el pueblo nadie más con esa capacidad de elocuencia; con decirte -querido sobrino- que cuando el pueblo cumplió un centenario de haber sido erigido en «Villa», en el programa de festejos para celebrar ese acontecimiento, entre otros eventos, debería el señor Alcalde Atilio González de dirigir unas palabras a todo el pueblo desde un palco del Palacio municipal, donde estaría acompañado con el carácter de invitado principal el Señor Gobernador del Estado y otras personalidades del mundo oficial. Muy nervioso Don Atilio le preguntó a su Secretario ¿Qué es lo que debo de hacer yo? Y el secretario le leyó el programa impreso de los festejos donde decía como primer número «Salutación al pueblo de Loreto a cargo de Don Atilio González Presidente Municipal».

¡Por eso!, -insistió Don Atilio- ¿Qué es lo que tengo que hacer? Y el Secretario respondió: darle una salutación al pueblo en virtud de este primer centenario. ¿Una salutación? Sí, Señor Alcalde, una salutación.

Muy ceremoniosamente Don Atilio se levantó de su silla, le lanzó una sonrisita al Señor Gobernador, se acercó temblando al improvisado micrófono que habían llevado los funcionarios del gobierno del Estado, se quitó el sombrero respetuosamente y cuando todo el pueblo esperaba las palabras alusivas de aquel importante evento, de parte del señor Alcalde, éste se limitó a decir: ¡¡ Buenos días querido pueblo!! Y los asistentes le contestaron en coro «Buenos días Don Atilio». Y se volvió a sentar; para Don Atilio esto era una salutación. La verdad es que en toda la región no se conocían hombres o mujeres con cualidades oratorias, todo mundo sentía pánico cuando lo obligaban a decir algunas palabras en público; por eso les llamaba la atención la verborrea de Severo Canseco, que hablaba hasta por los codos y aburría a la gente de tanto hablar, según ellos, sin «ton ni son». La gente se acostumbró a que en toda reunión aquel hombre se levantaba a hablar; por supuesto, le sucedió lo que a todos los que hablan mucho en público, terminan por repetir las mismas ideas, los mismos principios, las mismas frases y las mismas palabras, llegando a causar tedio y fastidio a la gente que se ha cansado de escucharlos.

Pues bien, un día, ya cerca del atardecer, en plenos festejos de la feria tradicional del pueblo que se celebra cada año, el hombre a quien me refiero se trepó al kiosco en el centro de la plaza principal y comenzó a pronunciar un sermón en el que convocaba a hombres y mujeres a reflexionar sobre el sentido profundo de la vida y de la muerte, invitándolos a conducir su existencia por sendas de rectitud y a prescindir de los placeres mundanos, que según afirmaba no conducían más que al vacío del alma y al infierno espiritual de la indiferencia y la sole-

dad. La gente del pueblo al escucharlo, ya fastidiada de tanto oírlo en todas las ocasiones y en todas las reuniones, prefirió dirigirse hacia los lugares de la plaza o de la calle principal donde se estaban celebrando algunos eventos relacionados con la feria del pueblo, atraídos por la música, el baile público, los cohetes, los juegos de lotería, las fondas, las coleaderas y demás manifestaciones de alegría; de tal suerte, que el orador se quedó hablando solo, ninguna persona se quedó a escucharlo. Pero entonces sucedió algo que en ese momento nadie percibió. Una vez que la gente se había retirado desdeñando al «orador», una perrita propiedad de Doña Braulia Pérez llamada «Soila», cuyo nombre no se lo puso para homologarlo con alguna mujer de ese mismo nombre, sino que, dada su manera de ser tan extravagante y por lo graciosa que era la perrita, el verdadero nombre con que la llamaba era «Soy la Reina»; pero como era un nombre muy largo, la gente empezó a llamarla solamente «Soila» y así se quedó. Pues bien, como antes dije, cuando el «orador» se quedó sin público, la perrita Soila se acercó al kiosco donde hablaba casi a gritos Canseco, y sentada en sus patas traseras fijaba su mirada en aquel solitario «orador» mostrando una gran atención a sus palabras, como si las entendiera; así en esa misma actitud permaneció largo rato la perrita, al cabo del cual, se acercó otro perro, en seguida un burrito, luego un gallo, después un caballo que por allí andaba suelto, dos puerquitos, un ganso, varias gallinas y los árboles cercanos al kiosco se poblaron de toda clase de pájaros. Todos ellos tomaron la misma actitud de respeto y seriedad, y todos mostraban como la perrita, gran interés en escuchar al «orador». En pocos minutos los alrededores del

kiosco se abarrotaron de animalitos; ninguno hacía ruido, ni se atacaban unos a otros, era un auditorio muy respetuoso y tranquilo. Como casi toda la gente estaba interesada en las coleaderas, en el gallo enterrado y en la chiva colgada; juegos, que se acostumbraban en las ferias del pueblo y que ponían a prueba la habilidad de los jinetes participantes, nadie puso atención a lo que sucedía en el centro de la plaza. El «orador», al percibir la inusitada composición de su auditorio, prolongó su alocución el tiempo suficiente para que aquel espectáculo no resultara muy evidente y fuera a generar entre la gente del pueblo perplejidades inconvenientes. Solamente el niño Panchito Casas y su hermanita Dorotea presenciaron, desde un balcón de su casa, ubicada en un extremo de la plaza, aquella extraña concentración de animales escuchando el discurso de Canseco. Cuando éste concluyó de hablar con el consabido remate final utilizado por la mayoría de los oradores «He dicho» los animales comenzaron a dispersarse en perfecto orden, solamente la perrita «Soila» esperó a Canseco y lo siguió humildemente hasta la puerta de su casa.

Los niños Casas, que como antes digo, presenciaron el espectáculo de la plaza le contaron a sus padres lo que habían visto, pero Don Francisco al escucharlos se limitó a decir: ¡ustedes siempre andan viendo fantasías! ¡No papá! Doña Popa, nuestra vecina, también debe haber visto lo que te hemos contado, porque en ese momento estaba en su mecedora en la banqueta de la casa, como lo hace todas las tardes.

Don Francisco, padre de Panchito, un poco intrigado, se dirigió a la casa de Doña Cleofás García, a quien le decían simplemente «Popa», y le comentó lo que sus hi-

jos le habían contado; en seguida le preguntó si ella había visto algo al respecto. Doña Popa le contestó: a los niños no hay que creerles todo lo que dicen, porque les gusta inventar cosas para darse importancia; yo lo único que vi, fueron muchos animales distintos en la plaza, pero como mi vista anda muy mal y ya estoy casi sorda por la edad, no supe de qué se trataba, pero de que había muchos animales alrededor del kiosco, sí los había, y luego se fueron cada uno por su lado. La respuesta de Doña Popa intrigó profundamente a Don Francisco y como era muy amigo del comandante de policía fue a contarle los comentarios de sus hijos y de Doña Popa.

El comandante expresó: Como tú sabes, yo andaba en las coleaderas porque como autoridad tengo que evitar los desórdenes que suelen suceder en esos eventos de la feria. Lo único que te puedo decir al respecto es que el césped de la plaza alrededor del kiosco, quedó totalmente maltratado por pesuñas de animales, y además, lleno de estiércol, no sólo de caballo, sino de diversos animales. La verdad, no me explico cómo pudieron juntarse en ese lugar tantos animales de diversas especies; no encuentro la razón. Si quieres cerciérate, de lo que te estoy diciendo, acércate al kiosco y veras el destrozo y la suciedad que hay en esa parte de la plaza.

Don Francisco Casas, que no era precisamente un modelo de discreción, se encargó de pregonar en distintos lugares lo que le habían comentado sus hijos, Doña Popa y el comandante de policía, con la consecuencia de que ese mismo día a mucha gente del pueblo se les vio merodear alrededor del kiosco constatando por sí mismos los estropicios de la plaza. Todo aquello provocó una ola de rumor en todo el pueblo, que algunos creyeron,

otros desecharon por inconcebible y la mayoría lo consideraron simplemente improbable, pero lo dejaron en la vaga dimensión de lo posible; mas tanto los creyentes como los escépticos generaron en común una gran curiosidad que tratarían de saciar cuando el orador volviera a hablar en campo abierto. Lo que a algunos Loretenses les llamó más la atención fue la actitud extraña de la perrita de Doña Braulia que seguía a todas partes a Canseco con una devoción inexplicable y además, se pasaba las noches durmiendo en el dintel de la puerta de la casa de aquel hombre recién llegado al pueblo. Doña Braulia, en varias ocasiones, fue hasta la casa de Canseco y con una correa ató a Soila y muy a la fuerza se la llevó a su casa, pero los aullidos lastimeros del animalito la enternecían y la volvía a soltar, siempre con el resultado de que Soila se iba a la casa de Canseco, y esas mismas acciones se repitieron varias veces; Doña Braulia reprendía a la perrita como si ésta le entendiera, diciéndole: ¿qué vas ha hacer allá? ¡Ese hombre ni siquiera te da de comer; no entiendo por qué quieres estar con él!

Desde el incidente del kiosco de la plaza la gente contemplaba a Canseco con mucha curiosidad; él seguía siendo afable y amistoso con todo el mundo y fácilmente se ganaba la buena voluntad de quienes lo trataban, porque veían en él a un hombre recto, gentil y generoso. Pasó el tiempo y la gente del pueblo siguió con sus rutinas y terminaron por olvidar la inquietud que les causó el relato de los niños de Don Francisco.

Era muy frecuente en el pueblo de Loreto que al inicio de las fiestas anuales se presentara un circo en la localidad, atraído por el colorido y festinación que cada mes de septiembre animaban el alma de la gente del pueblo y

de la comarca. Pues bien, consecuentemente con ello, llegó a Loreto el Circo Barón; nunca nadie se pudo explicar porqué tenía ese nombre. Los Loretenses eran gente que nunca viajaba hacia otros lugares, eran muy pocas las que se daban el lujo de ir a la Capital o a otras partes del país; por lo tanto solamente se concretaban a llevar una vida rutinaria, plagada de cotidianeses que se repetían día a día, mes a mes, y año tras año. Por eso, la llegada de un circo al pueblo cambiaba un poco la rutina; la gente del pueblo disfrutaba de los payasos, que siempre hacían las mismas cosas y decían los mismos chistes; pero la gente volvía a reír; las cabriolas y piruetas de los acróbatas llamaban su atención poderosamente, porque ignoraban que cualquier gimnasta especialista en ese deporte los podría superar; también los asombraba mucho las contracciones de los contorsionistas, que generalmente eran muchachas muy jovencitas, y en su ingenuidad pueblerina algunos «sabelotodo» decían con aires de importancia ¡esas muchachas no hacen mucha gracia, porque están quebradas! y afirmaban que desde niñas sus padres, que también era gente de circo, les iban quebrando la cintura, de tal modo que cuando crecían con mucha facilidad podían hacer esas contorsiones, y la mayoría de los que las veían actuar, se lo creían. Pero lo que más asombraba a la gente era la presencia de animales salvajes que en ocasiones traían los circos como espectáculo especial, pues se trataba de animales extraños por completo a aquellas tierras, que según se les decía solamente existían en las selvas africanas, es decir, en mundos muy distantes de aquel pequeño pueblecito de Loreto; entre los animales que más los asombraban, estaban los elefantes, los leones, las panteras y los tigres; nin-

gún circo llevó jamás alguna jirafa, porque eso habría causado una inmensa conmoción en un pueblo donde el animal más alto de estatura era el caballo. Pues bien, como antes dije, llegó a Loreto el circo Barón, con los tradicionales espectáculos de payasos de cara pintada y pantalones bombachos, acróbatas que daban marometas en el aire y caminaban sobre una cuerda floja, contorsionistas que hacían extrañas piruetas en el aire y caían al suelo con las piernas completamente abiertas y que eran capaces de encoger y hacer dobleces con su cuerpo que podían esconder en un estrecho recipiente. Lo más impresionante del circo Barón era un tigre de bengala viejo que se pasaba el día dormido en su jaula y que según decían los ingenuos pueblerinos, que le daban de comer un burro diario; la gente desfilaba y se arremolinaba alrededor de la jaula del tigre, admirando sus colores, tanto de la piel, como de sus ojos y miraban con espanto sus inmensos colmillos y el rugido de la fiera los llenaba de pavor. Pues bien, en los programas del circo se anunciaba como espectáculo principal la actuación de un valiente domador que en la pista se atrevía a introducirse en la jaula del tigre y domar su ferocidad, obligándolo a realizar algunos saltos y cabriolas demostrativas del dominio que tenía sobre la fiera, así como su valentía, ya que era evidente que en cada presentación peligraba la vida del domador.

Llegó el día de la primera función del circo; las graderías, lunetas y palcos preferenciales estaban repletos de gente; no había ni un solo lugar vacío. Podría decirse que todo el pueblo estaba dentro de la inmensa carpa del circo. Como siempre, en todos los espectáculos se dejaba sentir la desigualdad social y económica; la gente

más rica ocupaba los palcos preferenciales, las clases medias los lunetarios y la gente humilde del pueblo abarrotaba las galerías.

La función inaugural se fue desarrollando, podríamos decir normalmente, los payasos irrumpieron primero, luego los caballos amaestrados cabalgados por hermosas Amazonas; los acróbatas y los contorsionistas dejaron a los presentes con un pasmo de asombro, y por fin llegó el momento del acto que todos esperaban; los utileros arrastraron la jaula del tigre hasta el centro de la pista, y de inmediato los espectadores percibieron que la fiera estaba muy inquieta y lanzaba terribles rugidos jamás escuchados en aquellos lugares; la gente mayor no se inquietó porque estaban conscientes que el animal estaba encerrado en una jaula de gruesos barrotes, pero los niños sintieron espanto ante aquellos rugidos que surgían de las horribles fauces del feroz animal. Pero todo volvió a la calma cuando el domador, luciendo un atavío muy usado por todos los que se dedican a esa actividad en donde destacaban sus largas botas negras y un grueso cinturón del mismo color, blandiendo en su mano derecha un látigo negro, en su mano izquierda una pequeña silla de metal liviano y en su cabeza un sombrero de copa que de ninguna manera combinaba con el resto de su atavío, pero que le daban un aspecto de singular extrañeza, se presentó ante el público entre unánimes aplausos. Con toda decisión abrió la puerta de la jaula del tigre y se introdujo a ella sin la más mínima muestra de temor. El animal al verlo se incorporó amenazadoramente y avanzó dos pasos hacia el domador en posición de ataque, pero ante el chasquido del látigo el animal retrocedió sin dejar de emitir gruñidos intimidantes; el domador se acercó un

poco más, lo fustigó e interpuso entre los dos la silla que llevaba en la mano; al sentir el golpe del látigo la fiera dio un salto lateral y mostró sus horribles colmillos al mismo tiempo que rugía más fuertemente. La intención del domador según el acto programado era la de obligar al animal a treparse en un banco de madera y saltar desde allí a otro banco contiguo a través de un aro de fuego. A fuerza de chasquidos de látigo el domador logró que el tigre se trepara al primer banco, pero como se negó a dar el salto programado, después de insistirle varias veces sin resultados, le propinó un fuerte latigazo que evidentemente le causó dolor al animal, que abriendo sus fauces y rugiendo fuertemente, en vez de dar el salto hacia el otro banco, se lanzó sobre el domador derribándolo y atacándolo en el brazo que portaba el látigo. Para agravar las cosas el asistente del domador, tal vez por la confianza que da el hecho de haber presentado ese mismo acto cientos de veces sin ningún problema, no había asegurado debidamente la puerta de la jaula, por lo que el tigre salió de ella y en medio de la pista, rugiendo salvajemente y mostrando sus horribles fauces miraba amenazadoramente a toda la gente que presenciaba el acto; al instante se dirigió hacia el palco de Don Melquiades Elizondo, que junto con su esposa y dos de sus hijas pequeñas estaban al borde de la pista y cuando era inminente que el tigre saltaría sobre ellos, apareció la figura de Severo Canseco, que bajando rápidamente de las galerías donde también presenciaba el espectáculo, se interpuso entre la fiera y el palco de Don Melquiades completamente desarmado ante la gritería de espanto de la gente; quienes estaban más cerca de ese lugar afirman que escucharon a Severo emitir un fuerte gruñido, que

no eran palabras, ni sonidos conocidos, pero que de inmediato logró que el tigre detuviera su ataque. Severo y el tigre se clavaron mutuamente sendas miradas e inexplicablemente el feroz animal bajó la testa, dejó de rugir y sin ningún otro desplante se metió a su jaula, de donde ya habían sacado muy herido al domador; los ayudantes pusieron los cerrojos de la puerta de la jaula, y el tigre con cierta humildad se recostó en el suelo cubierto de aserrín. La gente no sabía que pensar; Don Melquiades se abrazaba de su esposa y de sus hijas que todavía estaban llorando de espanto; el público no abandonaba sus lugares no obstante que el maestro de ceremonias desde el centro de la pista anunció que se daba por concluida la función; de pronto alguien empezó a aplaudir y a gritar ¡bravo Severo! ¡bravo Severo! ¡bravo Severo! e inmediatamente aquel recinto retumbó ante el estruendoso aplauso general de todos los presentes que continuó durante varios minutos, y a los que se unió todo el personal del circo incluyendo al domador que apareció vendado del brazo y del hombro derecho y que vino hasta el lugar donde estaba Severo y le dio un prolongado abrazo. Ante aquel gesto del domador se reanudaron con mayor fragor los aplausos y los gritos del público de: ¡Severo! ¡Severo! ¡Severo!

Era el mes de Agosto y ya empezaban a organizarse los festejos relacionados con la tradicional feria del pueblo, que todos los años se llevaba a cabo desde el quince de septiembre hasta el quince de octubre; para ello ya se habían iniciado las reuniones de quienes siempre participaban como organizadores, promotores, patrocinadores y por supuesto: la autoridad municipal. La buena organización de esas festividades en los años anteriores, le

habían dado tal prestigio, en toda la región, que se convirtieron en el centro más importante de diversión, de jolgorio, de juegos de azar, y de coleaderas de toda la comarca; en todo ese rumbo se esperaba con ansia la llegada de la feria de Loreto para asistir y participar en ella. El primer acto de dicha organización era elegir a la muchacha más bella del pueblo para que presidiera la feria con el carácter de reina de la misma; evento que se llevó a cabo con la debida anticipación, en el que participaron todas las jóvenes solteras de la región, y después de varias pruebas de selección, el jurado calificador otorgó el triunfo a Margarita Andrade, hija de Don Tiburcio y Doña Celestina, gente de regular prominencia en el pueblo. Ninguna persona calificó el fallo de injusto o de parcial, porque, sin duda alguna, Margarita era la más bella de las concursantes, aunque algunas personas del pueblo la calificaban de vanidosa y engreída; pero, repito, nadie puso en duda que su belleza superaba a la de todas las demás aspirantes. Margarita, desde hacía algunos años, era pretendida por Adán Martínez, un joven apuesto, gentil y caballeroso, muy trabajador y honrado a carta cabal, quien después de un largo cortejo logro al fin el «sí» de la bella muchacha y se habían convertido en novios ante la aceptación de sus respectivos padres, y en general de toda la gente del pueblo que al verlos solían decir «Qué bonita pareja». A ella le fascinaba el baile y Adán la complacía acompañándola a todos los bailes, no sólo de Loreto, sino de cualquier pueblo cercano, y casi siempre se les veía abrir el baile y bailar toda la noche. Daba gusto ver a Margarita mover su cuerpo esbelto y bien delineado, con una gracia que llamaba la atención, además, tenía buen gusto para vestir, o como decían las mujeres del pueblo «a las

bonitas todo nos queda». Adán trabajaba para Don José Hernández en labores de Agricultura y ganadería y como era muy cumplido y eficiente en su trabajo, su patrón lo compensaba con un buen sueldo y algunas prestaciones adicionales.

Aparte del alborozo que se vivía en el pueblo por la proximidad de la feria anual, había otro motivo de gran alegría entre los Loretenses, motivada por la abundantísima cosecha de cebada que habían levantado los agricultores que se dedicaban a ese tipo de siembra, que eran la gran mayoría, pues se sabía que de antemano todo la cosecha sería comprada a muy buen precio por la cervecería más importante de la Capital, y eso traería beneficios para todo el pueblo; igualmente, Don Abundio Hinojosa había levantado también, como nunca antes, una gran cosecha de ajos que también proporcionaba grandes ganancias porque después de un proceso de secamiento o deshidratación por medio de calor sin que le diera el sol, lo vendía a unos laboratorios farmacéuticos de la ciudad donde exprimían su aceite, con el que llenaban cápsulas que recomendaban mucho los médicos naturalistas para el tratamiento de algunas deficiencias orgánicas de sus pacientes. En general se vivía en Loreto un ambiente de optimismo y felicidad muy singular porque aquellos resultados provechosos, de diversa manera se traducían en beneficios para toda la comunidad.

Quien más esperaba con ansiedad la iniciación de la feria del pueblo era Margarita; anhelaba con vehemencia que llegara el día en que se abriera el comienzo de la feria con el tradicional desfile por todas las calles del pueblo en un camión abierto donde ella iría al frente, en su ca-

rácter de Reina de la Feria, acompañada por el Alcalde y demás personas prominentes de Loreto. Aquello halagaba inmensamente su vanidad.

Mientras Margarita preparaba lo mejor de su ropa para lucirla en las festividades, Adán intensificaba su esfuerzo y su atención en el trabajo, buscando con ello ser merecedor de alguna recompensa en efectivo que le diera su patrón, para solventar los gastos que le significarían complacer a su novia Margarita en los diferentes eventos de la feria donde ella debería presidir como Reina de la misma. Un día cuando el sol estaba en su parte más alta, Adán, después de comer su frugal alimento se recostó un momento bajo un frondoso nogal y se quedó dormido. Una zorra salvaje atraída por los pedazos de comida que habían sobrado y percibiendo que Adán estaba dormido se acercó, tal vez, con la intención de comerlos, al tiempo que Adán despertó y al verla tan cerca trató de capturarla; la zorra enfurecida, con el hocico lleno de espuma y los ojos rojos como brazas, se defendió y mordió fuertemente uno de los brazos de Adán clavándole sus colmillos y provocándole un fuerte sangrado. Adán soltó a la zorra y se fue al arrollo a lavar la herida sobre la que ató fuertemente su pañuelo, para detener el sangrado. Por la tarde regresó al pueblo y comentó a sus padres lo que le había pasado; su madre localizó en un baúl un frasco de yodo y lo vació en las heridas de su hijo, colocando después una venda. Aquel incidente no impidió que Adán siguiera trabajando diariamente en sus faenas normales; por las noches iba a la casa de Margarita y juntos salían a pasear por los corredores de la plaza principal y luego sentados en una de las bancas platicaban de los sucesos del día y de las próximas fiestas de la feria;

Margarita le comentaba que Doña Amalia, la costurera, estaba confeccionándole algunos vestidos que habría de lucir en los eventos de la feria; ninguno de los dos le dio importancia al incidente de la zorra y Margarita daba gracias a Dios que no hubiera sido una víbora de cascabel, que hay muchas por esos campos.

Pasaron los días y el alborozo del pueblo por las inminentes festividades aumentaba. Una noche, Adán se despertó en medio de raras convulsiones en brazos y piernas; además, lo aquejaba un fuerte dolor de cerebro; al ver sus manos crispadas y tiesas como garras de animal lleno de terror se dirigió hasta la recámara de sus padres, que al verlo en aquellas condiciones se espantaron y de inmediato se apresuraron a llevar a su hijo a la casa del doctor Gustavo Villafuente el único médico que había en el pueblo, quien los recibió en su consultorio no obstante lo avanzado de la hora, y no pudo evitar demostrar asombro al presenciar las extrañas convulsiones de Adán en sus extremidades, y hasta en los músculos de la cara. Hizo un reconocimiento superficial y al ver las heridas, ya casi cicatrizadas, en su brazo le preguntó la causa de las mismas, respondiéndole Adán que lo había atacado en el campo una zorra salvaje cuando estaba descansando. Al escuchar aquello el semblante del médico se tornó adusto; suspendió el reconocimiento del enfermo y volvió a preguntarle:

-¿Qué aspecto percibiste en la zorra?

-Tenía el hocico lleno de espuma, sus ojos muy enrojecidos y una actitud muy feroz.

-Es urgente -dijo el doctor- que mañana muy temprano nos vayamos a la Capital para que atienda tu caso un neurólogo muy eminente que fue mi maestro en la Es-

cuela de Medicina; prepara tus cosas porque no sé si estaremos allá uno o varios días, según lo considere mi maestro.

Muy temprano Adán y el médico viajaron hacia la ciudad, ambos con semblante de preocupación, pero mostraba mayor desasosiego el doctor Gustavo. Ya en el consultorio del doctor Emeterio González, después de recibirlos con amplias muestras de afecto y amistad y de recordar con el doctor Gustavo algunas imágenes de cuando eran maestro y alumno, inició una auscultación general del paciente y le preguntó:

-¿Cuánto tiempo hace que fuiste mordido por la zorra?

-Exactamente hace doce días.

Momentos después el neurólogo le pidió al doctor Gustavo que pasara a una salita contigua para tener entre los dos una junta médica, sin la presencia por supuesto, del enfermo:

-Para mí -dijo el doctor Emeterio- la sintomatología que presenta el paciente, así como los antecedentes del ataque de la zorra, me hacen pensar que ese animal le transmitió el terrible virus de la hidrofobia, que como usted sabe estimado colega una vez que se ha dejado transcurrir más de dos semanas sin atención médica, y que ya se han empezado a sentir los primeros síntomas de la enfermedad, la medicina está muy limitada, casi impedida para atacar ese terrible mal, que aparte de mortal por necesidad, acarrea gran sufrimiento a quien la padece y un gran riesgo para la gente que vive a su alrededor dada la irracional ferocidad que genera; pero dígame usted estimado colega, cuál es su opinión al respecto.

-Lamentablemente querido maestro, comparto por completo su diagnóstico y sabiendo que usted es el mejor neurólogo de estos rumbos permítame apelar al profundo sentido humano que lo caracteriza como médico y le pido que haga todo lo posible por ayudar a este pobre muchacho que está en la flor de su juventud y que es muy querido en el pueblecito donde yo ejerzo modestamente la medicina.

-Mi querido alumno, guardo especiales recuerdos de ti cuando fui tu maestro en la escuela de medicina y desde entonces percibí que si no serías el mejor médico de mi clase, nadie te superaría en bondad, humildad, y abnegación; cualidades que solamente quien las tiene, es capaz de ejercer nuestra sagrada misión en la zona rural, particularmente en un pueblo tan pequeño y modesto como el de Loreto. Te refrendo mi personal admiración y mi especial afecto. En cuanto a nuestro enfermo, en una situación desesperada como en la que estamos, en donde debemos echar mano de cualquier recurso que ofrezca la más mínima posibilidad de esperanza, debemos hacerlo, porque lo peor, creo yo, es no hacer nada y dejar que la enfermedad tome posesión por completo del organismo de este pobre muchacho y muera en las condiciones más dolorosas y lastimeras que puedan concebirse. Te hablo así, querido amigo, porque recientemente me fue proporcionada por unos laboratorios extranjeros, para mí hasta ahora desconocidos, pero de fama internacional, una vacuna que utilizada a tiempo es decir, antes de la aparición de los primeros síntomas de la rabia, es infalible, pero en el caso que nos ocupa, después de doce días de la mordedura del animal, y ya presentando el paciente algunos desordenes neurológicos, no estoy se-

guro de la efectividad de dicha vacuna, pero, aun así, pienso que debemos administrársela.

-Estoy completamente de acuerdo con usted estimado maestro, y le ruego procedamos de inmediato porque como usted dice, lo peor sería no hacer nada.

Durante los días siguientes el doctor Emeterio estuvo inyectando la mencionada vacuna, y ya para el tercer día, cuando menos las contracciones nerviosas de las manos y la cara habían desaparecido.

Al final del tercer día del tratamiento el doctor Emeterio le habló con toda claridad a Adán y le dijo: Mira muchacho, para que tú también participes en tu propia curación debes de conocer el origen y las consecuencias de la enfermedad que te aqueja; es muy frecuente que los perros, lobos y sobre todos los zorros, en esta época tan calurosa del año se inoculen del virus de la rabia, conocido por nosotros los médicos como «hidrofobia», que significa: «Miedo o terror al agua» pero más que miedo o terror, los animales o la gente que padece esa enfermedad, porque también las personas pueden ser contagiadas, sufren como primeros síntomas, una inflamación dolorosa de las glándulas de la garganta y de la tráquea, de tal suerte, que resulta muy dolorosa la ingestión hasta del agua. Por eso la dificultad para pasar inclusive la saliva, provoca la espuma en la boca o en el hocico de los animales enfermos; además, como es una enfermedad que ataca el sistema nervioso y produce terribles dolores en todo el cuerpo, provoca una desesperación dolorosa y consecuentemente una ferocidad irracional y terrible; por otra parte, es tan contagiosa que con cualquier mordida, y hasta con la baba se puede transmitir. Es indudable que la zorra que te atacó estaba ra-

biosa, al morderte te inoculó ese terrible virus; de haber acudido a mí inmediatamente, te hubiera administrado una vacuna que impide de inmediato el progreso de la enfermedad, pero pasaron 12 días y los síntomas previos empezaron a aparecer en forma de contracciones. Mi colega, el doctor Gustavo y yo tomamos la decisión de inyectarte un medicamento que no estamos seguros que te pueda curar definitivamente, en primer lugar porque es la primera vez que estoy usándola, y en segundo lugar porque tu mal ha avanzado mucho; sin embargo, me parece un buen indicio el que después de administrártela durante tres días hayan cesado tus contracciones, y no aparecieron nuevos síntomas de la enfermedad, sobre todo porque hace unos momentos te vi tomar un vaso con agua sin ninguna dificultad, eso me tranquiliza. Sin embargo escucha muy bien mis instrucciones, que deberás seguir al pie de la letra, porque yo mismo no estoy seguro de que estés curado, por lo que es importante que atiendas las siguientes indicaciones; por ningún motivo deberás exponerte a la luz del sol y tratarás de permanecer en lugares sombreados y si es posible, oscuros; por ningún motivo deberás ingerir bebidas alcohólicas ni alimentos irritantes; mi colega Gustavo te dirá concretamente el tipo de alimentos que no debes comer, pero lo más importante de todo es lo siguiente: Como se trata de una enfermedad de carácter nervioso deberás dormir el mayor tiempo posible y de ninguna manera desvelarte ni participar en riñas o situaciones enojosas, pero sobre todo, repito, dormir lo más que puedas; el sueño calma los nervios y no hay nada que los irrite más, que las desveladas ó el dormir poco en general. No estoy seguro te repito que siguiendo estas instrucciones te sientas curado

por completo, pero de lo que sí estoy seguro es de que si no las sigues los resultados serán terribles y fatales. Para finalizar, le pido a mi amigo Gustavo me tenga informado del proceso de tu enfermedad porque quiero saber, a ciencia cierta, cuál es la efectividad de la medicina que te inyecté.

-Muchas gracias querido maestro -dijo el doctor Gustavo- yo le tendré informado de todo lo que suceda.

Adán no dijo ninguna palabra se concretó nada más a depositar un beso de gratitud en la mano del doctor Emeterio. Aquel beso decía todo.

En el camino de regreso el doctor Gustavo recomendó a Adán no hiciera ningún comentario del diagnóstico de su maestro, porque la gente de Loreto se espantaría al saber que su enfermedad podría ser la rabia; se comentaba que hacía muchos años a un hombre del pueblo le dio la rabia y trató de atacar furiosamente a las personas o a los animales que se encontraba, y la policía tuvo que matarlo a balazos, y aun después de muerto la gente se negaba a aproximarse al cadáver. El doctor Gustavo insistió en las recomendaciones de su maestro, y le exigió que cuando menos tres veces por semana fuera a su consultorio para observarlo, pero que lo hiciera en las noches para que no se expusiera a la luz solar.

Esa noche, como de costumbre, Adán fue a visitar a su novia y dieron su rutinario paseo por la plaza, y ante las preguntas insistentes sobre su estado de salud que le hacía Margarita, él se limitaba a contestar: Estoy bien mi amor, estoy bien, pues, según me dijo el doctor que fuimos a ver a la capital, sólo debo de evitar que se me infecte la mordedura de la zorra; e inmediatamente Adán cambiaba de tema para no profundizar sobre el asunto. Mar-

garita a cada momento traía a la conversación el tema de la feria ya muy próxima a iniciarse y le repetía a su novio que Doña Amalia la costurera, le estaba confeccionando algunos vestidos para lucirlos en los diferentes eventos . Adán, por su parte le preguntaba: ¿Qué ropa crees que debo ponerme yo para la fiesta?

-Me gusta cómo se te ve -dijo ella- ese pantalón gris que estrenaste, combinado con la camisola azul que llevabas en la reciente boda de tu primo José Ángel; también me gusta mucho el juego de pantalón y camisa color «beige» que te pusiste el domingo pasado cuando fuimos a la iglesia.

Adán estuvo pensando la mejor manera de plantearle a su patrón la recomendación de que no debía de exponerse a la luz del sol siendo que su trabajo ameritaba andar en el campo durante todo el día, pero no pudo evitar platicar con él porque al día siguiente tenía que presentarse a su trabajo.

-Don Pepe -le dijo- el médico neurólogo con el que me llevó el doctor Gustavo, me comunicó que en estos meses de calor intenso los zorros salvajes casi siempre traían la rabia y para prevenirme de dicha enfermedad, por si acaso, me inyectó varias vacunas y me hizo recomendaciones muy estrictas especialmente, que durante algunos dos meses, mientras se pasaba el verano, no debía de exponerme a la luz del sol. Por supuesto que esto que le dijo Adán a su patrón no era toda la verdad pero consideró que era la mejor forma de decirlo para no causar ninguna alarma.

-Eso va a estar muy difícil -dijo Don Pepe- ¿Cómo le vas a hacer? bien sabes que tu trabajo en la labor y en el pastoreo se hace a pleno día, sin más protección que tu

sombrero.

-No me ponga las cosas muy difíciles Don Pepe, se trata de mi salud y usted debe comprender que como patrón tiene cierta responsabilidad laboral en lo sucedido, porque fue un accidente de trabajo, es decir el animal me mordió después de la comida del mediodía, a la hora de mi descanso, y no se lo refiero como reclamación, sino que apelo a su sentido humano y a la buena relación que siempre hemos tenido, yo le pido que por este tiempo me cambie de trabajo, y luego, cuando pase el período que señaló el doctor, volveré a mis tareas de siempre.

-¡Está bien, no te pongas bronco! Acepto mi responsabilidad y te concedo lo que me pides; desde mañana, hasta la llegada del invierno, te encargaras de administrar la majada, es decir, la ordeña de las cabras, que como tú sabes se lleva a cabo ya muy tarde, al pardear, cuando el sol ya se metió, y ese mismo trabajo lo vas a hacer en la ordeña de las mañanas, o sea, antes de que salga el sol, porque después el ganado tiene que salir a pastar y regresa al anochecer. Pero cuídate Adán porque si te da la rabia me vas a matar todas las cabras -dijo Don Pepe soltando la carcajada mostrando que lo que acababa de decir era una broma.

-¡Gracias Don Pepe! se lo agradeceré toda la vida y no tenga cuidado no voy a matarle ninguna chiva.

La gente del pueblo no le dio importancia al hecho de que Adán hubiera ido a ver a un médico en la ciudad, porque lo veían muy saludable cuando paseaba con su novia por la plaza.

Dos días después acudió Adán ante el doctor Gustavo como habían acordado, y le comunicó el arreglo que ha-

bía tenido con su patrón para evitar su exposición al sol, lo cual le pareció muy bien al facultativo. Entonces Adán le pidió que le diera una explicación acerca de la prohibición tan estricta que le había impuesto el doctor Emeterio sobre las desveladas.

-Es que las desveladas -dijo el médico- son atroces para el sistema nervioso, y no te olvides lo que te dijo mi maestro de que tu enfermedad era eminentemente de carácter neurológico; es más, yo pienso que una desvelada es más dañina que una asoleada.

-Así lo entiendo -dijo Adán- y precisamente desde anteanoche mi madre, que conoce mucho de hierbas medicinales y cree en ellas, me está obligando a tomar en las noches una jarra completa de té de poleo, con leche de cabra, y he estado durmiendo como un bebito.

-Eso es muy bueno, hijo mío, porque yo pienso que si obedeces las instrucciones de mi maestro, y las vacunas que te puso surten el efecto que esperamos, tu situación estará salvada.

Llegó el día de la apertura de las festividades de la feria anual; como era tradición, desde la torre de la parroquia se hicieron estallar multitud de cohetes que anunciaban el inicio oficial de la ya famosa en la región «Feria de Loreto». En ese momento entre el estallido de cohetes se inició el tradicional desfile por todas las calles del pueblo. Al frente abría el desfile un camión de plataforma larga, con redilas adelante, donde instalados de pie iban las autoridades municipales, algunos hombres prominentes del pueblo y en medio, luciendo un hermoso vestido rosa, vaporoso y suelto, lucía su bella imagen Margarita, la recién nombrada Reina de la Feria. Después del carro principal, siguieron los hombres de a caballo que habrían

de participar en las coleaderas y en las suertes de jaripeo. En seguida niños y niñas de la Escuela Benito Juárez, ellas con guirnaldas de vistosas flores, y ellos con mancuernas de madera haciendo una especie de movimientos gimnásticos. Detrás de ellos la banda municipal formada de muchachos y muchachas del pueblo, y dirigida por Don Severiano de la Garza, que a la vez era el maestro de música que la había organizado con todos sus alumnos. A la orilla de las calles se agolpaba la gente del pueblo para ver pasar aquel tradicional desfile de apertura de las fiestas de la feria anual.

Al terminar el desfile, Adán se hizo presente ante Margarita y después de tomarle amorosamente la mano y de decirle de mil maneras que estaba muy bella con aquel atuendo, la invitó a sentarse en una de las bancas de la plaza para platicar; ella aceptó con la advertencia de que fuera una plática breve, porque tendría que irse a arreglar para presidir, en compañía del Alcalde y de su esposa el gran baile de inauguración de la feria que se llevaría a cabo en el salón de Cabildo, que era el lugar acostumbrado para determinados eventos públicos. Sobre ese asunto Adán hizo el siguiente comentario:

-Margarita, amada mía, tengo algo muy serio que decirte, y espero de tu parte la mayor comprensión que te dicte tu corazón y tu amor hacia mí -al decir esto Adán se puso muy serio e hizo un gesto de adusta gravedad-

-¿Pero por qué te pones tan serio Adán? ¡Me alarma tu actitud! ¿Qué asunto puede ser tan grave para que pongas esa cara?

-Es bastante serio lo que tengo que contarte y repito, que solamente espero que sepas comprenderme; tu ayuda, tu comprensión y tu solidaridad conmigo es muy

importante para salir adelante en el problema de salud que me puede sobrevenir.

-¿A qué problema te refieres; yo te veo más sano y apuesto que nunca? No me digas que se trata de la mordida de la zorra, porque ya casi ni las cicatrices se te ven en el brazo.

-Muy confidencialmente debo decirte que el neurólogo ante quien me llevó el doctor Gustavo a la capital me expresó que en estos meses caniculares era muy frecuente que los zorros y las zorras salvajes estuvieran inoculados con el virus de la rabia, y como no puede descartarse, ni tampoco asegurarse esa circunstancia, porque no hay forma de constatar si el animal estaba enfermo o no, como médico responsable consideró importante inyectarme unas vacunas preventivas para descartar cualquier posibilidad de contagio. Pero, además me recomendó siguiera algunas instrucciones muy estrictas que debería yo observar rigurosamente durante dos meses; entre esas indicaciones, las más importantes fueron que no me expusiera a la luz solar, pero sobre todo que no me desvelara nunca, y que tratara de dormir el mayor tiempo posible. El doctor Gustavo, a su vez me recomendó que al menos dos veces a la semana fuera con él para hacerme algunos reconocimientos, e insistió en la necesidad ineludible de acatar la recomendaciones del neurólogo; también me recomendó que no hiciera público este asunto, porque podría causar alarma en el pueblo y no tiene caso presuponer un problema que lo más seguro es que no se haga realidad; de cualquier manera, por sí o por no, he tomado la decisión de seguir, al pie de la letra las indicaciones del neurólogo. Ya arreglé con mi patrón, en buena forma, el cambio de trabajo para no exponerme a

los rayos del sol durante estos meses de calor, y debo de decirte que Don Pepe me demostró su amistad y su afecto, con su comprensión, y ahora te pido a ti, con mayor razón, que me comprendas y que me ayudes a cumplir estrictamente las indicaciones del doctor.

-Creo que el doctor está exagerando; generalmente son muy alarmistas, más que todo, para evadir la más mínima responsabilidad profesional, pero de cualquier manera si tu decisión es acatar sus indicaciones, cuenta con mi ayuda y mi comprensión pero sobre todo, con mi amor.

-¡Qué bueno que así piensas! porque hoy en la noche comienza nuestro sacrificio, pues no podré acompañarte al baile, ya que debo de dormirme desde muy temprano y tú sabes que el baile inaugural de la feria a veces termina hasta en la mañana siguiente.

-¿Qué es lo que estás diciendo? -replicó Margarita- ¡que no me vas a acompañar al baile de esta noche! tú bien sabes que en mi carácter de Reina de la Feria debo presidir todas las festividades, especialmente el baile inaugural de la misma. Todo mundo sabe que eres mi novio y nadie podrá comprender porqué no estás conmigo en ese evento. Además, es costumbre que el alcalde y la reina de la feria abran el baile y que a mediación de la melodía el alcalde continúe bailando con su esposa y la reina con su chambelán, que en este caso serías tú. No es posible que dejes de acompañarme en este evento. Desde muy niña soñé que algún día sería la reina de la feria y ahora que lo he logrado no quiero pasar la vergüenza de que mi novio se niegue a bailar conmigo, sobre todo sin que se conozca alguna buena razón que lo justifique y como tú quieres guardar el secreto de tus indicaciones médicas,

nadie va a comprender tu desden hacia mí, sobre todo mis padres que ya conocen nuestro noviazgo y lo han aceptado porque te juzgan como un buen muchacho, merecedor de mi cariño. ¡No me puedes hacer esto! y al decirlo se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar.

Ante el llanto de su novia y sus razonables argumentaciones Adán se enterneció en lo más profundo de su ser y a punto también de sollozar le dijo tiernamente:

-¡No llores amor mío! Ninguna prohibición de ningún médico está por encima de mi amor por ti; no me importa lo que pueda pasarme, yo estaré contigo en ese baile, donde habrás de lucir tu gran belleza, porque eres la muchacha más bella de estos rumbos; quiero que realices colmadamente tus sueños infantiles y te ofrezco que después de que abras el baile con el señor alcalde, como es costumbre, bailaré contigo toda la noche hasta que la luz de la amanecer ponga fin al tradicional baile como todos los años.

-¡Gracias! amor mío, pero no vayas a pensar que mi vanidad desdeña tus preocupaciones de salud, lo que sucede es que viéndote tan apuesto y tan saludable estoy convencida de que no tendrás ninguna consecuencia negativa.

La madre de Adán se puso furiosa cuando presenció que su hijo se estaba preparando para asistir al baile inaugural de la feria, porque sabía que todos los años ese baile terminaba hasta el amanecer y no logrando persuadirlo se limitó a decirle:

-Si esa mujer te quiere, no comprendo cómo puede exigir que pongas en peligro tu salud sólo para satisfacer su vanidad de muchacha bonita.

Adán no respondió nada y una vez atuendado con sus mejores ropas se dirigió al referido baile, y cumpliendo su promesa bailó con su novia hasta el amanecer; el doctor Gustavo que también estuvo presente con su esposa en ese baile, en uno de los acercamientos, se concretó a decirle: te espero mañana en la tarde en mi consultorio.

Ese día no durmió ni un minuto, porque apenas tuvo tiempo de cambiarse de ropa e irse a su trabajo en la majada de don Pepe para llevar a cabo la ordeña de las mañanas, después de la cual las cabras, bajo el cuidado del pastor y de los perros majaderos, salían a pastar durante todo el día para regresar cerca del anochecer a la ordeña de la tarde. Cuando regresó Adán a su casa para almorzar, su madre le llamó fuertemente la atención diciéndole:

-Yo creía que Margarita te amaba de verdad, pero ahora comprendo que su vanidad es mayor que el amor que te tiene ¿cómo es posible que te haya obligado a desobedecer las indicaciones de tus médicos, solamente para lucirse en el baile inaugural? y ¿cómo es posible que tú no hayas tenido el suficiente carácter para negarte a acompañarla? Si tu padre viviera se avergonzaría de ti; por otra parte, es importante que acudas con el doctor Gustavo y le confieses que la noche de ayer no dormiste ni un solo minuto.

-Madre, yo quiero tanto a Margarita que comprendí su responsabilidad y su compromiso de presidir, como reina de la feria, el baile de inauguración. Ella no podía faltar, ni podía dejar de participar en el baile, ni negarse a bailar con quien se lo pidiera, ni exponerla a la vergüenza pública de que no estuviera acompañada por su chambelán, o sea, por su novio oficial, porque todo mun-

do en el pueblo sabe que somos novios casi desde que éramos niños. Yo sentí la necesidad de acompañarla; ojalá que esto no me afecte directamente en mi salud; además, no tengo nada que confesarle al doctor Gustavo porque él también estuvo en el baile y sabe hasta qué horas se terminó.

-Pero, hijo, tú bien sabes que durante todo el mes de la feria hay eventos diferentes todos los días y hay bailes todas las noches alrededor del kiosco en la plaza principal y estos son muy concurridos y populares ¿vas a ir todas las noches a bailar con ella durante un mes?

-Sí, madre, debo de acompañarla en todas las festividades de la feria y solamente espero que Dios, o la Divina Providencia me ayuden a que no me pase nada; ahora bien, si ello afecta mi salud, lo tendré por bien empleado; mi amor por Margarita es superior a todas las cosas y por ella puedo sacrificar hasta mi vida.

-Pero hijo, acepto que la quieras tanto y que por ella seas capaz de sacrificarte, pero dime, ella sabe exactamente lo que te pueda ocurrir.

-Ella solamente sabe que mis doctores me prohibieron desvelarme y asolearme, pero ignora lo que me puede pasar ¡imagínate si supiera que a su novio le puede dar la rabia! de seguro rompería su compromiso conmigo ante la sola posibilidad de que eso sucediera, y yo no la quiero perder.

-No hay más que decir hijo mío, rezaré un novenario pidiéndole a Dios por tu salud; pero, al menos, haz lo posible por dormir durante el día todo lo que puedas.

-Te lo prometo madre.

La promesa de Adán a su madre fue inútil; en las noches Adán acompañaba a su novia hasta las dos o tres de

la mañana, hora en que terminaban los bailes de la plaza; muy temprano tenía que ir a cumplir con su trabajo en la majada y durante las tardes todos los días había diversos eventos dentro del programa de la feria, principalmente las coleaderas y los jaripeos, donde también Margarita le pedía que la acompañara y Adán temeroso de que si no acompañaba a su novia algún otro galán podría ocupar su lugar, durante todo el tiempo de la feria, en todos los eventos apareció al lado de la reina. Tampoco cumplió con su ofrecimiento de acudir con frecuencia ante el doctor Gustavo a su consultorio, y como de momento no sintió ninguna consecuencia por sus desveladas llegó a pensar que su novia tenía razón cuando afirmaba que en ocasiones los médicos son muy alarmistas.

Se terminó el periodo de la feria que dejó un saldo positivo en lo económico y en lo social; la popularidad de Margarita aumentó considerablemente, al grado de que su belleza se difundió por toda la región. El amor entre ella y Adán se fortaleció profundamente por la convivencia permanente; ella se veía fragante y espléndida porque durante todos los días la programación de los eventos le permitía dormir toda la mañana hasta las primeras horas de la tarde. En cambio Adán se veía ojeroso, pálido y debilucho. Era evidente que las desveladas y el trabajo diario habían dejado huella en su aspecto físico, su madre estaba muy preocupada, en las noches volvía a obligarlo a tomar el té de poleo con leche hervida de cabra, pero el organismo de Adán durante varios días después de la feria había tomado un ritmo de pocas horas de dormir, que aquella bebida preparada por su madre, que antes lo hacía dormir placidamente, ahora ya no le surtía efecto.

Una noche sucedió lo que su madre temía, aparecieron con toda claridad, los primeros síntomas de la terrible enfermedad pronosticada por el doctor Emeterio; su madre despertó al escuchar en la recamara de su hijo extraños rugidos y ruidos estruendosos que le causaron alarma, por lo que presurosamente fue a enterarse de lo que pasaba. Al abrir la puerta de su recamara lanzó un grito de espanto vio a su hijo con la boca desbordada de espuma, sus ojos enrojecidos, y presa de una furia incontrollable que lo impelía a destruir los muebles, espejos y ventanas de su cuarto. Cuando anegada en llanto le preguntó: ¿hijo, dime qué te pasa?

-¡Ya me dio la rabia madre! retírese de mí porque no quiero hacerle daño; aún me queda algo de razonamiento, pero a medida que la enfermedad avance no voy a ser responsable de mis actos. ¡Váyase, madre, por favor!!

Y después de decir esto siguió destrozando todos los muebles de su casa mientras Doña Genoveva, su madre, permanecía hincada con un crucifijo entre sus manos rezando sollozadamente.

Ya estaba a punto de salir el sol; ya la mayoría de la gente de Loreto se preparaba para iniciar las labores del día; la mayoría de los niños se preparaban para ir a la escuela y muchos de los hombres que hacían labores de campo ya andaban en la calle cuando Adán rompiendo la puerta de su casa salió a la calle y rugiendo como fiera corría descalzo por entre las calles y amenazaba con atacar a quienes se iba encontrando en su camino; muy pronto la gente empezó a gritar alarmadamente: ¡Adán trae la rabia!! ¡Mátenme por amor de Dios!! -gritaba Adán- No quiero hacerle daño a nadie y que no me ataquen sus perros porque los puedo inocular, y era conmovedor ver-

lo correr descalzo, con su ropa hecha tiras gritando alrededor de la plaza ¡¡Mátenme por favor!!

La gente del pueblo estaba horrorizada; todo mundo amarró a sus perros y caballos; el doctor Gustavo muy alarmado se dirigió a la estación de policía y le dijo al comandante: Adán es paciente mío, hace algunas semanas lo mordió una zorra con rabia y es evidente que ya le apareció esa enfermedad que aparte de dolorosa, es incurable y muy fácil de transmitir, lo que significa que es un gran peligro para el pueblo porque cualquier animal o ser humano que sea atacado por él, irremediamente estará condenado a contraer esa enfermedad y así sucesivamente podrá irse transmitiendo entre animales y gente convirtiéndose en una plaga mortal con resultados en los que ni siquiera quiero pensar; es decir, debemos de sacrificar a mi paciente como medida de prevención para todo el pueblo.

Yo me hago responsable de este sacrificio necesario; le recomiendo que cuanto antes le demos muerte a este pobre muchacho cuya enfermedad no tiene remedio. Hagamos lo mismo que hace mucho tiempo, según tengo información, fue necesario hacer cuando se presentó un caso similar; cuanto antes utilicen sus rifles y pongan fin a esta terrible amenaza.

El comandante de policía de momento titubeó pero habiéndolo consultado con el señor alcalde y con la mayoría de los miembros del ayuntamiento que alarmados, ya se habían reunido en la sala del cabildo, recibió instrucciones precisas de sacrificar a Adán lo más pronto posible. Antes de que hiciera daño. En uno de los momentos de lucidez Adán se había trepado al kiosco y seguía pidiendo que lo mataran. Cuando ya los cuatro po-

licías que integraban el cuerpo de seguridad de Loreto habían preparado sus rifles para cumplir con su triste misión, se presentó de improviso y sumamente agitado Severo Canseco, y casi a gritos se dirigió al señor alcalde diciéndole:

¡No lo maten! ¡No lo maten! permítame a mí resolver el problema, sólo les pido que me consigan rápidamente la llave de la bodega donde Don Abundio Hinojosa pone a secar su cosecha de ajos pues yo pienso encerrar allí a Adán durante varios días mientras el doctor Gustavo y el doctor que fuimos a ver a la capital buscan alguna solución, en la inteligencia de que si no hay remedio, ustedes pueden llevar a cabo el sacrificio, pero yo les ruego que le demos una oportunidad de vida a este pobre muchacho.

-¿Y quién lo va a llevar a encerrar en la bodega de Don Abundio? porque yo creo -dijo el Alcalde- que Adán atacará a quien se le acerque. -Usted consígame rápidamente la llave de esa bodega y yo me encargo de llevarlo sin que nadie más intervenga ¡Me hago responsable de ello!-

En eso estaban cuando impensadamente se presentó Don Abundio intrigado por lo que estaba pasando y una vez informado en detalle, de inmediato aceptó prestar su bodega pero aclaró lo siguiente:

-Debo de advertirles -dijo- que esa bodega esta completamente oscura porque así lo requiere el proceso de secamiento de los ajos convenido con el laboratorio que me los compra; solamente hay una pequeña ventanita de respiración en la parte media de la pared que da hacia la calle.

¡Mucho mejor! -dijo Severo- la oscuridad es un ambiente favorable para el enfermo, ya que la luz del sol, o cualquier luz intensa es muy irritante para los enfermos

de rabia.

¿Y quién le va a llevar de comer o de beber? -preguntó el alcalde-

-Los enfermos de rabia rechazan por completo el agua, por eso se le conoce científicamente con el nombre de Hidrofobia. En cuanto a la comida yo me pondré de acuerdo con Doña Genoveva su madre, para llevarle algún alimento que le haremos llegar por esa ventanita mencionada por Don Abundio. En fin -dijo Severo- yo lo que les pido es una oportunidad antes de matarlo, para que nunca alguien pueda reclamar que actuamos irracionalmente, sólo por temor y por impulso; ahora bien, si pasado un mes, los médicos no encuentran ninguna solución, con toda autoridad moral y sin reticencia alguna, lo sacrificaremos en bien del pueblo, por lo pronto, les ruego me permitan intervenir en su favor.

El señor alcalde inmediatamente percibió que la solución de aquel problema dependía exclusivamente de su decisión y recordando que Severo Canseco hacía poco tiempo había salvado la vida de Don Melquiades y de su familia controlando al tigre del circo, y además, con el fin de no aparecer como un hombre drástico e impulsivo, accedió a la petición de Severo Canseco y le pidió a Don Abundio que le entregara de inmediato la llave de su bodega. Don Abundio no se negó a prestar su bodega, la única objeción que puso fue que el encerrar allí al enfermo podría dañar o destruir su cosecha de ajos que tenía en ese lugar en proceso de secamiento, pero desistió de su objeción cuando el señor alcalde se comprometió a pagar cualquier daño que se causara, con dinero del erario público y con la cooperación obligada de Don Pepe, el patrón de Adán; después de lo cual, se dirigió a Severo

y enfáticamente le dijo: haga las cosas como usted quiera, pero le advierto que lo haré responsable de lo que pudiera suceder si no salen las cosas como usted piensa. Por otra parte, no voy a arriesgar la vida, ni la salud de mis policías; usted se las tendrá que arreglar solo, sin ayuda de nadie.

Severo ya con la llave de la bodega en su poder se dirigió al kiosco donde estaba trepado Adán, quien tenía un aspecto fiero y espantoso; su cara y en particular sus ojos eran irreconocibles y rugía como un animal a punto de lanzar su ataque.

Severo se acercó al kiosco ante la inquieta mirada de la muchedumbre que ya para esas horas se había reunido cerca de la plaza. A Margarita la encerró su padre en su recámara desde donde sólo se escuchaban sus sollozos y sus rezos.

Ya cerca del kiosco Severo empezó a decirle palabras a Adán que nadie alcanzaba a escuchar, pero percibieron que después de que le estuvo hablando durante algunos minutos Adán pareció tranquilizarse y su semblante adquirió aspectos de serenidad; luego vieron con asombro que Severo empezó a subir por la escalerilla del kiosco y estuvo conversando con el enfermo sin que éste tuviera el más mínimo intento de violencia; pero más se asombró todo el mundo, cuando lo tomó de la mano y juntos bajaron del kiosco y caminando lentamente sin pronunciar palabra se dirigieron por la calle donde estaba ubicada la bodega de Don Abundio. Parecía que Adán estaba hipnotizado, o que algunas palabras habían logrado la calma de su corazón; caminaba sin mirar a nadie, la gente corría a esconderse a su paso, el Alcalde y los policías los seguían a considerable distancia. Cuando los vieron

llegar a la puerta de la bodega observaron que antes de entrar Severo estuvo platicando algunos minutos con Adán y de pronto los dos se introdujeron a la Bodega; el pueblo permaneció expectante y después de un tiempo más o menos considerable vieron cómo Severo salió de la bodega, cerró la puerta de fierro y con la llave aseguró el cerrojo.

Nadie comprendía cómo fue posible que un hombre atacado por la rabia hubiera sido tan dócilmente conducido y encerrado sin demostraciones de violencia, que es lo que caracteriza a los afectados por esa terrible enfermedad; por ello, cuando Severo Canseco se acercó a la multitud expectante, toda la gente le abrió paso, mirándolo con una extrañeza que oscilaba emocionalmente entre el asombro y el recelo, sentimientos que suelen experimentar las almas sencillas ante lo incomprensible, pero no hubo ni una sola actitud de reconocimiento o de gratitud.

Al regresar a la sala del cabildo le entregó a Don Abundio la llave de su bodega y advirtiéndole la presencia del doctor Gustavo entre los concurrentes, le solicitó le permitiera tener una conversación con él, pero no en público sino en su consultorio; a lo cual el facultativo accedió y juntos se dirigieron hacia allá.

Una vez en el consultorio el Doctor Gustavo le preguntó a Severo:

-¿Qué fue lo que platicaste con Adán para lograr que dócilmente te siguiera hasta la bodega de Don Abundio y que aceptara que allí lo dejaras encerrado?

-¡Eso qué importa, doctor! lo que debe importar es buscar un tratamiento o una medicina para salvar a ese pobre muchacho. Yo ya hice mi parte, ahora el problema

es de usted.

-Lo que sucede es que no hay ningún remedio -dijo el doctor- la muerte es inevitable: lo positivo es que allí donde está encerrado no podrá hacerle daño a nadie; dile a su madre que le lleve de vez en cuando algo de lo que a él más le gustaba comer, aunque me apena confesarte que no estoy muy seguro de que los enfermos de rabia tengan apetito, porque nunca antes en mi carrera profesional se me había presentado un caso así; pero tengo conocimiento de que algunos animales afectados por ese mal buscan comida, en cambio, lo que rechazan por completo es el agua, pero pudiera ser que Adán aceptara algunos alimentos. Para ese efecto Don Abundio me comentó que en la puerta trasera de su bodega, la que da al patio, hay una ranura suficientemente amplia como para introducir por allí una charola con comida, y que el agua se le podía descolgar en una cubeta desde la ventanilla de la bodega que da a la calle, aunque, repito de ninguna manera va a aceptar el agua.

-Pero ¿cuánto tiempo cree usted que vaya a estar allí encerrado Adán?

-Hasta que sobrevenga la muerte; ya sea por causa de la enfermedad, o porque el alcalde tenga piedad de él y ordene a sus policías ir a la bodega y matarlo, porque, de antemano te digo que sus gritos de dolor y desesperación serán capaces de conmover hasta el alma más dura e inhumana de este pueblo. Yo tenía una ligera esperanza de que las vacunas que le aplicó mi maestro le hicieran un buen efecto, aunque reconozco que fueron suministradas muy tardíamente, pero lo que agravó la situación, en mi sincera opinión, fue que Adán no obedeció sus instrucciones en el sentido de dormir el mayor tiempo

posible durante varios meses; a mí me consta personalmente que Adán se desvelaba todas las noches en las fiestas de la feria acompañando a su novia hasta muy altas horas de la noche, o mejor dicho, de la madrugada, y eso con toda seguridad, provocó la aparición del mal; yo quiero ser sincero contigo, y decirte que yo hubiera preferido que el alcalde hubiera ordenado su sacrificio, como me cuentan que sucedió hace muchos años en un caso similar, porque como médico yo sé lo que habrá de sufrir Adán, sobre todo, en los días previos a su muerte. En la bodega se va a revolcar de dolor y desesperación; sus gritos se van a escuchar por todo el pueblo y lamentablemente nada se podrá hacer para ayudarlo, que no sea favorecer su muerte. A mí me parece que el señor alcalde no quiso tomar la decisión adecuada de sacrificarlo a balazos, porque eso podría perjudicar sus expectativas políticas futuras, pues aunque yo creo que no tenga ningunas, él sueña con ser diputado, es decir en mi opinión actuó tímida y convenencieramente.

-Es que no es fácil -dijo Severo- matar a un ser humano, ni siquiera en estas condiciones; yo creo que el señor alcalde actuó con mucho sentido humano.

Mientras esto sucedía, la madre de Adán gritaba como loca pidiendo ayuda para su hijo, para que no lo fueran a matar. A sus amigas vecinas les decía que la culpa de todo era de Margarita, que aprovechándose del amor de su novio, y para satisfacer su vanidad, había obligado a Adán a desvelarse todas las noches de la feria; también exigía a Don Pepe, que como patrón de su hijo se hiciera responsable de cualquier gasto que fuera necesario para salvarlo, toda vez que la zorra rabiosa lo había atacado en el cumplimiento de su trabajo.

El doctor Gustavo la mandó llamar a su consultorio y le dijo que intentara llevarle comida a su hijo por la rendija de la puerta trasera de la bodega de Don Abundio y que con una cuerda y una cubeta tratara de deslizarle agua que seguramente no bebería, y le recomendó que se auxiliara en esas tareas con Severo Canseco, porque parecía ser que alguna influencia tenía sobre Adán. La señora insistió en la búsqueda de algún medicamento que sanara a su hijo y al enterarse, por boca del médico, que el mal era incurable entre sollozos y gritos de desesperanza salió diciendo: ¡Entonces para qué estudian los doctores, si a la hora de la hora no saben qué hacer! Del consultorio del médico, la madre de Adán se dirigió a la casa de Margarita, y como los padres de ésta, se negaron a abrirle la puerta la señora enfurecida lanzó piedras e improperios y a la vez gritaba ¡¡Tú tuviste la culpa desgraciada!! ¡¡ Maldita seas!! ¡¡Dios te habrá de castigar!!

Todo el pueblo comprendía la actitud enloquecida de la madre de Adán, y cuando tuvieron conocimiento que Margarita fue la causa de las desveladas de Adán y consecuentemente, de su enfermedad, la simpatía y popularidad de que antes gozaba, se convirtió en desprecio y en reproche, a grado tal que una noche Margarita y sus padres abandonaron el pueblo y según algunos vecinos, se fueron a vivir a la capital con unos parientes ricos. A Margarita no le importó la suerte de su novio, simplemente buscó desaparecer de escena, y jamás se le volvió a ver por esos rumbos, ni a ella ni a sus padres.

Doña Genoveva la madre de Adán siguiendo el consejo del doctor Gustavo, le suplicó a Severo Canseco que cuando menos los primeros días la acompañara a llevarle comida y agua a su hijo, a lo cual Severo accedió bonda-

dosamente.

Por la rendija de la puerta trasera de la bodega introdujeron una charola con la comida, que según Doña Genoveva más le gustaba a su hijo, o sea, arroz con pollo, y por la ventanilla que daba hacia la calle, subiéndose a una escalera de cuatro o cinco metros de altura Severo deslizó, por medio de una cuerda una cubeta con agua. Permanecieron un momento allí esperando la reacción de Adán pero sólo escucharon ruidos de fiera salvaje y palabras groseras y maldicientes, así como patadas en la puerta de atrás; al oír a su hijo gritar así Doña Genoveva se deshizo en llanto y gritaba:

-¡Cálmate, hijo mío, cálmate! Aquí te traemos la comida que tanto te gusta, maté uno de los pollos para hacerte tu comida!

Por respuesta recibió más fuertes rugidos y más furiosos golpes en las paredes y en las puertas. Entonces Severo profirió algunas palabras, que no eran precisamente palabras sino ruidos vocales que resultaban incomprensibles para Doña Genoveva, pero de inmediato dejaron de escucharse los golpes de adentro, y vieron que una mano crispada estiró hacia adentro la bandeja de los alimentos. Después de eso Severo y la señora se retiraron sin decir palabra, ambos con un gran peso en el alma.

No todos los días siguientes Adán estiró la bandeja de los alimentos; al contrario la empujaba hacia fuera derramándolos; en cuanto a la cubeta de agua siempre la encontraron que permanecía llena, es decir que el enfermo rechazaba el agua. En uno de los días en que Adán rechazó los alimentos, Doña Genoveva le preguntó a Severo: ¿Si no come y no bebe agua mi hijo de qué se va a alimentar? y con extrañeza recibió la respuesta de Severo

quien contestó: no se preocupe señora yo ya le he indicado a su hijo que se alimente, lo más que pueda, con las ristras de ajo que en gran cantidad hay dentro de la bodega. Es más, ya no le traiga nada de comer; que coma la mayor cantidad de ajos que pueda.

-¿Y eso para qué? preguntó la señora.

-Porque los ajos -dijo Severo- Sirven para calmar los nervios, aparte de múltiples propiedades que se atribuyen a ese vegetal.

En efecto, al día siguiente Doña Genoveva ya no le llevó de comer a su hijo, no solamente porque en las últimas ocasiones había rechazado por completo su comida, sino también, porque le parecieron convincentes las razones que le dio Severo respecto de las bondades de comer ajo. Al respecto, la gente del pueblo decía que todas las mañanas se le veía a Severo Canseco, acercarse a la puerta trasera de la bodega de Don Abundio y escuchaban algo parecido a una conversación entre Severo y Adán; lo curioso del caso era que durante esa conversación se dejaban de escuchar los gritos, improperios y golpes que constantemente alarmaban a la población de Loreto.

-¡Parecía que estaban platicando como dos personas normales!

-Varios vecinos le fueron a informar al alcalde: Algo raro está pasando en esa bodega, usted como autoridad, debe de investigar qué es lo que platica Severo con el enfermo iya no sabemos qué pensar! -decían acongojados los quejosos-.

Con motivo de esa denuncia el alcalde mandó citar a Severo Canseco quien acudió a la cita oportunamente y al enterarse por boca del edil de los términos de la queja, y ante la pregunta directa que le hizo el alcalde

requiriéndolo para que le informara: ¿Qué es lo que platicas con Adán? Éste le contestó:

-Todas las mañanas le recomiendo que coma la mayor cantidad de ajos que sea posible, porque mi madre me aseguraba que los ajos eran la mejor medicina para los nervios, y le digo a Adán que ésa es la mejor medicina para curar su enfermedad; por supuesto, señor alcalde, que no estoy muy seguro de que comiendo ajos en grandes cantidades se cure la rabia, pero al menos le estoy dando a ese pobre muchacho un rayo de esperanza. Además él mismo me ha confesado que después de comer muchos ajos se siente más calmado; lo que definitivamente no puede hacer es beber agua, pero yo pienso que con el agua que tienen las cabezas de ajo que precisamente allí las encierra Don Abundio para que poco a poco se vayan secando en la oscuridad, con el propio calor de la bodega y sin que les dé los rayos del sol, creo que con el agua que contienen los ajos -repito- sea suficiente para que no se deshidrate. Este mismo comentario Severo se lo hizo saber al doctor Gustavo y por respuesta soltó una sonora carcajada replicándole: ¿Cómo crees tú que comiendo ajos se puede curar la rabia? Los más eruditos investigadores de ese terrible mal se han desvelado durante muchos años buscando la medicina capaz de lograrlo, y hasta ahora han fracasado, no obstante sus grandes laboratorios y los muchos recursos que se les proporcionan oficialmente para que continúen esas investigaciones, y lo único que se ha logrado, es perfeccionar la vacuna que otros investigadores descubrieron y que ha resultado infalible cuando se aplica oportunamente, pero hasta la fecha, no han encontrado cura cuando el mal ya ha aparecido, y tú me quieres hacer creer que comiendo

ajos se resuelve el problema.

-Bueno, doctor, cuando menos ha servido para calmarle un poco sus efectos; el propio enfermo me ha confesado que cuando come muchos ajos se siente un poco mejor y se calma su violencia y su desesperación por algún tiempo. Yo le pido que me acompañe a la bodega donde está encerrado y a través de la puerta de atrás, le haga algunas preguntas sobre esto que estamos hablando; pudiera ser que usted mismo descubriera algunos efectos benéficos del ajo para el sistema nervioso.

-Yo no dudo dijo el médico que el ajo, al igual que muchas hierbas y vegetales tengan algunas propiedades curativas; yo también, como tu madre, he escuchado que mucha gente utiliza los dientes de ajo en sopas o en brebajes para calmarse los nervios, pero, de eso a que cure la rabia hay una inmensa e insalvable distancia.

-Entonces ¿por qué no me acompaña a hablar con Adán ¿qué puede perder con ello?

-Te acompaño con una condición -dijo el médico- que no se vaya a divulgar que lo hago creyendo en la patraña de que el ajo cura la rabia, porque eso hablaría mal de mi buen juicio y de mis conocimientos médicos, y me acercaría a los linderos no de la medicina, sino de la yerbería o de la brujería.

-Le prometo doctor, no divulgar a nadie lo de los ajos, pero hágame el favor de acompañarme. Mañana temprano vengo por usted para ir juntos a la bodega de Don Abundio.

A la mañana siguiente, como se había convenido Severo y el doctor Gustavo llegaron hasta la puerta trasera de la bodega; a la gente del pueblo no le extrañó que el doctor tratara de percatarse personalmente del estado

de salud de Adán; una vez allí Severo intervino como interlocutor entre el enfermo y el médico y en un lenguaje que el doctor no entendió, pero que luego Severo le explicó le pidió a Adán que le contara al doctor los momentos de tranquilidad que le producía el comer muchos ajos. La respuesta de Adán no fue la que Severo esperaba; por el contrario, al saber la presencia del médico Adán tomo una actitud más violenta y feroz que nunca, golpeando desafortadamente la puerta de la bodega con un palo, lo que espantó al doctor, quien inmediatamente se retiró del lugar con pasos presurosos y en un tono de reclamo casi le gritó a Severo:

-¡¡Ahí tienes los efectos tranquilizantes del ajo!! No me vuelvas a molestar con esas patrañas. Adán está en el peor momento de su enfermedad y no hay nada que se pueda hacer para salvarlo.

Después de esto el doctor evidentemente molesto se dirigió a su consultorio y Severo tomó rumbo a su casa con gran tristeza en el rostro.

No obstante aquel intento fracasado, Severo continuó acudiendo todas las mañanas a conversar con Adán -re-pito- con un lenguaje incomprensible para los demás; pero en algunas ocasiones la conversación se prolongaba por muchas horas en las que Severo insistía en la conveniencia de que Adán comiera todos los ajos que le fuera posible, habida cuenta de que existían en la bodega varias toneladas de dicho vegetal.

Las autoridades y la gente del pueblo dejaron de preocuparse por aquella situación y volvieron a sus rutinas de siempre como si nunca hubiera pasado nada; ya no se escuchaban los gritos y los golpes estrepitosos en la bodega de Don Abundio; solamente en algunas ocasiones

veían que la madre de Adán, acompañada siempre por Severo Canseco, se acercaba con el enfermo. La gente pensaba que se habían terminado las expresiones de violencia en el interior de la bodega debido a que después de un mes de estar allí encerrado, sin comer y sin tomar agua, consideraban que el enfermo estaría ya tan débil o al borde del colapso, que ya no tenía energías ni para gritar, no advertían que la presencia de Doña Genoveva y de Severo se prolongaba por mucho tiempo y que en el rostro de ambos había calma y tranquilidad, no la angustia propia de quien sabe que un ser humano, encerrado en la oscuridad, está próximo a morir.

Transcurrió otro mes y en la bodega de Don Abundio se había terminado la violencia por completo y un día, ante el asombro insospechado de Doña Genoveva y sobre todo de Canseco, Adán les hizo una petición que los estremeció:

Les dijo: itengo sed tráiganme agua por favor! Mientras Genoveva fue a traer una cubeta de agua del aljibe de Don Higinio, Severo corrió directamente hacia el consultorio del doctor Gustavo, a quien interrumpió en su trabajo, penetrando abruptamente en su consultorio y casi a gritos le dijo:

-¡¡Doctor, doctor, Adán está pidiendo que le demos agua para tomar!!! Ante lo cual, el doctor, que estaba distraído leyendo un libro relacionado con su profesión al oír aquello levantó la cabeza y preguntó:

-¿Qué es lo que estás diciendo? -¡Que Adán esta pidiendo agua para tomar!- eso no es posible.

-Acompañeme doctor y percátese por sí mismo.

El doctor apresuradamente todavía con gestos de duda aceptó acompañar a Severo; se fueron directamente a la

bodega de Don Abundio y llegaron al momento que Doña Genoveva se acercaba por la otra calle con una cubeta llena de agua. Severo se subió a la escalera que habían dejado ahí permanentemente y con un cuerda amarró el aro de la cubeta rasa de agua y con cuidado la deslizó hacia abajo por la ventanilla de enfrente; el doctor se fue por la puerta trasera pegó su oído en ella y escuchó claramente que el enfermo tragaba a grandes sorbos el agua, con un ruido parecido al que hacen los animales cuando están sedientos y encuentran agua, además, escuchó claramente que Adán gritaba: ¡tráiganme más agua por favor, sigo teniendo mucha sed!

El doctor Gustavo no podía creer lo que escuchaba, desde el punto de vista médico aquello no era posible, pero esperó pegado a la puerta que le suministraran más agua al enfermo. Esta vez no fue Doña Genoveva a traer el agua sino que Severo se ofreció a ir por ella con mayor rapidez, y efectivamente unos minutos después regresó con la cubeta llena de agua y repitió la operación para deslizarla hacia adentro; nuevamente el doctor escuchó sorbos desesperados de Adán y todo confundido se regresó a su consultorio, hasta donde lo siguió Severo para preguntarle:

-¿Qué piensa de esto doctor?

-No tengo ninguna opinión definida, te pido que me acompañes hoy mismo a la capital a plantearle la situación a mi maestro el doctor Emeterio.

Así lo hicieron, esa misma tarde se trasladaron al consultorio del neurólogo, y después de los saludos de rigor, el doctor Gustavo le pidió a su maestro unos minutos de atención para relatarle lo que había sucedido en el caso del muchacho que hacía un tiempo le había traído al con-

sultorio con síntomas de rabia.

El doctor Gustavo contó a su maestro lo que a él personalmente le constaba sobre el caso y el resto lo relató Severo Canseco, pero una vez que concluyeron unánimemente en el hecho de que el enfermo estaba pidiendo que le llevaran agua para tomar y que en razón de ello se había tomado casi dos cubetas de agua, el doctor Emeterio, con cierta parsimonia, pero sin ocultar un júbilo interno expresó: ¡ese muchacho está salvado! Yo no sé - siguió diciendo- si fueron las inyecciones que le apliqué, o si fueron los famosos ajos, que según ustedes me dicen los comió casi por toneladas, lo que lo curó, pero definitivamente si el enfermo está tomando agua, la rabia desapareció. Éste es un caso que habré de presentar, sin muchas pretensiones de por medio, porque repito, no podría explicar las razones médicas de su curación, pero es muy importante que haga del conocimiento de ello a la comunidad médica a la que pertenezco como neurólogo. Vayan a sacar a ese muchacho de su encierro con la seguridad de que está curado, tal vez, en los primeros momentos acuse algunas distorsiones conductuales derivadas de su sufrimiento, de su encerramiento y de los temores que lo han de haber aterrorizado en sus ratos de lucidez, sabiendo que tenía la rabia y que era un mal incurable. En cuanto a usted amigo Severo lo felicito y le otorgo mi admiración porque nunca abandonó a su amigo y le dio el consejo más importante: el de que comiera gran cantidad de ajos. Esto no se puede decir públicamente, ni el doctor Gustavo, ni yo somos yerberos, ni podríamos justificarlo ante la ciencia médica, pero, ante la duda, lo felicito por su gran sentido humano de generosidad. Vayan pues a liberar a ese pobre muchacho y

hagan lo posible para que olvide todos sus sufrimientos pasados y procedan a abrirle las puertas de un mejor porvenir. Considero importante que usted doctor Gustavo, por el bien de todos, particularmente el de su enfermo, y además, porque no tenemos una razón científica para justificarlo, que difunda en el pueblo la versión de que no era la rabia la enfermedad de Adán, sino un problema de carácter nervioso que se solucionó con el aislamiento y la oscuridad de la bodega; no mencione para nada el asunto de los ajos, porque si la gente hace la interpretación falsa de que la rabia se cura comiendo ajos dejará de considerarlo un mal incurable y dejaran de preocuparse por tomar las debidas precauciones ante ese terrible mal. Lo mejor ante la duda que tenemos acerca de cuál fue el remedio que curó a ese joven, es convencer a la gente de que no fue la rabia lo que lo aquejó.

-Va a ser muy difícil ocultar lo de los ajos, porque Don Abundio va a exigir públicamente que se le pague el precio de los ajos faltantes.

-Pues, dígame que Adán los destruyó en los momentos críticos de su enfermedad nerviosa, pero no digan que se los comió.

Severo y el doctor Canseco regresaron a Loreto y solicitaron de inmediato la compañía del señor alcalde y del comandante de policía para que los acompañara a sacar de su encierro al joven Adán, y lo mismo hicieron con Doña Genoveva, quien acompañada de algunas comadres y vecinas se presentaron presurosas al frente de la bodega de Don Abundio, a quien también se le pidió que compareciera para que se percatara de los daños o destrozos que se hubieran causado a los bienes de su propiedad. Doña Genoveva trajo ropa limpia a fin de que

su hijo estuviera más presentable al salir; muchos curiosos se acercaron también pero fueron alejados por los elementos de policía.

Por la rendija de la puerta trasera, es decir por donde originalmente se introducía la comida para el enfermo, Doña Genoveva le entregó la ropa limpia a su hijo diciéndole: Cámbiate de ropa hijo, para que estés más presentable, ya que el doctor Gustavo y el alcalde han resuelto sacarte de tu encerramiento, porque consideran que ya estás curado.

-¿De veras, madre, ya me van a sacar?

-Sí Adán, ya vas a salir para que vuelvas a tu vida normal.

-Entonces Madre, que me traigan una cubeta grande de agua para lavarme un poco la cara y el cuerpo, y que me vea la gente mejor presentado, particularmente mi amada Margarita.

Doña Genoveva no quiso decirle que Margarita ya no estaba en el pueblo, que casi había salido huyendo ante el reproche general de la gente; pero de inmediato le trajeron el agua que requería para asearse y cuando él mismo dijo desde adentro: ¡¡ Ya estoy listo para salir!! Don Abundio utilizó la llave de la bodega y al abrir la puerta apareció Adán, con la barba muy crecida, su cabello desordenado, pero su rostro, en general con apariencia de normalidad. Lo primero que hizo fue abrazar a su Madre; lloraron ambos y fue un acto tan conmovedor que también provocó lágrimas entre muchos de los presentes. Después de saludar al alcalde y de dar un abrazo fraternal a Severo Canseco, un abrazo que fue muy significativo, alzando ambos brazos saludó a la multitud de curiosos que estaban presentes, la que le contestó con

aplausos.

-¿Y dónde está Margarita? -preguntó Adán- Margarita ya no vive en este pueblo, expresó Doña Genoveva y añadió: luego te contaré lo que pasó.

-No puede ser que se haya ido.

-Así fue, tendrás que tratar de olvidarla.

Adán no contestó, dio muestras de gran congoja, pero ante los aplausos y muestras de cariño y solidaridad de la gran parte del pueblo que allí se había reunido, de momento olvidó su dolor por el amor perdido, y se acercó a saludar personalmente a muchos de los que habían sido siempre grandes amigos y allí estaban con él celebrando la recuperación de su salud.

Mientras tanto, Don Abundio casi obligó al señor Alcalde y al comandante de policía para que entraran a la bodega y vieran los destrozos que había hecho el enfermo, exigiendo el cumplimiento de la promesa de retribuirle el costo de los daños; nadie se explicaba por qué faltaban tantas ristras de ajo, ni por qué había en el suelo muchas cabezas de ese vegetal a medio comer, pero lo atribuyeron a la acción de las ratas, aunque Don Abundio insistía que las ratas no comían ajos, pero la salvación de ese pequeño debate lo hizo uno de los policías que le replicó a Don Abundio diciéndole:

-Las ratas no comen ajos pero los tlacuaches sí, y por estos rumbos hay muchos animales de esos.

Convencido el pueblo por las versiones del doctor Gustavo de que Adán nunca tuvo rabia, pronto todo volvió a la normalidad. Valeriana, a quien todo mundo le llamaba Vale, era una chica muy linda, garbosa e inteligente, que siempre había obtenido las mejores calificaciones escolares y a quien frecuentemente le pedían que

en las fiestas cívicas declamara poesías alusivas al festejo, lo que hacía con gran donaire, gracia y talento, que le merecían reconocimiento y respeto de toda la gente del pueblo. Pues bien, Valeriana, hija de una de las más allegadas comadres de Doña Genoveva siempre había estado enamorada de Adán, pero éste siempre tuvo solamente ojos para Margarita, pero ahora que ella lo había desdenado por su enfermedad, empezó a procurar la compañía de Vale y pronto se dio cuenta que aquella muchacha era muy valiosa espiritualmente y que no era dominada, como Margarita, por el demonio de la vanidad; percibió que su compañía le era cada vez más grata y pronto aparecieron en ambos los síntomas de un amor tranquilo y duradero que le trajeron a Adán paz interior y la felicidad de vivir.

El asunto de la rabia y de los ajos jamás volvió a comentarse en el pueblo, solamente el doctor Gustavo, Severo Canseco, Doña Genoveva, el doctor Emeterio y el propio Adán, sabían que éste efectivamente había contraído la Hidrofobia pero todos guardaron el secreto celosamente.

Tiempo después, un día el pueblo de Loreto se vistió de luto porque desde muy temprano se supo que había fallecido Don Silvestre González, el hombre a quien en las fiestas del centenario, el Gobernador del Estado había distinguido con el nombramiento de ser el hombre más viejo del pueblo, ya que entonces tenía 99 años de edad, y ahora, al morir, completaba 108 años de vida. En todas las fiestas del pueblo Don Silvestre lucía en su pecho la medalla que con ese motivo le impuso el primer mandatario del Estado; la longevidad de Don Silvestre se había convertido en unos de los timbres de orgullo de la

región, no se recordaba en ningún poblado o congregación de Loreto ni de las comarcas vecinas, que algún hombre hubiera alcanzado esa edad. Por eso el sentimiento de dolor por tan triste pérdida era general en toda la región. El alcalde, y el ayuntamiento en general, el sacerdote, el director de la escuela, el comisariado ejidal y en general, los hombres más prominentes del pueblo acordaron celebrar una ceremonia solemne en el palacio municipal y en el panteón del lugar. Así mismo, acordaron el programa general de los festejos fúnebres, y mandarle construir, con la aportación de todos, una cripta de mármol que honrara a tan importante hombre querido por todo el pueblo.

La ceremonia del ayuntamiento se llevó a cabo en el patio del palacio municipal para dar cabida a la multitud que deseaba participar en ella; el alcalde, Don Atilio González, dio lectura, con algunas dificultades de pronunciación, a un escrito que le había formulado para ese evento el profesor Clemente Elizondo, director de la escuela, en el que se exaltaban las virtudes ciudadanas de Don Silvestre, en su vida ejemplar, y sobre todo, su admirable longevidad que, como antes dije, había sido motivo de orgullo para el pueblo. En la misa de cuerpo presente el sacerdote hizo también una apología cristiana del fallecido, y concluyó con las confortantes palabras consagradas por el evangelio: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; quien crea en mí aunque esté muerto, vivirá».

Con algunas opiniones en contra, el cabildo acordó que las exequias fúnebres en el panteón estuvieran a cargo de Severo Canseco «El orador» a quien no se le había encomendado el uso de la palabra desde el supuesto incidente en el kiosco de la plaza que nadie vio, pero que

los hijos de Don Francisco habían relatado.

-¡Por sí o por no -había dicho el alcalde Don Atilio- lo mejor es no volverle a dar la palabra a Canseco; yo no quiero alborotos en el pueblo!

Eso había dicho Don Atilio tiempo atrás, pero el funeral de Don Silvestre, un hombre que había honrado al pueblo de Loreto, merecía una pieza oratoria del rango y la categoría de aquel importante evento, y a nadie le cabía duda que la única persona capaz de hacerlo con su elocuencia, su fascinante gesticulación y expresivos ademanes, era Severo Canseco. Casi todo el pueblo estaba presente en el panteón, que por fortuna recientemente habían sido ampliadas sus dimensiones anteriores y para presunción de Don Atilio las bardas que delimitaban esa ampliación, estaban recién pintadas y se destacaban como una de las principales obras de la administración municipal a su cargo. Después de colocarse todas las coronas y ramos florales sobre la tumba de Don Silvestre, como acto culminante, Don Antonio González, el secretario del ayuntamiento, pidió silencio a todos los presentes para que escucharan las palabras que en nombre de la administración municipal expresaría el señor Severo Canseco. «El Orador» se subió a una cripta de piedra contigua para ser visto y escuchado por todos, y comenzó a lanzar al viento las primeras frases de un discurso fúnebre que de antemano se antojaba elocuente y sentimental. Sus primeras expresiones fueron frases nunca escuchadas en aquel pueblo, pero quienes las escuchaban aceptaban de antemano, que expresaban pensamientos de muy alta filosofía, incomprensibles para todos, pero muy bien dichas «¡¡ Muerte!! ¿Cuál es tu triunfo? . . . ¡¡Muerte!! ¿Cuál es tu victoria? Porque solamente pueden considerarse

definitivamente muertos, aquéllos a quienes ha cubierto para siempre el polvo del olvido, en cambio; este hombre, que aquí yace inerte, jamás morirá, porque vivirá permanentemente en el corazón y en el recuerdo de todos los que aquí estamos. Entonces dime ¡¡Muerte!! ¿En qué consiste tu triunfo?» Después de aquellas profundas interjecciones, el orador comenzó a desplegar su elocuencia por los pasajes descriptivos de la vida honrada, luminosa y longeva del ilustre desaparecido; y cuando estaba cumpliendo cerca de diez minutos de estar hablando, la gente empezó a inquietarse al ver que estaban entrando en el panteón multitud de animales de todas las especies, los que colocándose a cierta distancia de quien hablaba, tomaron una actitud serena y atenta, parecida a la que observaban los demás oyentes, como si comprendieran y gustaran de oír las palabras que el orador decía. A cada instante llegaban más animales y pronto colmaron la máxima capacidad del camposanto; una parvada de palomas y otra de pajarillos «jacaleros» volaban alrededor del panteón. La primera impresión de algunos hombres y mujeres fue de miedo por la incompreensión de lo que estaba pasando, pero al ver a los animales tan tranquilos y con una aura de fascinación en sus rostros, ellos también se tranquilizaron. Nadie se atrevió a interrumpir aquella hermosa pieza oratoria que estaban escuchando, pero de reojo observaban con recelo la actitud de todos los animales. La perrita de Doña Braulia estaba recostada a los pies del orador. Una vez que Severo concluyó su sentida oración, todos los animales que habían ingresado al panteón se salieron en perfecto orden por la única puerta que existía; la gente esperó que terminaran de salir los animales para empezar a desalojar el lugar, sola-

mente «Soila» se quedó con Severo.

Todas las personas que asistieron al panteón se negaban a creer lo que habían visto y por lo tanto se alejaron de aquel lugar sin hacer ningún comentario al respecto; pero un buen número de ellos estimó necesario exigirle a Don Atilio que tomara alguna actitud o hiciera alguna diligencia para tratar de aclarar aquella extraña situación. El señor alcalde consideró que las inquietudes que se le estaban planteando eran dignas de tomarse en cuenta y prometió llevar a cabo una sesión de cabildo para tomar una decisión conforme a derecho.

Con ese compromiso del señor alcalde los quejosos se retiraron tranquilos, pero antes, Don Margarito Pineda, que encabezaba la comisión, le preguntó al alcalde «Nos permite estar presentes en esa sesión» y Don Atilio enfáticamente respondió «¡No! Esa será una sesión a puerta cerrada; yo informaré al pueblo oportunamente, el resultado de la misma».

Efectivamente la sesión del ayuntamiento se llevó a cabo el día siguiente estando presentes todos sus miembros; y una vez que el señor alcalde les informó el motivo de la reunión y comentó las quejas que estaba recibiendo en contra de Severo Canseco por sus extrañas actitudes, pidió a los presentes que emitieran su opinión para resolver lo que habría de hacerse en este caso. Al efecto concedió el uso de la palabra a quien quisiera hacerlo.

El regidor Manuel Lozano, a quien por su voluminosa apariencia física le decían «El Manuelón» hizo uso de la palabra y expresó: Yo propongo que lo desterremos de este pueblo porque representa un peligro para nuestros intereses políticos, pues el inexplicable control que tiene sobre los animales le da en sí mismo, un poder real muy

grande, no un poder político, como el que tenemos nosotros y que se nos va a acabar al terminar el período legal de la administración municipal, tampoco un poder delegado por un personaje de mayor jerarquía; ¡ino! Severo tiene un poder real muy superior a todos los hombres que vivimos en este pueblo. Imagínese que un día amanezca este palacio rodeado de toda clase de animales; incluyendo víboras de cascabel o animales ponzoñosos que nos impidan entrar a este recinto, a donde solamente él podría entrar; esto, compañeros, no conviene a nuestros intereses políticos y económicos.

Don Jesús Guajardo, regidor del área campesina pidió hacer uso de la palabra y dijo: yo también estoy de acuerdo en desterrarlo, porque dado el control, como ya se dijo que tiene sobre todos los animales, podría convertirse en su líder y convocar a todos los animales que trabajan en labores de campo, a declararse en huelga exigiendo mejores condiciones de trato y de alimento, lo cual perjudicaría inmensamente a los sagrados intereses de la clase campesina que yo represento en este pueblo.

El regidor Manuel Camacho Casas, representante de los ganaderos de la región se sumó a la opinión del destierro argumentando lo siguiente: El ganado de esta región constituye más del 60 por ciento de la riqueza local y le da trabajo a muchos cientos de Loretenses; por lo tanto, a nombre de la unión ganadera y en particular, de los ganaderos de este rumbo, quiero dejar clara mi posición al respecto, no podemos hacer depender esa fuente de trabajo y de riqueza a la voluntad de un hombre como Severo que puede organizar con un discurso una desbandada incontrolable de nuestro ganado vacuno y caprino; si ese hombre sigue aquí, siempre estaremos en

peligro de que eso suceda.

La regidora María de la Luz González que por mucho tiempo se había auto-nombrado «Hija de María» desde el fondo del salón del cabildo, donde siempre se sentaba aparentando humildad y retraimiento, apretando con su mano izquierda, del lado del corazón, el enorme crucifijo de plata que colgaba del cuello, con estridente voz dijo: ¡¡Corramos de inmediato de este pueblo a esa alimaña!! No solamente se trata de un hereje que pretende imitar a nuestro señor Jesucristo cuando dijo «Dejad que los animalitos se acerquen a mí» lo cual constituye una terrible herejía que los hombres y mujeres católicos de este pueblo no podemos permitir; sino que -siguió diciendo- hay muchos católicos seguidores de las doctrinas cristianas que consideramos que la relación de ese hombre con los animales, no es natural, y después de lo que vimos ante el tigre del circo y la forma como convenció a Adán para encerrarlo en la bodega de Don Abundio, estamos seguros de que tiene pacto con el demonio y no sería nada extraño, que un día construyera un templo para rendir tributo de devoción a Satanás.

Don Eleuterio Lozano, hombre temperamental, violento, y en ocasiones grosero, después de escuchar a la regidora que acababa de hablar dijo: Yo pienso que aquí no debemos hacer argumentaciones de carácter religioso; sino razonamientos de carácter social. Por otra parte yo no sé qué es lo que ha aprendido la compañera regidora que no sale de la iglesia; yo, que no soy creyente, he leído que lo que dijo Cristo fue: «Dejad que los niños se acerquen a mí» no los animalitos, como dijo ella.

Después de eso, hizo saber a los demás miembros del ayuntamiento que Doña Braulia acababa de presentar una

denuncia verbal en contra de Severo Canseco quejándose de que dicho individuo estaba tratando de robarle a su perrita «Soila Reina» comúnmente conocida solo como «Soila», argumentando que mediante algunos artificios ha provocado que la perrita lo siga a todas partes y que ya no asista a la casa de Doña Braulia, porque hasta en las noches se va a dormir en el dintel de la puerta de la casa de Severo y está pidiendo que nosotros como autoridades de este pueblo le demos curso a su denuncia y lo conminemos a que deje en paz al animalito.

Ahora bien, considerando los hechos que menciona Doña Braulia, yo pienso que Severo Canseco ya está constituyendo un factor de malestar general en este pueblo y no tenemos por qué estarlo soportando; finalmente, si se siente muy a gusto con los animales, pues que se vaya a vivir con ellos en el monte, no tiene por qué vivir con nosotros. Yo opino que lo corramos cuanto antes, de otra manera vamos a empezar a recibir más denuncias en su contra ¡tan pacíficos que vivíamos antes! ¡fuera con él! - terminó diciendo casi a gritos-.

Don Alfonso García uno de los hombres más prudentes del pueblo, que daba la impresión de que siempre tenía la razón, porque sus motivos siempre apuntaban, o al menos así aparentaban, hacia lo que él siempre llamaba «Los sagrados intereses de la comunidad» solicitó un poco de prudencia en tan importante decisión, pues jamás se había desterrado a nadie; por otra parte, no sólo debemos de considerar -dijo- la denuncia de Doña Braulia, sino también, las muestras de gratitud que a mí en lo particular me han mencionado que tienen para Severo Canseco, Don Melquiades, por la defensa que hizo de su familia en el circo y Doña Genoveva, por la gran

ayuda que le prestó a su hijo Adán durante la enfermedad.

En ese momento Don Antonio González, el eterno secretario del ayuntamiento, a quien por su eficiencia y honradez lo habían ratificado en su puesto los tres últimos alcaldes, hizo uso de la palabra y dijo: con relación a lo que acaba de expresar el regidor Don Alfonso García, es mi obligación dar cuenta a este ayuntamiento de un escrito presentado el día de ayer personalmente por el señor Don Melquíades Elizondo, quien está solicitando que este ayuntamiento le otorgue a Severo Canseco la Medalla al Mérito Heroico, instituida desde hace algunos años, para premiar a aquellos ciudadanos que hayan demostrado actitudes heroicas a favor de sus semejantes o en defensa de la patria. De acuerdo con la Ley toda petición ciudadana debe ser sometida al acuerdo del ayuntamiento en pleno, y en su caso, emitir la resolución correspondiente, la que deberá notificarse al ciudadano que la presentó, ya sea favorable o contraria a su petición. En tal virtud, oficialmente la pongo a consideración de ustedes para que opinen al respecto.

Acto continuo el regidor Don Artemio Elizondo una vez que le fue concedido el uso de la palabra manifestó: yo quiero hacer del conocimiento de este alto cuerpo que Doña Genoveva, la madre de Adán, me acaba de informar del próximo casamiento de su hijo con Valeriana Martínez y que ambos le habían pedido a Severo Canseco que fuera su padrino de boda como agradecimiento por la ayuda que le prestó a Adán cuando estuvo enfermo. Todo esto lo menciono -dijo el Regidor- sumándome a la propuesta de Don Alfonso García en el sentido que obremos con mucha prudencia en la decisión de des-

terror a Severo, no vayamos a cometer una injusticia que manche el buen nombre de nuestra comunidad.

La regidora «Hija de María» con evidente desasosiego y visiblemente molesta expresó enfáticamente: ¡¡qué barbaridad!! cómo es posible que le vayamos a dar entrada para deliberación a esa barbaridad de Don Melquiades de solicitar la medalla al mérito heroico para el tal Severo Canseco que no ha hecho otra cosa, desde que llegó a este pueblo, que inquietar las conciencias de todos los ciudadanos y de alborotar a los animales. Si Severo hubiera enfrentado al tigre del circo con un cuchillo y hubiera evitado el ataque a la familia de Don Melquiades, eso sí hubiera sido un acto heroico, porque habría expuesto su vida utilizando un arma que lo ponía en desventaja, pero Severo dominó a la fiera con la pura mirada y lo hizo retroceder y volver a su jaula con unas palabras que solamente él y el tigre entendieron, eso es tener pacto con el demonio, de ninguna manera es un acto heroico ¿porque él qué sacrificó? ¿a qué se expuso? De antemano me opongo a esa solicitud y reitero mi posición de que lo desterramos de este pueblo sin ningún miramiento. En cuanto a la gratitud que le pueda tener Adán por haberlo ayudado en su enfermedad y que con ese motivo lo designe como padrino de su matrimonio ¡allá él! Todo mundo sabemos por boca del doctor Gustavo, que Adán nunca tuvo la rabia, sino simplemente una enfermedad nerviosa que se curó con la tranquilidad que le proporcionó estar encerrado durante varios días en la bodega de Don Abundio, sin contacto con la gente y en una oscuridad casi total que terminó favoreciendo sus nervios. Entonces, yo pregunto ¿cuál fue la gran proeza de Severo de convencer a Adán para llevarlo a la bodega y ence-

rrarlo, sabiendo, como ahora sabemos, que se trataba simplemente de una enfermedad nerviosa? Pero si Adán lo considera merecedor de que sea su padrino de boda, pues que lo invite y punto.

Don Alfonso García volvió hacer uso de la palabra y expresó: es de elemental justicia que antes de tomar una decisión de tan gran importancia, le demos a Severo la oportunidad de defenderse o cuando menos de informarle las razones que aduce esta autoridad para desterrarlo y que exprese los alegatos que pueda tener en su defensa.

Don Antonio González secretario del ayuntamiento como ya se dijo, manifestó: Me sumo a la opinión de Don Alfonso García; porque antes de tomar una decisión debemos concederle al acusado lo que en todo proceso se llama el derecho de audiencia, sin lo cual, nuestra decisión podría ser fácilmente impugnada de acuerdo con la ley. Propongo que se ordene la comparecencia de Severo Canseco mediante una citación oficial para que ocurra ante el cabildo, y una vez que hagamos de su conocimiento las acusaciones que hay en su contra, manifieste lo que a sus derechos corresponda, después de lo cual estaremos en condiciones de dictar la resolución del caso, que tendrá toda la validez legal.

Ante aquel argumento, el señor alcalde expresó que en virtud de que las disposiciones legales no deben de ponerse a votación, sino simplemente cumplirse, y considerando que efectivamente no se debe condenar a nadie sin concederle previamente el derecho de audiencia, ordenó al secretario del ayuntamiento enviar una cita de comparecencia a Severo Canseco a fin de que se presentara al día siguiente a las 11:00 a.m. en el salón del cabil-

do donde tendría lugar una sesión extraordinaria, a puerta cerrada, para informarle de las acusaciones en su contra y que a su vez él hiciera valer sus argumentos de defensa, después de lo cual el ayuntamiento dictaría la resolución que correspondiera, de acuerdo con la Ley.

Con ese motivo Don Antonio González, secretario de ayuntamiento expidió una orden de comparecencia a nombre de Severo Canseco a quien se le ordenaba comparecer al día siguiente, a las once horas, a la sesión extraordinaria de cabildo que se llevaría acabo a puerta cerrada, a fin de que respondiera ante ese alto cuerpo algunos cuestionamientos de interés general relacionados con su persona. La orden de comparecencia fue turnada al comisario de policía para que por conducto de algunos de sus agentes le fuera entregada personalmente a Canseco. El policía asignado, Maurillo Espinoza, se dirigió al domicilio de Severo Canseco para hacerle entrega de la cita, y al no encontrarlo, acudió con un vecino en busca de información, quien le dijo que Severo había sido visto hacía algunos momentos en la orilla del río, cerca de la presa, por lo que el policía se dirigió hacia allá y efectivamente, desde cierta distancia alcanzó a verlo rodeado de perros, caballos y burros, así como de los patos de la presa, además, los árboles cercanos al río estaban pletóricos de pájaros, algunos de los cuales se posaban en sus hombros y en la cabeza. Maurillo también pudo oír que algo les decía, es decir escuchó a Severo dirigirse a los animales como si conversara con ellos; a su vez, ellos no emitían ningún ruido, solamente escuchaban con mucha atención lo que él les decía, pero se advertía una gran armonía en la reunión y algunos animales mostraban hasta embeleso. Cuando vieron llegar a Maurillo rápidamente

se dispersaron y fue cuando pudo entregarle personalmente la cita del ayuntamiento; una vez percatado de su contenido Severo le ofreció al policía asistir oportunamente a la sesión de referencia. Inmediatamente Maurillo, habiendo cumplido con su misión dio media vuelta y se regresó por donde había venido, pero allá a lo lejos volvió a observar que una vez que dejó solo a Severo los animales volvieron a reunirse con él y pudo ver con toda claridad, que la perrita «Soila» era la que permanecía más cerca de Severo.

Severo Canseco llegó oportunamente al palacio municipal, donde estaba a punto de iniciarse la sesión del ayuntamiento; una vez iniciada ésta, fue llamado para que ingresara al salón del cabildo y al estar allí se le ofreció tomar asiento frente a todos los integrantes del ayuntamiento presidido por el señor alcalde. Después de los prolegómenos de rigor el secretario se dirigió a Severo Canseco diciéndole: el motivo de esta sesión extraordinaria y de su comparecencia personal se debe a la denuncia que ha hecho un grupo importante de vecinos de este pueblo que están preocupados por algunos extraños sucesos provocados, o al menos, protagonizados por usted, que si bien hasta ahora no le han causado daño a nadie, y en algunas ocasiones su raro comportamiento ha resultado benéfico y hasta heroico como en el caso de Don Melquiades en el circo y el de Adán cuando lograste llevarlo a encerrar en la bodega de Don Abundio, han inquietado profundamente a nuestros habitantes porque temen que esos sucesos por su extrañeza, o por lo insólito, puedan romper la tradicional tranquilidad y armonía social que siempre ha existido en este pueblo. Nosotros en nuestro carácter de autoridades municipales tenemos

la obligación de velar por la paz, la concordia y la tranquilidad del pueblo; por lo que antes de tomar alguna determinación que pudiera resultar arbitraria, acordamos citarlo a esta reunión para que responda o aclare algunas de las incertidumbres de muchas de las gentes de Loreto.

-¿Cuáles son esas incertidumbres? -preguntó Severo-.

Hubo un largo silencio demostrativo de que nadie quería empezar el interrogatorio, por lo que Don Atilio, el presidente municipal, se sintió obligado a intervenir:

-Mire Severo, voy a empezar a hacerle varias preguntas, las cuales tiene usted el derecho de negarse a responder, pero le advierto que si se niega a hacerlo, nos obligará a tomar una decisión sin conocer su versión de los hechos; puede también contestar algunas de ellas, y guardar silencio en aquéllas que usted no quiera responder. Señalados así sus derechos comenzaré el interrogatorio:

-¿Cuál es su nombre completo, porque sabemos que se llama Severo Canseco pero ignoramos su apellido materno?

-Me niego a contestar.

-¿Cuál es el lugar y la fecha de su nacimiento?

-Lo ignoro-

-¿No sabe usted dónde nació?

-No lo sé.

-¿Por qué vino usted a radicarse aquí en el pueblo de Loreto?

-No puedo explicarlo claramente, pero una atracción extraña, propiamente inconsciente, me hizo abordar el autobús que en su parte frontal con grandes letras decía: LORETO; casi puedo decir, aunque nadie me lo crea, que el solo nombre de este pueblo fue para mí una extraña evocación de alguna época pasada, que me impulsó,

como un autómatas a abordar el autobús que me condujo hasta aquí.

-¿Ya había usted estado anteriormente en este pueblo?

-Jamás había venido, sin embargo, desde que llegué sentí la sensación de que aquí había vivido mucho tiempo antes, porque todos los lugares me parecían conocidos; la Plaza, La Iglesia, La Escuela, La Loma, La Cueva que ustedes llaman «Santa»; todos eran lugares conocidos, y hasta la presa, que en una de sus compuertas tiene una abertura y que forma con la caída de agua una pequeña catarata y una gran charca para nadar o para pescar, fue también para mí, sin que nadie me lo dijera, un lugar ya conocido.

-¿Cómo se explica usted esto?

-No tengo explicación alguna.

-¿Dónde aprendió a hablar con tanta elocuencia?

-Como he andado gran parte de mi vida solitario y conviviendo muy de cerca con la naturaleza, me ha gustado siempre escuchar el ruido que produce el agua del río, lo mismo cuando fluye tranquila, que cuando se vuelve borrascosa; el zumbido del viento, cuando es leve y cuando se vuelve fragoroso; aprendí a diferenciar las voces de la lluvia apacible y confortante, diferente al estruendoso fragor de la tormenta, del trueno, y el chasquido del rayo; aprendí el sonido de los trinos de las aves canoras, así como el rugido de las fieras, el aullar del lobo en la montaña y los reclamos sensuales de los machos buscando compañera. Todos esos ruidos, me enseñaron a hablar imitando las voces de la naturaleza; en toda pieza oratoria, ya sea un discurso épico o solemne, cuyo objetivo sea deleitar, conmover, persuadir o apostrofar, y

también, cuando se trata de mover o conmover conciencias y multitudes, debe de haber inflexiones sonoras que le den sentido y valor al contenido de las palabras; puedo decir, que la entonación es lo que le da el verdadero valor a la palabra hablada. En mis discursos a veces imito el arrullo de la paloma, cuando se trata de una frase tierna y amorosa, pero a veces emulo el estruendo trepidante del trueno y del rayo en la tormenta cuando se trata de combatir las injusticias o de increpar a los falaces y a los traidores. En ocasiones mis palabras tienen los dulces trinos de una avecilla canora que le canta a la vida cuando se trata de exaltar las tiernas fibras del alma y los goces deleitosos del amor. También sé rugir como cualquier fiera que se siente atacada, entonces soy irónico e hiriente y con la espada de mi lengua trato de destrozar de una sola estocada a mi enemigo en cualquier debate. Esto es en cuanto a la entonación.

Ahora bien, por lo que se refiere al contenido de mis discursos, nadie me lo ha enseñado. . . ¡Me lo enseñó la vida! Bueno, también me lo enseñó un viejo sabio, tan solitario como yo, un verdadero ermitaño que un día me encontré a la orilla de un camino, sentado en una enorme piedra debajo de un frondoso árbol, y que desde entonces me acompañó durante mucho tiempo compartiendo conmigo el deleitoso goce de caminar sin rumbo por la vida y que tuve la desgracia de verlo morir entre mis brazos, y de enterrarlo como él quería, al pie de un umbroso árbol. Él era, por cierto, un gran orador que gustaba de subirse a cualquier montículo y empezar a expresar sus pensamientos sobre la existencia humana, sobre los misterios de la muerte, sobre la condición de los seres vivientes y nuestra relación con los animales y

con la naturaleza como ámbito que compartimos todos los seres que tenemos alma y vida; mucho de lo que digo en mis discursos lo aprendí de él; pero lo que más recuerdo de sus enseñanzas fue aquella vez que mirando extasiado un radiante crepúsculo, embelesado con aquellos colores rojos, grises, naranjas y nacarados, al punto ya de que la penumbra se volviera oscuridad, me dijo, con una solemnidad rayana en la gravedad: hijo, aprende a ver el fondo de las cosas y el rumor de la vida; siempre hay algo más allá de lo que simplemente se ve; mirar las cosas como son es no mirarlas; aprende a descubrir lo verdadero más allá de lo obvio, lo real más allá de lo aparente, lo solemne más allá de lo frívolo, las causas más que los efectos; los sentimientos por encima de la razón, las esencias más allá de las formas; que el «debe ser» no nuble tu visión de lo justo; nunca mires -me dijo- la vida muy de cerca, mírala siempre allá a lo lejos; esto te dará la perspectiva real de tu circunstancias; mira siempre hacia adelante, pero cuando tengas dudas del camino a seguir, detente, voltea hacia atrás y mira, también, allá a lo lejos, todo lo que has andado; mira bien de dónde vienes, eso te ayudara a tomar el camino correcto.

Todos esos consejos -siguió diciendo Severo- he tratado de seguirlos y de aplicarlos en mis discursos; tal vez por eso, a la gente le parece que es buena mi oratoria. En cuanto a los ademanes y a la gesticulación, he tratado de imitar, no a los hombres, sino a los demás seres de la naturaleza, es decir, a los animales, porque como ellos no pueden hablar demuestran sus emociones con gestos y actitudes corporales que a veces dicen más que un orador insincero que no expresa con franqueza lo que verdaderamente siente o cree; porque el don de la palabra,

que Dios nos dio a los seres humanos para expresar nuestros sentimientos y nuestros pensamientos, a veces, los hombres, lo usamos precisamente para esconderlos o disimularlos, diciendo con frecuencia todo lo contrario. Los animales no mienten, actúan de acuerdo a su instinto, a su temperamento o a su sentimiento, y que nadie me diga que los animales no tienen sentimientos porque tengo pruebas para rebatirlo. Cuántas veces hemos visto la imagen de un perro enfermo, molesto, y hasta furioso; en todos estos estados de emoción el animal tiene una expresión muy clara y logra transmitirla a quien lo rodea. Quien haya visto la mirada terrible de un águila enojada o de una serpiente de cascabel a punto de lanzar su ataque, y hasta del animal que se le tiene como más cobarde; la gallina, cuando está empollada y percibe la presencia cercana de un gavilán, o la cara espantosa de un gato amenazante, con los ojos desorbitados el cuerpo arqueado y el pelo erizado. En fin, mi gesticulación y ademanes -repito- los aprendí de ellos y trato de imitarlos aplicándolos según la fuerza de la expresión que cada caso requiera, según el sentido de mis discursos, tratando de darle mayor vigor a mis palabras, pero sobre todo tratando de que mis gestos y ademanes le trasmitan al público el estado de mis emociones. Con esto creo haber contestado la pregunta que se me ha hecho.

El Regidor Ramiro González, acaso el más ingenuo de todos ellos, pidió hacer uso de la palabra y dijo: ¡Qué barbaridad! Qué cosas tan bonitas has dicho Severo; con razón eres tan buen orador que hasta a los animales les gusta escucharte; te confieso que muchas de las cosas que acabas de decir no las entiendo, pero qué bonito las dices.

Don Eufrasio Muñoz, primer regidor del ayuntamiento, con la proverbial timidez que lo caracterizaba le preguntó a Severo: ¿A qué se debe que cuando usted habla en un lugar abierto los animales se acercan a escucharlo y no se alejan de allí hasta que usted termina de hablar?

-Seguramente les llaman la atención mis inflexiones de voz y gesticulación, porque, como antes dije, de ellos las he aprendido y presiento que los atrae, ante todo, la curiosidad.

Don Alejandro Guerra, hombre muy respetado en la comunidad, también regidor hizo una pregunta muy concreta: ¿cree usted que los animales entienden lo que usted está diciendo en sus discursos?

-No lo sé, pienso que los atrae la curiosidad.

Don Alejandro volvió a arremeter y le preguntó: ¿usted entiende el lenguaje de los animales es decir, puede platicar con ellos?

-Me niego a contestar eso -dijo Severo- sin embargo, me obligan a relatarles algo que seguramente les parezca cursi o fantasioso; yo no puedo afirmar que soy capaz de entender el lenguaje de los animales, ni tampoco, que ellos comprendan mis palabras; pero mi convivencia muy cercana con toda clase de animales y con todas las manifestaciones de la naturaleza me ha permitido identificarme con ellos en una amplia plenitud. Desde que era muy niño tuve una excesiva pasión por subirme a los árboles; estar en las ramas más altas me producía una extraña, pero deleitosa fascinación, que me transportaba a otra dimensión fuera de este mundo y alentaba en mi espíritu una indescriptible obsesión por volar como los pájaros. Ahora bien, siempre he creído que el deseo obsesivo de volar tiene muchos significados; puedo decir que

en ésa, mi primer infancia, antes de que se iniciara mi responsabilidad de ir a la escuela, me pasaba más tiempo arriba de los árboles que en el suelo. No solamente me sentía más cerca del cielo, sino que desde arriba de los árboles la vida tenía para mí otra perspectiva, todo parecía más bello, como estar en otro mundo; el permanente columpiar de las ramas al ser movidas por el viento, me producía un deleite adicional, como mecerse en una cuna. Tal vez, por la frecuencia con que me miraba arriba de los árboles, lo que seguramente le producía una gran curiosidad, un pajarillo, de esos que les llaman calandrias, que tienen una porción de su pecho de color amarillo, en cuanto me veía arriba de algún árbol volaba hacia mí y se paraba en alguna rama cercana, a una distancia que seguramente le garantizaba su seguridad, y desde el primer día que lo hizo, emitía unos piidos, que no llegaban a gorjeos, tan repetidos y constantes que me indicaban que eran los únicos sonidos que sabía producir.

En una ocasión, me acerqué a una rama donde él estaba parado y vi que me miraba fijamente con sus ojitos redondos y negros, y me seguía piando con sus mismos repetitivos sonidos; fue entonces, cuando se me ocurrió imitar exactamente con mis silbidos lo que él hacía, y mi sorpresa fue que al oírme silbar como él, agitaba sus alitas y continuaba repitiendo sus piidos, y cada vez que él lo hacía, yo también lo repetía en el mismo tono, y aquello llegó a ser una especie de conversación interminable y cada día se acercaba a mí con más confianza y en una ocasión se atrevió a pararse sobre mi hombro. Aquella escena se repitió por muchos días; a veces el muy travieso cambiaba de tonalidad, y al oír que yo también lo hacía se ponía a revolotear sobre mi cabeza. Así pasaron

muchos días, en ocasiones me cambiaba de árbol, pero él me seguía para continuar nuestro diálogo de piidos. Una mañana se tardó en llegar mi amiguito y cuando ya me disponía yo a bajar del árbol de pronto llegó; su aspecto no era el de siempre, su piar era muy triste y sus ojitos, redondos y negros, estaban casi apagados; se trepó a mi hombro, me picó la oreja y se desplomó hasta el suelo. Bajé rápidamente y lo encontré muerto; muerto como mueren los pájaros, con sus patitas hacia arriba; le traté de dar respiración por la cola, pero todo fue inútil. Al pié del árbol lo sepulté, coloqué sobre su pequeña tumba una flor amarilla, como su pecho, y le di el último adiós imitando sus piidos de siempre. Jamás volví a subirme a ese árbol. Su muerte me causó un gran dolor, pero me dejó la gran sabiduría de que hasta el animalito más pequeño, tiene alma y sentimientos.

Después repetí esa experiencia con un perro callejero que siempre que me veía me ladraba, no con la intención de atacarme, sino porque algo de mí, tal vez, lo molestaba. Un día me detuve frente a él y empecé a ladrar igual que él, tratando de imitar su tonalidad y la frecuencia rítmica de sus ladridos; entonces el perro se calló, me miró con recelo, se retiró un tramo y volvió a enfrentarse a mí con sus eternos ladridos y yo le contesté en la misma forma y el perro se volvió a callar para escucharme ladrar; me miró con una mirada extraña, se dio la vuelta y meneando la cola se retiró.

Al día siguiente volvimos a encontrarnos, y después de que me dedicó los ladridos de siempre, se me acercó moviendo la cola en señal de paz y se situó frente a mí a unos tres metros de distancia, y entonces el diálogo entre él y yo podríamos decir que se hizo más «personalizado».

Aunque esta expresión parezca un disparate, lo que quiero decir es lo siguiente, el perro, que luego supe que se llamaba lobo, me ladró tres veces: guau, guau, guau; y yo le contesté tres veces en igual forma y con el mismo tono. Después fueron cuatro veces y yo hice lo mismo; después fueron ladridos más largos y yo lo imité igualmente; luego cambió de tono en forma de aullido y yo aullé en la misma forma; después de eso se me acercó y me lamió una mano; yo le acaricié la cabeza y posteriormente se retiró meneando la cola. Yo advertí que con «esta plática» nos habíamos hecho amigos; desde entonces, me acompañaba a todas partes y en una ocasión que un perro callejero intentó atacarme, él me defendió. Un día, que estuvo molestando a un caballo que tenía fama de ser muy bronco, al morderle la cola el equino le propinó una patada que le fracturó al lobo la pata delantera; cuando vino a mí cojeando y yo percibí que tenía fracturada la patita abajo de su rodilla, lo entablillé de tal manera que quedara inmovilizada esa parte de su extremidad lo más posible; él no dejó de caminar, el entablillado le permitía afianzar la pata para dar el paso con menos dificultad que antes. Durante algunos días no volvió a aparecer por mi barrio, pero pronto indagué quién era su dueño y lo fui a buscar. Encontré al lobo echado en un pajar, rodeado de animalitos de otra clase, como gallinas, puercos, un burrito y algunos gansos, no porque lo estuvieran acompañando, sino porque ellos también dormían y se apacentaban en el mismo granero; al verme se enderezó y me recibió con unos gemidos que parecían muestras de cariño; hizo un torbellino con su cola y no cesó de lamerme una mano hasta que le acaricié el lomo y la cabeza; luego se echó sobre sus patas traseras y comenza-

mos nuestro dialogo ya conocido, él ladraba primero y yo lo repetía; los demás animales mostraban extrañeza al escucharlo. Después de un mes el lobo andaba como siempre correteando las gallinas y amedrentando a las borregas sin hacerles daño a unas, ni a otras.

Con el pajarito amarillo, y el perro lobo comenzó mi relación cercana con los animales; después lo experimenté con un caballo que ya era tan viejo que casi no veía; su ceguera lo obligaba a permanecer todo el tiempo dentro del corral y del pesebre; eso me permitió pasar a su lado muchas horas y a base de imitar sus sonidos, casi logré entenderlo y ayudarlo a sobrellevar su vejez y su incapacidad; pronto vio en mí a un amigo y a un permanente proveedor de cuadritos de azúcar, que le encantaba saborear.

Yo le llamaba amistosamente «babioca», como el caballo de Alejandro Magno y estoy seguro que mis acercamientos con él y mis «platicas» lo confortaron mucho en la proximidad de su muerte. Evité que lo enviaran al rastro de equinos y que lo destrozaran para procesar su carne y ayudé a cavar parte de su fosa que tenía que ser muy grande para albergar todo su cuerpo.

-¿A poco nos vas a decir -preguntó el regidor Muñoz- que aprendiste a relinchar para platicar con el caballo?

Severo, comprendiendo la ironía de la pregunta, contestó: el relincho de los equinos no es la forma de comunicarse entre ellos. El relincho lo usan ellos en situaciones extremas, ya sea de peligro, de reclamo sexual cuando siente la proximidad de una yegua, o de alegría cuando ven a su amo o a su cuidador acarrearles la pastura. Ellos se comunican normalmente a base de resoplidos que hacen vibrar estruendosamente el labio superior de

su hocico provocando ruidos estrepitosos semejantes a un medio estornudo; eso sí lo aprendí a hacer.

El regidor Guerra volvió a hacer uso de la palabra y de nuevo interrogó a Severo: ¿Todo lo que nos ha dicho significa que usted puede conversar con los animales?

-Puedo insistir en negarme a contestar esa pregunta que usted ya me la había formulado anteriormente; sin embargo, quiero dejar en claro que solamente he dicho, que por lo que a mí toca, he logrado ganarme la confianza de los animales que he tratado, repitiendo frente a ellos los sonidos que normalmente emiten para comunicarse entre sí, y aunque he percibido que les causa mucha extrañeza que una criatura diferente a ellos reproduzca esos sonidos de expresión, a la postre terminan por tomar confianza y hasta cordialidad, según mis propias experiencias. Ahora bien, lo más expresivo en toda clase de animales, al menos, con los que yo he tratado, es su mirada; los animales no saben mentir, ni disimular su estado de ánimo, lo expresan en su mirada; eso es lo que más he aprendido en mi trato con ellos. De tal suerte, que cuando su mirada y sus ruidos o expresiones lingüísticas coinciden, resulta muy claro saber lo que el animal está pensando o sintiendo, con esas experiencias y con la imitación de las inflexiones bucales de cada animal, que a veces es piido, silbido, resoplido, rugido, ladrado ó bramido es fácil comunicarse con ellos y tratar de superar nuestra convivencia, porque no debemos olvidar que hombres y animales somos los únicos seres vivientes sobre la faz de la tierra y por lo tanto nuestra relación con ellos debe ser más estrecha y cordial.

Don Atilio el presidente municipal, que había estado al margen del interrogatorio se atrevió a preguntar: ¿Cómo

le hiciste, severo, para detener el ataque del tigre del circo, que ya casi estaba encima del palco de la familia de Don Melquiades?

-Lo miré directamente a los ojos, y el también me miró; entonces, le gruñí como suelen gruñir los tigres ya viejos, y por fortuna el tigre se detuvo, no porque se haya asustado, sino porque le causó perplejidad mi gruñido y en su confusión dió media vuelta y volvió a su jaula. Debo confesar que yo no estaba seguro de los resultados de mi acción, afortunadamente todo salió bien; yo actué de esa manera porque consideré qué era un caso extremo y me enfrenté al tigre, repito, sin estar seguro de lo que pasaría.

-Y en el caso de Adán -preguntó Don Atilio- ¿cómo lo convenciste de que aceptara su encerramiento?

- El caso de Adán fue diferente; porque no se trataba de un animal, sino de un ser humano enfermo; a él lo convencí demostrándole ternura, y sensibilidad humana, y haciéndole saber la importancia de su encerramiento para que no fuera a hacerle daño a otras personas y para que nos diera tiempo de procurar algún medicamento para curarlo. También lo miré fijamente a sus ojos y vi reflejada su terrible angustia, y él seguramente vio en los míos la gran dosis de ternura que me impulsaba a ayudarlo. En fin, fue un trato muy humano y muy tierno; por eso me dio su mano y se dejó conducir hasta la bodega de Don Abundio; él se convenció de que lo mejor era encerrarlo para proteger a toda la gente del pueblo. Durante su encerramiento yo lo visité frecuentemente y le recomendaba que comiera la mayor cantidad de ajo posible, pues como todos sabemos, el ajo tiene grandes propiedades curativas para las enfermedades nerviosas.

Esto es todo lo que tengo que mencionar al respecto.

-La causa que nos tiene aquí reunidos es la denuncia verbal presentada en contra suya por Doña Braulia, quejándose de que usted está tratando de robarle su perrita llamada «Soila Reina» comúnmente conocida con el nombre de Soila, argumentando que mediante algunos artificios ha provocado que la perrita lo siga a todas partes y que ya no asista a la casa de Doña Braulia, porque hasta en las noches suele dormir en el dintel de la puerta de la casa de usted; por lo que está pidiendo que nosotros, como autoridad municipal le demos curso a su denuncia y lo conminemos a que deje en paz al animalito, pues ella considera que usted tiene una influencia extraña y anormal sobre los animales. ¿Qué responde a eso?

-No tengo nada que contestar, no es mi culpa que la perrita me siga a todas partes. Quiero decirles que yo ni siquiera le doy de comer; pero en todo caso no puedo robarme lo que de hecho es mío; esa perrita es más mía que de Doña Braulia y me niego a seguir hablando al respecto; si tienen pruebas del robo, acúsenme legalmente; si no las tienen, les ruego me dejen en paz y no vuelvan a interrogarme al respecto.

El señor alcalde declaró suficientemente discutido el asunto y le solicitó a Severo Canseco que saliera un momento del recinto para que los miembros del ayuntamiento pudieran deliberar en privado y tomaran la decisión que estimaran más justa, y que después se le volvería a llamar para hacer de su conocimiento dicha resolución.

Ya sin la presencia de Severo, Don Alfonso García expuso a los concejales que no obstante que en el comportamiento de Severo había actitudes dignas de reconocimiento y admiración, la tranquilidad tradicional del pue-

blo de Loreto no volvería a los corazones de sus habitantes mientras Severo Canseco, con sus extrañas singularidades, permaneciera en el pueblo. A nuestra gente -dijo Don Alfonso- no le gusta ver a los animales alborotados, pero lo que más los inquieta es que ya empieza a haber rumores de que Severo tiene pacto con el demonio como lo ha afirmado la regidora María de la Luz González y temen que por primera vez en este poblado, tan católico y tan fiel a los mandamientos de Dios, se pueda iniciar algún rito Satánico. Yo propongo -dijo- que tomemos la decisión inmediata de desterrarlo de este pueblo, es decir, que se vaya en la misma forma como vino, finalmente no tiene, ni ha tenido nunca, ningún arraigo en nuestra comunidad, pues no se le conocen familiares o antecedentes que nos impidan expulsarlo en beneficio de la paz social de nuestro querido pueblo: ¡pongámoslo a votación! Y en el caso de que ustedes estén de acuerdo con mi propuesta, deberemos comunicárselo de inmediato y habilitar a dos policías para que en un vehículo oficial, lo trasladen fuera de los límites de nuestro municipio con la advertencia de no volver a pisar la tierra de este pueblo, de lo contrario sería encarcelado y trasladado a la prisión del Estado por el delito de desobediencia a los mandatos de una autoridad legalmente constituida.

Con la abstención de dos regidores la propuesta de Don Alfonso fue aprobada y una vez que se llamó a Severo para darle conocimiento del acuerdo, éste hizo uso de la palabra y dijo: No quiero que se piense que las palabras que voy a decir pretenden, refutar el acuerdo que han tomado los honorables integrantes de este ayuntamiento de ninguna manera! sólo quiero recordarles, a todos ustedes, pero muy en particular a la regidora Ma-

ría de la Luz González, que se hace llamar «Hija de María» a quien se le atribuye, con razón o sin ella, que se pasa la mayor parte de su tiempo en la iglesia, desatendiendo, según se dice, las obligaciones de su hogar; quiero recordarles -repito- que san Francisco de Asís, monje italiano, fundador de la orden de los Franciscanos, nacido en Asís en el seno de una familia rica, abandonó todas sus propiedades y comodidades y se dedicó a ayudar a los pobres haciendo votos de castidad y de pobreza, y fue tanta la dulzura, la bondad y el amor que derramó entre sus semejantes incluso hacia los animales, que muy pronto tuvo muchos seguidores devotos, al grado que después de ocho siglos de fundada, la orden mendicante de los Franciscanos sigue siendo ejemplo de amor y de bondad cristiana. Pues bien, a San Francisco le deleitaba convivir con los animalitos y es bien conocido en el anecdotario de su vida, que el gran amor que profesaba por la naturaleza lo indujo en alguna ocasión a predicar su divina doctrina a un grupo de pájaros que frecuentemente lo seguían. Existe una hermosa pintura de un pintor italiano cuyo nombre no registré donde aparece San Francisco predicando su doctrina a un conjunto de pájaros que atentos lo escuchan a sus pies. Ese cuadro se titula «Parvada Devota». Cuánto celebro -siguió diciendo Severo- que San Francisco de Asís no haya venido a este pueblo, pues ustedes le hubieran atribuido que tenía pacto con el demonio al verlo hablar con los animalitos y lo hubieran desterrado como a mí.

Al oír aquello, la regidora «Hija de María» evidentemente exaltada dijo irónicamente: ¡De manera que usted se está comparando con San Francisco de Asís ¡He-reje!

-¡No! Distinguida señora; ningún mortal podría compararse con él, pero le confieso que mi mayor aspiración sería ser capaz de seguir su divino ejemplo; ojalá que todos los que se precian de ser profundamente cristianos intentaran, al menos, imitarlo. Por otra parte debo recordarle a tan religiosa edil que el niño Jesús nació entre los animalitos, compartiendo con ellos la humildad del pesebre de Belén, lo que quiere decir, y así lo entendí siempre, que hay una relación de gran cercanía espiritual entre los animales y los seres humanos; además, que no se olvide la Regidora González que el niño Jesús formaba pajaritos de barro y les daba vida con un soplo divino, e inclusive, todos sabemos que hay un día en el santoral de la Iglesia Católica en el que se bendice a los animalitos. Entonces ¿qué tiene de extraño que yo conviva amorosamente con ellos?

Ante aquellas palabras tan convincentes, el alcalde percibió que de seguir por ese camino podía tambalearse un acuerdo ya tomado, y que aquella reunión tenía como único objeto notificar dicha resolución y cumplimentarla, por lo que de inmediato expresó enfáticamente, dando un fuerte golpe en el escritorio:

-¡No se diga una sola palabra más! ¡Procédase de inmediato a cumplir el acuerdo de este honorable ayuntamiento! Acto seguido sin miramiento alguno los policías designados para ello cumplieron con sus órdenes, y procedieron a trasladar a Severo Canseco hasta fuera de los límites del municipio, con la advertencia del caso. Solamente le permitieron sacar de su casa algunas de sus pertenencias personales. Al regresar al pueblo los policías advirtieron que por el camino de la loma, en sentido contrario, la perrita «Soila» corría a toda velocidad segura-

mente a encontrarse con Severo Canseco.

Doña Braulia no entendía por qué su amada perrita la había abandonado para seguir a un hombre desconocido, y comentaba con sus vecinas con lágrimas en los ojos ¿Porqué se fue, si conmigo nada le faltaba? Yo le daba todo lo que ella quería, sobre todo le daba mi gran cariño; dormía conmigo en la cama, salíamos juntas a pasear, y era en verdad la reina de mi casa, por eso le puse «Soy la Reina» aunque todo mundo la conocía con el nombre de «Soila».

Ante tales hechos, La Jacha, el «chismoso del pueblo», como se le llamaba popularmente, continuaba en sus cotidianas reuniones nocturnas en el centro de la plaza haciendo sus acostumbradas disquisiciones y comentarios generalmente acres y corrosivos; en el caso de Severo Canseco hizo unos versos que tituló: «Elegía a la reencarnación».

-»La Jacha» no sabía lo que quería decir la palabra elegía, pero en una ocasión escuchó a la señorita Amelia Lozano, maestra de la escuela; decir una poesía llamada «Elegía a la Tristeza» y le gustó la palabreja para adosarla a sus versos que decían más o menos lo siguiente:

Muchas veces se ha contado  
Qué aún cuando estemos muertos,  
Si hay alguien que nos ama,  
Con un amor muy profundo  
Puede hacernos regresar  
Del mundo del más allá;  
No con la forma anterior  
Porque eso no es posible,  
Y aunque parezca increíble  
Podemos resucitar

Reencarnando en otro cuerpo  
Casi siempre de animal.  
Y hay casos; Los ha habido,  
Que hasta los identifican:  
«Este caballo es mi padre»;  
«Este burro era mí tío»;  
«Esta mula fue mi suegra»  
Y esta paloma es mi esposa  
En este lindo pueblito  
Donde nunca pasa nada  
Sucedió algo inaudito,  
Algo que no tiene igual;  
No de que un hombre volviera  
Del mundo del más allá  
Convertido en animal,  
Sino algo más extraño;  
De que un perro reencarnara  
En el cuerpo de un cristiano.

Cuando la gente le preguntaba a la Jacha qué significaban aquellos versos, muy ufano respondía: ¿Qué no se dieron cuenta de lo que aquí sucedió? No se acuerdan de aquel enorme perrazo que tenía Don Ramón Rivas, el viejo masón que según se decía había alcanzado los más altos grados de la masonería gracias a sus virtudes humanas y a sus grandes conocimientos filosóficos; que cada jueves iba a la gran ciudad a participar en las tenidas masónicas de la Gran Logia del Estado, y que tuvimos el privilegio en este pueblo de convivir con él, siempre en un ambiente fraternal y amistoso y nunca pretendió humillarnos, o hacernos menos, haciendo valer sus grandes conocimientos de la vida y de los hombres.



IKANUDHIDA 09

Pues bien, volviendo al hermoso perro que tenía, al que no le puso ningún nombre de los que comúnmente les solemos poner a los perros de este pueblo, sino que le puso el extraño nombre de «Cerbero» y cuando le preguntábamos lo que significaba ese nombre tan raro para un perro, él nos decía: Cerbero era el nombre de un perro muy famoso en la Mitología Griega; era un perro monstruoso que guardaba la puerta de entrada de los infiernos.

Su Misión era impedir la salida a los muertos. Su sola presencia resultaba aterradora; tenía tres cabezas, cola de serpiente y el lomo erizado de cabezas de víboras, terminaba diciendo Don Ramón Rivas. Y cuando alguien le replicaba preguntándole:

-¿Entonces, si era un perro tan feo, porque le pone así a su perrito?

-Porque filosóficamente lo que ese nombre significaba era un designio de «perro guardián» y eso espero que sea Cerbero, un perro que guarde y proteja mi casa y mi persona.

Después de decir aquello «La Jacha» hacía una pausa muy bien estudiada, fingía tomar aire y respiraba profundamente para luego continuar con más énfasis su comentario: ¿se acuerdan del collar que Don Ramón Rivas le puso a su perro? Era un collar de cuero, muy ancho y con estoperoles de fierro. ¿Se acuerdan que Cerbero nunca andaba solo, siempre andaba en compañía de la perrita de Doña Braulia? ¿Se acuerdan que cuando el autobús de pasajeros arrolló y mató accidentalmente a Cerbero la perrita «Soila» aulló lastimosamente todo ese día y toda la noche? sus desgarradores aullidos se escucharon casi por todo el pueblo, y seguramente también recordarán

ustedes que Don Ramón, también muy compungido, lo enterró, con ciertas formalidades inusuales para un perro, en el patio de su casa y le puso una lápida de madera con una inscripción que decía: «Aquí yace un perro llamado Cerbero, tan noble y fiel, que ahora es guardián de las puertas del cielo». Y recordaran ustedes, igualmente, que era conmovedor ver a la perrita «Soila», durante mucho tiempo, ir a recostarse sobre la tumba de su amigo muerto.

Pues bien -seguía diciendo «La Jacha»- si todos en el pueblo sabemos que hay muchas historias contadas originalmente por personas de no pocos conocimientos, que afirman que el alma de los seres humanos es inmortal y que hay teorías que aseguran que esas almas pueden reencarnar y volver del más allá, no en la forma original porque eso es imposible, pero sí en otro cuerpo, generalmente de animal, según se nos ha dicho. Ahora bien, -y volvía «La Jacha» a hacer su acostumbrada pausa bien estudiada para darle mayor importancia a sus comentarios- si un hombre puede reencarnar en forma de animal ¿porqué un animal no puede reencarnar en forma de hombre? toda vez que también los animales tienen alma. Al decir esto «La Jacha» abrió los brazos como todo buen actor, al sentir que había capturado por completo el interés de sus oyentes y que todas las miradas de los presentes se dirigían a él en busca de alguna estrujante conclusión.

¿Se acuerdan que al perro Cerbero -seguía diciendo «La Jacha»- le gustaba ladrar varias horas seguidas sin ninguna razón y que parecía que le gustaba hacerlo para llamar la atención de los demás animales, y que esa fue la causa de que algunos vecinos, molestos por sus ladridos

permanentes se quejaron ante Don Ramón e inclusive ante el alcalde del pueblo? ¿Se acuerdan que cuando ladraba sin razón alguna se parecía a esos oradores que hablan y hablan interminablemente tratando de darse importancia?

-Entonces -preguntó Anacleto, un primo hermano de «La Jacha»- ¿Tú crees que el «orador» Severo Canseco, es el perro Cerbero resucitado?

-¿Acaso no hay una gran semejanza en sus respectivos nombres: Severo y Cerbero?

Pero «La Jacha» inteligentemente dejó la conclusión en el aire para que cada uno de los oyentes hiciera la suya propia; y se limitó a cantar una cancioncita en la que daba a entender, sin afirmar nada, su propia conclusión, que en vez de ser aclaratoria, confundía más a su auditorio, sembrando dudas e incertidumbres a base de ambigüedades. La cancioncita, no muy bien entonada, porque «La Jacha» aunque era muy buen silbador, era mediocre cantante, decía como sigue:

Soila y Severo se fueron  
Juntos se fueron los dos.  
¿Dónde están? ¿Qué ha sido de ellos?  
¡Nadie lo sabrá jamás!  
Allá a lo lejos, muy lejos,  
Donde nadie los conozca  
Habrán de vivir felices  
Con su increíble secreto.

-¡Caray, tío Astucio! Cuán equivocado estaba yo al pensar que en este pequeño pueblo de Loreto nunca había pasado nada digno de ser contado; la verdad, estoy muy impresionado porque los tres sucesos que me has relata-

do son verdaderamente estrujantes y sobrecogedores, ya me imagino como han de haber conturbado a las almas sencillas de los habitantes de este lugar.

-Todavía no he terminado de contarte algunos acontecimientos que también conmocionaron a los pobladores de este lugar, que como tú bien dices, son honrados poseedores de almas sencillas y hasta podríamos decir, que candorosas. El siguiente relato que te voy a hacer sucedió en una quinta solariega ubicada en las afueras de este pueblo, hacia el oriente, donde casi se juntan los dos ríos que lo flanquean y que más adelante se convierten en uno solo, en un lugar conocido como LAS ADJUNTAS, donde confluyen sus aguas en un sólo caudal para irse a perder en el mar varios kilómetros después; esa quinta o heredad tiene como nombre: «LAS HADAS» y así quiero llamar o titular el suceso que allí aconteció.

## **LAS HADAS**

Hace algunos años, más de 20, llegaron al pueblo un hombre y una mujer buscando arrendar alguna casa dónde instalarse. Lo primero que hicieron fue solicitar audiencia con el presidente municipal a quien le comunicaron su intención de venir a vivir a este pueblo. A juzgar por su actitud, trato y apariencia, el alcalde percibió que no se trataba de gente común y corriente, sino de personas educadas, obviamente cultas y de muy distinguida apariencia, por lo que les informó que a una cuadra de la plaza principal estaba desocupada la casa que fue de Don Anastasio Rosales Guerra, que al morir, ya sin esposa ni hijos, porque ella había muerto primero y sus hijos vivían

en la capital, la estaba habitando provisionalmente su sobrino Gabriel, pero dada la circunstancia que era la casa muy grande y que Gabriel era soltero, le había manifestado su intención de rentarla, por lo que les sugería que fueran a hablar con él. La recomendación del alcalde tuvo resultados positivos y de inmediato aquella pareja tomó posesión de la casa y esa misma noche llegó un camión de mudanzas repleto de muebles y demás enseres propios de toda casa habitación. Como dicho camión llegó al atardecer, los vecinos y algunos curiosos que se ofrecieron amistosamente a ayudar en la descarga, se percataron con cierto asombro, que se trataba de muebles de mucha calidad, algunos de corte muy antiguo y otros de muy fino acabado; todos ellos de austero, pero notorio buen gusto. Entre ellos se destacaba la elegante figura de un «piano de cola» que no dejó de causar admiración a quienes lo vieron, o ayudaron a bajarlo del camión, pues nunca hubo en el pueblo de Loreto un piano, y menos de «cola». También causó especial sorpresa la gran cantidad de cajas conteniendo libros que venían en el camión de mudanzas. Los vecinos y los curiosos estaban muy satisfechos de ver que había llegado al pueblo una pareja de hombre y mujer distinguidos, educados y amantes del arte y la cultura, cuya presencia resultaría provechosa para la comunidad. Con ese motivo algunos hombres y mujeres del pueblo, siguiendo una vieja tradición lugareña, se apresuraron a ir a ofrecer sus respetos a los recién llegados a manera de bienvenida, ofreciéndoles toda clase de ayuda y solidaridad humana. Parte de esa noche y todo el día siguiente se les vió a los recién llegados «trajinando» en el acomodo y arreglo de la gran cantidad de muebles que habían traído; solamente las cajas conteniendo

libros, de momento no fueron abiertas, tan solo acomodadas en uno de los múltiples cuartos de aquella gran casa. En la noche siguiente, los vecinos se embelesaron escuchando las dulces notas musicales de un violín, acompañado por los melodiosos arpeggios de un piano. Algunos de los oyentes no pudieron resistir la tentación de asomarse por una de las ventanas de la casa y observaron que el hombre tocaba el violín y la dama, el piano.

Al día siguiente, que era domingo, la pareja asistió a la misa de la mañana elegantemente ataviados y fue el momento en que casi todo el pueblo conoció de cerca a aquella distinguida pareja. Ella poseía una real belleza; su cabellera rubia como cascada de oro viejo ó de miel quemada, sus ojos grises que cambiaban de tonalidad en la sombra y en la luz, de tal suerte que en las mañanas, en las mediodías y en los atardeceres el color de sus ojos se tornaba hermosamente distinto; su piel color perla nacarado, tersa y resplandeciente, de un porte distinguido y de un majestuoso donaire al caminar. Esa mañana vestía un trajecito sencillo, un collar de pequeñas perlas y austeros adornos en sus manos, en sus brazos y en su ropa; calzaba unas zapatillas sencillas, de medio tacón que contribuían a embellecer más sus hermosas pantorrillas de estatua bien cincelada por un gran escultor; delgada, de un talle ligeramente largo que redondeaba las bellas formas de unas caderas sutiles y discretas que complementaban la imagen de una bella y distinguida mujer. El hombre vestía pantalón y camisa de color gris que hacían una atractiva combinación con unas incipientes canas que destacaban atrevidamente de su cabellera negra y ondulada; él no daba ninguna sensación de elegancia pero sí de donosura y gallardía; daba la impresión, como suele

decirse, de un «hombre interesante». Su aspecto, en general, pero particularmente sus ojos sombreados por naturales ojeras y su mirada profunda y tierna denotaban que se trataba de una persona de tendencias intelectuales, poco comunes en la gente de Loreto, o mas bien inexistentes. Alto, delgado, de facciones angulosas, de actitudes cautelosas que mostraban un carácter firme y seguro, pudieran complementar una descripción elemental de la imagen personal del caballero recién llegado al pueblo. Antes de entrar al templo, se dirigieron a la sacristía en donde encontraron al sacerdote de la iglesia Don Otilio Meraz, a quien con toda gentileza le ofrecieron sus respetos e hicieron su personal presentación ante él en su carácter de nuevos avecindados en el pueblo y también como nuevos feligreses de su iglesia. El padre Otilio agradeció la visita, les dio la bienvenida como nuevos miembros de su rebaño y les preguntó sus nombres.

-Ella se llama Aliria y yo Fernando, dijo él.

-¿Son ustedes marido y mujer? -preguntó el cura.

-Sí, dijo Fernando un poco titubeante, y al decirlo no pudieron evitar hombre y mujer mirarse uno al otro significativamente.

-Algunos de mis feligreses -dijo el sacerdote- ya me habían venido a contar la reciente llegada de ustedes a este pueblo, y que por su aspecto resultaba evidente que se trataba de gente culta, amante de los libros y de la música; me dijeron también, que la señora toca divinamente el piano y que usted toca el violín magistralmente; que trajeron una gran cantidad de libros y mobiliario muy fino y abundante, lo que a toda la gente de este sencillo pueblo les ha llamado positivamente la atención. En tal caso, me sería muy grato que ustedes tuvieran a bien

participar lo más posible en las festividades religiosas patrocinadas por esta iglesia; tenemos un viejo órgano que seguramente la señora Aliria pudiera hacerlo vibrar nuevamente, y si usted la acompaña con el violín, tendríamos gran solemnidad y belleza en las ceremonias religiosas de mayor importancia; de seguro que ninguna iglesia de la comarca, de la región, ni de toda la diócesis entera tendrían en su ceremonial la música celestial que le da un toque divino a las fiestas religiosas. Así mismo la señora Aliria con su cultura, nos podría ayudar en la doctrina preparatoria para los niños que pretenden hacer su primera comunión.

-Fernando, con un tono de absoluta seriedad le dijo al sacerdote: Señor cura, nosotros no somos gente de mucha iglesia; pero tampoco somos ateos, ni anticristianos; habremos de venir a esta iglesia cuando nuestra conciencia nos lo dicte, o cuando sintamos la necesidad espiritual de acercarnos a la casa de Dios. Con esto quiero decirle que habremos de participar en la comunidad religiosa de este pueblo en forma libre y voluntaria y no de manera especial. Lo que quiero dejar en claro es que Alira y yo somos gente buena que practica en todo momento y a todas horas los principales valores humanos de respeto, bondad, caridad, generosidad y solidaridad hacia nuestros semejantes; jamás hemos conculcado ninguna ley, ni hemos lastimado o dañado conscientemente a nadie. Cuando usted quiera visitar nuestro hogar será recibido con respeto y gentileza como cualquier otra persona y con el tratamiento especial por lo que usted representa; le rogamos, a cambio, que no nos trate como si fuéramos gente de su rebaño, somos librepensadores, que acatamos, como antes dije la creencia en Dios como crea-

dor de todo lo creado, y nos conducimos en nuestra propia vida interior y en nuestra relación con nuestros semejantes acatando los elementales valores de la moral universal. Espero, razonablemente, que después de lo dicho, no vaya a impedirnos venir a esta iglesia cuando sintamos la alegría de hacerlo.

Después de escuchar aquello, el padre Otilio, comprendió que se había aventurado demasiado al pedirle a aquella pareja una participación protagónica en las fiestas de la iglesia antes de conocer su manera de pensar y un poco avergonzado se limitó a decir: Ustedes pueden venir a mi iglesia cuando lo deseen y serán bien recibidos; igualmente si desean comulgar encontrarán toda mi buena disposición.

Sin decir más la pareja se retiró de aquel lugar y se dirigió hacia el palacio municipal en busca del señor alcalde, quien los atendió con mucha gentileza.

Señor alcalde dijo Fernando: Aliria y yo le damos las gracias por su ayuda para rentar la casa que estamos ocupando y que es de nuestro mucho agrado, pero abusando de su bondad queremos nuevamente pedir su ayuda para ver la posibilidad de realizar un sueño que desde hace tiempo Aliria y yo hemos acariciado. Venimos de una gran ciudad huyendo del ruido, de la contaminación ambiental, del ajetreo propio de las grandes metrópolis que deshumaniza a los seres humanos y los integra y globaliza en una masa informe y antagónica donde el hombre se vuelve el lobo del hombre y donde la dignidad humana no pasa de ser una entelequia.

El señor alcalde Don Desiderio Bravo, por supuesto que no entendió muchas de las palabras de Fernando, particularmente lo de «masa informe» y «entelequia», pero

por el tono con que las dijo Fernando se supo que eran cosas muy feas, por lo que disimulando cualquier actitud demostrativa de su ignorancia pueblerina, dejó que Fernando continuara su comentario.

Pues bien, -siguió diciendo Fernando- huyendo de todo eso, hemos venido a buscar la paz y el confort que solamente puede encontrarse en pueblos alejados de ese bullicio y de esa triste influencia, como es el caso de Loreto. Estamos muy a nuestro gusto viviendo en la casa que usted nos recomendó, pero nuestra mayor ilusión, soñada desde hace mucho tiempo, es tener una pequeña granja, que sea de nuestra propiedad, un poco alejada del pueblo, donde podamos edificar una casita que Aliria en sus sueños tiene bien diseñada, rodeada de árboles frutales y de sombra, y de un amplio jardín engalanado de flores. En concreto, queremos vivir los años que nos queden de vida confortados por una especie de soledad muy atractiva para el espíritu romántico, poético e intelectual que nos une, y nos identifica. No pretendemos convertirnos en ermitaños antisociales; por el contrario, queremos participar en todo aquello que sea benéfico para la comunidad loretoense. Pero repito, queremos vivir sin que nada interrumpa nuestros sueños y nuestra soledad, porque para nosotros vivir juntos y solos no significa soledad, sino unión suprema de dos individualidades que al compartir la vida logran una sublime unidad. ¡Vaya! Queremos vivir nuestro amor muy cerca de la naturaleza y de sus bellas expresiones; como son los pájaros, las ardillas, las nubes, la lluvia, los astros, las cigarras, luciérnagas y el rumoroso silencio de las noches con reflejos de luna. ¿Me entiende usted señor alcalde? -y el señor alcalde en su sencillez todo lo que pudo contestar fue- ¡Ah, si

lo que buscan son pájaros, chicharras y luciérnagas van a encontrar muchas! Ardillas hay muy pocas, porque los muchachos las matan con las resorterías; pero estrellas; esas sí hay bastantes, sobre todo en las noches despejadas -Fernando se sonrió ante el comentario del señor alcalde y le preguntó:-

-¿Conoce usted algún ranchito o granja que podamos comprar y que no esté muy alejado del pueblo; de ser posible cercano al río o a la acequia derivada de la presa?

-Hacia el lado de abajo -dijo el alcalde- es decir, hacia el oriente, hay una pequeña granja, casi abandonada, heredada por unos muchachos que se fueron a estudiar a la capital y se convirtieron en profesionistas y ya no han regresado al pueblo desde hace muchos años. Esa granja se las cuida Manuelito Flores, pero no la cultiva. Si ustedes me lo permiten y me otorgan su confianza, con todo gusto puedo hablar con Manuel para que me proporcione el teléfono de esos muchachos, que ya han de ser hombres y que aquí en el pueblo los conocíamos como «Los Albinos» porque tenían la cabeza blanca desde niños; tal vez por eso se fueron del pueblo porque sus compañeros de escuela los hacían objeto de sus burlas permanentes.

Si ustedes lo autorizan, en unos días más estaré en posibilidades de favorecer sus propósitos y en el caso de que se logre realizar la operación yo mismo me encargaré de formular el título de propiedad correspondiente; gente como ustedes enriquecen la población de este humilde pueblo. Ojalá asienten aquí sus reales para siempre. Yo en lo particular les ofrezco mi respeto y mi especial consideración.

En efecto, el alcalde mostrando una gran disposición, o pretendiendo una buena comisión logró contactar a

los dueños de la granja y muy pronto la operación de compra venta se llevó a cabo con la intervención del Secretario de Ayuntamiento que hacía funciones de notario público y una vez que quedaron debidamente legalizadas las escrituras, el propio alcalde fue personalmente a darles posesión de la granja a los nuevos propietarios, quienes como muestra de agradecimiento por tanta eficacia le otorgaron una considerable remuneración por sus servicios. Dueños ya de aquella pequeña granja Fernando y Aliria diseñaron primero la barda y el portón, después la casita, con muros de concreto y techos de rojo tejamanil, la noria, la fosa séptica y un elemento vertical en el centro a manera de jardinera para romper la monotonía de la superficie rasa.

La construcción de la barda que debía circundar el terreno se la encomendaron a Don Gregorio Guajardo, que tenía fama en el pueblo de ser el mejor albañil, y muy pronto se iniciaron los trabajos de cimentación; el frente de la propiedad fue construido con blocks de arena y cemento, y los muros laterales y del fondo con lozas de concreto. Aliria convenció a Fernando que el diseño del portón de la entrada a la granja debería tener características de especial belleza, porque en su opinión, el portón de toda granja es el reflejo de lo que sería el interior de la misma, y particularmente revelaría la personalidad de sus ocupantes. Convencido Fernando de ello, le pidió a su compañera que diseñara los principales elementos arquitectónicos que deberían destacarse en la construcción del portón, y ella se comprometió a hacer, al menos, un bosquejo.

Terminada la barda, a la que se le dio una altura suficiente para garantizar aspectos de seguridad y de

privacidad, se inició la construcción del portón sirviendo como base el bosquejo que hizo Aliria y que consistía en un gran claro de cinco metros de ancho y tres metros cincuenta centímetros de altura; con techo también de tejamanil rojo, de dos aguas, con pequeñas ventanas laterales, a manera de nichos con protectores metálicos, y rematando con dos amplias puertas de fierro que se elevaban hasta cerca del techo del portón. Aquella construcción resultó ser tan atractiva y tan amplia, que bien podía convertirse en una bella y confortable recámara. En la parte interna del portón, en uno de sus lados, quedó estampado el nombre que resolvieron dar a la granja con bellos mosaicos de talavera, donde se resaltaban las letras que integraban el nombre «LAS HADAS»; a un lado también con mosaicos del mismo origen, quedó estampado en una superficie de un metro cuadrado, la figura artística de un hermoso florero cubierto de bellas flores, que le dio al portón una magnífica decoración. Protegida la propiedad con la barda y el portón, procedieron a construir la casita que albergaría para siempre sus intensidades amorosas. Para ello consultaron a un arquitecto de la capital amigo de Fernando, que tenía fama de querer revolucionar los tradicionales lineamientos de la arquitectura, y una vez que le plantearon lo que ellos querían para su casita, el arquitecto en menos de tres días ya les tenía elaborados no sólo el diseño, sino también los elementos constructivos y los planos estructurales. Para llevarlos a efecto les proporcionó un maestro albañil que habría de trasladarse al pueblo de Loreto a fin de instruir a Don Gregorio Guajardo acerca de los detalles constructivos, ofreciéndole su permanente asesoría en dicha construcción, para lo cual regresaría con alguna frecuencia para

verificar los avances de la misma.

Varios meses después quedó concluida toda la construcción y Aliria se encargó de su decoración y de todos los detalles que una mujer talentosa, culta y delicada es capaz de aportar estéticamente. Ella, con la ayuda de una vecina con la que hizo una magnífica relación, se encargó también de diseñar el jardín, plantando todo tipo de árboles frutales, así como rosales, crespones, geranios, jazmines, buganvillas de varios colores y un césped que muy pronto dio una sensación de tierno verdor en la amplia superficie del jardín al que servían de marco varios árboles frondosos y una gigantesca palma que lucía su gallarda esbeltez en el centro del jardín. Muy pronto el buen gusto de lo construido y la belleza del jardín, que empezaba desde el portón y concluía hasta el fondo del terreno en una dimensión de aproximadamente dos mil quinientos metros cuadrados, se convirtió en un atractivo para la comunidad, a grado tal, que mucha gente del pueblo iba expresamente a admirarla a través de las rejas del portón, e inclusive, algunos granjeros vecinos se sintieron motivados para embellecer también su propiedad, a fin de no desentonar mucho con «LAS HADAS».

Lo que más les llamaba la atención a los vecinos era un caminito recubierto de piedra bola que había diseñado el arquitecto amigo de Fernando, que subía serpenteando, a través de varios escalones un pronunciado desnivel que había en el fondo de la propiedad, rematando, en la parte más alta, en una placita bordeada por tres hermosas bancas de concreto revestidas de mosaicos decorativos de varios colores; el piso de la placita también estaba recubierto con piedra bola estéticamente colocada en forma de círculos concéntricos, y en el centro una

hermosa fuente de cantera que con su permanente manantial daba un ambiente de frescura y placidez con el acompasado y deleitoso repiquetear del agua al caer. Fernando se la había regalado a Aliria en su cumpleaños.

En el interior de la casita todo era belleza; muebles de distintos materiales, donde predominaba la madera fina, embellecían una salita hundida a la que se descendía por tres escalones, y que por estar abajo del nivel del comedor y de las demás instalaciones de la casa, daba la sensación de ser un área muy especial, sobre todo porque en ella Aliria había puesto toda su delicadeza de mujer inteligente y bella con detalles decorativos que revelaban espiritualidad, romanticismo, cultura y sobre todo un exquisito buen gusto. Allí fueron colocados, en adecuados libreros de madera, la gran cantidad de libros que habían traído en grandes cajas de cartón, así como cuadros de pintores célebres, lámparas de mesa con coloridas pantallas y en la chimenea que había sido diseñada para calentar la sala en el invierno, Aliria había colocado en sus bordes interiores, pequeños objetos también de carácter decorativo. En fin, aquella estancia hundida invitaba a la placidez y al deseo de disfrutar la belleza de la decoración interior reposando en los amplios y cómodos sillones tapizados de vestiduras rojas que complementaban el arrobamiento de aquel bello lugar. El piano de cola ocupaba una gran parte del espacio de la sala hundida, pero como era un mueble de gran belleza por su fina madera, su maravilloso laqueado, su rojizo barniz y sus teclas de marfil, en vez de producir una sensación de abigarramiento, se convertía en un toque de esplendor que enriquecía el espacio.

El comedor situado tres escalones arriba de la sala hundida se integraba por un mueble de regular tamaño, también de fina madera labrada y que, adosado con las majestuosas sillas y el amplio trinchador de cristales biselados, le daban tal elegancia y dignidad que en su conjunto bien podría semejarse a los muebles que se acostumbraban en los antiguos castillos medioevales. La recámara construida en un nivel más alto, dos escalones arriba del comedor, adornada con motivos y decoraciones propias de un lugar de descanso y de reposo, donde sobresalía la madera labrada de la cama, así como sus delicadas y blandas vestiduras que contrastaban con un techo celeste que semejaba el cielo y tras el respaldo de la cama, el sol, la luna, y algunas estrellas complementaban una particular visión del firmamento; un nicho que albergaba una bella representación de la Divina Providencia y dos crucifijos en otras secciones de los muros, complementaban la sensación de estar en un sagrario convertido en el templo del amor de un hombre y una mujer, que de esa manera ofrendaban a Dios sus sentimientos. La cocina estaba implementada de todos los utensilios requeridos para preparar los alimentos; un amplio tragaluz por donde indirectamente penetraban los rayos del sol, le daba una permanente iluminación, y en los crepúsculos, el diverso colorido del atardecer penetraba por los mosaicos de cristal del tragaluz como si fueran caleidoscopios reflejantes de prismas multicolores.

El baño principal, junto a la recámara tenía su atractivo propio, donde resaltaba un espejo con mucha luz, el aguamanil en el lavabo y una tina de baño decorada exteriormente por mosaicos de talavera de color amarillo y azul con dibujos de «Flores de Lis estilizadas» daban el

toque de congruente belleza en relación con todas las demás habitaciones. En el patio, adosaban la belleza del jardín varias bancas ubicadas en diversos lugares de la amplia superficie que abarcaba el césped, lo que permitía que aquellos dos amantes caminaran a través del jardín y se sentaran a contemplar el día o la noche en distintos puntos de la «heredad» -como le solía llamar Fernando- teniendo distintas perspectivas del jardín, según en la banca en que se sentaran. La noria que tenía fama de nunca faltarle el agua aún en las épocas de mayor sequía, estaba al lado poniente del terreno, cerca de un atractivo y bien construido asador de carne que junto con el elemento exterior de la alta chimenea, recubierta de ladrillo rojo, con un capitel de dos aguas con adecuadas oquedades para darle salida al humo, constituían un sector muy particular y atractivo del jardín, engalanado por el natural encanto tropical que suele infundir el enmarañado verdor de un platanal, con sus hojas largas y colgantes, como si quisieran abrazarse o protegerse unas a otras. En el fondo del terreno Aliria sembró varios magueyes que le recordaban su infancia y que tomaban posesión del espacio con su presencia escenográfica haciendo valer su singular distinción respecto de todos los demás árboles y plantas de su entorno. Fernando y Aliria casi nunca salían de su propiedad; constantemente se les veía pasear alrededor del jardín, sobre todo, en las noches. De vez en cuando iban a la iglesia y en muy raras ocasiones se les vio en las fiestas cívicas del pueblo, pero nunca permanecían mucho tiempo en ellas; y aunque muy afables con todas las gentes, de alguna manera demostraban preferir simplemente estar solos. Durante muchos años se les siguió viendo caminar por el jardín,

como una de sus actividades más preferidas; siempre tomados de la mano y no se soltaban ni cuando tomaban asiento en alguna de las muchas bancas dispersas en los distintos rumbos de la propiedad. Les gustaba cambiar de banca frecuentemente, para admirar el paisaje de su jardín desde distintos ángulos. En las noches de luna permanecían en esa actitud hasta muy altas horas. Ella gustaba de vestir frecuentemente de color blanco, con ropajes livianos y vaporosos, y usaba, de fijo, sandalias, parecía desplazarse por el jardín sin caminar, como si flotara levíticamente, sólo impulsada por la mano de Fernando que al caminar la conducía a su lado.

Muchos años vivieron así, la gente admiraba sus expresiones de amor y aprendió a respetar su privacidad y su aislamiento, solamente algunas noches se acercaban hasta el portón de «LAS HADAS» a escuchar con deleite las melodías que interpretaban, Aliria en el piano y Fernando en el violín, y que emergían de aquella singular quinta como el efluvio armonioso de un amor sin igual.

Así, en medio de aquella soledad acompañada, fueron envejeciendo los dos; varios de los vecinos originales ya habían muerto; sus hijos se habían convertido en adultos; nuevas granjas se habían establecido alrededor de «LAS HADAS» mas, para Fernando y Aliria la vida seguía siendo igual. Tal vez, atraídos por las notas melodiosas del piano, o del violín, o porque Aliria les había construido una pequeña fuente para que tomaran agua, los pájaros habían convertido aquel vergel en un maravilloso santuario; además, allí se sentían a salvo porque nadie los amenazaba. También se integró a la quinta una inquieta ardilla que corría por las bardas, mostrando su hermosa cola; se trepaba en un árbol muy alto y desde allí se lan-

zaba por el aire hasta la palma, donde seguramente tenía su nido; Fernando y Aliria gozaban viendo sus acrobacias. Y para complementar el cuadro, en la parte alta del terreno, en un profundo hoyo construido por ella misma, una gran víbora negra había hecho su guarida, y en algunas ocasiones salía a tomar el sol y se tendía, cuán larga era, en el césped del jardín. Fernando nunca pudo convencer por completo a su amada de que esa víbora no sólo era inofensiva para los seres humanos, sino que resultaba útil para espantar a cualquier otro tipo de serpientes y además, se alimentaba de ratas y demás roedores; Aliria siempre guardaba su distancia no sólo del animal, sino hasta de su madriguera.

En una fiesta escolar, a la que asistieron todos los padres de familia, y a la que fueron invitados especialmente Fernando y Aliria, con el compromiso de éste de declamar una poesía alusiva al motivo de la fiesta, el director de la escuela, hombre de muy regular cultura, al referirse a Aliria y a Fernando, así como a su singular forma de vivir, que a nadie afectaba porque hacían su vida a su manera, sin agraviar a nadie, y que por esa razón eran muy bien aceptados y respetados por la sociedad Lorentense; y tal vez, con el fin de presumir de sus conocimientos literarios, que en verdad, no eran muy amplios, relató una leyenda proveniente de la mitología griega sobre un hombre y una mujer llamados Filemón y Baucis, la cual causó una magnífica impresión a los oyentes y enterneció la imagen amorosa de Fernando y Aliria, pues el símil era verdaderamente equiparable. La leyenda contaba lo siguiente: Júpiter, el Dios más grande del olimpo griego descendió a la tierra en compañía de Mercurio tratando de averiguar si los seres humanos que habita-

ban una determinada aldea practicaban amorosamente la hospitalidad, y disfrazados como pobres viajeros empezaron a recorrer la comarca. Ninguna puerta se les abrió a los supuestos vagabundos y cuando ya estaban desesperados de no encontrar la virtud hospitalaria entre aquellas ariscas gentes, tocaron la puerta de una humilde choza ubicada en las afueras del lugar, donde vivía una pareja de ancianos llamados Filemon y Baucis, quienes no solamente les brindaron generosa hospitalidad, sino también alimento y abrigo. Los dioses irritados por el mal comportamiento de sus vecinos hicieron que las aguas inundaran la comarca, salvándose solamente la choza de Filemón y Baucis; ya para retirarse Júpiter les ofreció cumplirles el mayor de sus deseos, y ellos amorosa y humildemente sólo pidieron que se les concediera la gracia de morir juntos. Un día, cuando la muerte estaba próxima, los dos amantes empezaron a cubrirse de follaje y apenas tuvieron tiempo de darse un beso y decirse adiós antes de convertirse en árboles. Desde entonces en aquella comarca, enormes, muy frondosos y juntos permanecen dos árboles eternos, un roble y una encina.

Todas las tardes y la mayoría de las noches Fernando y Aliria hacían sus habituales caminatas por aquel bello jardín, y aunque gustaban, como ya se dijo, de sentarse en diversas bancas para tener distintas perspectivas de su pequeño paraíso, tenían preferencia por una de ellas: la que estaba ubicada en la placita alta, a donde conducía, serpenteando, el atractivo caminito de piedra que tanto agradaba a los vecinos que acudían a admirar aquel jardín. Esa banca era la preferida de aquella amorosa pareja porque estando ubicada en la parte más alta de la propiedad, se convertía en un mirador natural desde el cual se

lograba una perspectiva integral, no sólo del jardín, sino del paisaje que le servía de entorno, en el cual destacaba la inmensa cordillera de enfrente, así como la tupida y agreste arboleda lateral. Las luces indirectas que Fernando había instalado en diversas áreas del jardín y que le daban al césped y a los árboles una iluminación esplendorosa complementaban la belleza de aquel rinconcito de amor, y cuando a toda esa belleza se agregaba la fascinante luz de las lunas llenas, aquello era un vergel paradisiáco. La gente de Loreto, con el tiempo, se acostumbró a verlos y a respetarlos en aquella forma aislada de vivir, que de ninguna manera era antisocial, porque Fernando siempre colaboraba en cualquier actividad que se tradujera en beneficio de la comunidad y Aliria siempre participaba en todas las acciones en pro de los niños, ancianos y mujeres desvalidas, así como en todas las actividades culturales.

Así pasaron muchos años; Fernando y Aliria se convirtieron en ancianos. Un día en que Fernando realizaba un trabajo en el jardín, sufrió una afección cardiaca que ameritó conducirlo con urgencia a un hospital de la gran ciudad y después de luchar varios días entre la vida y la muerte, siempre tomado de la mano de su amada y con visitas permanentes de muchos habitantes de Loreto que lo estimaban y oraban en aras de su salud, finalmente falleció con una sonrisa en los labios y apretando, un tanto, aquella querida mano que tanto tiempo tuvo entre las suyas. El pueblo entero se consternó con la noticia, el sacerdote ofreció una misa por el descanso eterno de su alma, que no pudo ser de cuerpo presente porque Fernando había sido incinerado, de acuerdo a sus propias instrucciones que Aliria se encargó de cumplir y que in-

cluían su rotunda disposición de que sus cenizas fueran dispersadas en toda la superficie del jardín de «LAS HADAS». Durante mucho tiempo la finca permaneció deshabitada, hasta que un día Aliria volvió acompañada de una hermana, cuyo nombre nunca se supo porque no vivió de fijo con ella, sino que la acompañaba por algunas temporadas. En su soledad y en su dolor Aliria hacía los mismos recorridos que cuando vivía su amado, se sentaba en la banca de la placita alta y constantemente miraba hacía el cielo, como si tratara de descubrir en qué área de la inmensidad viviría el alma de su amado, Fernando. Los vecinos más inmediatos comentaban que jamás volvieron a escuchar las notas de aquel piano que antes los deleitaba; pero que Aliria escuchaba con frecuencia en su fonógrafo un disco en el que se repetía constantemente una canción que más o menos decía: «TENGO UNA RARA AMISTAD CON LA TRISTEZA, Y ES MI MEJOR COMPAÑERA LA SOLEDAD».

Aliria le dió asilo a un perro callejero que seguramente había perdido el rumbo y penetró inesperadamente a la quinta; aunque el animal no parecía tener un claro pedigrí de origen, tenía muy buena estampa, no se veía del todo un perro corriente, tenía regular estatura, orejas alertas, piernas poderosas, cola bien poblada y sobre todo, una mirada muy expresiva de sus estados de ánimo. Aprendió a seguir a todas partes a la solitaria mujer que le había dado asilo, alimento y cariño; siempre permanecía muy cerca de ella, y cuando se aproximaba alguna persona extraña o algún otro animal, lo anunciaba oportunamente con sus ladridos, que tenían diferente tonalidad según el caso, y se preparaba para defender a su querida ama. Ella le puso por nombre «Kaiser» y lo

atuendó con un grueso collar con incrustaciones metálicas, que mejoró ostensiblemente el aspecto del animal; el perro siempre a su lado, mostraba de diversas maneras su ternura, su lealtad y su amor de animal; siempre quería estar lamiendo las sandalias y las manos de aquella bella mujer. Ella leía y releía los libros que en algún tiempo, escribió Fernando, pero nunca logró encontrar los escritos amorosos que él ansiosamente le entregaba cada día 11 de Febrero; fecha en que cumplían un aniversario más de haberse conocido, y que ambos tenían como una fecha que cambió para siempre sus vidas y las llenó de amor. Aliria temía que en el tráfago de la mudanza todos esos escritos amorosos se hubieran extraviado. Ella se acordaba que en esos escritos él le decía cosas muy bellas y le hablaba tanto de su amor que a ella le ayudaban a conciliar y soportar algunas desmesuras en las que en ocasiones caía Fernando como consecuencia de una niñez de total abandono y soledad de que fue objeto y que llegaron a lastimar su alma.

La terrible soledad de Aliria se agravó más con las nostalgias; el insuperable dolor de haber perdido a su amado se volvió más profundo con la melancolía y fueron causa de una tremenda depresión espiritual y de un acelerado envejecimiento que quebrantaron seriamente su salud física; era evidente que su cuerpo envejecido y débil no soportaría mucho tiempo. Ya no se le escuchaba sollozar como antes, la fuente de sus lágrimas se había secado; sólo sus profundos suspiros hendían el rumor de las noches y el silencio fatal. Un día se supo que había sido internada en un hospital de la gran ciudad y que los médicos que la atendían estimaban que eran muy pocas las esperanzas de vida. Se esperaban lo peor, sobre todo,

porque ella no demostraba deseos de vivir.

Cuando se conoció la noticia de su muerte hubo una gran consternación en todo el pueblo, muchas mujeres lloraban al saber la noticia, y la iglesia de Loreto se llenó de feligreses que acudieron a rezar por ella sin haber sido convocados por el cura, espontáneamente acudieron hombres, mujeres y niños a rendirle el tributo cariñoso de su dolor y de sus oraciones. Su cuerpo, según sus propias instrucciones, también fue incinerado. La misa por el descanso eterno de su alma fue tumultuaria, y también se supo que sus cenizas fueron dispersadas en el hermoso jardín de aquella quinta donde había pasado los días más bellos de su existencia.

La hermana que se encargó de cumplir sus últimas disposiciones, recibió en herencia aquella propiedad; el «Kaiser» fue adoptado por uno de los vecinos más inmediatos, pero el perro se resistía a dejar de vivir en «LAS HADAS». Fue necesario atarlo a una estaca para que permaneciera en su nuevo hogar, pero, frecuentemente, en las noches, se escuchaban sus lastimeros aullidos que estremecían el alma de quienes lo escuchaban. Poco tiempo después la hermana heredera puso en venta la quinta: el piano y los demás muebles fueron sacados de la casa por una empresa de mudanzas sin que se supiera a dónde fueron trasladados. Mucho tiempo pasó sin que «LAS HADAS» fueran habitadas o vendidas; el precio que pretendía la hermana de Aliria parecía ser demasiado elevado. Después de algunos meses el «Kaiser» se avino a su nuevo hogar, pero muy frecuentemente se metía, por entre las rejas del portón de «LAS HADAS», daba varias vueltas alrededor del jardín, se echaba debajo de la palma y allí permanecía muchas horas, y quien hubiera te-

nido interés o la curiosidad de mirarlo a los ojos, habría advertido en ellos una gran tristeza y creo que hasta lágrimas. En ocasiones se le veía rastrear insistentemente el césped del jardín y aunque parezca absurdo, algunas personas que lo vieron caminar con la nariz pegada a la hierba llegaron a creer que en virtud del olfato tan desarrollado que poseen los perros, acaso rastreaba las cenizas de sus amos.

Como nadie se interesó en comprar la finca, dado el alto precio que pretendía la hermana de Aliria, ésta la propuso en arrendamiento y muy pronto la rentó a una familia compuesta de cinco miembros: esposo, esposa y tres niños pequeños que durante el día gozaban correteando por aquel hermoso césped; pero muy pronto abandonaron la finca porque afirmaban que en las noches de luna habían visto en varias ocasiones las imágenes fantasmagóricas de un hombre y una mujer paseando a través del jardín tomados de la mano, y que al llegar al portón se desvanecían.

Además, un día, al anochecer, uno de los niños entró corriendo a la casa y le preguntó a su madre: ¿mamá quién es ese señor y esa señora que están sentados en la banca de la placita alta? y cuando la madre salió a verificar lo que el niño decía, habían desaparecido. Todo aquello empezó a llenar de temor a los niños y también a los padres quienes comprobaron que efectivamente con mucha frecuencia aparecían aquellas imágenes en la misma actitud o caminando por el jardín tomados de la mano, o sentados en alguna de las bancas.

Muy pronto abandonaron la finca. Aquellas versiones sobre la aparición fantasmal de un hombre y una mujer dieron motivo para que la gente del pueblo elaborara una

leyenda de aparecidos que hasta entonces sólo habían sido conjeturas e imaginación, pero ahora se trataba de un hecho real. Esa leyenda de los enamorados que después de su muerte regresaban en espíritu al lugar que había sido su nido de amor, imposibilitó la venta o arrendamiento de «LAS HADAS», de tal suerte que permaneció deshabitada por largo tiempo hasta que la hermana de Aliria resolvió, una vez que quedó viuda, ir a vivir en ella, sin preocuparle que fuera cierta la leyenda de las apariciones, pues consideraba que si se diera el caso, sería una bella oportunidad de volver a ver a su hermana, aunque fuera en forma espectral ¿cómo iba a tenerle miedo a la aparición de su hermana, si en vida había sido toda dulzura, generosidad y ternura?

El Kaiser al percibir que la finca había sido habitada permanentemente, regresó a «LAS HADAS» y muy pronto se ganó el cariño de la nueva propietaria quien rápidamente se acostumbró a su cariñosa presencia y a sus frecuentes aullidos que presagiaban la presencia espectral de sus antiguos amos.

Un día, la hermana de Aliria descubrió una oquedad entre el cielo raso de la recámara y el techo de la misma. Ese hueco, de regular tamaño semejaba una pequeña buhardilla en la que Aliria o Fernando habían guardado objetos de distinta índole, tal vez con la intención de despistar a los ladrones, en el caso de que entraran a robar, ya que la entrada de dicho hueco había sido cubierta con una enorme pintura que no tenía ninguna relación con alguno de los demás elementos decorativos. Entre los diversos objetos hallados ella encontró una cajita de hermosa apariencia exterior, que revelaba guardar en su interior objetos especiales que seguramente con gran inte-

rés y singular amor guardaba Aliria como un tesoro espiritual.

Al abrirla encontró cuidadosamente doblados y atados con una cinta de seda de color violeta unos papeles que seguramente su hermana había guardado con mucho celo y especial cuidado. Dentro de la misma, había varias flores de jazmín, ya secas y amarillentas. La hermana de Aliria llena de curiosidad por aquel hallazgo llevó la cajita hasta su cama, sacó el atado de papeles y cuidadosamente comenzó a leerlos uno por uno; desde las primeras lecturas se dio cuenta que aquellos escritos contenían expresiones de amor de Fernando para su hermana Aliria, y llena de ternura leyó y releyó cada una de ellas; conmovida y llorosa volvió a guardar los papeles en la cajita, pero la dejó cerca de su cama para volverlas a leer. ¡Cuántas cosas bellas le decía Fernando! ¡Cuántas frases de amor irrealizado! ¡Cuántas quejas de un amor doliente, pero paradójicamente colmado de besos, ternuras e ilusiones! Y se preguntaba: ¿eran expresiones de felicidad o de un dolor constante? el desiderátum: un gran amor desencontrado que sólo la muerte logró sublimar.

Entre las muchas frases amorosas y bellas que contenían aquellos escritos, la hermana de Aliria subrayó aquellas que más le conmovieron porque eran las más expresivas del gran amor de Fernando hacia su hermana; algunas de ellas alcanzaban la sublimación estética de la poesía; otras, eran frases simples surgidas del corazón, pero todas ellas adosadas de un lirismo esplendoroso estaban impregnadas de las más puras y bellas solicitudes amorosas. Las frases por ella subrayadas, decían lo siguiente:



ILANILWOMITA 2011

## FRACES DE AMOR PARA ALIRIA

«Siempre he creído que nuestro encuentro casual aquel once de Febrero, obedeció a los designios de un destino misterioso pre-establecido, donde el ángel de tu guarda y el mío, en vez de advertirnos el peligro, se embelesaron entre sí y nos abandonaron a nuestra suerte.»

«Los pájaros están enamorados de los árboles porque comparten el bosque; las mariposas están enamoradas de las flores porque comparten su policromía; el mar está enamorado del cielo porque comparte el viento; tú y yo, cada vez, estamos más enamorados porque compartimos ausencias y soledades; pero, además, compartimos las mismas rosas, las mismas mariposas, el mismo viento, la misma música, las mismas luciérnagas, las mismas cigarras, y hasta la misma ardilla.»

«Tú eres fuego y yo soy agua. Un gran sabio dijo: No hay nada más poderoso que la combustión de lo húmedo; cuando se juntan el agua y el fuego y logran combustión, el resultado es insólito, como insólito ha sido nuestro amor.»

«Tú me dominas cuando hablas; pero más me dominas cuando callas.»

«Cuando tú caminabas entre las rosas de tu jardín, yo te veía convertida en hada alada y resplandeciente, con matices de color pastel; en tu cabellera brillaban reflejos de luz que parecían luciérnagas prisioneras en tu dorada cabellera.»

«Contemplar contigo los árboles del bosque, y al mismo tiempo escuchar los trinos de los pájaros, así como tu música preferida, es vivir contigo un poema de campes-tre lirismo.»

«Tú y yo hemos vivido tan separados uno del otro, como el sol y la luna, que jamás pueden unirse aunque vivan en el mismo cielo. Nosotros, al final de la vida, crepuscularmente lo hemos logrado.»

«Nuestro amor ha sido el más grande desperdicio de una gran pareja enamorada, merecedores de un mejor destino, pero que tuvieron que realizar su amor furtivamente, no obstante que los impulsaba un sentimiento limpio y puro, como lo tuvieron que hacer los primeros patriarcas de la cristiandad, a escondidas, en las catacumbas de Roma.»

«Todavía no llego a comprender perfectamente qué es lo que nos une más, si nuestras analogías ó nuestras diferencias; es que el amor tiene su propia dialéctica, por eso creo que nuestras diferencias son cosas del amor con sus extrañas y divinas magias.»

«Tú eres una ferviente devota de la frugalidad; una auténtica sacerdotisa de la sobriedad y la temperancia; en cambio yo, un fervoroso sibarítico del desenfreno y de la intemperancia.»

«Tus cabellos son como una cascada de oro viejo o de miel quemada; tus ojos siempre misteriosamente iluminados; tu pecho de paloma en calma, y tus caderas y tu cintura de guitarra moza.»

«El terrible desencuentro de nuestras almas en esta vida, habrán de converger allá en la eternidad.»

«Aquella tarde de octubre llegaste presurosa como siempre, dando envidia a las flores del jardín, hasta las arrogantes rosas inclinaron sus corolas al ver superada su belleza; el aire se hizo más suave, los pájaros empezaron a revolotear entre los árboles y estrenaron nuevos trinos para ti; la traviesa ardilla del jardín ensayó esa tarde más

atrevidos saltos en lo alto de la palma que también estaba celosa de tu tallo juncal; y hasta los duraznos se alborotaron adelantando sus flores, haciendo una florida primavera de aquel otoño.»

«Cuando iba contigo al bosque te veía embelesarte con los cantos de los pájaros azules y con el ruido majestuoso del viento; y yo, al verte tan embelesada, pensaba seriamente que una mujer que no se embelesara con aquello, nunca sería mi embeleso.»

«Cuando te conocí aquel once de febrero tardé menos en enamorarme de ti que en advertirlo.»

«Siempre admiré la dignidad con la que llevabas el secreto de tu amor secreto; jamás me pediste nada, siempre me diste tú.»

«A tu lado todo se poetizaba; todo se idealizaba y se volvía romántico.»

«Siempre he pensado que tú tienes el fulgor de una estrella, pero más intenso; el olor de una flor, pero más delicado; la calma de un lago; pero más tranquila.»

«Quien muere de amor nunca morirá del todo, algo de ti, o de mí, o de ambos, seguirá viviendo en la sombra de nuestro jardín romántico toda la eternidad.»

«Yo no soy ni tu amante, ni tu amigo, soy un adicto tuyo, y tú eres la exorcista de mis demonios.»

«Cómo armoniza tu sonrisa con el carmesí de las rosas cuando plena de beatífica alegría traes entre tus manos un ramo de frescas flores acabadas de cortar para ofrecerlas a la imagen de La Divina Providencia.»

«Cuando estoy contigo se sublima mi más bella dimensión espiritual, pero a la vez, paradójicamente, se despiertan mis más primitivos instintos de pasión.»

Mis vivencias y la realidad  
Me han hecho comprender  
Que la fuerza invencible  
Que ha sostenido e impulsado el mundo  
No han sido precisamente los amores felices,  
Serenos, convencionales y lineales.

La historia de la humanidad nos enseña  
Que los grandes amores han sido  
Los amores que han enfrentado grandes valladares,  
Los amores difíciles, contrariados,  
Obstinados e impenitentes,  
Con inmensas cimas  
Y profundas simas,  
Pero siempre apasionados  
Y siempre paradójicos.

Pero, en fin, mi amada reina,  
Con espíritu y materia,  
Con sensatez o locura,  
En la gloria o en el más profundo averno,  
Con felicidad o con dolor,  
Te habré de seguir amando  
Con respeto y con lealtad,  
Lo que me resta de vida  
Y lo que me queda de aliento,  
En esta o en la otra vida.

## ESTA ES LA PARADOJA DE NUESTRO AMOR

«A tu lado descubrí en mi personalidad extrañas violencias que nunca había manifestado con ninguna otra mujer, por eso digo que tú eres la exorcista de mis demonios.»

«Cuando tú derramabas lágrimas, tus rosadas mejillas parecían rosas lloviznadas.»

«Si yo muero antes que tú y aún tengo pensamiento pensaré en ti como la eterna compañera de mi vida; Penélope virtuosa de fidelidades, que tejía y destejía, de noche como de día soledades y añoranzas; que siempre me esperó y que seguramente aún me espera; si puedo, le diré desde la otra vida, ahora, mi amor, ahora te espero yo.»

«Cuando te ponías flores en el pelo me dabas la impresión de una bella diosa coronada.»

«Nada, ni nadie, ni tú misma, podrá separarnos nunca; la muerte podrá separarnos, pero nuestro diálogo amoroso ni así se interrumpirá.»

«Tú posees el misterio o el don, de transformarte en ave al caminar.»

«Tú nunca me evocaste encantos pasajeros; todo era infinitud.»

«A veces en tus hermosos ojos veía tormentas similares a las mías.»

«Cuando bailo contigo, el baile no es simplemente lo que parece; es mucho más.»

«No hay nada más sublime que la primera revelación del amor, el palpitar primero de sus alas de seda; yo lo percibí en ti aquella tarde de mayo.»

«Las dos mitades que somos hombre y mujer no se juntan fácilmente sin pasar un proceso doloroso de identidad.»

«Cuando yo muera quisiera que tus ojos de paloma herida me dieran la suprema despedida, por si no hubiera otra vida, o no pudiéramos encontrarnos allá aun cuando la hubiera.»

«Sin proponértelo tú provocas admiraciones y envidias.»

«Siempre me parecías melancólica y ausente, sometida a todas las tormentas del amor imposible, aureolada con el hechizo de lo inconseguido, del desencuentro amoroso, del amor no realizado; de tal suerte que al encontrarlo al final de la vida, no te logró quitar tu aureola de tristeza.»

«Para ti y para mí cada beso siempre ha tenido un sabor de intensidad, cada caricia íntima tiene éxtasis de frenesí, cada mirada es infinitud y cada despedida, desolación y ausencia; cada recuerdo es nostalgia y añoranza; cada proyecto es utopía; cada encuentro una riesgosa aventura, cada libertad un atrevimiento, cada pretensión es osadía, cada sensación es erotismo y la simple unión de nuestras manos, es eternidad.»

## POESÍA PARA ALIRIA

Hace muchos años que te amo, vida mía,  
De pendular entre ausencias y presencias,  
Sin dejar de pensar en ti, ni un solo día.  
Tú has sido la medida de mi tiempo,  
Estar o no estar contigo es la dolencia  
Que establece en mí existir la diferencia.

Tantos años de andar por el camino  
Tomados de la mano, siempre unidos,  
Persistiendo en nuestro gran amor  
Que mereció tener mejor destino.

Gracias, por tantos años de alegría  
Y por la dicha de ser tu amor primero;  
La vida nunca hubiera sido igual  
Sin el encanto de haberte conocido  
Aquel dichoso y venturoso día  
¡Once de Febrero!

Desde ese día empecé a quererte,  
Aunque ya te amaba, mucho antes,  
Desde antes de nacer, desde otras vidas  
¿Cómo explicar de otra manera  
Nuestro predestinado encuentro  
Aquel Once de Febrero  
Y todo lo que después  
Nos ha pasado?  
Que ha sido más drama que alegría  
¡Es cierto!

Que ha sido más dolor que risas  
¡Así es!  
Mas, con humildad de verdugo  
Arrepentido, y más que arrepentido,  
Avergonzado, que busca rendidamente  
Redención: te pido:

Que no cuentes el jardín de nuestro amor  
Por el número de hojas caídas,  
Sino por las flores, aunque sean menos. . .  
Que cuentes nuestras noches  
Por estrellas, no por sombras.  
Que cuentes nuestros besos y verás  
Que son más que nuestros enojos.  
Y después de eso, cuenta los minutos  
Las horas y los días que te he amado  
Y veras que son muchos.  
Y así como te amé antes de nacer  
Te seguiré amando  
Después de mi muerte;  
En otras vidas  
En el más allá,  
Tal vez, con un amor más completo  
Y seguramente, más perfecto.

Al terminar de leer y releer aquellos escritos, la hermana de Aliria quedó con el rostro bañado en lágrimas y sus fuertes sollozos provocaron ladridos singulares del Kaiser que echado bajo la palma, alerta percibía cualquier tipo de ruido.

Una noche de luna llena, presagiado por los aullidos muy singulares del «Kaiser» vio por primera vez las figuras espectrales de su hermana y de su eterno acompañante; los vio deslizarse lentamente a través del césped del jardín. El Kaiser los acompañaba a prudente distancia y ella se acercó lo más que pudo ante la visión de su hermana y le gritó: ¡Mira Aliria! encontré en un desván del techo de tu recámara la cajita donde guardaste los escritos amorosos de Fernando; los he leído y después de hacerlo he llegado a comprender muchas de tus actitudes que antes no entendía. Ahora sé, que dadas las complicadas circunstancias en las que se estaban amando Fernando y tú, por respeto a nuestra familia, decidiste separarte de nosotros, y vivir tu amor con él en un completo aislamiento. Ustedes querían vivir su amor a solas y lo lograron, y no me parece extraño ni me atemoriza comprender que después de la muerte su intenso amor los haga volver al lugar donde fueron tan felices; ojalá sigan apareciendo para siempre en este jardín que es de ustedes, y que yo me comprometo a conservar en toda su belleza como un recuerdo cariñoso para mi querida hermana, que tanto he admirado siempre.

Sería el intenso fulgor de la luna llena, o el reflejo de algunas luciérnagas que retozaban en la noche, pero después de aquellas bellas palabras expresadas con gran énfasis por la hermana de Aliria, las dos espectrales figuras desaparecieron en medio de un relámpago de luz que llenó todo el espacio, como si Aliria y Fernando, hubieran expresado con grandes destellos luminosos una profunda alegría, AL SABER QUE SU AMOR HABIA SIDO COMPRENDIDO.

La «Jacha», tan dado al chisme y a ironizar todos los sucesos del pueblo, en este caso, insólitamente, fue muy respetuoso y en sus cotidianas reuniones nocturnas en el kiosco de la plaza, cantaba, con su singular estilo la siguiente cancioncita:

De los dos enamorados  
Que vivieron en las hadas  
Y que todo el pueblo invoca,  
Ellos se siguen queriendo  
Aún después de la muerte  
Pues allí se siguen viendo,  
Nada tengo que decir,  
Mejor me calló la boca  
Como respeto a su amor.

-¡Caray, tío Astucio! Qué espléndido suceso me has relatado, me hubiera gustado conocer personalmente a esa pareja. Por su actitud deduzco que ellos venían huyendo de algo; tal vez enfrentaban un gran obstáculo para realizar su amor y vinieron a este pueblo en busca de aislamiento y de tranquilidad; después de lo que me has dicho creo que eran gente buena, que merecía respeto y hasta conmiseración, pues me parece muy triste que la gente buena tenga que esconderse para amarse. No cabe duda que es cierto lo que leí hace poco acerca de que en este mundo tan atroz, la víctima más grande es el amor verdadero. Con certeza te digo, tío Astucio, que este relato es el más interesante y conmovedor de los que me has contado. Lo que me parece un tanto inverosímil es el hecho de las apariciones, porque en eso soy muy escéptico; no creo que alguien pueda regresar de la otra vida, ni siquiera en forma espectral.

-No sé lo que quiera decir escéptico -dijo el tío Astucio- a mí me parece que más bien eres un descreído, que sólo cree en lo que puede ver y tocar, lo que te convierte, además, en un ignorante, que no sabe que en esta vida y en este mundo existen grandes misterios difíciles de comprender, y algunos de ellos, impenetrables. Hay fenómenos intangibles, hay sentimientos inefables; hay manifestaciones de incomprendible apariencia que desafían cualquier explicación científica y en general, todo conocimiento humano. En fin, hay cosas que no son como las miras y otras que son algo más que lo que miras, por ejemplo: si a una persona no le explicas que el eco es la repercusión de un ruido o un sonido que no se produce allí sino en otra parte, nunca lo entendería; los espejismos que frecuentemente sufren los caminantes del desierto y que ante sus ojos claramente se observa un espléndido oasis para calmar su sed y su cansancio, sólo se trata del reflejo solar en las capas del aire caliente, o en algunos casos, sobre la arena sílica; sin el más mínimo conocimiento de la astronomía nadie podría creer que la luz de la luna no es más que el reflejo de la luz solar, y menos creerán que nuestro planeta esta en continuo movimiento, ni entenderán por qué el agua de los mares permanece normalmente en sus cauces sin la existencia de barrancos que impidan que se derrame; esos son los ejemplos más simples que puedo señalarte, pero en el mundo espiritual hay misterios más profundos, verdaderamente insondables. Tú con tu descreimiento puedes seguir negando lo que niegas, pero no te olvides que hay un principio físico irrefutable que afirma que la materia nunca muere, sino que se transforma, y por otro lado, yo pienso que el alma, que es el resorte espiritual de

la existencia de todo ser humano, es inmortal por ser incorpórea e intangible. Yo no soy capaz de explicarte la razón de quienes aseguran haber visto las figuras espectrales de Fernando y Aliria, pero han sido tantas las personas que lo afirman y tanta la congruencia de sus relatos que yo no dudo que sea cierto, y que exista alguna fuerza espiritual «del mas allá» que haga posible que algunos seres vuelvan a los lugares que tanto amaron. ¡Vaya! Tú eres libre de creer lo que creas; igualmente yo, pero cada vez que pienso en esa bella pareja, deseo que sea cierto lo que algunos aseguran haber visto y le pido a Dios que en su infinita grandeza no permita que mueran los grandes sentimientos humanos capaces de embellecer y dignificar este atroz mundo.

## A LO LEJOS

Ya te había dicho, querido sobrino, que cuando era niño me gustaba mucho subirme a los árboles, de tal suerte que en los días de vacaciones escolares, vivía más tiempo en las ramas más altas, que en la tierra; también te dije que con ese motivo los pájaros llegaron a creer que también yo era uno de ellos, pero de distinta especie. Lo cierto de todo esto es que al estar entre las ramas de los árboles más altos yo me sentía más cerca del cielo y más ligado a la naturaleza; pero, además, descubrí en mí un sentimiento que me ha acompañado toda la vida, ese sentimiento es: El gozoso deleite de dirigir mi mirada hacía «LO LEJOS» es decir, siento un gran placer de apreciar las cosas lejanas. No quiero con esto decir que tenga desdén por las cosas cercanas, pero en mi alma las lejanías me des-

piertan especiales sensaciones que estimulan mis fantasías y mis ensueños.

No sé como explicártelo, querido sobrino, pero las cosas cercanas que miro en torno mío no me causan ningún motivo de inspiración; en cambio, cuando lanzó mi mirada hacía LO LEJOS siento que divago, imagino y hasta alucino conjeturas, fantasías y quimeras que pueblan mi mente de imágenes maravillosas y de extrañas ensoñaciones. ¡Vaya! para que mejor me entiendas, me encantaba mirar a LO LEJOS; eso lo hacía desde arriba de los árboles, desde lo alto del campanario de la iglesia o desde la cima de la loma que bordea por el norte nuestro pueblo. Igualmente, en un camino recto y prolongado, me gusta mirar a lo largo, es decir, A LO LEJOS. Pues bien, después de esta breve explicación, en mi opinión, muy necesaria para que comprendas cabalmente el sentido del próximo relato que voy a contarte, que por cierto será el último de esta ocasión, te diré que éste está referido a un episodio de mi propia vida, que comienza en aquellos días en que el señor alcalde de este pueblo me otorgó el cargo de «Comisionado del Correo Municipal» que significaba la responsabilidad de acudir, cuando menos, dos veces a la semana a la estación del ferrocarril a recoger la valija de la correspondencia dirigida a los habitantes de nuestro municipio, no sólo a los de la cabecera, sino también a los de las comunidades y congregaciones que lo integran. Al principio, me trasladaba a la estación montando el viejo caballo que estuvo a mi lado desde que nació en el pesebre de la casa de mi padre, hijo de una yegua llamada «Peregrina» que murió al parirlo, según decía mi padre porque la yegua ya estaba muy vieja cuando lo tuvo. Yo entonces era un niño y con mucho

gusto acepté el cargo de alimentar al potrillo a base de mamilas, con leche de una de nuestras vacas que había parido un becerrito; el trabajo de alimentarlo me agradaba mucho y yo le endulzaba la leche con miel de abeja; así se crió aquel caballito, cuya principal característica era su color «tordillo», único caballo de ese color en todo el pueblo. Aquel animal correspondió a mi cariño y a mis cuidados, con lealtad y obediencia, sirviéndome de amistoso transporte durante toda su existencia. Pues bien, regresando al tema, yo acudía dos veces por semana a la estación del ferrocarril, distante a cinco kilómetros del pueblo y para llegar a ella había que cruzar el río, casi siempre con muy poca agua; luego había que atravesar una larga planicie con poca vegetación, pero para placidez de los caminantes que transitaban por ese sendero, en todo el trayecto, a regulares distancias uno del otro, habían crecido tres gigantescos y frondosos ébanos que ofrendaban a los caminantes que pasaban por allí sus dilatadas sombras. Algunos de estos -me refiero a los caminantes- con toda seguridad, habían colocado grandes piedras al pie de sus troncos para sentarse a descansar; lo mismo hacíamos los que pasábamos a caballo para darle descanso a nuestras cabalgaduras. No hay nada más deleitoso, querido sobrino, que sentarse en una piedra bajo la sombra de un frondoso árbol; lo primero que haces es contemplar el paisaje; luego volteas a ver el camino que has andado, después miras, A LO LEJOS lo que te falta por andar y todo ello te envuelve en una sensación de armonía interna y de placidez que te llevan a sentirte parte de la sinfonía del campo y tomar conciencia de la belleza de la vida.

Durante algún tiempo fui y vine a la estación montado en mi viejo caballo tordillo, pero pronto me di cuenta que aquel pobre animal estaba perdiendo la vista, pues se tropezaba constantemente con las piedras del camino, sobre todo al pasar el río; sus pezuñas estaban agrietadas, no obstante que sus herraduras le habían sido colocadas recientemente; entonces tomé una decisión, no solo impulsado por mi cariño y conmiseración hacia mi viejo caballo, sino también porque entre mis grandes placeres campiranos yo disfrutaba mucho el de andar a pié por aquellos caminos; con ese motivo resolví hacer mis viajes a la estación caminando, pues aparte de ese gozo muy personal, algunos amigos me aseguraban que eso era una actividad muy saludable.

Hasta aquí, estimado sobrino pensarás que mi relato carece de importancia, pero precisamente con motivo de esas largas caminatas que hacía dos veces por semana hasta la estación del ferrocarril me acontecieron algunos sucesos que tuvieron en mi vida gran significación; espero que también a ti te resulten de interés.

En uno de esos días en que me dirigía a la estación del ferrocarril, cuando estaba descansando bajo la sombra de uno de los ébanos, vi que venía por el camino un joven que vino a sentarse a mi lado en una de las piedras que allí estaban y solamente me dijo: ¡hola! y no me dijo nada más, pues permaneció en silencio durante mucho rato. Yo lo miraba de reojo y pude advertir que aquel muchacho experimentaba en esos momentos una gran pesadumbre que se reflejaba en su rostro y en sus expresiones corporales; yo no quise profanar su silencio y permanecimos mucho tiempo sin proferir palabras, pero cuando escuché que mi joven acompañante exhaló un

profundo suspiro seguido de un breve sollozo, consideré prudente preguntarle, con cierta cautela, pero con tono paternal:

-¿Qué te pasa joven amigo? -mi pregunta no tuvo respuesta inmediata, pero después de un rato algo prolongado me contestó:-

-Estoy muy triste, señor, porque acabo de perder a mi padre. Pero mi tristeza es mayor porque hasta ahora tomo clara conciencia de que he desperdiciado mi vida en aras de valores estúpidos y de falsas apreciaciones de la vida y de la realidad humana, me dejé llevar por vanas ilusiones de libertad personal y de un egoísmo individualista que me hizo perder la noción del verdadero valor de las cosas simples y de los sentimientos cercanos y auténticos, causando con esto mucho dolor a mi familia y a mucha gente de mi pequeño mundo que entonces me quería.

Desde muy joven, tal vez influenciado por malas compañías, comencé a rechazar todo principio de autoridad que alguien tratara de ejercer sobre mí, viniera de mi padre, de mis maestros, del sacerdote del pueblo, o de las autoridades públicas; Me obsesionó la idea de que mi vida era sólo mía, y que nadie tenía derecho a coartar mi libertad personal, ni a interponerse en mis proyectos personales, ni a interferir en mis aspiraciones de vivir y de conducir mi existencia por los rumbos que solamente a mí me importaran. Acepté, sin embargo, todo tipo de autoridad durante mi infancia y mi adolescencia; fui muy obediente con mis padres, particularmente con mi madre, que por desgracia me faltó desde muy niño. Respeté disciplinadamente los ordenamientos de mis maestros; reverencié mansamente la jerarquía religiosa del sacerdote de mi pueblo que apadrinó mi primera comunión y

mis lecciones elementales de doctrina cristiana, y siempre me sujeté, sumisamente, a la autoridad que mi padre ejercía sobre mí, no obstante que muchos de sus mandatos me parecían no sólo incomprensibles, sino injustos, y algunas veces un tanto sádicos, que con el tiempo he llegado a comprender que no eran más que el reflejo de la forma en la que él mismo había sido tratado por su padre, y seguramente, aquél por el suyo, en un encadenamiento de conductas que tenían la apariencia de normalidad. Ahora lo comprendo así, pero en mi adolescencia lo consideraba como una actitud dictatorial y soberanamente injusta. Mi espíritu rebelde y la recia actitud paternal provocaron fuertes discusiones y enfrentamientos que cada vez más se volvían insostenibles, todo ello agravado por la falta de una madre que sirviera de moderadora y que suavizara las intemperancias de ambos.

Un día, al cumplir mis 18 años, resolví abandonar la casa paterna y lanzarme al mundo volando con mis propias alas, sin sujeción alguna, ni ataduras de ninguna especie; desde entonces he andado solo por el camino de la vida, dando saltos y tumbos que son propios del rigor de la existencia; no encontré -lo confieso- en mi libertad personal absoluta, la felicidad que soñaba. Vivir libremente mi individualidad sin restricciones externas no me condujo a ningún paraíso existencial, ni siquiera a la placidez de una armonía interna, y menos a una necesaria paz conmigo mismo y con mi propia conciencia. He vivido, ciertamente, mi propio destino sin darle cuenta a nadie de mis actos confrontándolos solamente con el tribunal de mis propios principios que bullen en mi conciencia; pero no he sido feliz, por el contrario, después

de andar y desandar caminos que al principio me parecieron luminosos, la penumbra de una vida insatisfecha, de ideales que resultaron falsos, de objetivos inconseguidos, de amores fracasados y de amistades aparentes y desleales; se ha ensombrecido mi alma y he caído en un abismo de tristeza. Para agravar la inutilidad de mi existencia y enconar más fuertemente los dolores de mi alma, acabo de cometer el más terrible acto de ruindad y de vileza, que me hunde más en la desesperanza, en la pérdida total de los últimos residuos de dignidad y auto-estima y que obscurece definitivamente el rumbo de mi vida futura, y me induce a pensar por primera vez, en la falta total de razones o de objetivos para seguir viviendo. -Y siguió diciendo- Por el aspecto de su cara, señor, presiento que con mis confidencias le he transmitido una dosis de mis tristezas; lo cual no me parece justo; pues cuando me detuve bajo este árbol y lo vi sentado en esa piedra, advertí en su rostro una gran placidez espiritual, y ahora después de mi relato lo veo un poco ensombrecido; le pido perdón. -Me dijo, y volvió a su silenciosa actitud original.-

-Yo volví a interrumpir su silencio diciendo:-

En efecto, el relato de tu vida me ha entristecido, pero debo confesarte que desde muy joven un viejo maestro, que fue amigo de mi padre hasta su muerte, me enseñó que hasta las más grandes culpas pueden tener una luz de redención; que hasta las vidas más penumbrosas pueden tener un rayo de esperanza y que todos los seres humanos podríamos encontrar el más grande ejemplo de perdón en aquel hombre que expirante en una cruz supo perdonar a sus verdugos, convirtiéndose en el incomparable perdonador de ofensas, legándonos, con su

ejemplo, una moral y una doctrina de amor y de perdón. Te digo esto no tanto con la intención de dogmatizar tu vida, ni de imponerte ningún principio religioso de los que tú con seguridad abjuras; pero en tu comentario percibo principios de arrepentimiento, y con verdad te digo que independientemente de los dogmas morales y religiosos, yo conscientemente, honestamente creo en el gran poder de redención humana que tiene el arrepentimiento. Ahora bien, me has dicho que acabas de realizar un acto indigno y ruin que aumentó tu sentimiento de culpa; te pido que me lo cuentes, pues tal vez con ello desahogues un poco la opresión de tu alma.

-Con sólo relatarlo me avergüenzo de mí mismo, pero tiene usted razón, quizás al contarle me libere un poco de los reclamos de mi conciencia; he aquí lo que sucedió:

Durante casi 20 años de haber abandonado la casa de mi padre, jamás volví, ni escribí, ni me comuniqué con él en absoluto, de tal suerte que durante ese tiempo mi padre no tuvo noticias mías, lo que le causó una angustia sostenida y permanente que afectó severamente su corazón; a todas las personas les preguntaba si me habían visto y como nunca nadie pudo darle noticias mías, terminó por creer resignadamente que me había perdido para siempre. Mientras yo, sin apoyo espiritual y físico, sin una rama vigorosa de dónde encontrar sostén, fui arrastrado por la impetuosa corriente de la vida y me desbarranqué estúpidamente en los muchos abismos que el vivir tiene reservados para quienes han roto los delicados hilos de los apegos que la vida misma concede a todo ser humano como sostenes espirituales de la existencia. Sólo, derrotado, sin esperanzas, melancólico y añorante,

llo de pústulas en el alma y prematuramente envejecido, una noche soñé que en su lecho de muerte mi padre me llamaba; desperté con grandes inquietudes y al despuntar el alba comencé mi jornada de regreso lleno de tribulaciones pero impulsado por un gozo interior que me incitaba a regresar con toda rapidez al lado de mi padre.

No tengo que contarle las vicisitudes de mi camino de regreso, sólo quiero decirle que desde que avizoré aquella casa donde nací y donde pasé mi infancia nimbada por el dulce cariño de mi madre y la égida rigurosa, pero protectora, de mi padre, sentí una dicha superior a todo sentimiento y se apoderó de mí una angustiosa inquietud de llegar cuanto antes y ver a mi padre nuevamente.

Era una hermosa mañana de un clásico domingo de mi pueblo; la calma y la momentánea soledad en las calles revelaban que era un día de descanso. El repique de las campanas de la iglesia convocaba a la sagrada misa dominical. Cuando estuve frente a aquella amada casa que hacía 20 años había abandonado, sentí una fuerte opresión en el pecho y al transponer la verja del jardín, la primera visión que tuve ante mis ojos fue la imagen de mi padre sentado en el amplio portal del frente meciéndose en su vieja mecedora de mimbre y con sus gafas negras que protegían sus ojos de la luz solar; me acerqué despacio hacia él y ya muy cerca, con voz entrecortada le dije:

¡Soy yo, papá, tu hijo Anselmo! Al hacerlo me puse de rodillas para quedar a la altura de sus mejillas y besarlas con respeto y amor; antes de que saliera de su sorpresa volví a decirle:

Papá, vengo a pedirte perdón y a rogarte que me permitas volver a vivir a tu lado para toda la vida.

-¡Anselmo hijo mío, bendito sea Dios que te trajó a mi lado! y sin decir más nos abramos fuertemente y juntos sollozamos; yo sentí que sus lagrimas y las mías corrían por nuestras mejillas juntas, y sin necesidad de decir más palabras, el abrazo en el que nos unimos se iba estrechando más a cada momento, como una clara expresión de sublime felicidad; sus gafas oscuras habían rodado por el suelo, yo las recogí y las puse en su regazo; él me miro de cerca y me dijo: estas envejeciendo hijo mío, o acaso la vida te ha maltratado mucho.

-Sí, papá, he sufrido muchas tribulaciones; el pecado de haberte abandonado lo he pagado con grandes sufrimientos donde la soledad, el vacío, y las añoranzas han clavado sus punzantes dardos en mi corazón. No he encontrado sosiego para mi vida y mi penitencia ha sido del tamaño de mi pecado. Hace algunos días me despertó angustiado una terrible pesadilla; soñé que estabas muy enfermo y que tu vida se estaba apagando irremisiblemente; fue tal el sufrimiento que me invadió, que sentí la necesidad urgente de regresar a tu lado y aquí me tienes, padre mío, derrotado por la vida, y humillado interiormente por mi culpa, esperando de tu bondad el perdón y tu aceptación de que me permitas vivir a tu lado en esta amada casa en la que se respira por todas partes el hálito de mamá. Recuerdo que ella sembró esos árboles que ahora embellecen el jardín y que se deleitaba al sentarse frente a ti también en su mecedora de mimbre y mecerse, sin parar, como si aquel incesante vaivén fuera la expresión de una plácida y sublime felicidad; me acuerdo que se mecía con una alegría y un ritmo que parecía como si estuviera

bailando.

-Quiero decirte, hijo mío, que me dolió mucho tu abandono; tanto, que llegué a maldecirte, y creo que la angustia de tu separación me afectó de alguna manera el corazón, al grado, de que he tenido que recibir atención médica con motivo de algunos colapsos de carácter cardíaco, mi corazón cada vez está más débil. Pero qué bueno que volviste; la felicidad de tu regreso me hace olvidar todas mis angustias pasadas, y así como Dios procuró con gran afecto de su divina alma y cariñosamente acogió a la oveja descarriada, yo también amorosamente te perdono y te ruego que pases a mi lado los últimos días de mi vida. De inmediato hijo mío puedes tomar posesión del cuarto que siempre fue tuyo desde que eras un niño; está exactamente igual a como lo dejaste. Agustina, nuestra actual sirvienta, frecuentemente lo aseá, y siguiendo mis instrucciones lo conserva intacto.

-Me encanta la idea papá de volver a ocupar mi recámara de siempre, lo único que no me satisface del todo, es que está muy separada de la tuya, pues quedan ubicadas en ambos extremos de la finca, y dada tu delicada salud mejor me gustaría estar más cerca de ti.

-Me parece muy sensato lo que dices, porque a veces tengo miedo de amanecer muerto sin que nadie se entere; de momento instálate en tu cuarto de siempre y ya veremos cómo acondicionamos algún cuarto cercano a mi recámara. Por lo pronto, el día de hoy es tanta mi felicidad de tu regreso que no quiero que nos separemos, al menos esta noche, te pido que duermas en una cama que Agustina, la doméstica, colocó al lado de la mía para el caso de que algún día se requiera la presencia permanente de una enfermera nocturna. Quiero que duermas

a mi lado y que nos pasemos muchas horas de la noche platicando de todo lo que nos ha pasado en estos años de separación; quiero que me platiques todo lo que has hecho en este tiempo y yo te contaré también, algunos hechos de mi vida y algunas contingencias que han sucedido en este pueblo. Además, la insólita felicidad de tu regreso me ha acelerado los impulsos cardiacos y tengo miedo que tanta felicidad me reviente de gusto el corazón. Te ruego que de inmediato me hagas llegar la medicina que está arriba del buró de mi recámara porque siento muy acelerado mi ritmo cardiaco y precisamente ese medicamento sirve para controlar cualquier emoción fuerte, como la que hoy estoy viviendo.

Efectivamente, yo percibía un extraño temblor en las manos y en los labios de mi padre, así como una preocupante palidez en su rostro, lo que me causó mucha inquietud, por lo que, atendiendo sus deseos, esa noche me fui a acostar en la camita que se había instalado al lado de la cama de mi padre. Yo traté de que se durmiera lo más pronto posible pero él tenía muchas ganas de platicar y no pude persuadirlo para que lo dejáramos para el día siguiente; estaba muy emocionado de tenerme a su lado y empezó a tratar de recordarme mis travesuras, mis ocurrencias y mis gracejadas de cuando era niño. Me recordó actitudes mías que yo había olvidado, y con una admirable cronología me fue evocando las distintas etapas de mi crecimiento biológico y terminó diciendo: «Cuando te hiciste un joven hecho y derecho, todo mundo decía que tenías un increíble parecido a mí, al grado de que los viejos de ese tiempo creían que yo había encontrado una fórmula para volver a ser joven; yo siempre sentí mucho orgullo cuando la gente decía que tú y

yo éramos idénticos físicamente. Tu santa madre decía que yo había vuelto a nacer en ti; ahora que te veo ya no tan joven creo que nos parecemos más.

Después de expresar aquello que evidentemente le llenaba de orgullo, comenzó a recordar la feliz vida que vivió con mi madre; en ese momento percibí que el rostro de mi padre se palideció más. Yo le dije que dejara de hablar y tratara de dormir, pero no me hizo caso, siguió hablando de mi madre desde el día que la conoció un domingo en la iglesia; luego me contó los años que pasaron en el simple cortejo, luego las vicisitudes del noviazgo muy comunes en nuestro pueblo dadas las rígidas costumbres familiares y sociales; después me habló del casamiento, el día en que empezó su gran felicidad. Se puso serio cuando recordó el día de mi nacimiento y su seriedad se hizo más adusta cuando recordó el día en que mi madre murió; y lo sentí conmoverse en lo más profundo de su alma cuando me estaba contando que él personalmente había salido al campo a cortar todas las flores silvestres que encontró para hacer un ramillete de frescas florecitas humedecidas con sus lágrimas y colocarlo en el ataúd de la mujer amada. Al terminar de decir esto soltó un grito estremecedor y sus lastimeros sollozos se esparramaron por toda la casa.

Ya no llores papá -le dije yo- puede ser malo para tu salud, y efectivamente, al verlo que se ponía con desesperación ambas manos sobre su pecho haciendo una mueca de dolor, me abalancé sobre su cama para tratar de ayudarlo y entonces, en voz baja alcanzo a decirme:

¡Me muero hijo! Éste es el final de mi vida. Me voy con la alegría de morir en tus brazos, es urgente que hables mañana mismo con el notario municipal para que

vea la posibilidad legal de dejar sin efecto un documento que firmé conteniendo mis últimas disposiciones de todos mis bienes para después de mi muerte, a fin de que tú seas el legítimo y único heredero de mi fortuna. Yo había hecho disposición de mi patrimonio excluyéndote a ti, y para evitar que el gobierno se quedara con todo, mejor se los dejé a tu prima Anastasia hija de mi hermana María, y único familiar que me queda vivo después de ti; arregla como puedas este asunto porque yo siento que la vida se me acaba.

-Papá nada se puede arreglar si tú personalmente no revocas esa disposición que hiciste a favor de Anastasia, si tú me autorizas en este momento me voy a buscar al notario para que venga a tomar nota de tu última voluntad.

-No tiene caso hijo, el notario no trabaja los domingos; es más, siempre sale fuera del pueblo los fines de semana. Así es que no lo encontrarás hasta el día de mañana y yo pienso que esta noche será la última de mi vida.

-En efecto, después de esas palabras hizo un rictus de dolor, se apretó el pecho y exhaló un profundo y último suspiro.

Durante muchas horas lloré sobre su cadáver; me consolaba saber que le había causado la última felicidad de su vida, al verme regresar, pero, por otro lado, me inquietaba admitir que acaso esa gran emoción había precipitado su muerte; lo más importante de todo era que yo estaba conciente de que me había perdonado. De pronto me empezó a preocupar las últimas indicaciones que me había dado en relación con la herencia de sus bienes; yo estaba seguro que el notario municipal no podría revocar

sus disposiciones anteriores, sin haberlo escuchado personalmente en la voz de mi padre. Ante tal situación se me ocurrió un plan que consideré factible de llevar a cabo, toda vez que nadie en el pueblo se había persuadido de mi regreso, ni siquiera Agustina la sirvienta porque el domingo era su día de descanso. En tal virtud empecé a llevar a cabo el plan que había urdido en virtud de las circunstancias. Llevé el cadáver de mi padre, cuidadosamente, al cuarto de la casa que me había servido de recámara desde niño, que como antes dije, estaba ubicado en el extremo opuesto de la finca con respecto a la recámara de mi padre y una vez que dejé cerrado mi cuarto bajo llave, procedí a maquillarme un poco el rostro para parecer de mayor edad, habilidad que adquirí en una de las diversas etapas de mi vida en que trabajé como actor de tercera categoría en un pequeño teatro de la ciudad, actividad que deseché muy pronto por considerar que no cubría ninguna de las aspiraciones de mi vida.

Pues bien, una vez maquillado convenientemente y dado el gran parecido físico que tenía con mi padre, me acosté en su cama, me amarré un trapo en la cabeza y esperé que llegara la mañana siguiente en la que, con toda seguridad, acudiría Agustina, la sirvienta, a cumplir con su trabajo. Como a eso de las 8:00 a.m. oí que se abrió la puerta principal y fingiendo una voz cascada, grité ¡Agustina! ¡Agustina! ¡Ven por favor!; casi inmediatamente a aquella mujer a quien sólo conocía de nombre le dije: corre rápido a buscar al notario municipal y dile que venga lo más pronto posible porque me estoy muriendo y quiero dictarle mi testamento. Mejor llamo al doctor -dijo Agustina -.

-¡No! Busca primero al notario, haz lo que te digo rápidamente.

Agustina salió corriendo y al poco tiempo regresó jadeando y me dijo - ¡No se vaya a morir patroncito! -¿qué te dijo el notario?- me dijo que en unos momentitos estaría por aquí con el libro correspondiente.

Efectivamente, en muy poco tiempo el notario municipal se constituyó oficialmente en mi casa y después de los saludos de rigor se sentó a un lado de mi cama, abrió un libro grande y grueso y me preguntó:

-¿Qué es lo que quiere usted disponer? yo con todo gusto tomaré nota y daré fe notarial de todo lo que usted me diga.

-Señor notario, no obstante que estoy consciente de que la vida se me acaba, en pleno uso de mis facultades mentales y en el uso de mis derechos civiles quiero dictar la última disposición de todos mis bienes que integran mi patrimonio y que debe usted tomar nota de que es mi última voluntad, a fin de que la totalidad de mis bienes pasen a ser propiedad de mi hijo Anselmo Ordaz Dávila a quien instituyo como único y universal heredero de todos mis bienes, y en este mismo acto hago revocación expresa y total de cualquier otro testamento que haya hecho con anterioridad a esta fecha y que deberá de considerarse sin efecto legal alguno, pues la disposición testamentaria que ahora hago deberá ser la única con valor jurídico. Nombro como albacea a mi compadre Francisco Martínez Elizondo para que administre los bienes de mi herencia y los entregue, con todos sus gananciales, a mi hijo Anselmo cuando éste regrese.

El notario tomó debida nota de mi declaración y designó como testigos a Agustina y a dos personas más que

lo acompañaban. Mi gran parecido a mi padre, la penumbra de la recámara, propia del lugar donde se encuentra un hombre enfermo, el atado que había hecho en mi cabeza, permitieron que nadie descubriera la suplantación que yo estaba haciendo de mi padre. Ya para retirarse el notario y los testigos, fingiendo mucho dramatismo, con voz entrecortada les di mi última despedida agradeciéndoles la atención de haber asistido a escuchar mi última voluntad. Todos ellos, inclusive Agustina, se llevaron la idea de que mi muerte era inminente; sin embargo, tuve que darme prisa para concluir exitosamente el plan que había fraguado porque Agustina, de propia intención abrió la puerta de la recámara y me dijo -¡ahorita vengo señor, voy a llamar al doctor!- y salió velozmente de la casa.

Inmediatamente fui a mi cuarto cargué el cadáver de mi padre, atravesé el patio, llegué a su recámara, lo acosté en su cama, le amarré el mismo trapo en la cabeza, le cubrí medio cuerpo con una sábana, salí rápidamente hacia el patio, brinqué la barda trasera de la finca y me escondí apresuradamente en un bosque cercano; llegué al río y caminé por todo su cauce durante todo el día, tratando de alejarme lo más posible de mi pueblo, pero la verdad es que quería huir de mi propia conciencia. En las noches dormí a campo raso; viendo las estrellas pensaba en mi padre, en sus momentos de agonía, y en la oprobiosa suplantación que había hecho yo de su persona; sin embargo, tranquilizaba mi alma el hecho de que mi proceder no era tan ominoso porque, al fin y al cabo, lo había hecho para cumplir la voluntad de mi padre que en sus últimos momentos resolvió dejarme a mí todo su patrimonio. Me hice el propósito de esperar varios días

para volver a mi pueblo, fingiendo ignorancia respecto de la muerte de mi padre; me dolía no haber estado en sus funerales, pero al menos lo había asistido en sus últimos suspiros.

Una semana después de la muerte de mi padre regresé al pueblo; la primera persona que me vio llegar fue Doña Paulita que había sido una gran amiga de mi madre, quien al verme llegar me apostrofó duramente: ¡eres un mal hijo! ¡maldito seas! Tu padre murió hace unos días y seguramente se llevó consigo el terrible dolor de que nunca más volviste; y yo fingiéndolo todo pregunté con una exclamación de dolor -¿cómo que murió mi padre?-. Sí; la sirvienta lo encontró muerto en su cama, solo, sin que nadie lo asistiera en sus últimos momentos y ese mismo día fueron sus funerales, por cierto muy breves, porque el doctor ordenó que fuera enterrado muy pronto, porque no podía determinar la hora de su muerte. En sus funerales estuvo casi todo el pueblo, porque tu padre era muy respetado y querido por todos nosotros; la única que recibió las condolencias a nombre de la familia fue tu prima Anastasia y ella se encargó también de los rosarios póstumos. La gente del pueblo maldecía tu ausencia y puedes estar seguro que quien te mire ahora que has regresado, te hará sentir su desprecio y su repulsa.

Agobiado por aquel mal encuentro y por tan agrios comentarios procuré evadir la mirada de la gente de mi pueblo, pero no pude evitar escuchar toda clase de injurias que me decían al pasar. Me dirigí sin ninguna escala a la oficina del notario público, quien también me recibió con una expresión desdeñosa, pero obligado por su cargo tuvo que atenderme, lanzándome una pregunta directa, sin ningún otro comentario:

-¿Qué andas haciendo por acá?

-Acabo de enterarme que hace algunos días mi padre falleció y vengo a preguntarle en mi carácter de hijo único si dejó alguna disposición testamentaria relativa a su patrimonio, es decir, quiero saber si hizo alguna disposición de sus bienes para después de su muerte; de no ser así, para iniciar el proceso legal que la ley establece en los casos en que la persona que muere no haya dejado testamento expreso. Yo pienso que como único hijo tengo derecho a saberlo.

-En el fondo de mi alma -dijo el notario- me duele profundamente que te hayas acordado de tu padre solamente en razón de la herencia, siendo que él se quedó con la esperanza de volverte a ver; pero en mi carácter de notario municipal estoy obligado a informarte que efectivamente, un día anterior a su muerte, por conducto de Agustina la sirvienta, tu padre me mandó llamar para expresar oficialmente su última voluntad en la disposición de sus bienes para después de su muerte, y dado el caso de que todavía estaba en toda plenitud de sus facultades mentales, asenté su disposición testamentaria en el libro correspondiente con la asistencia de tres testigos, cuyas firmas aparecen al calce de dicho documento, que fue suscrito libre y voluntariamente por tu padre. En ese testamento te instituye como único y universal heredero y designó como albacea a su compadre el señor Francisco Martínez Elizondo. Si tú lo deseas puedes enterarte por ti mismo de todos los términos de su testamento; aquí puedes leerlo en el libro, tienes todo el derecho de hacerlo.

-No es necesario -le dije- me basta con lo que usted me ha dicho. Enseguida voy hablar con Don Francisco,

el Albacea, para que de inmediato me ponga en posesión de todos los bienes de mi padre, rogándole a usted que me haga favor de iniciar el procedimiento testamentario señalado por la Ley a fin de que la autoridad correspondiente me declare legalmente como único y universal heredero de todos los bienes que integran la masa hereditaria.

Es mi obligación informarte Anselmo que eso que me pides no es tan fácil legalmente; la autoridad judicial habrá de declararte que eres el único y universal heredero del patrimonio de tu padre; eso no será problema porque así lo instituyó él. El problema con el que te vas a encontrar es que al momento de morir tu padre ya no tenía ningún bien porque todos los había donado a su sobrina Anastasia por medio de una donación Post-Mortem que había formalizado precisamente en esta notaria a mi cargo y que él nunca revocó, y si bien es cierto que su última voluntad testamentaria fue en el sentido de que tú heredaras todo su patrimonio, al no revocar expresamente la donación que había hecho a favor de tu prima Anastasia al momento de morir, esa donación se perfeccionó y surtió efectos legales. De tal suerte que en el procedimiento testamentario que tu me pides llevar a cabo serás declarado el único y universal heredero de «Nada».

-Pero señor notario en ese testamento que dictó mi padre antes de morir quedo claramente expresa su voluntad de revocar cualquier otra disposición testamentaria hecha con anterioridad.

-Es cierto Anselmo, que revocó cualquier testamento anterior, pero no hizo revocación expresa de la donación Post-Mortem a favor de su sobrina; de tal suerte que de acuerdo con la Ley este tipo de donaciones se perfeccio-

nan y surten todos sus efectos legales en el instante mismo en que el donante muere. Ahora bien, en esa donación tu padre, pensando en ti y como no sabía si estabas vivo o muerto, ni si algún día volverías a este pueblo, dejó una cláusula que expresaba literalmente lo siguiente: «En el caso de que mi hijo Anselmo vuelva a mi lado cuando yo todavía tenga vida, automáticamente esta donación será nula y dejará de surtir cualquier efecto legal, pues en ese caso todos mis bienes deberán pasar a favor de mi citado hijo Anselmo, y a mi sobrina Anastasia sólo le serán entregados \$5,000.00 anuales mientras ella viva.» Como ves Anselmo, si hubieras llegado a este pueblo cuando tu padre aún estaba vivo toda su gran riqueza ahora sería tuya, pero como volviste días después de su muerte, todos los bienes quedaron a favor de tu prima Anastasia.

-Yo no soy abogado -le dije- pero leyendo con cuidado los términos del testamento de mi padre, se sobre-entiende que su voluntad es la de revocar cualquier otro acto jurídico en el cual hubiera dispuesto de sus bienes; yo pienso que de esa manera debe interpretarse su última voluntad.

-Yo no dudo -dijo el notario- que ésa haya sido la intención de tu padre, porque legalmente está establecido que el último testamento, revoca automáticamente cualquier otro testamento anterior, pero la donación Post-Mortem no es un testamento, es un contrato, y los contratos no siguen las mismas reglas que las testamentarías. Lo único que puedo recomendarte es que le muestres a tu prima Anastasia este testamento que hizo tu padre horas antes de morir y le propongas llegar a un acuerdo o convenio donde tú y ella se repartan convencionalmente

el patrimonio de tu progenitor; acaso, por ser tantos los bienes y ante la amenaza tuya de iniciar un juicio judicial, ella acepte llegar a un buen arreglo contigo. Creo que ésa es la única posibilidad de que te quedes con algo.

Siguiendo la sugerencia del notario me trasladé a la casa de mi prima Anastasia quien tan pronto me vio llegar me lanzó una serie de improperios, reproches e insolencias referentes al abandono que había yo hecho de mi padre, y a la desvergüenza de venir ahora interesado en los bienes de su herencia. Fue tal la actitud de mi prima que no vi condiciones para plantear la posibilidad de un convenio sobre los bienes de mi padre. La iracundia de mi prima que a gritos me maldecía provocaron que algunos vecinos se solidarizaran con ella y a punto estuvieron de correrme a pedradas.

Desde entonces he andado sin rumbo por estos caminos de Dios, viviendo de limosnas y comiendo a veces algún mendrugo de pan que me convidan algunas piadosas gentes que no me conocen, porque quienes me conocen me rechazan, me maldicen y hasta me apedrean. Y todo eso solamente por el hecho de que abandoné por muchos años a mi padre; si supieran que lo suplanté en su lecho de muerte para dictar un testamento a mi favor, ya me hubieran matado a palos. Lo que más conmueve mi alma y hace más terrible mi penitencia es pensar que si hubiera llegado a la casa de mi padre públicamente, es decir, ante la vista de todo mundo, la donación que había hecho a mi prima Anastasia habría quedado automáticamente sin efectos y toda su gran riqueza ahora sería mía. Comprendo que ése es mi castigo y que andaré por la vida vagando sin rumbo, esperando que nadie conozca mi historia. Ni siquiera tengo el consuelo de que Dios

perdone mis acciones, porque creo que las faltas que cometemos los hijos con los padres, son imperdonables.

Esto fue, querido sobrino, lo que me contó aquel hombre que se sentó a mi lado bajo la frondosa sombra de uno de los ébanos que flanqueaban el camino a la estación del ferrocarril.

-¡Caray tío Astucio! Qué relato tan interesante me ha contado; de veras que cada vida es un misterio y cada ser humano una incógnita.

-Debo confesarte, estimado sobrino, que ese no fue el único relato interesante que me contaron en ese tiempo en el que era mi obligación ir a la estación de ferrocarril para recoger la valija del correo. En otra ocasión, en la parte recta del camino, vi a lo lejos la figura de un hombre que venía en sentido contrario; como yo fui siempre muy sociable y me gustaba hacer amistad con todo mundo, sobre todo con aquellos que andaban por el mismo camino que yo constantemente recorría, me senté, como siempre bajo la primera sombra que encontré y resolví esperar al caminante, que como dije, venía en sentido contrario, y una vez que estuvo cerca, lo invité a sentarse a mi lado y a compartir la frescura de aquella sombra; él cortésmente se acercó y me dijo:

-Agradezco su atención, pero no puedo detenerme a descansar. Yo le pregunté: ¿Acaso lleva mucha prisa?

-No; lo que sucede es que tengo que seguir caminando.

-Está bien -le dije- en ese caso yo también voy a seguir el camino, pero en sentido contrario al que lleva usted, porque yo voy a la estación de ferrocarril pues soy el encargado del correo de mi pueblo; entonces él me dio una respuesta que me sorprendió, pues dijo:

-Yo lo acompaño y podemos ir platicando juntos

Así lo hicimos y entre paso y paso advertí que los huaraches cerrados que él calzaba estaban muy deteriorados; también me di cuenta que sus pasos denotaban mucho cansancio, el cual también se reflejaba en su rostro.

Me dio lástima el aspecto de aquel hombre y por respeto a su evidente cansancio después de haber caminado juntos cerca de dos kilómetros le propuse que descansáramos bajo la sombra de otro de los frondosos ébanos que había en el trayecto, pero él me volvió a responder:

-Es que no puedo descansar, tengo que seguir caminando.

Al escuchar aquello, querido sobrino, me ganó la curiosidad y le pregunté:

-¿Por qué si usted cuando lo encontré iba en sentido contrario al rumbo que yo llevaba, resolvió caminar a mi lado desandando su camino original; y explíqueme por qué se niega a descansar si es evidente que está usted muy cansado?

Ante mis cuestionamientos sentí que el hombre se contrató y su rostro adquirió una gravedad tan sorprendente, que me hizo sentir la impertinencia de mis preguntas. Sacó de la bolsa trasera de su pantalón un pañuelo rojo adornado con extrañas figuras de color negro, se quitó el sombrero de paja vieja, se limpió el sudor del rostro, amarró el pañuelo alrededor de su cuello y después de volver a colocar el sombrero se detuvo un momento, me miró fijamente con una mirada que me traspasó el cerebro y me dijo con un tono de profunda seriedad:

-¿Es usted cristiano?

-Sí, soy católico.

-Entonces debe usted haber oído algo acerca de mí. En el mundo profano me llaman Juan, pero mi verdadero nombre es el de Ahseverus; y lo que le voy a contar sucedió hace muchos, muchos, años. Yo en aquel tiempo ejercía el oficio de zapatero en Jerusalén, en el tiempo en que Jesús fue crucificado; pues bien, cuando aquel hombre, sangrante y golpeado llevaba sobre sus hombros el pesado madero de la cruz, al pasar por delante de mi taller de zapatería, alguno de los soldados que conducían aquella víctima al calvario, movidos de piedad me pidieron que lo dejara descansar algunos instantes en el zaguán de mi taller; y yo, estúpido e impío me negué y dirigiéndome a él le grité ¡¡Anda, Camina !! Y Jesús con sus dulces ojos me miró y me dijo: «tú también andarás caminando por toda la tierra hasta la consumación de los siglos, y cuando tus plantas fatigadas quieran detenerse oírás mi voz diciéndote: Camina, no te detengas». Desde entonces he venido cumpliendo esta condena caminando sin rumbo y sin descanso y condenado también a poseer nada más que cinco monedas de cobre, mezquina suma que siempre encontraré en mi bolsillo aunque disponga de ella; así seguiré por los siglos de los siglos esperando la segunda venida de Jesucristo que me dé la redención y el perdón.

Sin decir más aquel hombre dio media vuelta y se alejó nuevamente en sentido contrario al rumbo que yo llevaba; A LO LEJOS lo vi desaparecer renqueando y con paso cansino.

-Oye tío Astucio esto que me has contado ¿te sucedió realmente, lo soñaste, o lo inventaste?

-No querido sobrino, no soy la única persona que ha visto a ese personaje; en todos los relatos de la crucifixión de Cristo se menciona como el hombre, que sin ser parte de sus verdugos, en una de las caídas de aquella víctima del calvario, en vez de ayudarlo a levantarse le dijo imperativamente, brutalmente: ¡Camina! Y el hijo de Dios lo castigó condenándolo a caminar eternamente; a ese personaje se le conoce como el «JUDIO ERRANTE» y muchos escritores afirman que en distintas épocas ha sido visto caminando por diversos países de la tierra.

-¿Y tú lo conociste personalmente tío Astucio?

-Yo sólo te he contado lo que él me dijo, pero por su aspecto físico y por su ropa andrajosa, que no parecía ser de esta época he llegado a pensar que sí era el Judío Errante.

-¿Y no te da lástima su terrible penitencia?

-Sí, pero estoy seguro que al regresar Jesucristo lo habrá de perdonar. Porque Cristo es el incomparable perdonador de ofensas, acuérdate que le pidió a Dios perdón para sus verdugos cuando dijo: «No saben lo que hacen». Por otra parte, he llegado a pensar que el Judío Errante es la representación individual de la humanidad entera, condenada a caminar y caminar eternamente sin rumbo fijo por el pecado de haber violado permanentemente todos los mandamientos de Cristo, con la única esperanza de que en su regreso nos perdone y nos señale nuevos horizontes de salvación.

-¡Caray tío Astucio, qué profundo has estado! tan altos pensamientos tuyos me enorgullecen y me hacen admirarte más. Ojalá tengas un nuevo relato que contarme, porque de veras estoy impresionado con lo que hasta aquí me has relatado.

-Mira sobrino, nunca terminaría de contarte las anécdotas, historietas, leyendas o sucesos relacionados con algunos acontecimientos de los que he tenido conocimiento; algunos tienen poca importancia; otros carecen de autenticidad, o al menos está en duda su veracidad, por eso solamente te voy a relatar un suceso que tiene para mí una gran importancia, porque me confirma la levedad moral de la estirpe humana. Yo creo que la esencia de los seres humanos está desvalida e indefensa ante los apremios desenfrenados de las pasiones propias de su naturaleza; entre las que se destacan con más encono la envidia, el egoísmo, la codicia y la soberbia.

-Tus palabras me intrigan -tío Astucio- también a mí me resulta interesante profundizar en todo aquello, malo o bueno, que sea un ingrediente de la esencia humana; por ello, escucharé con mucha atención tu próximo relato, que por la expresión de tu rostro ha de ser muy interesante.

-Éste será mi último relato, porque, como dije antes, los demás que tengo en la mente no tienen la importancia de los que ya te he contado. Comienzo:

En una de mis constantes caminatas hacia la estación del Ferrocarril para recoger la valija del correo, visualicé «A LO LEJOS» que venía por el mismo camino y con el mismo rumbo un hombre de a caballo que muy pronto me alcanzó, y al llegar a mi lado con tono cortés me saludó:

-¡Hola amigo caminante! ¿Cómo ésta usted?

-Pues aquí como me ve, ratitos a pie y ratitos andando -le contesté en actitud amistosa-

-¿Hacia dónde va usted? -me preguntó-

-Voy a la estación del ferrocarril a recoger la valija del

correo dirigido a los habitantes del pueblo de Loreto y puntos circunvecinos, -y tratando de ser festivo, agregué:- pues debe usted de saber que soy el Presidente del Departamento de Comunicación Postal Federal del Municipio Republicano de Loreto -e inmediatamente después de decir esto y con el fin de hacer amena la conversación aclaré- ¡vaya! concretamente soy: «El cartero de mi pueblo» -y solté una carcajada a la que se unió el jinete-.

Ya roto el turrón, como se dice por aquí en mi pueblo, seguimos platicando de cosas intrascendentes: del calor, de la falta de lluvias, de lo polvoriento del camino y de todas las demás trivialidades que se acostumbran para sostener una conversación amigable cuando no hay ningún tema en el cual profundizar. Como el jinete había adecuado los pasos de su caballo al ritmo de los míos, durante un buen tramo pudimos conversar, pero cuando le pregunté:

-¿Y usted de dónde viene o a dónde va? Porque usted no es de aquí cerca, yo conozco a toda la gente de esta comarca y usted me parece fuereño.

No recibí respuesta inmediata a mis preguntas; aquel jinete en vez de responderme, se bajó del caballo y me invitó a sentarme en las piedras, que como antes dije, estaban siempre bajo los árboles frondosos del camino, y que seguramente otros caminantes habían colocado allí para descansar. Nos sentamos e inmediatamente advertí que sus ropas, y sus botines no eran de gente común, lo que me hizo pensar que se trataba de gente importante.

Una vez instalados en aquellas piedras que invitaban a largos descansos por la frescura de la sombra que proyectaban los frondosos ébanos, el jinete procedió a responder a mis preguntas y dijo:

-Yo vengo de una gran metrópoli llamada Ciudad Progreso, capital del vecino Estado de Victoria, que se extiende por detrás de aquella gran cordillera que allá, a lo lejos, en los perfiles brumosos del horizonte, apenas se alcanza a distinguir. Es una ciudad muy grande, con muchas factorías, universidades, establecimientos comerciales; además, es la cabecera más importante de un distrito judicial que comprende la más grande circunscripción territorial de este país. Quiero señalarle con esto la gran importancia del lugar de donde vengo, y la destacada influencia que tiene en el aspecto económico y político de la nación; puede decirse que es la cuna de los grandes políticos que acceden luego a las grandes magistraturas ejecutivas de la Patria.

-Yo nunca había oído el nombre de la población a que usted se refiere,-le dije- pero me habían platicado que detrás de la sierra conocida como «La poderosa» había unas llanuras muy fértiles, y localidades muy prósperas por su cercanía al mar y por los caudalosos ríos que las cruzan, pero yo nunca he andado por allí; ¡vaya! yo nunca he salido de los límites de esta comarca, y agregué: ¿y qué anda haciendo por aquí?

-¡Ay amigo! La razón de andar con mi caballo por estos lares tiene su origen en una historia muy larga y frustrante; con decirle que ni quiero, ni puedo volver a mi tierra natal, y ando cabalgando en mi corcel, propiamente sin rumbo ni destino; en ocasiones le suelto la rienda para que él escoja el rumbo que quiera, porque para mí, es igual cualquier camino. En las noches, si nos cae la oscuridad en despoblado, lo imito durmiendo en el suelo con la silla de montar de cabecera; en el río o acequia más próxima me baño y como traigo en las cantinas de la

montura todo lo necesario para asearme, rasurarme e inclusive perfumarme con agua de colonia, eso me permite cuidar mi aspecto personal. Además, en esa gran maleta que cuelga en la parte trasera de la silla de montar traigo suficiente ropa para andar siempre presentable; ahora bien, cuando ya cerca del anochecer llego a un poblado donde pueda encontrar alojamiento decoroso, y también forraje para mi caballo, allí pasamos la noche, tratando siempre de evadir conversaciones que siempre terminan cuando me preguntan ¿De dónde viene usted, y a dónde va? Con esto quiero decirle que no me interesa ni me agrada responder a esas preguntas.

-¡Ah Caray! Son las mismas preguntas que yo le hice, por lo tanto le ruego me disculpe y de antemano le digo que si no quiere responderme, no lo haga.

-Por alguna razón usted me inspiró simpatía y confianza desde que me dijo que era el Presidente del Departamento de Comunicación Postal Federal de esta región, y luego entre carcajadas, aclaró: soy el cartero de mi pueblo. Por eso y porque en el fondo siento la necesidad de abrir mi pecho y expresar las dolencias que corroen mi alma, si no le quito mucho su tiempo trataré de contarle las razones y motivos que me han obligado a convertirme en un impenitente trotamundos.

-Querido amigo -le dije- lo que me sobra es tiempo; el ferrocarril deja la valija del correo en la estación, a donde yo puedo ir a recogerla hoy o mañana o cualquier día, a cualquier hora. Por otra parte soy muy adicto a escuchar historias interesantes y la suya lo ha de ser y mucho. Así es que empiece a contármela.

-Para que mejor me comprenda voy a empezar a narrarla desde el principio.

Yo no nací en Ciudad Progreso, sino en un pueblecito cercano llamado San Isidro, donde la vida es muy crítica en todos los sentidos; son muy pocas las tierras labrantías; el índice de lluvias es el más bajo de toda la región; no existe sistema de riego porque el río que lo atraviesa durante diez meses del año está seco y solamente en los tiempos de lluvias, que no son muy seguras, acaudala un poco de agua. Con ese motivo no había agricultura ni ganadería, y resultaba una tremenda ironía que llevando mi pueblo el nombre del santo que favorece las lluvias, o sea San Isidro Labrador, nunca lloviera. De cualquier modo, como dice el refrán «Dios aprieta, pero no ahorca»; de alguna manera la tierra provee el alimento elemental, aunque escaso, para la sobrevivencia de personas y animales. En ese ambiente nací y me crié; llegado el momento mis padres me mandaron a la escuela primaria del lugar que lleva el nombre del insigne patricio Don Benito Juárez; allí conocí a un muchacho de nombre Salvador, de mi misma edad, que era mi compañero de banco y de juegos; con ese motivo empezó a surgir una fuerte amistad que nos fue uniendo como si fuéramos hermanos de sangre; en los eternos «agarres» escolares, siempre peleábamos del mismo lado y nos defendíamos mutuamente cuando alguien de otro grupo, o de otra escuela, pretendía agredirnos. Cuando salíamos de la escuela, invariablemente, nos íbamos al campo a buscar panales de miel de abejas silvestres o nidos con huevos de codorniz; en tiempos de pitahayas, tunas, mezquites, capulines, anacuas, moras y comas hacíamos de las tardeadas un festín de manjares silvestres. En la temporada de vacaciones escolares, con el permiso de nuestros padres, Salvador y yo nos íbamos montados en

una yegua de mi padre hasta un río que pasa a ocho kilómetros de mi pueblo, el cual siempre llevaba bastante agua y allá pasábamos dos o tres días. Dormíamos por las noches en las blandas arenas que acumulaba el río en sus orillas cuando había crecientes y durante el día lo pasábamos nadando, pescando, formando pequeñas represas aglomerando piedras para que aumentara el nivel de los «charcos» y cuando lográbamos pescar algunas mojaras o bagres, los asábamos y eso comíamos; cuando la suerte no nos favorecía abríamos una lata de sardinas que mi madre siempre acomodaba en las alforjas de la silla de montar y acompañándola con galletas saladas dábamos cuenta de su contenido. En fin, amigo caminante, con este preámbulo quiero hacerle saber el alto grado de amistad, de identidad, de afecto y de comprensión mutua que nos unía a Salvador y a mí.

-Me deja usted muy en claro su gran amistad con ese muchacho llamado Salvador, pero todavía no me dice cómo se llama usted: Yo, por mi parte, me llamo Astucio Andrade y no me pregunte por qué me pusieron ese nombre, pues cuando me bautizaron yo estaba muy pequeño y no pude defenderme. Mi padre tenía un modo extraño de ver la vida y se le ocurrió ponerme ese extraño nombre que no me permitirá jamás llamar a nadie «Tocayo».

-De veras que es un nombre raro, pero yo soy de los que piensan que la importancia y la dignidad del nombre de una persona se lo da quien lo lleva, según su buen proceder, y no al revés; así es que, amigo Astucio, estoy seguro que usted le sabrá dar honra y lustre a su nombre. Yo me llamo Baldemar Godinez Flores; procedo, igual que mis padres, de muy humilde origen, pero de gente honrada, trabajadora y muy creyente de la fe de Dios no

obstante que del cielo nunca les ha caído ningún beneficio, pues su vida siempre ha sido difícil, carente de felicidad y de grandes alegrías. Mi padre vivía la mayor parte del tiempo tratando de extraerle a la tierra, en su pequeña labor de cinco hectáreas, sus escasos frutos; mi madre, siempre estaba ocupada en sacar agua de la noria cuyos veneros eran muy exiguos, y aparte de eso, cocía el maíz en un bote de color negro por el hollín, para luego moler el nixtamal en el metate tumbada de rodillas en el suelo y de allí moldear las tortillas para cocerlas luego en el comal de barro que siempre estaba acompañado en uno de sus lados por el gran jarro donde hervían los frijoles. Mi padre y mi madre, con un gran sentido de la vida anhelaban que yo tuviera una vida mejor. En cambio, mi hermana Irene desde muy niña estaba condenada injustamente a las sujeciones y destinos a las que están constreñidas todas las mujeres de mi pueblo por las inicuas tradiciones y estúpidas costumbres familiares.

Pues bien, retomando la ilación de mi relato, quiero insistir en describir la personalidad de mi amigo Salvador Montero porque él es el protagonista principal de la historia que voy a contarle.

Desde muy joven Salvador demostró tener aptitudes poco comunes en relación a los demás muchachos de la escuela. Declamaba muy bien; representaba a los personajes más importantes en las obras teatrales escolares; tenía muy buena dicción y su voz era fuerte y bien articulada; sabía cantar, tocaba la guitarra, y con todos esos dotes ya para el quinto año de primaria se había convertido en un auténtico líder estudiantil. Aparte tenía muy buena presencia: alto, delgado, musculoso y con una apariencia muy varonil; las muchachas lo seguían y él se

daba el lujo de desdeñarlas. En clase era el más aplicado, sus calificaciones siempre fueron sobresalientes y su carácter jovial, gentil y cortés lo convertían en un joven admirable. Tenía, en fin, por una parte, ese misterioso atractivo que hace vibrar las fibras más sensibles del alma femenina; y además, poseía también ese extraño magnetismo capaz de convencer y conmover multitudes, entre cuyos atributos personales destacaba con perfiles singulares, su maravilloso don de agradar. Yo, en cambio, era introvertido y muy apocado; solamente gozaba de la simpatía de las muchachas y muchachos que eran iguales que yo; no había en mi personalidad ningún atributo que me distinguiera; acaso, mis únicas prendas personales eran mi formalidad y mi lealtad a toda prueba, atributos no muy propicios para adquirir una gran popularidad.

Yo aprendí a cobijarme en la popularidad de Salvador, pues la preferencia que él tenía de mi compañía automáticamente me daba importancia y él procuraba elevarme sobre mi poquedad comentando frecuentemente que mi amistad le era de mucho beneficio. En varias ocasiones puso como condición para aceptar participar en alguna obra de teatro escolar, que también me incluyeran a mí dentro del grupo de actores, aunque se tratara de pequeños papales.

Una noche en que habíamos ido de pesca, recostados sobre las frescas arenas del río y bajo el tembloroso fulgor de las estrellas, en un tono de mucha seriedad Salvador me dijo:

Baldemar, lo que te voy a decir es algo muy importante, tan importante, que puede cambiar el rumbo de nuestras vidas; he meditado profundamente mi intención de que una vez que me sea entregado el certificado de edu-

cación primaria, pienso ir a la capital para continuar mis estudios secundarios. Ya hablé con mi tío Concho, es decir, Concepción y está de acuerdo en proporcionarme asistencia en su casa, convencido de que mis deseos de superación son verdaderos. Por otra parte, para costearme los gastos y aportar, al menos, lo de mi alimentación, pienso trabajar de día y estudiar la secundaria nocturna. ¿Te acuerdas de mi primo Angelberto? él hace dos años se fue del pueblo también con la intención de superarse y actualmente está trabajando en una frutería llamada «La Victoria», él ya hablo con su patrón y está de acuerdo en darme trabajo allí mismo, lo que me permitirá asistir en las noches a la escuela. Ojala tú también me puedas acompañar, pues si mal no recuerdo, tú tienes familiares también en Ciudad Progreso y seguramente apoyarán tus deseos de progresar en tu vida; espero que lo logres porque lo que más deseo es que tú y yo sigamos siempre juntos el mismo destino.

En verdad te digo, amigo Salvador, que yo no había pensado en el rumbo que tomaría mi vida después de terminar mi educación primaria; yo pensé, como la mayoría de los muchachos de este pueblo, que al terminar la escuela buscaría acomodarme como ayudante de alguno de los hombres ricos de esta comarca, lo cual en sí mismo no significaría ninguna superación personal, o bien, intentar poner un pequeño negocio de no sé qué, que tampoco me conduciría a ninguna prosperidad. Te confieso que tu proposición me abre un camino insospechado que, en principio, me inquieta y me agrada, porque representa la posibilidad de un mejor futuro y sobre todo porque es la oportunidad de continuar juntos tú y yo por el camino de la vida. Efectivamente, aparte de dos

tías muy queridas por mí, hermanas de mi madre, que viven en la gran ciudad, también cuento con mi abuelita María, madre de mi madre, que nunca me negaría su ayuda para que yo pudiera superarme; es más, tengo allá varias primas y primos hermanos, hijos de esas tías que me aprecian mucho y que siempre estarían dispuestos a ayudarme. Te prometo que muy pronto acudiré a hablar con mi abuelita para pedir su ayuda y estoy seguro que me ofrecerá su casa para que yo continúe mis estudios en la gran ciudad; ojala que tu primo Angelberto también me consiga trabajo en esa frutería o en alguna otra parte que me permita asistir también a la secundaria nocturna.

Pasaron los días y llegó la fecha de entrega de calificaciones escolares de terminación de cursos, y en el caso de los alumnos de sexto año entrega de los certificados de haber cursado la instrucción primaria; Salvador y yo recibimos entre los aplausos de compañeros y familiares sendos documentos. Salvador, con honores, por sus altas calificaciones y dada su popularidad entre maestros y alumnos, fue merecedor de una nota distintiva mencionada por el director de la escuela en un discurso de despedida para los alumnos que terminamos los estudios primarios. En la casa de Idalia de la Garza una de las muchachas más bonitas del grupo, se celebró esa noche una fiesta, en la que la figura principal, como siempre, fue la de Salvador Montero, quien al final de la cena dijo unas palabras de agradecimiento que conmovieron hasta las lágrimas a la mayoría de las muchachas presentes, pues haciendo gala de sus grandes dotes de orador, que con mucha habilidad los adosaba con sus atributos de buen actor, convertían a aquel brillante muchacho en un

joven ideal.

Días después Salvador Montero abordaba el autobús de pasajeros de Don Librado González rumbo a Ciudad Progreso; solamente llevaba como equipaje una pequeña maleta. Un numeroso grupo de muchachas y muchachos fuimos a despedirlo; muchos abrazos y buenos augurios hubo en esa despedida, pero el abrazo más estrecho y con más lágrimas fue el mío porque era la primera vez que nos separábamos; cuando el autobús inició su marcha Salvador alcanzó a decirme: ¡Baldemar, pronto te espero allá, en la frutería!

El autobús partió y quedó en el ambiente la sutil sensación de que aquel brillante muchacho, cual si fuera un intrépido aguilucho, volaba en busca de más altos horizontes. De cualquier manera en el rostro de todos hubo muestras de tristeza; en silencio el grupo se fue dispersando. Yo antes de regresar a mi casa me dirigí a la Iglesia y postrado de hinojos musité algunas oraciones pidiéndole a Dios que su bendición acompañara a Salvador en su nueva vida y en sus ansias de superación.

Así pasaron dos semanas, el pueblo de San Isidro seguía sumido en su quietismo, que podía considerarse como un aletargado conformismo, donde todo mundo aceptaba, como cosa natural y propia de esos pueblos, su adormecida circunstancia; sólo la eventual presencia de alguna contingencia atmosférica, entre ellas alguna lluvia con tormenta eléctrica, algún vendaval inesperado, una prolongada sequía, o la muerte de algún personaje importante; sólo eso era capaz de alterar el sopor habitual de aquellos moradores sometidos siempre, como antes dije, a la más mansa moderación.

Después de algún tiempo; una mañana descendió del autobús de Librado, nada menos que el hijo pródigo del pueblo: Salvador Montero. Como nadie sabía de su regreso, no hubo comisión de recepción, aparte de que a la hora en que llegó la mayoría de la gente estaba en la iglesia oyendo la misa dominical, por lo que Salvador se dirigió al templo y permaneció en el atrio, pues el local estaba repleto. Una vez que concluyó la misa todos los feligreses al salir de la iglesia saludaban efusivamente al popular muchacho, sobre todo las jóvenes muchachas, que habían sido sus compañeras de escuela o su pareja en los bailes incitadas por esa maravillosa sensibilidad que enternece y caracteriza al sexo femenino, convirtieron el atrio en un alborozado coro de exclamaciones de chispeante regocijo, donde se alternaban susurros, clamores, suspiros y hasta pequeños gritos de emoción, que hasta entonces se sabía que eran propios de las grandes ciudades, cuando se presentaba un artista de mucho renombre y las muchachas ululaban, y hasta se decía que algunas se desmayaban por el éxtasis de la emoción, pero nunca se pensó que eso podría suceder en aquel lejano pueblo de San Isidro.

Pasado aquel pequeño escándalo de arrobos femeninos, de besos en la mejilla, algunos muy cercanos a los labios, de respetuosos besos en las manos, de estrechos abrazos y de bellas palabras de bienvenida, dichas al oído o después de un fuerte apretón de manos de quienes siempre se consideraron sus amigos, llegó el momento del encuentro conmigo. Al mirarnos permanecimos un rato a corta distancia, sin decirnos nada, como observándonos mutuamente, tal vez repasando vertiginosamente todas las experiencias paseos y aventuras que habíamos vivido

juntos, o tal vez nos mirábamos a distancia para confirmar mutuamente con nuestras miradas que el cariño que siempre nos tuvimos permanecía intacto; de pronto, irresistiblemente, ambos avanzamos uno hacia el otro y nos fundimos en un estrecho abrazo que se prolongó varios minutos; abrazo que a medida que pasaba el tiempo, se estrechaba más, como si quisiéramos, con ello, fundir en una sola nuestras dos almas de grandes amigos. Quienes nos miraban, entre los que se encontraba el sacerdote, que ante el escándalo femenino había salido de la iglesia para saber lo que pasaba, se conmovían ante aquella prueba maravillosa de amistad, y el cura no sabiendo que decir, porque nada había que decir que no profanara aquel tierno momento, se concretó a hacer sobre nuestras cabezas el signo de la cruz a manera de bendición.

Después de todo aquello nos retiramos de la iglesia y nos fuimos a mi casa. En el camino abordamos el tema principal:

-¿Cómo te ha ido en la gran ciudad Salvador?

-¡De primera, Baldemar! todo me ha ido como lo esperaba y lo tenía planeado. Falta un mes para que se abra la inscripción en la Escuela Secundaria Nocturna; mi patrón Don Victorino me ha confesado que está muy contento con mi trabajo y te traigo una soberana noticia: Mi primo Angelberto próximamente dejará el trabajo en la frutería para ir a tomar un puesto de auxiliar de cajero en el Banco Comercial del Norte, pues gracias a que diariamente Don Victorino lo mandaba a ese banco a depositar los ingresos del día anterior, Angelberto, se ganó la simpatía de la gente del banco, particularmente del gerente, Don Angel Pruneda, quien empezó a llamarlo «to-

cayo» y después le ofreció trabajo como auxiliar de cajero, con la promesa de ascenderlo poco a poco según los resultados de su trabajo, de su dinamismo y de su honradez. Lo anterior significa, mi querido Balde, que en unos días más podremos estar juntos trabajando en la frutería de Don Victorino y de allí, juntos iremos a inscribirnos en la Escuela Nocturna Secundaria para trabajadores, fundada y dirigida por un eminente maestro de nombre Antonio C. Elizondo, quien precisamente la creó para abrir caminos de superación a quienes teniendo necesidad de trabajar de día quisieran estudiar de noche, gracias a lo cual muchos jóvenes y adultos podremos continuar con nuestros estudios de educación media. Y según me han informado, dicho maestro tiene intención de abrir muy pronto una escuela preparatoria nocturna; de ser cierto esto, nuestro camino, mi estimado Baldemar, se presenta anchuroso y undívago como el mar, como lo dice en uno de sus versos, un grandioso poeta vernáculo. Es muy importante, por lo tanto, que lleves a cabo todas las diligencias necesarias para que tu abuelita María o tus parientes en la capital te ofrezcan su asistencia, por supuesto, con el previo permiso de tus padres, para que juntos busquemos nuevos horizontes, los que en este triste pueblo no existen. No te olvides de traer tu certificado de sexto año, tus calificaciones finales y una fotografía reciente tamaño credencial, porque esos documentos son necesarios para ingresar a la secundaria; ya hablé con Don Victorino y me dijo que si eres un muchacho como Angelberto y como yo, serás bien recibido en su negocio.

-Por el permiso de mis padres -le dije- no debo preocuparme, porque ya me lo concedieron de antemano,

pues el ejemplo tuyo y de Angelberto nos han despertado muchas conciencias. No te imaginas los caminos que nos han abierto a todos los jóvenes de aquí. También mi abuelita María recibió con gran júbilo mi decisión de emigrar hacia allá para seguir estudiando, y con gran satisfacción ofreció darme todo tipo de asistencia en su casita, donde ella vive sola, pues considera, además, que yo le serviré de buena compañía; o sea, que por mi parte, todo está resuelto para irme contigo y ahora que me dices que tu patrón aceptó que yo cubriera la vacante que dejó tu primo, me da la impresión que Dios está con nosotros, porque veo abiertas de par en par todas las puertas del porvenir.

También a mí me dieron una amistosa despedida mis compañeros y compañeras de la escuela, no tan efusiva como la de Salvador, pero recibí muchas frases de aliento y muy buenos deseos de bienaventuranza.

En efecto, mi abuelita me recibió con gran alegría, y ya me tenía preparado en un extremo de su recámara un catre metálico debidamente acondicionado con los indispensables atuendos de cama; a lado un buró de madera y sobre él una lámpara de mesa con pantalla de color celeste y junto a la pared una pequeña cómoda, que resultaba excesiva para mi escaso equipaje, que tuvo cabida en uno solo de los cajones.

Mi abuelita era una viejecita bonita, es decir, su rostro revelaba que había sido en su tiempo una dama de distinguida belleza; pues aún conservaba grandes rasgos de distinción. Su cabellera cana enmarcaba un rostro de alabastral blancura, que evidenciaba la pureza de su sangre y un origen de rancio abolengo y de aristocrática estirpe, refrendado por sus bellos ojos azules que estable-

cían una gran diferencia con las demás mujeres del pueblo de San Isidro, a donde, seguramente en algún tiempo remoto llegaron distinguidos emigrantes que con su extranjería y sus blasones de gente bien formada, dieron un toque de distinción a aquel modestísimo pueblo. Ella había quedado viuda relativamente joven, y con entereza de mujer honrada y carácter firme de matrona, se arrogó la doble responsabilidad de hacer las veces de padre y madre, y sacó adelante a su familia ante el respeto y admiración de sus coterráneos.

Mi abuelita, Doña María Guerra, era una mujer admirable, y no obstante que los años ya pesaban en su vida percibí su satisfacción al recibirme en su casa y poder ayudarme a convertirme en un hombre de mayor valimiento que los jóvenes que se quedaban rezagados en los críticos y azarosos avatares de la gente del campo. Era una mujer con un talento natural y una admirable percepción de las cosas importantes de la vida y sobre todo del encauzamiento que debería darse a las inquietudes de un nieto con tan claras aspiraciones de superación, apercibiéndome, por supuesto, de los peligros que representarían para mi la vida en la capital. Cuando aceptó que yo viniera a su casa teniendo como fin último mi enseñanza media y superior, mandó hacer un cuadro con letras de grandes caracteres reproduciendo las últimas líneas de un verso que recordaba haber leído de niña en un libro de la escuela primaria de San Isidro que terminaba con la siguiente frase:

«ESTUDIA, HIJO, ESTUDIA MUCHO Y NO SERÁS,  
CUANDO SEAS GRANDE, NI EL JUGUETE VULGAR  
DE LAS PASIONES, NI EL ESCLAVO SERVIL DE LOS  
TIRANOS».

Y lo colgó en la pared que daba frente a mi catre, con la notoria intención de que yo lo leyera permanentemente a manera de estímulo y de acicate.

Ella me había advertido que dada su avanzada edad no podría comprometerse a preparar mis alimentos, mucho menos a lavar y preparar mi ropa, a lo cual le respondí:

-No te preocupes mamá grande, con el dinero que voy a ganar en la frutería yo podré procurarme mis alimentos y el arreglo de mi ropa, solamente vendré a dormir y me levantaré muy temprano porque en ese negocio Don Victorino abre a las seis de la mañana. Los domingos, según me dice Salvador, solamente se descansa en la tarde, por lo que ese día lo pasaré aquí contigo; yo te traeré de comer y en la noche te llevaré a cenar aunque sea unos tacos; con la cama y el techo que me proporcionas, además de tu cariño, me siento sobradamente satisfecho.

Angelberto se fue de auxiliar de cajero al Banco Comercial, y Salvador y yo nos quedamos al frente de la frutería «La Victoria»; él clasificando la fruta y yo, limpiándola de impurezas; Don Victorino diariamente iba al mercado de abastos a comprar la mejor fruta que venía del Centro y del Sur de la república; solamente las uvas y las manzanas venían del norte del país.

A principios de septiembre Salvador y yo nos presentamos en la administración de la Escuela Secundaria para Trabajadores «Adón Villarreal» fundada y dirigida como ya dije por el eminente maestro Antonio C. Elizondo. Habiendo llevado toda nuestra documentación en regla no tuvimos ningún inconveniente para inscribirnos en el primer año de secundaria. Desde los primeros días, o más bien noches, que asistimos a la escuela, Salvador y

yo advertimos que nuestros condiscípulos, trabajadores también, mostraban, como nosotros, una alegría recóndita que sólo se valoraba por la sublimación suprema de la autoestima que nos embargaba. No me resulta fácil explicar la prodigiosa elevación del estado del alma, cuando encuentra admirables puentes encausadores de nuestra voluntad para superar y enriquecer nuestro espíritu con aquellos conocimientos que durante nuestra vida consideremos vedados. ¡Perdónenme que insista! Pero quiero dejar en claro la maravillosa sensación que Salvador y yo sentimos cuando fuimos aceptados como alumnos de primer ingreso en la Escuela Secundaria Nocturna para Trabajadores; tal vez, para cualquier hijo de familia la inscripción en ese nivel de educación media, significaría solamente cumplir con los deseos de sus padres para recibir esa educación como un preámbulo intermedio, y visualizar después de ella, los estrados académicos de la Educación Superior, a fin de obtener, luego, un título Profesional. Ésta sería la ruta casi obligada de los «niños bien» pero para nosotros, me refiero a Salvador y a mí, y también me atrevo a pensar que para los demás trabajadores que se inscribieron junto con nosotros, el acceder a estudios antecedentes de una educación superior, significaba el prodigio de la voluntad juvenil en plena realización.

Tal vez, quien me escuche consideraría mis palabras como una cursilería, pero quienes deriven de orígenes tan humildes como nosotros, con seguridad comprenderán la grandiosidad de ese sentimiento que trato de expresar con mis palabras.



IKANIJOHIDA

Sentíamos que habíamos superado abismos sempiternos de marginación, que habíamos alcanzado cúspides de voluntad por encima de seculares valladares sociales de cultura. Al sentirnos estudiantes de secundaria creíamos haber llegado a la cima del mundo y que desde ahí todo lo podíamos lograr con esfuerzo y voluntad inquebrantable.

Sentíamos que aquel camino que empezábamos a andar nos conduciría a insospechados horizontes de superación; ya no éramos rancheros ni muchachos rústicos, ya éramos estudiantes de secundaria y el destino nos parecía dilatado y fulgurante, abierto por completo al porvenir.

Desde los primeros días Salvador hizo sentir, no sólo en nuestro grupo, sino en toda la escuela, su maravillosa capacidad de liderazgo, basada en su simpatía personal, en su apostura gentil, en su gallarda personalidad y en su preclara inteligencia; abrumadoras cualidades que desde el comienzo percibieron sus maestros y sus discípulos.

Para mediados del año escolar era ya el indiscutible líder estudiantil que sin duda en el próximo año se convertiría en el unánime presidente de la sociedad de alumnos de la escuela secundaria.

Así sucedió, y como siempre, Salvador me impulsó hacía los niveles que él siempre alcanzaba y me nombró Secretario de Conflictos de su planilla triunfadora.

Al frente de la Sociedad de Alumnos Salvador comenzó a dar muestras de su dinamismo y de su bizarría; muy pronto el director de la escuela y los maestros de la misma comenzaron a percibir los efectos del impetuoso liderazgo de aquel joven animoso y audaz que estaba demos-

trando, entre otras cosas, su poderosa capacidad de convocatoria, pues todos los miércoles en la noche, después del horario de clase, convocaba a asambleas plenarias a las que acudían la mayoría de los estudiantes, a grado tal, que el patio de la escuela resultaba apenas suficiente para albergar a los asambleístas. En dichas reuniones Salvador iniciaba la agenda de trabajo con un breve discurso exponiendo los motivos de la asamblea; a continuación los secretarios de la mesa directiva rendíamos un informe de actividades, mismo que Salvador ponía a consideración de todos los estudiantes. Posteriormente concedía, con toda apertura, el uso de la palabra a quien quisiera hablar para tratar asuntos generales, así como expresar cualquier carencia relacionada con los aspectos académicos o administrativos de la escuela; de lo cual tomaba nota específica el secretario de la mesa directiva a fin de levantar el acta correspondiente, que sería leída y aprobada o corregida, en su caso, en la siguiente asamblea.

Toda la comunidad escolar, es decir, personal docente, administrativo y alumnos, estaban asombrados de la diligente actividad de aquel líder estudiantil, como nunca antes se había visto en la escuela.

Una de las carencias más constantes expuesta por los estudiantes fueron las críticas condiciones en las que se impartían las cátedras en la escuela; excesivo calor en verano, por falta de una adecuada ventilación e insoponible frío en las noches de invierno por falta de calefacción. Salvador consideró que dichas peticiones eran muy razonables, porque las estaba viviendo en carne propia; inmediatamente reunió a la mesa directiva y nos comunicó su proyecto de acudir a los centros de trabajo de

donde proveníamos todos los que laborábamos de día y estudiábamos de noche, para buscar la colaboración de nuestros patrones y proporcionar a nuestra escuela lo necesario para mejorar su acondicionamiento. Ordenó elaborar un inventario de los vidrios que faltaban en todas las ventanas, así como una lista de los centros de trabajo donde laborábamos. Una vez que estuvo en sus manos dicha información nombró una comisión en la que me incluyó a mí, para acompañarlo a gestionar las colaboraciones antes dichas.

Fue tan inteligente el procedimiento que utilizó para ello, que muy pocos de nuestros patrones se negaron a cooperar; pues Salvador, después de explicar las razones de nuestra petición, reducía con mucho talento el tamaño de la petición, a tal grado que resultaba muy difícil que alguien se negara a cooperar; por ejemplo: a los patrones de poca monta les decía: No queremos que nos dé dinero, ayúdenos, al menos, con uno de los vidrios de las ventanas. ¡Se tenía que ser muy mezquino para negarse a tan pequeña petición! Así consiguió la aportación de todos los vidrios que faltaban, que no eran pocos. En las empresas de mayor capacidad les pidió un abanico eléctrico o un calentador, esgrimiendo razones capaces de mover hasta el más insensible de los corazones. Y gracias a aquellas exitosas gestiones las condiciones de la escuela mejoraron ostensiblemente.

En la asamblea plenaria del miércoles siguiente Salvador rindió el informe de sus logros a favor de la escuela, lo que dio motivo a una estruendosa ovación de los estudiantes presentes y gritos de: ¡Viva Salvador Montero! El señor director y la mayoría del personal docente se unieron al regocijo de la asamblea; el profesor Antonio C. Eli-

zondo hizo un bello discurso de reconocimiento a Salvador y a la mesa directiva de la sociedad de alumnos, y ofreció enviar oficios de agradecimiento a todas las personas y empresas que habían colaborado en pro de la escuela.

Dueño de la situación y consciente de que había tomado posesión de aquel espacio escolar, Salvador Montero nombró otra comisión en la que también me incluyó a mí para buscar una entrevista con el señor Gobernador del Estado para solicitarle una pequeña biblioteca que sirviera a los estudiantes de la escuela que no pudieran comprar los libros exigidos académicamente conforme al grado escolar que estaban sustentando, y en general para hacer en ella un gran acopio de todo tipo de libros que sirvieran de un verdadero apoyo a los estudiantes, bajo el programa de «El Libro Prestado».

Salvador no aceptó incluir en dicha comisión al director de la escuela, porque consideró que aquella era una gestión eminentemente estudiantil. Después de insistentes trámites burocráticos se logró conseguir la audiencia con el primer mandatario del estado; una vez que estuvimos frente a él, Salvador, con el mayor respeto y parsimonia, hizo el planteamiento de nuestra petición.

Ya nos había advertido el secretario particular cuando estábamos en la sala de espera que aquél era un mal momento para entrevistar al señor gobernador, porque una comisión de campesinos que nos había antecedido, lo había dejado de mal humor; y efectivamente, después que Salvador hizo nuestro planteamiento, percibimos que el gobernador no la recibió de buen agrado, pues con una aspereza rayana casi en el despotismo nos contestó: ¿y para esto me vienen a quitar el tiempo? yo no estoy

aquí para resolver sobre las bibliotecas de las escuelas; ivayan a plantear esto al Director de Educación en el Estado; es a él a quien le corresponde resolverlo! Ante aquella actitud del más alto funcionario de la entidad, Salvador, demostrando un talento político inconcebible en un joven de su edad, expresó:

-Señor, Gobernador, lamentamos mucho que nuestra petición lo haya molestado; hemos venido ante usted porque aún recordamos que en sus discursos de campaña para alcanzar la gubernatura del estado, usted expresó en varias ocasiones, que en el caso de que el voto del pueblo lo favoreciera, entre otras cosas, usted se comprometía a realizar todo tipo de acciones en beneficio de la juventud estudiantil; esas expresiones nos alentaron a venir a hacerle esta petición que favorecería no a cualquier tipo de estudiante sino a una pléyade de estudiantes esforzados que hacen un verdadero sacrificio al trabajar de día y estudiar de noche; ojalá que ésas no hayan sido simples promesas de campaña, porque nos haría caer a los jóvenes en una grave crisis de credibilidad y desesperanza a muy temprana edad. ¡Señor Gobernador! -siguió diciendo Salvador- esa biblioteca, que nos es tan necesaria, de cualquier manera la vamos a hacer, con su ayuda o sin ella, pero al menos permítanos poner una placa donde aparezca que usted la construyó porque eso se traduciría en una actitud juvenil de confianza y de gratitud ante nuestros gobernantes, lo cual es muy significativo para la mentalidad de jóvenes que están luchando seriamente por su superación. Sentirse apoyados por nuestras más altas autoridades en el estado sería para ellos un fuerte estímulo para seguir adelante. Eso sin contar con el beneficio político a favor de su gobierno; si

usted no quiere ayudarnos, al menos permítanos expresar públicamente que sí nos ayudó.

Al oír aquello el gobernador quedó asombrado. No podía creer que un muchacho, tan joven, tuviera aquellos alcances de carácter político; se mesó su ya escasa cabellera y por unos minutos no supo qué decir; se sintió atrapado por los extraños términos de la propuesta y no encontró más salida que la consabida forma que tienen los políticos de evadir una petición concreta, o sea, con una broma.

-¡Ah caray que bravo me resultaste, has de ser de algún pueblo de esos donde los campesinos suelen ser muy ladinos y directos! De veras que me equivoqué con ustedes. Voy a ordenarle al Director de Educación del Estado que inmediatamente se ponga en contacto con ustedes para instalar la biblioteca que se requiera en su escuela. Le daré instrucciones para que se instale de acuerdo con la sociedad de alumnos de la misma y créanme que en el fondo les agradezco que me hayan abierto los ojos, sólo quiero expresarles, a manera de disculpa, que a veces en estos puestos de gran relevancia política y administrativa, se pierde la relación directa con los verdaderos problemas del pueblo al que juramos favorecer. Les juro que me siento muy honrado con haberlos escuchado y más honrado por haberles resuelto con mucha satisfacción su justa petición. Váyanse contentos porque su presencia me ha hecho reflexionar y comprender que por las muchas cosas que hay que atender, a veces se olvida uno de lo más importante, que es acercarse a los jóvenes y al pueblo en general.

-Le damos las gracias más sentidas -dijo Salvador- pero queremos hacerle una petición más. Queremos que sea

usted personalmente quien vaya a inaugurar esa biblioteca, que aunque para usted sea una obra muy modesta, para todos nosotros representa un gran honor.

-¡Sí voy! con la condición de que seas tú quien diga el discurso de agradecimiento, no tu director de la escuela.

-Será un honor para mí señor gobernador.

En efecto, al tercer día acudió a la dirección de la escuela secundaria un representante del Director de Educación en el Estado, y una vez en el despacho del profesor Antonio C. Elizondo solicitó la presencia del joven Salvador Montero, pues dadas las instrucciones precisas del señor gobernador la biblioteca proyectada para esa escuela debería llevarse a cabo con la intervención del presidente de la sociedad de alumnos. Salvador, insistió en la necesidad de que en dicha biblioteca predominaran varios ejemplares de los libros de texto para favorecer a los estudiantes que no hubieran podido comprarlos, e insistió, también en el sistema de «Libro Prestado», con la garantía de que no se entregarían las calificaciones finales al alumno que no devolviera al fin del año escolar los libros prestados en la biblioteca. El representante del gobierno estuvo de acuerdo por completo y prometió abastecerla, no sólo con los libros de texto, sino también con aquellos ejemplares considerados básicos para la vida cultural del ser humano; expresó que ya se había mandado hacer una placa metálica alusiva que habría de develarse el día en que el señor Gobernador del Estado, personalmente, asistiera a la escuela a inaugurar la biblioteca.

En la asamblea plenaria estudiantil del miércoles siguiente Salvador dio cuenta a la comunidad escolar de la inminente instalación de una biblioteca en uno de los

salones de la escuela, que hasta ahora había servido solamente como cuarto de servicio. En medio de estruendosas ovaciones Salvador les anunció que el propio señor Gobernador del Estado asistiría a inaugurarla y que para ese efecto, se pondría de acuerdo con el Director de la Escuela para formular juntos el programa que habría de llevarse a cabo en esa solemne ceremonia.

Los maestros y los estudiantes de aquel centro escolar estaban realmente impresionados con la rapidez y diligencia con que se fue instalando la biblioteca que a petición de la sociedad de alumnos debería llevar el nombre de «Biblioteca Benito Juárez», mismo que se inscribió en la placa metálica ya mencionada, la que fue develada por el señor Gobernador del Estado tres meses después de haberse iniciado la instalación de dicha biblioteca.

La ceremonia de inauguración tuvo un toque discreto de solemnidad con la participación de la banda de guerra y escolta de bandera del Pentahtlón Deportivo Militar Universitario, que generosamente la proporcionó. Después de los rigurosos honores a la bandera en los que destacó la gallardía y la marcialidad de los jóvenes pentatletas, hizo uso de la palabra el primer mandatario del Estado, quien, entre otras cosas, dijo: «Señor director de esta escuela; jóvenes estudiantes; con gran satisfacción de mi parte aquí les dejo esta modesta biblioteca, no por modesta menos útil. Espero que habrá de servir a tan admirables muchachos que vienen a buscar aquí rumbos de superación personal, no porque los obliguen sus padres, sino por una voluntad propia de mejoramiento. Mi gobierno habrá de considerar esta pequeña obra como una de sus más grandes realizaciones, porque servirá de estímulo y de impulso a tan brillantes jóvenes que en poco

tiempo habrán de convertirse en auténticos detonadores del progreso de nuestro estado. Qué bueno que resolvieron ponerle el nombre del ilustre patricio oaxaqueño Don Benito Juárez García; yo me pregunto -siguió diciendo- si ese inmortal mexicano nació en la más humilde cuna y en las más críticas condiciones de vida y desde allí se alzó, gracias a una férrea voluntad de superación personal, hasta las más altas cúspides de la historia patria ¿Por qué no habría de surgir entre ustedes, que son también muchachos de muy humilde origen, otro Benito Juárez? Ojalá que la vida de ese hombre inmortal, acaso, el héroe más puro que ha dado la patria, sirva de estímulo y de guía a todos ustedes. Felicito a los dirigentes de la sociedad de alumnos de esta escuela por sus valiosas gestiones que hicieron ante mi gobierno, y que culminaron con la instalación de esta biblioteca, que espero sea de gran beneficio para todos ustedes.»

Siguiendo las instrucciones del señor gobernador, Salvador Montero, en su carácter de presidente de la sociedad de alumnos pronunció el discurso de agradecimiento a nombre de los estudiantes, y lo hizo con tal elocuencia y con tan hábiles recursos oratorios que tanto el gobernador, como los funcionarios que lo acompañaban, entre ellos el señor Alcalde de la ciudad, quedaron verdaderamente impresionados de la capacidad retórica de aquel líder estudiantil. Al retirarse, el señor gobernador le dio un abrazo efusivo y estrecho, y le dijo al oído: ¡Tú llegarás muy lejos! y quiero sentirme incluido en tu formación política y en el camino que el destino te tenga deparado. Considérame tu amigo y tu protector, si así lo necesitas.

A partir de aquel día ningún estudiante careció de los libros de texto para cada materia que se impartía.

Una compañera del mismo grado escolar se acercó un día a Salvador y le dijo: ¿Conoces a Perla, la muchacha rubia más bonita de la escuela, la que siempre trae un peinado de «cola de caballo» que es muy sería y tiene fama de ser la alumna más brillante de su clase? Y Salvador le respondió: Sí la conozco; es imposible no conocerla, pues efectivamente es la chica más atractiva de toda la escuela, pero dime ¿qué hay con ella?

-Margarita, su más cercana amiga, me confesó que ella está locamente enamorada de ti.

-¡Qué lástima, pero ahorita yo no tengo tiempo para el amor! En mi proyecto inmediato personal de vida están excluidos los amores; tengo muchas cosas en que pensar para elaborar mi destino, quiero forjar mi futuro al margen de las pasiones, de los vicios y de los compromisos amorosos, que puedan lastrar mis más altas aspiraciones.

El siguiente año escolar por unanimidad estudiantil Salvador fue reelecto como Presidente de la Sociedad de Alumnos; era el último año para culminar los estudios de secundaria y en ese período toda la escuela quedó impresionada al descubrir una cualidad más en la actitud personal de Salvador Montero. Una noche que estábamos en la cátedra de Historia Universal llegó al salón de clases Don Braulio, el intendente del plantel, informándole a Salvador que en el patio de la escuela había un grupo de señoras muy humildes que llegaron preguntando por él y que le habían dicho al señor director que iban a buscar a Salvador porque era un muchacho tan bueno que muy frecuentemente les ayudaba; fue en-

tonces cuando comprendí cuál era el destino de aquellas bolsas de frutas ya muy magulladas y próximas a la putrefacción que Salvador sacaba de los canastos para evitar el mal aspecto que darían a los clientes, siguiendo las instrucciones que en ese sentido daba Don Victorino, pues él quería que su fruta tuviera la mejor presentación posible y nos ordenaba que la que estuviera a punto de pudrirse la tiráramos a la basura. Esa fruta de mal aspecto pero todavía aprovechable, Salvador la repartía entre la gente muy pobre de una colonia aledaña, y como hacía días que no iba a la colonia venían a cerciorarse si estaba bien de salud. Aquello emocionó fuertemente a quienes se enteraron de la grandeza de alma de aquel muchacho que aparte de brillante, y de buen líder, era un joven generoso que ayudaba a la gente humilde en la mejor forma que él podía, sin robar a nadie, ni a costa de nadie.

Llegaron los exámenes finales y la escuela como todos los años en ese período, cobró un ambiente de preocupada seriedad que se reflejaba en el rostro de cada uno de los estudiantes ante la incertidumbre siempre presente en el alma de cada alumno de ignorar cuál sería el resultado de sus exámenes; en esos días no había alborotos estudiantiles, cada alumno se envolvía en una seriedad casi sombría, como si todas sus potencialidades juveniles se introvirtieran y se canalizaran hacia el esfuerzo supremo de salir bien librados en aquella confrontación académica. La escuela entraba en ese período de exámenes en un paréntesis de sobriedad que antagonizaba con la tradicional algarabía de todas las noches en época de clases.

Salvador, como siempre, salió avante en sus exámenes finales con todos los honores académicos y tanto para él

como para sus compañeros de grupo que también los aprobaron, aquélla era la conclusión de sus estudios de secundaria. El director de la escuela organizó una fiesta escolar para darles la despedida de aquel plantel, así como sus certificados de estudios. Hubo discursos, frases de aliento, magníficos augurios y hasta lágrimas de emoción. Salvador como siempre, dijo unas palabras verdaderamente conmovedoras y terminó con frases alentadoras para todos los alumnos, exhortándolos a seguirse preparando para acceder a un futuro mejor. Perla, con los ojos preñados de lágrimas despidió a Salvador con un beso y un suspiro, y le dijo al oído: «El próximo año, cuando termine la secundaria, te alcanzaré en la prepa nocturna para volver a convivir contigo».

La mayoría de los estudiantes que terminaron sus estudios secundarios, junto con Salvador Montero incluyéndome a mí, acudimos oportunamente a inscribirnos en la Escuela Preparatoria Federal Nocturna por Cooperación para Trabajadores, pues alentados con la influencia progresista de Salvador, todos queríamos acceder a mejores estadios de cultura. Desde los primeros días de actividad académica Montero, impelido por esa gran vocación de líder que anidaba en su alma, comenzó a establecer y particularizar relaciones con los demás estudiantes de la preparatoria con el evidente propósito de darse a conocer y de hacerles presente su simpatía y su carisma.

Una noche al terminar la clase, Salvador y yo fuimos a cenar a un modestísimo restaurant que tenía un nombre comercial muy romántico: «Al Caer la Tarde» donde el principal platillo del menú eran los tacos de pollo bien refritos en aceite que resultaban crujientes y sabrosos. Los dos amigos, con poco dinero, resolvimos compartir una

orden de tacos, la que se componía de cuatro, por lo que saboreamos deleitosamente dos tacos cada quien, y como nuestros estómagos estaban acostumbrados a poca comida con aquella ración quedamos satisfechos. En medio de la cena yo le pregunté:

-Salvador, te he visto muy activo cultivando nuevas amistades entre los grupos de la preparatoria, y me da la impresión que tienes planes muy precisos relacionados con la política estudiantil dentro del plantel.

-Efectivamente, amigo Baldemar, pretendo lanzar mi candidatura para la Presidencia de la Sociedad de Alumnos de esta Escuela; para ello cuento con el apoyo incondicional de los muchachos que se vinieron con nosotros de la secundaria Adón Villarreal y estoy procurando ganarme la simpatía de los demás estudiantes; te pido que me ayudes difundiendo de la mejor manera que se te ocurra todos los beneficios que logré en la escuela de donde procedemos, incluyendo que yo he sido el único caso que logró reelegirse por la voluntad unánime de los estudiantes; todo ello servirá para dejar en claro mis méritos como dirigente estudiantil. Te ruego que tú les pidas a los compañeros procedentes de aquella secundaria, que también ellos difundan los logros de mi actuación, cada quien en el círculo de nuevos amigos que hagan con los estudiantes de la prepa, porque eso ayudará mucho a aumentar mi popularidad en esta nueva escuela a la que hemos llegado. Por mi parte trataré de acercarme a los grupos que han destacado en la política estudiantil y procuraré ganarme la voluntad de sus líderes, estableciendo compromisos y alianzas porque la política moderna, de cualquier nivel, se integra esencialmente bajo esas normas: «alianzas y compromisos».

-¡Caray Salvador! Percibo en ti grandes ambiciones en un futuro.

-Espero que lo entiendas perfectamente, amigo Baldemar -me dijo- mi vida la tengo proyectada para grandes destinos y en ellos siempre estarás incluido tú por ser el mejor amigo de mi vida. ¡Lancémonos juntos a la conquista de la sociedad de alumnos de esta escuela!

Al igual que en la escuela secundaria el factor más importante que impulsó la popularidad de Salvador en el nuevo plantel fue, ante todo, su brillantez como alumno, la cual empezó a difundirse tanto por los maestros, como por sus condiscípulos, al grado de que al terminar el primer año de la preparatoria Salvador encabezaba el cuadro de honor entre los alumnos más destacados. Lamentablemente en ese tipo de escuelas no había tiempo para los deportes, de haberlos habido, Salvador hubiera demostrado también sus aptitudes de gran atleta. Entre las muchachas de la preparatoria Salvador había adquirido gran popularidad particularmente en el baile de fin de año organizado por ellas en el patio de la casa de María Elena Sáenz, que era hija de un viejo capitalista venido a menos por la quiebra de su principal negocio, pero habían conservado la distinguida casa donde vivían, testigo mudo de una grandeza pasada.

En ese baile Salvador demostró sus grandes dotes de bailarín y regó gallardía y simpatía por todo el jardín; bailó con todas las muchachas, inclusive con Evita que era la menos agraciada y como le brindó algunas preferencias, aquello fue tomado como una admirable muestra de gentileza y generosidad. Evita que casi nunca era invitada a bailar, se sintió muy halagada con las preferencias de aquel guapo muchacho que con su destreza en el

baile le hizo sentirse en las nubes, aunque, ella, con mucha sensatez, percibió que en aquellas preferencias no había más que un bello ingrediente de una sana amistad.

Para cuando volvimos al nuevo año escolar, el segundo, ya era evidente que Salvador gozaba de gran popularidad entre los alumnos y maestros, y como el director de la escuela era el mismo que en la secundaria nocturna es decir el profesor Antonio C. Elizondo, él también difundió la espléndida actuación de Salvador al frente de la sociedad de alumnos de aquella escuela.

Una noche que estábamos deglutiendo nuestro gran banquete tradicional de dos tacos de pollo cada uno en el restaurantito «Al Caer la Tarde» Salvador me dijo:

-Baldemar, necesito urgentemente reunirme cuanto antes con los principales líderes de los diferentes grupos estudiantiles que suelen participar en la política de la prepa; como no tengo dinero para invitarlos a comer o a cenar, necesito organizar una cena en la casa de algún pariente o amigo para consolidar alianzas y compromisos y detectar mis posibilidades de triunfo en el caso de postularme para presidente de la sociedad de alumnos; pero algo tenemos que ofrecerles, tal vez una modesta cena y unos refrescos, pero el caso es, que tampoco cuento con recursos para ello; dime Baldemar, ¿qué se te ocurre para poder hacer esa cena?

-Lo único que se me ocurre es que te ayude el señor director de la escuela, porque yo sospecho que a él le convendría que fueras tú el dirigente estudiantil, en vez de alguno de esos jóvenes beligerantes que de todo protestan y que podrían causar trastornos a la actividad escolar. En cuanto a ti, al profesor Elizondo le consta que tú mueves a la muchachada en beneficio del trabajo académ-

mico y no en contra. Yo estoy seguro que si le planteas la conveniencia de aumentar tus posibilidades políticas dentro de la escuela con mucho gusto lo hará; claro, todo esto debe tratarse con la más absoluta discreción toda vez que las autoridades escolares no deben intervenir en las elecciones internas de la sociedad de alumnos.

-¡Caray Baldemar! ¡Qué Bárbaro! ¡Té volaste la barda! Me has dado una gran idea que seguramente nos conducirá al triunfo; mañana mismo hablaré con el profesor Elizondo y le pediré su ayuda aceptando con ello un compromiso que de ninguna manera significará poner en riesgo la autonomía de la sociedad de alumnos.

En efecto, Salvador tuvo una entrevista privada con el director de la escuela quien ofreció ayudarlo dejando a salvo su honesta posición al frente de la preparatoria enfatizando que le proporcionaría toda la ayuda necesaria para que triunfara en los comicios escolares, no con la mala intención de «mangonear» la sociedad de alumnos, sino consciente de que ésta no podría estar en mejores manos que en las de aquel muchacho que ya había demostrado su dinamismo y su grandeza de alma.

La referida cena se llevó a cabo en el patio de la frutería «La Victoria» con el permiso expreso de Don Victorino, el dueño, quien además, aportó todo lo relacionado con los postres. Omar un muchacho que venía con nosotros desde la secundaria y que había trabajado mucho tiempo de ayudante de cocinero en un restaurante de mala muerte, se encargó de elaborar el cortadillo, la sopa de arroz y los frijoles; Melchor que trabajaba de día como ayudante de pailero en los ferrocarriles se ocupó de traer los refrescos y el hielo. Evita la chica poco agraciada pero preferida por Salvador en el baile, trajo las tortillas.

A la cena fueron invitados los alumnos que representaban cierto liderazgo en sus respectivos grupos, así como aquellos que habían sido dirigentes estudiantiles en las diferentes secundarias de donde procedían; de tal suerte, que cada uno de los comensales tenía alguna representatividad y la mayoría de ellos con el solo hecho de ser invitados a aquella cena tan selectiva se sentían halagados y en cierta forma comprometidos con Salvador por haberlos tomado en cuenta. Entre ellos solamente había uno: Joaquín Orantes, que tenía fama de ser un eterno inconforme y de no dejar que nadie lo «mangoneara». Los demás estaban conscientes de que aquel grupo si lograba consolidarse en aras de una idea, de un objetivo, o de un buen líder, se convertiría en una fuerza muy poderosa dentro de la comunidad escolar de la preparatoria.

Veinte eran los comensales, 14 varones y 6 muchachas, que Salvador había seleccionado de entre los ocho grupos en que estaba dividida la impartición académica en la citada escuela, pues se integraba de la siguiente manera: tres grupos en primer año, otros tres en segundo año y dos en tercer año; porque el programa de la escuela preparatoria nocturna se dividía en tres años, a diferencia de la preparatoria diurna, que era de dos años. Pues bien, Salvador con mucha intuición política había seleccionado en cada uno de los grupos a dos de los estudiantes más brillantes o de mayor liderazgo; de tal suerte que los dieciséis estudiantes invitados podríamos decir que eran «La crema y nata» del plantel. En razón de la cooperación que habían prestado para la realización de aquel convivio, Salvador invitó también a Don Victorino su patrón, a Omar Pérez, a Melchor Martínez y a Evita

Gonzaga; Salvador y yo representábamos a uno de los tres grupos del primer año.

A manera de ofrecimiento del convivio Salvador hizo uso de la palabra y después de agradecer la colaboración de quienes lo hicieron posible, se dirigió a los estudiantes invitados de la siguiente manera:

«Estimados compañeras y compañeros: Ante todo, deseo agradecer su gentil asistencia a este modesto convivio, lo cual mucho me honra y enaltece, porque ustedes son los estudiantes más distinguidos y representativos de la comunidad escolar de nuestra querida Preparatoria Federal Nocturna. Algunos de ustedes se han destacado por su capacidad de liderazgo que supieron demostrar en la dirigencia de la sociedad de alumnos de las diferentes escuelas secundarias de donde proceden, pero todos los aquí presentes se distinguen básicamente por ser los más brillantes estudiantes de sus respectivos grupos; ése fue el criterio que utilicé para invitarlos esta noche, porque quería convivir con quienes pueden ser considerados los paladines estudiantiles de nuestra escuela. En ese momento Joaquín Orantes interrumpió bruscamente el discurso de Salvador, se puso de pie y dando un manotazo en la mesa dijo «ya está bueno de rollos y de manzaneos, queremos que nos digas con qué motivo nos invitaste a esta reunión. En todos los ámbitos de la escuela se rumora que tú pretendes postularte como candidato a la presidencia de la sociedad de alumnos de nuestra preparatoria y si ése es el verdadero motivo de este convivio, quiero advertirte que ni yo, ni la mayoría que aquí estamos dispuestos a vender nuestra conciencia por un plato de cortadillo y de frijoles. Tienes razón en señalarlos como los alumnos más representativos de

la comunidad estudiantil; en eso no te equivocaste, pero también somos los estudiantes más autónomos e independientes, y no nos dejamos «mangonear» por nadie; así es que, sin más dobleces ni más rollos, vamos directo al grano y dinos el verdadero motivo de esta reunión.»

Salvador Montero con una admirable serenidad que aumentaba su prestigio y su carisma, respondió: «Tiene razón el compañero Joaquín Orantes, con toda justicia sería culpado de gran frivolidad de mi parte, de insensatez y de inconciencia, si este convivió no tuviera un motivo de verdadera importancia para nuestra comunidad escolar. Cuando, con todo derecho y razón el compañero Joaquín interrumpió mis palabras, yo solamente estaba tratando de explicar el criterio en que me fundé para seleccionarlos a ustedes como invitados a esta cena. El motivo principal es precisamente lo que ha esbozado Joaquín; se acerca el momento en que tengamos que elegir la mesa directiva de nuestra sociedad de alumnos y para mí ese es un tema de primera importancia para garantizar la buena conducción de los trabajos académicos con el fin de que salgamos de esta escuela lo mejor preparados posible y con las armas educativas necesarias para afrontar o enfrentar los exámenes de admisión que como valladares deberemos salvar para acceder a los estudios profesionales que cada uno de nosotros, conforme a nuestras respectivas vocaciones, decidamos emprender o acometer. En lo que Joaquín está mal informado y con todo respeto se lo digo, es en la idea de que yo pretendo postularme como presidente de la sociedad de alumnos y desde éste momento hago ante ustedes formal declaración de que expresamente me descarto voluntariamente de dicha postulación, lo que yo he pretendido al convo-

carlos a este convivió es que siendo ustedes los estudiantes más distinguidos de la escuela, sea de este grupo de donde salga la mesa directiva que deberá de regir los destinos de la sociedad de alumnos de este año escolar. Ése es mi más grande deseo y si se me permite yo me atrevería a señalar como posible candidato al compañero Joaquín Orantes para encabezar dicha planilla, pero como mi intención es que ustedes decidan libremente confeccionar toda la planilla que habrá de contender en los comicios escolares, dejo a vuestro buen criterio su designación en forma democrática, en la inteligencia de que, como ya dije, yo no quiero aparecer en ninguno de los puestos de la misma; pero eso sí, prometo solemnemente poner toda mi voluntad y todo mi esfuerzo en apoyar incondicionalmente a la planilla que ustedes elijan para tratar de llevarla a un triunfo irreductible.»

Un aplauso estruendoso que duró varios minutos sancionó las palabras de Salvador. Joaquín Orantes todo confuso, en medio de su perplejidad, pero con cara de arrepentimiento, volvió a hacer uso de la palabra y dijo:

«Yo quiero pedirle al compañero Salvador Montero me disculpe por las insensatas palabras que dije en mi anterior intervención, y siguiendo su ejemplo yo también me descarto expresamente como candidato a la presidencia de la sociedad de alumnos, porque reconozco que entre los integrantes de este grupo hay compañeros más valiosos que yo, que cubren con sus cualidades los perfiles requeridos para tan importante responsabilidad; pero, también, como Salvador ofrezco todo mi apoyo para sacar triunfante a la planilla que formule este importante grupo.»

Enseguida pidió el uso de la palabra Isaías Chaveznava, uno de los más distinguidos alumnos del segundo año, que tenían fama de seriedad y sensatez, quien dijo: Yo felicito a Salvador Montero por su atingencia al invitar-nos esta noche a reunirnos para tratar el asunto relativo a la próxima sociedad de alumnos y lo felicito porque, salvo mi persona, considero que todos los demás invitados son los estudiantes más brillantes de la escuela y me adhiero a su pretensión de que salga de este grupo la planilla que se confronte con cualquier otra u otras en los próximos comicios escolares; sólo quiero proponer que no sea en esta noche la elaboración de la planilla de referencia, sino que tengamos algunos días para meditar lo que más conviene, y que sea en la próxima semana que nos reunamos nuevamente para aprobarla en definitiva, o hacer las modificaciones que democráticamente se estimen convenientes. Ahora bien, no tiene que ser en una cena la próxima reunión, pues todos carecemos de recursos para tomarlo como sistema, pero si Don Victorino, que ha sido tan amable, nos permite que dentro de unos días volvamos a reunirnos en este lugar, bastarán unos refrescos como vituallas.

Don Victorino se puso de pie y con una gran sonrisa en su rostro dijo: Ésta es su casa muchachos, cuantas veces lo requieran aquí pueden reunirse, solamente una condición les pongo, que me inviten a estar con ustedes porque me agrada mucho cómo plantean sus problemas y andando entre jóvenes me siento más joven yo también.

Con las palabras de Don Victorino se dio por concluido el convivio, quedando pendiente de fijarse la fecha de la próxima reunión. Todos los invitados se despidieron

entre sí con un estrecho abrazo y frases de aliento y de amistad, y fueron saliendo ordenadamente por la puerta trasera de la frutería. Cuando nos quedamos solos Salvador y yo le dije:

-Todo estuvo muy bien pero lo que no entiendo es tu actitud de descartarte como candidato a la presidencia de la sociedad de alumnos, siendo que ése era tu más íntimo propósito.

-Lo que sucede, mi querido Baldemar es que mi intuición política me hizo comprender que no era el momento propicio para plantear mi liderazgo ante semejante grupo de jóvenes brillantes; comprendí que ese liderazgo debo ganármelo poco a poco y no tratar de imponerlo sin antes haber hecho méritos suficientes para ello, porque la verdad es que todavía no me conocen la mayoría de los estudiantes que proceden de otras escuelas secundarias y por lo tanto, mi candidatura podría resultar insostenible aun dentro del mismo grupo con el que convivimos. Pero, si reflexionas detenidamente comprenderás que el estruendoso y sostenido aplauso con que todos rubricaron mis palabras de renuncia, significa más de lo que tú piensas; con esa actitud me gané la simpatía de tan importante grupo y ya verás los dividendos que con ese motivo voy a recoger dentro de la política estudiantil.

-Ahora entiendo, le dije, estás preparando tu candidatura para el año entrante como lo hiciste en la escuela secundaria.

-Efectivamente, ése es mi propósito.

Días después, según lo planeado, se volvieron a reunir en el patio de la frutería y entre todos elaboraron una planilla llevando a la cabeza a Isaías Chaveznava; los demás integrantes de la misma eran muchachos muy apli-

cados en sus estudios y muy respetados por los demás alumnos de la escuela. A Salvador le ofrecieron la secretaría del interior, pero él sugirió que allí me pusieran a mí, y para él solicitó que lo nombraran representante de la sociedad de alumnos ante las autoridades escolares, cargo que no tenía funciones definidas pero que le permitiría relacionarse con las autoridades de la escuela.

Registrada formalmente, la planilla resultó triunfante por abrumadora mayoría, pues como antes ya se dijo, estaba integrada por los mejores estudiantes de la escuela. Isaías Chaveznava era un muchacho muy respetado por todos y como era muy introvertido y poco comunicativo, se valía de Salvador Montero para que lo acompañara en todas las cuestiones de importancia, dándole la oportunidad de que fuera él, quien hiciera uso de la palabra para hacer el planteamiento de las gestiones. Blanca Nelly Leal, secretaria de conflictos acudía ante Salvador, no ante Isaías en busca de asesoría para resolver alguna de las cuestiones de su ramo; aparte de que ella sentía una gran atracción personal por aquel audaz muchacho que más que desdén o indiferencia, con mucha amabilidad y gentileza establecía un rango de mera amistad en su relación con las muchachas, lo cual generalmente provocaba reacciones contrarias, es decir, generaba mayores atractivos.

También en el segundo año escolar Salvador se preocupó por sacar siempre las mejores calificaciones de su grupo y con su habitual cordialidad, muy pronto, tanto sus compañeros de clase, como sus maestros, empezaron a rendirle expresas manifestaciones de admiración y reconocimiento.

En su trabajo, Don Victorino le había entregado el

manejo completo de la frutería, lo quería como un hijo y hasta se daba lujos antes insospechados, de irse semanas enteras de vacaciones con su esposa, en la confianza de que el negocio marchaba bien en las manos de Salvador Montero. A mí también me fue mejor. Salvador me nombró su segundo de a bordo, me aumentó el sueldo considerablemente y me dio la autoridad suficiente para mandar sobre los demás trabajadores del negocio.

Una vez le dije a Salvador: Oye Chávalo si Don Victorino, que no tiene hijos, al morir te deja en herencia la frutería ¿Qué es lo que harías con ella?

-No tengo el menor interés en este negocio, mis aspiraciones personales van mucho más alto; primero quiero ser abogado, no para ejercer la profesión, pues no me gustaría andar embargando bienes a la gente pobre que no puede cumplir sus compromisos, ni mucho menos, lanzar a la calle a familias humildes que no tuvieron recursos para pagar la renta. Yo quiero ser abogado porque es la carrera profesional que más se aviene con mis aspiraciones políticas. Yo quiero ser un gran político; no de ésos que andan arrastrando por el suelo el prestigio de su profesión, ni de los que hacen de la política la cueva de Ali-Babá, o que se valen de ella para amasar fortunas y con ello tratar de alcanzar estatus aristocráticos; no, yo quiero ser un gran político para servir al pueblo humilde. Quiero ser, en fin, un político como Don Benito Juárez que después de una brillante carrera murió pobre y dejó a sus hijos un humilde patrimonio; quiero ser un político que reivindique, dignifique y enaltezca la grandiosa y humana profesión de la política.

-¡Caray Salvador! -le dije- qué pensamientos tan altos bullen en tu cabeza; ojalá lo logres para prestigio y orgu-

llo de los que somos tus amigos y para honra del terruño que te vio nacer: nuestro querido pueblo de San Isidro.

Ismael Dávila, uno de los integrantes de la planilla triunfadora, invitó a sus compañeros más cercanos, entre los que nos incluíamos Salvador y yo, a un rancho propiedad de su padre, no muy lejano de los límites de la gran ciudad, pues con motivo de su aniversario tenía programada una fiestecita a la que deseaba asistiéramos sus compañeros de grupo, incluyendo a las muchachas, así como a muy contados jóvenes preparatorianos que tomaban clase en otros grupos.

El rancho, llamado «Los Dávila» estaba enclavado al pie de una monumental cordillera que le daba un marco natural de portentosa grandiosidad; además, tenía una alberca de agua fresca y cristalina, pues se abastecía en forma natural de un venero que surgía de la montaña; una amplia palapa, un vistoso asador de carne, bancas y mesas revestidas con mosaicos decorativos y una casachalet de regulares dimensiones donde pasaban invariablemente los fines de semana los padres y hermanas de Ismael, integraban, todos en conjunto, una hermosa finca de solaz y esparcimiento; eso sin contar los frondosos árboles frutales y de sombra dispersos en toda la propiedad. En medio de aquel hermoso ambiente campestre se llevó a cabo el cumpleaños de Ismael que empezó desde las 10:00 de la mañana y se terminó hasta muy altas horas de la noche. Todo fue algarabía, mientras unos jóvenes chapoteaban en la alberca, donde predominaba el género femenino, es decir, nuestras compañeras de clases y las tres hermosas hermanas de Ismael: Elia, Malena y Rosario. La mayoría de los muchachos durante la mañana se dedicaron a jugar voleibol; otros, bajo el techo de

la palapa jugaban dominó; y un pequeño grupo, en el que nos incluimos Salvador y yo nos reunimos en el porche de la casa de campo y en torno de una mesa recubierta de un grueso cristal y al lado de una hielera rebosante de latas de cerveza bien frías, nos dedicamos a profundizar en diversos tópicos relacionados con la vida política del país y del estado, así como en algunos relacionados con el acaecer académico de nuestra Preparatoria. Yo puedo afirmar, sin riesgo a equivocarme, que aquel pequeño grupo tenía serias y auténticas preocupaciones sociales, económicas y políticas, que no eran muy comunes en muchachos tan jóvenes. En ese grupo había de todo; los había catastrofistas, que todo lo veían con tremendo pesimismo y que lo sintetizaban en una terrible frase: «todo anda muy mal»; los había conformistas, para quienes todo era normal y también sintetizaban su renunciación y su mansedumbre con otra frase aún más terrible: «así son las cosas y no hay nada que hacer»; solamente Salvador y Humberto Ramos se rebelaban contra ambas actitudes extremistas. Salvador contradecía a los pesimistas diciéndoles: no todo está mal, hay algunos aspectos rescatables y nosotros los jóvenes tenemos el compromiso social de mejorar todo lo que esté mal y de poner valores morales y humanos ahí donde no los hay. A los resignados Salvador los impetraba diciéndoles: la esencia misma de la vida no nos permite a los jóvenes ser conformistas ni estáticos; recordemos las lecciones de la historia de nuestra patria y veremos en sus más bellas páginas que quienes nos han legado libertad e independencia han sido hombres un poco mayores que nosotros, pero que, desde que tenían nuestra edad, o desde antes, anidaban en sus almas la gloriosa percepción de que tenían, como jóve-

nes, una misión que cumplir y la cumplieron en la mayoría de los casos con la inmolación de sus fecundas vidas. ¡No acepto, de ninguna manera la indolente expresión de que «No hay nada que hacer» ni tampoco la que sugiere que todo está tan podrido, que no tiene remedio! Al decir esto Salvador puso tanta pasión que no dio motivo a ninguna réplica, y por el contrario, cuando uno de los presentes, no recuerdo quién, inició un tímido aplauso, todos los demás nos pusimos de pie y con una sincera ovación expresamos nuestra adhesión a las ideas de mi amigo Chávalo. Aquello fue el inicio de lo que convertiría a Salvador Montero en un líder ideológico de los estudiantes de la Preparatoria Federal Nocturna.

Después de la comida, que fue abundante en carne asada, con sus aderezos de rigor, se reunió todo el grupo bajo la sombra de la palapa central; Salvador pidió permiso para tomar una guitarra que colgaba de una alcayata en el muro central, y desde que empezó a afinar sus cuerdas se percibió que conocía y sabía tocar aquel instrumento tan conocido y muy común en nuestro medio. Las muchachas le pidieron que cantara alguna canción y él, complaciente como siempre les ofreció cantar varias canciones románticas, pero pidió que le permitieran cantar primero, una cancioncita que un tío abuelo suyo le cantaba cuando era muy niño y que llevaba por título «Errante», y empezaba diciendo: «Errante voy, pobre de mí, por el camino, sin encontrar, sin encontrar felicidad.»

Después cantó canciones de amor, de desamor, de encuentros y desencuentros y otras de gran romanticismo; las muchachas estaban extasiadas y los muchachos empezaron a lanzar gritos de entusiasmo cuando José Guerrero acompañó a Salvador, haciendo la segunda voz

en una canción ranchera que hablaba con mucha arrogancia de los hombres bravíos, pendencieros, jugadores, borrachos y mujeriegos. Después, Elia la hermana mayor de Ismael, y la más bella, se acercó a Salvador y con una sonrisa que iluminó el espacio, le pidió que la acompañara con la guitarra porque ella quería cantar la bella canción de un notable compositor titulada «Solamente una vez». Con una voz chiquita pero con una dulzura congruente con su belleza Elia tornó el ambiente en una fragante espiritualidad. La mayoría de los presentes, sobre todo las muchachas, percibieron que algún sentimiento muy íntimo y espiritual había provocado Salvador en el alma sutil de aquella bella muchacha. Salvador, como siempre, no desdeñó las muestras de simpatía de la hermosa joven, pero tampoco correspondió con abiertos galanteos, y según su costumbre permaneció en esa indefinida frontera que torna confuso el sentimiento entre el amor y la amistad.

Después de aquella fiesta campestre el prestigio de Salvador Montero aumentó como la espuma, pues a todas las cualidades que ya se le conocían, se agregó su capacidad de tocar muy bien la guitarra, de cantar y de declamar porque olvidé decir que en la mencionada fiesta Chávalo declamó varias poesías que transformaban aquel momento en un ambiente intelectual y sublime. Era indudable que Salvador se estaba convirtiendo en el muchacho más brillante y completo de la preparatoria, pues aparte de todos esos atributos, sus ideas avanzadas y progresistas lo situaban a la vanguardia de los jóvenes dinámicos de la escuela. Como yo era su más cercano amigo los demás estudiantes repetidamente me mostraban su admiración hacia Salvador; nunca escuché nin-

guna diatriba o comentario negativo contra Chávalo.

En los meses siguientes Salvador apoyó sin reservas la actuación de Isaías Chaveznava al frente de la sociedad de alumnos y con su ayuda logró que no fuera anodina su administración.

Las siguientes reuniones del «selecto grupo», es decir, aquéllos que fueron invitados originalmente a la cena de la frutería, ya no se llevaron a cabo en el negocio de Don Victorino, sino que por ofrecimiento de Ismael Dávila, se hicieron en su finca campestre, y después de varias reuniones, llegado el momento, acordaron unánimemente postular a Salvador Montero para presidente de la sociedad de alumnos del siguiente año; la planilla fue integrada democráticamente y a mí Salvador me propuso como secretario del interior, que significaba ser su segundo de a bordo, lo que a nadie le causó extrañeza porque conocían la estrecha amistad que nos unía desde niños.

La planilla triunfó arrolladoramente; es más, nunca se había dado el caso de que no se presentara alguna planilla contraria, es decir, nadie se atrevió a enfrentársele a Salvador.

Ya ungido como Presidente de la sociedad de alumnos, una de sus primeras acciones, como tal, fue solicitar una entrevista con el señor director de la escuela a donde habríamos de acompañarlo todos los integrantes de la planilla, y una vez que estuvimos frente a la máxima autoridad de la escuela le hizo un planteamiento que dejó pasmado al director. Salvador le dijo:

-Señor director, con el respeto que usted nos merece y con nuestra eterna gratitud y reconocimiento por su grandioso esfuerzo para crear estas escuelas nocturnas que nos abre caminos de superación a quienes tenemos ne-

cesidad de trabajar durante el día, venimos a plantearle una petición que según nuestro criterio de dirigentes estudiantiles, de acceder usted a ella, se tornaría en un gran beneficio para la actividad académica de este plantel. Se trata, señor director, de que estamos sintiendo que muchos maestros, en los diversos grados, no asisten con regularidad a impartir sus cátedras, por lo que venimos a pedirle que en atención al esfuerzo que hacemos todos los estudiantes de trabajar de día y de estudiar de noche, comine usted a los maestros faltistas para que cumplan con su cometido y en caso contrario, sustituirlos por otros de mayor sentido de responsabilidad. Nosotros no sabemos si sus faltas sean atribuibles a que ellos se consideren mal pagados por su trabajo; si es así, señor director, los alumnos estaríamos dispuestos a pagar una cuota razonable para que la administración de la escuela estuviera en mejores condiciones económicas para pagar mejor a los maestros cumplidos.

Como antes dije, el director de la escuela se quedó pasmado al escuchar aquella petición que por una parte significaba el interés de los alumnos de que los maestros no faltaran a dar clases, y por la otra ofrecían participar económicamente para pagar mejor a los maestros. El profesor Antonio C. Elizondo, maestro de toda una vida, había tenido muchas vivencias escolares, y estaba acostumbrado a la algarabía de felicidad de los muchachos cuando se les informaba que un maestro no asistiría a clase; de tal suerte que aquello era atípico, pero muy positivo, por lo que respondió a la propuesta estudiantil en los siguientes términos:

-Estimados muchachos, me conmueve verdaderamente su propuesta, porque me hace sentir que mi esfuerzo

no ha sido en vano, y que ustedes, los estudiantes de noche, integran una generación distinta y superior, porque vienen aquí, como yo lo había soñado, para superar su origen y buscar una mejor posición en la sociedad y un mejor destino para ustedes. Esta misma noche dictaré una circular exhortando a mis compañeros maestros a cumplir indefectiblemente sus obligaciones escolares, apercibiéndolos de que quien no cumpla será sustituido de inmediato. De ninguna manera aceptaré que ustedes paguen la más mínima cuota, eso daría al traste con la filosofía fundamental que dio origen a estas escuelas nocturnas. Yo sabré encontrar entre algunos maestros amigos míos y compañeros de toda mi vida, a quienes como yo, estén dispuestos a entregar su esfuerzo sin más interés que el de cumplir la sagrada vocación que ha impulsado nuestras vidas. Convocaré también, a algunos compañeros maestros ya jubilados, de grandes aptitudes pedagógicas, así como algunos que ganan buenos sueldos en las preparatorias diurnas y que por lo tanto, pueden darse el lujo de colaborar con nosotros algunas horas honoríficamente, de esa manera conformaré un grupo de mentores que con satisfacción y honor sustituyan a los incumplidos.

Otra de las iniciativas más importantes proyectadas por Salvador fue la de erigir un busto de bronce con la imagen de Don Benito Juárez que sería colocado en el paraninfo de la preparatoria, de tal suerte, que la figura del Benemérito presidiera para siempre las actividades de la escuela. Para ello solicitó la cooperación de todos los alumnos, que podría ser en numerario o en especie; es decir, con llaves o piezas de bronce que serían proporcionadas al taller encargado de fundir el busto. En aque-

lla tarea participaron muy activamente todos los alumnos de la escuela, estimulados por las palabras de Salvador en las frecuentes reuniones estudiantiles a las que convocaba.

Se nombró como tesorera a Blanca Nelly, que aparte de dinámica, inspiraba confianza por su manera de proceder, y después de cinco meses de actividad para recaudar los recursos necesarios, Blanquita informó a la comunidad escolar que ya existían en caja los fondos suficientes para mandar fundir el busto de Don Benito Juárez, cuyo modelo había sido encargado a un destacado escultor de la localidad, Cuauhtémoc Sarmiento que había donado su trabajo sin costo alguno, con la advertencia de que ese modelo no era original, sino que ya se había colocado en otras dos ciudades del país que se lo habían solicitado. Esa circunstancia nadie la tomó en cuenta, lo importante era rendirle un homenaje al insigne patricio oaxaqueño aunque su busto fuera exactamente igual a los que se habían colocado en otras partes.

Blanca Nelly y su amigo de siempre, Ricardo Pérez, se encargaron de contratar los servicios del taller que, bajo la técnica de la «cera fundida» habría de fundir el referido busto. Un amigo de Salvador, el arquitecto Héctor C. Ojeda, que en ese tiempo era el profesionalista de su ramo más laureado nacional e internacionalmente por sus acuarelas y por sus innovadores proyectos arquitectónicos, fue el encargado de proyectar y construir el pedestal sobre el que debería colocarse el busto. Una vez terminados los trabajos antes mencionados, así como una placa metálica alusiva en la que quedaba de manifiesto que aquel monumento era una obra realizada íntegramente por la sociedad de alumnos, se procedió a expedir las invitacio-

nes impresas para la develación oficial del monumento. La Sociedad de Alumnos; conjuntamente con la Dirección de la escuela, invitaron a esa ceremonia a las autoridades civiles y militares de la localidad, así como a la Gran Logia Masónica del Estado, que como todos hemos sabido, ha sido siempre auspicio, custodio y principal baluarte del pensamiento liberal Juarista; también se invitó a las autoridades universitarias y a las sociedades de alumnos de otras preparatorias. La fecha que se fijó para ello fue el 21 de Marzo aniversario del natalicio del Benemérito, y se hicieron los preparativos de rigor para recibir a los invitados y para darle la solemnidad que merecía el evento. En la parafernalia que se había elaborado para el caso, se había dispuesto que después de los honores a la bandera, el señor Gobernador del Estado, acompañado del señor Alcalde de la ciudad y de los principales realizadores de la obra, así como los invitados especiales, físicamente se colocaran al pié del pedestal y con toda solemnidad despojaran al busto del velo que lo cubría, lo cual se llevó a cabo en medio de atronadores aplausos y del marcial toque de trompetas de la banda de guerra de la propia preparatoria. El discurso de fondo había sido encomendado por disposición del director de la escuela al joven Salvador Montero, en su carácter de presidente de la sociedad de alumnos, quien para cumplir con ello, subió al templete que se había instalado a manera de presidium y abordó la tribuna donde estaba colocado el micrófono de pié, y con su característica voz gutural, Salvador empezó su alocución dirigiéndose, respetuosamente, al ciudadano Gobernador del Estado, al Presidente Municipal, al Presidente del H. Congreso del Estado, al Presidente del Poder Judicial, al Gran Maestro de la

Gran Logia Masónica, a las Autoridades Universitarias presentes, al Director de la Escuela y luego con un gesto cordial muy de su estilo, se dirigió a todos los estudiantes, quienes al sentirse aludidos atronaron el espacio con sus estruendosos aplausos y gritos de entusiasmo.

Si en vez de este evento, amigo mío, yo le estuviera narrando una corrida de toros, le diría que en el puro «paseillo» Salvador Montero había cortado, orejas y rabos antes de torear. Quiero decir con esto, amigo caminante que en la pura salutación Salvador demostró su carisma y su vigoroso liderazgo entre los estudiantes de la preparatoria. Con gran elocuencia relató los esfuerzos de todos los alumnos de la escuela para obtener los recursos suficientes para realizar aquella obra y agradeció expresamente la decidida colaboración del escultor Cuauhtémoc Sarmiento y del distinguido Arquitecto Héctor C. Ojeda, quienes estando presentes en el presidium fueron ovacionados merecidamente. Después de ello, con esplendidos giros retóricos y gran dominio escénico, Salvador dominó el espacio y fue alcanzando singulares alturas cuando hizo referencia al pensamiento, vida y obra del gran Benito Juárez. No obstante que el patio de la escuela estaba pletórico de asistentes, en todo el recinto no se escuchaba más ruido que la voz subyugante de aquel muchacho de tan grandes virtudes oratorias; su discurso fue aumentando de tono hasta llegar al bode de la exaltación y remató diciendo:

«Juárez, como todo héroe auténtico, constituye una comunicación permanente entre el pasado y el presente; constituye un puente generacional ideológico, perpetuo e inmutable entre lo liberales de su tiempo y las juventudes de hoy, ávidas de reformas, en la búsqueda de un

México mejor -y siguió diciendo- por eso, cuando México grita su propia verdad, de libertad y de paz, basado en su eterno apotegma de «El respeto al derecho ajeno es la paz» en medio de un escenario mundial donde la mayoría de los pueblos poderosos de la tierra aún no han logrado racionalizar su política de respeto hacía los pueblos débiles, la figura de Juárez se agiganta, se universaliza y se queda como un ejemplo permanente para todos aquellos jóvenes, que, como los que estamos aquí y que con sacrificio erigimos este monumento en su memoria, aún seguimos creyendo en el futuro de nuestra patria; aún seguimos creyendo en el futuro del ser humano y aún seguimos creyendo en la humanidad.»» Al terminar de decir estas palabras la concurrencia entera prorrumpió en impetuosos aplausos y gritos estudiantiles de ¡¡Viva Juárez!! Y de alguna sección de los concurrentes surgió un grito vehemente ¡¡Juárez vive!!

No podría decir cuánto tiempo se prolongó aquella ovación, pero en medio de ella, el Gobernador del Estado se desplazó hasta la tribuna donde había hablado Salvador y le dio un estrecho y prolongado abrazo y algo le dijo al oído que Salvador respondió: «Gracias señor gobernador, con mucho gusto acudiré ante usted.»

Terminada la ceremonia los invitados abandonaron el local que sirvió de recinto a aquel solemne evento y solamente nos quedamos, Salvador, Blanquita, Ricardo Pérez, Isaías Chaveznava, Melchor Martínez el ferrocarrilero, y yo. Eran ya como las 10:00 de la noche; la escuela estaba desierta, solamente hacía trabajos de limpieza Don Pedro, el conserje. Acercamos unas sillas frente al busto de Don Benito, nos sentamos, y sin decir palabra alguna por un rato nos quedamos mirando su rostro impassible y su

mirada inexpresiva, como todos los de su raza; así permanecemos no sé cuánto tiempo. Blanquita con su gran sensibilidad femenina lloraba enternecida y silenciosamente. Al fin Melchor, rompió el silencio y dijo:

-¡Caray, Salvador qué bonito hablaste, me tenías a punto del infarto!

Y Blanquita entre recortados sollozos dijo:

-A mí me tenías a punto del llanto, pero me aguanté, por eso ahora les ruego me dejen soltar mis emociones.

Salvador se concretó a decir:

-Misión cumplida estimados amigos, este monumento hará perdurar por siempre las inquietudes juveniles de los estudiantes que nos habrán de suceder. Nunca terminaré de agradecerles a todos ustedes su colaboración, y no tengo, de momento, más que ofrecerles que mi sincera amistad que espero me la acepten. Después de aquello todos nos abrazamos efusivamente y con un cariñoso «hasta mañana» nos dispersamos cada quien por su lado.

Al día siguiente, al llegar a la escuela, encontramos varios ramos de flores al pie del monumento de Don Benito Juárez, sin que hayamos sabido de dónde procedieron. Don Braulio dijo que parecía que eran masones quienes los habían llevado, dados los atuendos que portaban.

De esa manera concluyó aquel capítulo, como también concluyó después nuestro ciclo escolar, el que terminó en medio de emotivas festividades estudiantiles. Perla y Ricardo Pérez se hicieron novios y con el tiempo supe que se habían casado; Isafás se inscribió en la Facultad de Odontología y después me enteré que había obtenido su título de Dentista y que había instalado un consultorio debidamente equipado; a Melchor lo perdí completamente de vista y no supe más de su vida; Ismael se

convirtió en un próspero comerciante después de haber obtenido su título de Contador Público; Elia, su bella hermana, durante algún tiempo procuró, sin éxito, alguna relación amorosa con Salvador, pero éste no quería someterse a compromisos formales que pudieran obstaculizar su camino que ya tenía trazado.

Conociendo yo el carácter de Salvador, abierto para todo el mundo, pero rigurosamente reservado en sus cosas personales, nunca le pregunté qué le había dicho el Gobernador del Estado después de su discurso, cuando él contestó: «con mucho gusto acudiré ante usted»; pero un día, sin yo preguntárselo, me confesó que el gobernador, después de felicitarlo, le había dicho que tan pronto terminara su preparatoria lo esperaba en su despacho en el palacio de gobierno, porque quería hablar con él. Y yo le pregunté ¿cuándo piensas ir a verlo?

-No sé, tal vez la próxima semana.

Efectivamente, días después de haber concluido nuestros estudios de preparatoria Salvador me pidió que lo acompañara al Palacio de Gobierno para solicitar una audiencia con el señor Gobernador. El Secretario Particular tomó nota de la petición de audiencia y le indicó a Salvador que regresara dentro del tercer día para informarle al respecto; así lo hicimos y el propio funcionario nos informó que el señor gobernador recibiría a Salvador el jueves de la siguiente semana a las once de la mañana. Ese día, vestidos con nuestras mejores ropas, llegamos puntualmente ante el Secretario Particular, quien nos pasó a una salita contigua al despacho del señor Gobernador del Estado; después de una espera de media hora, el primer mandatario estatal apareció ante nosotros, y luego de un fuerte apretón de manos nos pasó a su oficina pri-

vada. Allí le expresó a Salvador lo siguiente: Qué bueno que viniste; quiero pedirte que colabores conmigo en dos actividades muy importantes para mí y para mi gobierno. Quiero que te pongas al frente de la dirección de vinculación social del gobierno estatal, cuya función específica será la de fomentar las relaciones públicas de carácter social y cultural con las dependencias culturales federales y municipales dentro del estado, con las universidades y con las organizaciones culturales, artísticas e históricas; pero además, quiero que seas el Director del las Juventudes del Partido Político Liberal, que fue el que me postuló para Gobernador, y al que le debo mi alta posición política en el Estado. En ambas actividades, particularmente en esta última, te darás a conocer social y políticamente, para que en un día, no muy lejano, estés en posibilidades de aspirar a algún puesto de elección popular. Así como lidereaste a los muchachos de la preparatoria federal nocturna, quiero que te conviertas en el líder principal de las juventudes de mi partido; yo sé que tienes madera para ello. ¿Qué me contestas?

-Que me siento abrumado de tantas consideraciones de su parte, y espero no defraudarlo; solamente quiero advertirle que en virtud de que mi intención es inscribirme como alumno de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad del Estado, porque quiero ser abogado, y como no hay clases nocturnas, de antemano le ruego me permita adecuar la función pública que usted tan gentilmente me ofrece, con los horarios de mis clases en la Facultad de Derecho.

-¿Cuál sería el horario al que te refieres?

-En la Facultad de Derecho las clases se inician diariamente a las 7:00 de la mañana y concluyen a las 10:00;

por la tarde se inician a las 16:00 horas y concluyen a las 19:00 horas.

-Si ése es el horario -comentó el gobernador- no será obstáculo para cumplir con tus obligaciones oficiales, ni tampoco en lo que respecta al trabajo con los jóvenes del partido, porque esas actividades se realizan preferentemente por las noches, ya que también esos muchachos, en su mayoría, son estudiantes.

Al llegar a este punto Salvador hizo mi presentación de la mejor manera, pues le dijo al gobernador lo siguiente:

-Señor Gobernador, este joven que me acompaña es Baldemar Godínez, el más íntimo y cercano amigo que he tenido en la vida; desde niños hemos sido inseparables y quisiera que me permitiera designarlo como mi más estrecho colaborador en las funciones que usted me ha encomendado.

-¡Por supuesto muchacho! te doy libertad de hacerlo, y me complace que tengas un gran amigo a tu lado, en el que puedas confiar y quien esté a tu lado en las vicisitudes que tendrás que sortear en el nuevo camino que te espera. ¡Qué bueno que tengas un amigo leal! Yo todavía no lo he encontrado; tengo muchos covachuelos serviles que hacen del halago y de la adulación toda una profesión para obtener algún puesto político, pero todavía no he encontrado un amigo de verdad.

Salimos de aquel recinto sin decir nada; atravesamos la amplia explanada contigua al palacio y seguíamos sumidos en nuestros pensamientos, sin hablar; por fin Salvador rompió el silencio, me invitó a sentarnos en una banca de la plaza y me dijo:

-Baldemar, como ves, ya se han empezado a abrir los caminos de mi destino, en los que quiero que me acompañes, como siempre, porque no quiero dar ni un sólo paso sin que estés a mi lado. Vayamos, primero a inscribirnos en la Facultad de Derecho de la Universidad para continuar nuestros estudios profesionales.

-Oye Salvador, tú estás dando por hecho que yo quiero ser abogado como tú, pero no me has preguntado si por ese rumbo me lleva mi vocación. Yo no estoy tan seguro de querer estudiar Derecho; por otra parte, Don Victorino me ofreció dejarme completamente a cargo de la frutería, pues él quiere retirarse definitivamente del negocio, por cansancio y por vejez, eso quiere decir que puedo convertirme algún día, no muy lejano, en el dueño de ese negocio, pues como tú sabes, Don Victorino no tiene hijos, ni parientes cercanos.

-¡No me digas Baldemar que tus ambiciones personales son tan reducidas que te conformas con ser dueño de una frutería! No te creo tan indolente, ni tan conformista; no puedo creer que por tan poca cosa dejes de acompañarme en mi futuro. Te pido que lo pienses bien y que juntos sigamos volando hacia mayores alturas; yo te necesito, porque tu compañía siempre me ha dado fuerzas para seguir adelante y no concibo la idea de que no estés conmigo en la Facultad de Derecho y en los demás avatares de la vida. Sigue trabajando en el negocio de Don Victorino, pero no me dejes solo ni en la facultad y mucho menos en mis actividades como Director de las Juventudes del P.P.L; pues estoy seguro de que ésa es la llave para empezar una carrera política de insospechados alcances. Soy capaz de ir a hablar con Don Victorino y pedirle que no te corte las alas arraigándote en la frute-

ría y que si en realidad te quiere, que te permita aspirar a mejores horizontes.

-Mira, Salvador, con todo gusto, en razón de nuestra gran amistad, te ofrezco estar contigo en lo relacionado con las juventudes del partido, pero definitivamente voy a continuar al frente de la frutería, porque sería una atrocidad que abandonara el negocio de Don Victorino en un momento en el que él ya no puede atenderlo y sería yo muy ingrato si pasara por alto que él nos dio el trabajo que nos permitió venir a estudiar a la gran ciudad. Por otra parte, definitivamente te digo que no me interesa ser abogado; o sea, que no estaré contigo en la Facultad de Derecho, voy a dedicar todas mis fuerzas a evitar que la frutería pierda su prestigio, pues ahora, con el advenimiento de los grandes supermercados que incluyen la fruta en su giro comercial, es muy importante dar un buen servicio y seleccionar adecuadamente los productos que se venden en La Victoria. Tú sigue tu camino, Salvador, conviértete en un buen abogado y en un gran político; por las noches acudiré al local del partido y como siempre seré tu más cercano colaborador en todas las actividades políticas en las que quieras encausar a las juventudes partidarias. Espero que esta decisión no afecte nuestra amistad, y que sigas concediéndome el privilegio de ser el mejor amigo de tu vida.

Tal y como lo ofreció Baldemar, todas las noches, excepto los domingos, Salvador conferenciaba con los jóvenes liberales dentro de un local que para ese efecto tenía destinado el dirigente estatal del partido. Yo siempre estaba a su lado y lo ayudaba en todas las actividades políticas, de carácter cultural o deportivas que organizaba para mantener activos a un grupo de muchachas y

muchachos que quería incursionar en la vida política del Estado a través de aquel partido político cuya declaración de principios se avenía con los ideales de cada quien. Como siempre Salvador se destacó por su actividad y muy pronto el sector juvenil tuvo que ser tomado en cuenta en las estructuras del Partido, pues demostró tener la representatividad suficiente y la capacidad de convocatoria y de organización necesarias para constituirse en una fuerte estructura de un Partido que estaba urgido de sangre joven que le diera nuevos impulsos a sus vetustas estructuras políticas.

Una noche que no hubo mucha actividad con los jóvenes, Salvador y yo quisimos recordar tiempos pasados y nos fuimos a cenar los tradicionales tacos de pollo refritos y crujientes en el viejo restaurante «Al Caer la Tarde», con la diferencia de que ahora cada quien pidió una orden completa y no como antes, que la repartíamos en dos tacos cada uno. Allí me comunicó Salvador que el gobernador del estado lo estaba proponiendo como candidato a diputado local en representación de las juventudes del Partido.

-Pero Salvador, si aceptas ese cargo pueden resultar afectados los estudios que estás llevando en la Facultad de Derecho.

-De ninguna manera; la campaña electoral se llevará a cabo en los meses de junio y julio, que es época de vacaciones, y en caso de que resulte electo, las sesiones del Congreso son exclusivamente en las mañanas y se inician a las 11:00 horas, o sea, que puedo concurrir a ellas sin dejar mis estudios.

Ése fue el primer paso en la fulgurante carrera política de Salvador, quien llevó a cabo una esforzada e inclu-

yente campaña política, en la que, por primera vez en la historia del Estado, el candidato prescindía de las grandes concentraciones de gente y de los mítines tumultuarios, y en lugar de eso Salvador se dedicó a recorrer todas las calles de su distrito electoral tocando puerta por puerta, tomando así contacto personal con toda la gente de su distrito, lo que le valió obtener un indiscutible triunfo el día de las elecciones. Ya cuando tomó posesión de su curul él se dedicó a asistir a las sesiones del Congreso y yo me volví a concentrar en el manejo de la frutería La Victoria. Tenía a mi mando varios ayudantes y los sábados en la tarde, los dedicaba a ir a rendir cuentas a Don Victorino a su domicilio, pues ya no podía levantarse de su lecho.

Los tiempos habían cambiado, «La Victoria» ya no era la única frutería de renombre en la gran ciudad; se habían establecido otras, de tal manera que para conservar la clientela y el nivel de ventas de siempre, había que hacer mayores esfuerzos y una impecable administración, lo que significó que por falta de tiempo, ya no pude acompañar a Salvador en ninguna de sus nuevas actividades. Eso nos fue alejando un poco; nuestros caminos se diferenciaron y hubo semanas que no nos vimos. Yo sólo tenía noticias de él por la prensa local, pues se había convertido en un importante político. No obstante su nueva posición, Salvador, de vez en cuando venía a la frutería; su chofer estacionaba su elegante automóvil frente al negocio y me compraba algunas canastas de frutas, dulces y vinos para cumplir algunos compromisos de regalos, particularmente cerca de la época navideña.

El tiempo siguió adelante; la frutería conservó su ritmo de siempre. Imitando a Don Victorino me traje de

San Isidro a varios muchachos que querían venir a la gran ciudad para seguir sus estudios, a quienes les proporcioné toda clase de facilidades. Un día llegó a mi negocio el chofer de Salvador para entregarme una invitación para el evento de su examen profesional, así como para la cena con sus maestros y con algunos de sus compañeros de generación. Me dio mucho gusto saber que Salvador coronaría sus estudios con el ansiado título de abogado y con todo apremio acudí a presenciar su examen profesional, el cual fue público siguiendo la tradición de esa Facultad. Salvador había elaborado su tesis recepcional sobre un tema político de carácter constitucional, que, en conclusión, representaba una virtual iniciativa de reforma al texto mismo de la Constitución General de la República; como me lo esperaba, Salvador estuvo brillante en su examen recepcional, por lo cual fue aprobado por la unanimidad de sus cinco maestros integrantes del jurado. Todos ellos, destacados juristas muy respetados en los foros de la judicatura, quienes al informarle el resultado aprobatorio, lo felicitaron expresamente, y con mucha solemnidad procedieron a tomarle el juramento acostumbrado en esas ceremonias. Después de muchos abrazos de felicitación, Salvador recibió el mío, acaso el más sincero y el de mayor contenido; todos nuestros sueños juveniles se fundieron en aquel abrazo, yo sentí su corazón latir y seguramente él sintió el mío. Después lo acompañé a la cena que se acostumbra después del examen, en compañía de los maestros del jurado y de un grupo de compañeras y compañeros de su generación. Uno de ellos, que luego supe que fue el único capaz de competir con Salvador en el cuadro de honor estudiantil, hizo uso de la palabra y con frases pletóricas de citas célebres de

grandes juristas de la antigüedad, y con muchas pinceladas de esos latinajos que los abogados acostumbran propios de sus estudios obligados del Derecho Romano de donde derivan originalmente nuestras instituciones jurídicas, culminó con frases honrosas de felicitación y de buenos augurios para su compañero.

Salvador por su parte dirigió unas breves palabras con su estilo de siempre, honrando a todos, particularmente a sus maestros y sublimando los conceptos de amistad para sus compañeros de generación con quienes había cursado 5 años de estudios profesionales; a sus maestros los enterneció visiblemente cuando les dijo: «Queridos Maestros; al terminar mi carrera siento que me quedo con mucho de lo que ustedes me dejaron, pero siento, a la vez, que cada uno de ustedes algo se llevó de mí; lo que ustedes me han dejado lo conservaré toda mi vida como un preciado tesoro de sabiduría y de grandeza, ojalá que lo que se llevan de mí lo recuerden en alguna ocasión.»

Después, todo fueron aplausos y buenos augurios; Salvador me entregó una copia de su tesis recepcional con una dedicatoria que me llegó hasta las más profundas reconditices de mi alma. Casualmente mi lugar en la cena estuvo al lado de las compañeras de Salvador y sin quererlo escuché a una de ellas, que le llamaban Alicia, decir lo siguiente: Yo creo que todas nosotras de alguna manera estuvimos enamoradas de Salvador, pero pronto comprendimos que lo más importante en él era su sin igual trato tierno y dulce de especial amistad, ajena a cualquier otro interés o sentimiento. Ojalá que todos los hombres tuvieran la sutil gentileza y dulce ternura de Salvador que a todas por igual, nos hizo sentir, con su trato,

las princesas de los cuentos de hadas; Dios quiera que se cumplan todas sus ambiciones políticas y que escale los más altos escaños de la función pública. ¡Lo merece!

Yo salí de aquel lugar con mucho orgullo en mi corazón, porque mi eterno amigo había logrado conquistar los laureles académicos con los que siempre soñó. ¡Ya era un abogado!

Dos años después me pidió que volviera a separarle la fruta magullada, porque tenía intenciones de lanzar su candidatura para diputado federal y en su campaña electoral quería seguir la tradición de llevarle esa fruta, en la mayor cantidad de bolsas posible, a la gente más humilde de su distrito; yo con mucho gusto acepté su petición y le ordené a mis ayudantes que con el debido cuidado seleccionaran esa fruta y se la entregaran a la persona enviada por Salvador a recogerla. Es más, en un afán de ofrecerle mejor ayuda le dije:

-Salvador, para mayor comodidad tuya, si así lo prefieres, pásame una lista de las personas que tú quieras favorecer, y a ellos diles que pasen a recoger la fruta.

-No, Baldemar, eso no es así; lo importante en esto es que yo lleve personalmente la fruta a la gente de mi distrito, porque eso me permitirá penetrar en sus hogares, tomar contacto directo con mis electores y establecer un compromiso recíproco; así escucharé y tomaré nota de sus necesidades particulares y colectivas, y yo, a mi vez, les daré a conocer mis propuestas. Ése es el tipo de política moderna para llegar directamente al corazón de la ciudadanía.

-En verdad, Salvador, que tienes el pensamiento y la estructura humana de un gran político. Ahora bien, como seguramente también deberás halagar a alguno de tus

jefes superiores, te ofrezco arreglar para ti algunas canastas bien surtidas de la mejor fruta, de finos dulces y de los mejores vinos, para que cumplas con algunos compromisos de carácter político.

Semanas después leí en la prensa que Salvador Montero se había postulado como Candidato a Diputado Federal por el Cuarto Distrito Electoral que comprendía un sector de la ciudad muy humilde y muy carente de todos los servicios urbanos. Lo primero que pensé: Qué admirable es Salvador, buscando siempre los sectores más humildes, donde habita la gente más pobre y donde se necesita la mayor ayuda de las autoridades y de los buenos políticos. Me hubiera decepcionado Salvador si se hubiera lanzado por un distrito de gente rica.

En la frutería las cosas seguían igual; sin embargo, Don Victorino venturosamente tuvo una recuperación increíble, los doctores que lo atendían estaban asombrados; fue tan positivo su restablecimiento que algunos días de la semana me pedía que pasara por él a su casa y lo trajera a la frutería, donde permanecía sentado en un sillón observando los movimientos de su antiguo negocio y platicando conmigo de sus recuerdos. En varias ocasiones me recordaba cuando llegamos del rancho Salvador y yo, y también se acordaba de Angelberto, quien se había convertido con los años en gerente general del banco comercial donde trabajaba. En varias ocasiones habló con regocijo de la brillante carrera política que llevaba Salvador y concluía con una sonrisa llena de satisfacción diciendo:

¡Tuve muy buena mano con todos ustedes! Me recomendaba mucho que ayudara a los muchachos que acababan de empezar a trabajar en la frutería y que habían

venido de nuestro mismo pueblo, especialmente a Ramón González que estaba demostrando gran eficiencia, dinamismo, honradez y sentido de responsabilidad en su trabajo y luego me decía Don Victorino «Ése muchacho va a resultar igual que ustedes, enséñalo a trabajar y recomiéndale que estudie en la noche igual que lo hicieron ustedes.»

Salvador triunfó en las elecciones federales, como también triunfó en las locales el nuevo gobernador que habría de regir durante seis años los destinos del Estado; se trataba de Don José S. Velasco que precisamente era alcalde de la ciudad cuando acompañó al gobernador de aquel entonces a develar el busto de Don Benito Juárez erigido, como ya sabemos, cuando Salvador Montero era presidente de la sociedad de alumnos de la preparatoria federal nocturna. El discurso que dijo Salvador en ese memorable día había impresionado por igual al gobernador y al alcalde; por esa razón Don José S. Velasco tenía una magnífica impresión de Salvador, y le estaba ofreciendo todo su apoyo en su carrera política.

El alcalde de nuestro querido pueblo de San Isidro señor Don Desiderio Cantú Chapa organizó una cena en honor de Salvador por su nuevo puesto y me encomendó a mí que dijera unas palabras en ese evento; yo le dije que como alcalde de nuestro municipio era a él a quien le correspondía ofrecer el banquete, porque, además, yo carecía de atributos oratorios y me resultaba difícil expresar mis pensamientos con la debida elocuencia. El señor alcalde aceptó mis argumentos y esa noche, en medio de la alegría que reinaba entre los comensales, ofreció el convivio con palabras sencillas de elogio para Salvador Montero haciendo mención del gran honor que signifi-

caba para San Isidro que un hijo del pueblo fuera a ocupar un escaño en la más alta tribuna de la nación: El Congreso de la Unión. Salvador fue muy breve y discreto en su discurso de agradecimiento; yo que tanto lo conocía llegué a pensar que ya para las alturas que había alcanzado le parecía pobre aquel auditorio de gente pueblerina; es decir, sentí que no hizo ningún esfuerzo para organizar un discurso que correspondiera al nivel de la elocuencia que había demostrado en otras ocasiones. Sin embargo fue objeto de grandes demostraciones de cariño y de admiración de todos sus coterráneos; como siempre Salvador me dio el privilegio de mencionarme en su discurso, haciendo un halago de nuestra gran amistad.

Para cumplir con su nueva responsabilidad Salvador tuvo que trasladarse a la capital de país y durante muchos meses no supe más de él. Así pasaron sus tres años como diputado federal y solamente en los recesos de la cámara de diputados venía ocasionalmente a visitarnos a la frutería, a Don Victorino y a mí. En uno de sus viajes me invitó a cenar, en uno de los restaurantes más lujosos de la localidad, donde me dio a conocer las grandes relaciones que había estrechado con los más eminentes políticos del país, inclusive con el señor Presidente de la República, y concluyó sus comentarios de carácter político diciéndome:

-Baldemar, todas mis acciones, mis relaciones políticas y las principales instancias representativas de los intereses sociales y económicos del estado y del país se están conjuntando a favor de mi probable postulación para la gubernatura de este Estado. No veo ningún otro personaje en el ámbito político estatal, que me pueda hacer

sombra; así es que empieza a comulgar con la idea de que hay grandes posibilidades de convertirme en el próximo Gobernador del Estado.

-¡Caray Salvador, cómo te admiro! Quién iba a pensar que aquellas ilusiones que me contabas las noches aquellas cuando íbamos al río y bajo el manto azul del cielo recostados en la arena mirábamos esperanzados las estrellas, se habrían de convertir en realidad; una realidad que tú te has forjado a pulso, nadie te ha regalado nada, has tenido que luchar desde abajo haciendo valer tu inteligencia, tu maravillosa elocuencia, tu don de gente y tu audacia política; pero sobre todas las cosas, tu admirable generosidad hacia la gente pobre. Siento tu amistad como un gran privilegio para mí y me llena de orgullo saber que puedes llegar hasta la más alta magistratura del Estado.

-Agradezco tus pensamientos y sólo te puedo decir que te prepares para integrarte como parte muy importante de mi campaña política y luego, después del triunfo electoral, del que no tengo la menor duda, prepararte, también, para formar parte muy importante, de mi gabinete de trabajo. Para ello tendrás que empezar a meditar la necesidad de dejar próximamente tu trabajo en la frutería. Más importantes responsabilidades oficiales te esperan a mi lado. Quiero confesarte, con la sinceridad y el afecto que nos une y que no admite hipocresías, que me has hecho mucha falta en mi carrera política, pues no he encontrado ningún amigo que me sirva de apoyo espiritual en los momentos difíciles ique los he tenido! y he logrado superarlos con gran esfuerzo; pero seguro estoy que si hubieras estado a mi lado, hubiera sido más fácil lograrlo.

-No sabes cuánto me halagan y me enaltecen tus palabras. Este amigo tuyo que nunca ha pasado más allá de la frutería «La Victoria», te sigue queriendo como siempre y estará permanentemente dispuesto a apoyarte en lo que tú necesitas, sin más interés que conservar y fortalecer nuestra amistad. Tus triunfos siempre los consideraré como míos, como también me hará sufrir cualquier sufrimiento tuyo. Ahora bien, cambiando un poco de tema creo que para poder aspirar a la gubernatura del Estado deberás casarte, pues no tengo conocimiento de algún gobernador soltero.

-La Ley no me obliga a estar casado como requisito para ello; sin embargo estimo que es prudente que el gobernador sea un hombre casado, porque el matrimonio sigue considerándose en nuestro medio como base de la sociedad y de la familia; es decir, considero muy conveniente y necesario casarme antes de lanzar mi candidatura.

-¿Y tienes ya contemplada a una candidata? itengo muchas candidatas! Algunas muy bellas, otras talentosas, cultas y distinguidas, pero debo tener mucho cuidado en elegir a la mujer cuyos perfiles humanos tengan congruencia con mis posibilidades políticas presentes y futuras, es decir, que no solamente sean compatibles, sino que representen, además, un impulso en mi vida política y no un lastre, o al menos que no signifiquen un obstáculo en mi carrera, y que además, sea una mujer muy respetable, porque como dijo Nerón, el emperador romano, «La mujer del César no solamente debe de ser honrada, sino parecerlo». He estado pensando en Blanquita Nelly Leal, nuestra compañera de Preparatoria, ¿Qué habrá sido de ella?

-Estudió Arquitectura, mas ignoro si concluyó su carrera, pero tengo forma de averiguar el rumbo de su vida; si tú me lo pides, trataré de hacer contacto con ella, y le informare tan sólo, que tú tienes interés en conversar con ella; sin insinuación de ninguna clase.

-Sí, te ruego que la busques y me prepares una entrevista amistosa con ella en mi próxima visita a esta ciudad, que será en el último receso de la Cámara de Diputados; ya para entonces estaré más al tanto de mis posibilidades políticas futuras.

Después de aquella plática, mediante algunas investigaciones en la Facultad de Arquitectura logré contactar a Blanquita a quien invité a tomar un café en un restaurante cercano a la frutería. Cuando la vi me impresionó mucho su personalidad; su belleza había madurado, las formas de su cuerpo se habían delineado esculturalmente; su cabello largo y ondulado complementaba su hermosura, y su mirada que en otro tiempo parecía de venadita timorata, ahora era de mujer analítica y profunda. Me comentó que había recibido el título de arquitecta y que estaba trabajando en algunos proyectos urbanos para beneficiar el accionar de las personas de capacidades diferentes. Cuando yo le informé que Salvador quería tener una entrevista con ella, percibí que se iluminó su mirada y sin más palabras dijo: dile a Salvador que siempre he estado ansiosa por volverlo a ver, que me avise por tu conducto el día, hora y lugar donde podemos vernos.

Nunca imaginó Blanquita que el motivo de aquella entrevista sería una propuesta de matrimonio de parte de aquel hombre de quien siempre había estado enamorada. El resultado de esa entrevista era fácilmente prede-

cible.

El matrimonio se llevó a cabo seis meses después. Ambos me nombraron padrino especial de su boda. Blanquita se veía hermosa con su vestido de novia, pero, sobre todo, por la expresión maravillosa de felicidad en su rostro. Salvador, serio como siempre, pero sonriente, repartía saludos, abrazos y besos a la concurrencia. No se supo a donde fueron de viaje de bodas pero al regresar Blanquita se veía todavía más feliz que el día de la boda. Salvador sumido en sus pensamientos se veía adusto, pero tranquilo.

Amigo caminante, no quiero cansarlo mas con mi plática, me concretaré a decirle que Salvador Montero logró llegar a la gubernatura del Estado debidamente legitimado por el voto abrumadoramente mayoritario de los ciudadanos, es decir, había logrado realizar todos sus anhelos; su autoestima estaba en el pináculo más alto de su íntima visión. En el discurso de toma de posesión como Gobernador del Estado dijo entre otras cosas: «Desde este momento declaro que las acciones de mi gobierno habrán de regirse por los principios de legalidad y de sensibilidad humana que fueron inspiración y programa del gran Benito Juárez, e imitándolo, desde este momento quiero dejar en claro a quienes vayan a ser mis colaboradores lo siguiente: El gobernar a nuestros semejantes es un motivo de grandísimo honor que solamente se corresponde ejerciendo el poder con gran sentido de honestidad y de responsabilidad, por lo tanto, debo advertirles a quienes pretendan colaborar conmigo en esta hermosa tarea, que de antemano deberán sujetarse en sus pretensiones económicas a una honrosa y discreta medianía, y de ninguna manera pretender enriquecerse

con los puestos públicos. Juárez fue el héroe de la legalidad, a él le debemos estas instituciones republicanas que ahora con el mandato del pueblo nos corresponde gobernar y lo haremos con el sentido de legalidad, sensibilidad humana, honradez y patriotismo que él nos legó.»

Unos días antes de su toma de posesión como Gobernador del Estado, Salvador me llamó por conducto de algunos de sus secretarios y nos reunimos en un local que había sido el cuartel general de su campaña política. Entre sorbos de café Salvador me dijo:

-Amigo Baldemar, tú has sido el eterno compañero de mi vida; desde niños allá en el pueblo soñamos juntos compartir nuestros destinos y he aquí que la vida nos está dando la oportunidad de cumplir nuestros anhelos. Quiero pedirte formalmente que a partir de la próxima semana te incorpores de tiempo completo a mi equipo de trabajo. Quiero que esta gran responsabilidad que me ha otorgado el pueblo la compartas conmigo muy cercanamente. Te lo estoy comunicando para que vayas pensando seriamente en dejar tu trabajo en la frutería La Victoria; habla con Don Victorino, salúdalo de mi parte y explícale las razones de tu separación. Así mismo, transmítele mi eterna gratitud por habernos ayudado en los momentos más difíciles de nuestra vida y dile que le ofrezco desde mi alto puesto de funcionario público cualquier ayuda que él requiera, para su persona, su familia o su negocio.

-Me halaga y me satisface mucho tu invitación a trabajar contigo; yo ya me esperaba que tú no olvidarías nuestro eterno compromiso de compartir juntos nuestro destino; de sobra sabes que en cualquier responsabilidad que me asignes, tendrás en mí, no sólo a tu amigo de

siempre, sino a un colaborador que seguirá los lineamientos que tu señales en tu gobierno, con toda la lealtad y honradez que tú de antemano conoces. Me gustaría estar cerca de ti para cubrirte las espaldas de los embates y las intrigas palaciegas, pero cualquier responsabilidad que tú me asignes sabré cumplirla con la esperanza de nunca defraudarte.

-Mi querido Baldemar, no tienes que ofrecerme tu lealtad y tu honradez, de antemano sé que cuento con ellas. Como tú eres mi más íntimo amigo, incapaz de mentirme ni de ocultarme una verdad, he meditado mucho sobre la responsabilidad que me conviene asignarte y comentándolo con Blanquita, que ha resultado una magnífica consejera, pues aplica en sus opiniones esa valiosa intuición femenina de la que carecemos los hombres, ambos estamos convencidos de que la mejor forma en que puedes colaborar conmigo en mi gobierno, es la siguiente:

No pienso darte ninguna de las carteras señaladas en la Ley de la Administración Pública del Estado, o sea, no aparecerás públicamente dentro de mi gabinete político como Ministro de algunas de las ramas señaladas por dicha Ley. Yo quiero para ti algo muy especial, algo más íntimo, algo más inmediato a mí; quiero que seas lo que en los tiempos de los césares romanos se llamaba «Consejero áulico», es decir un Ministro, que sin tener una cartera definida, era el hombre más cercano y más importante para el emperador, pues participaba como su consejero personal en todos los asuntos del Imperio. Esto quiere decir que tú serás el principal ministro de mi gabinete, sin tener ningún nombramiento como tal, porque de tenerlo, tendría que apegarse tu función a un organi-

grama oficial y a las disposiciones de las Leyes que rigen la Administración Pública. No tendrás un nombramiento definido, pero yo me encargaré de que mis colaboradores, de todos los niveles, perciban que después de mí, tú eres el hombre más importante de mi administración. Ahora bien, en esencia, tu función será la más importante para mí porque de ella dependerá el rumbo y el sentido de mis programas de gobierno.

-¡Caramba Salvador, me tienes intrigado! Me gustaría que me explicaras en qué consistirá concretamente mi trabajo.

-¿Te acuerdas Baldemar que desde niños y luego de jóvenes, criticábamos acremente a los gobernantes en el sentido de que una vez que llegaban al poder se olvidaban de la gente que con su voto los había elevado al puesto de gobierno que ostentaban? Es decir, que cegados por el halago permanente de quienes suelen hacer de la adulación una lacayuna profesión, olvidaban que aquel poder del que disfrutaban se lo debían a la gente del pueblo, ocasionando que esa gente fuera perdiendo la confianza en las autoridades y se empezara a abrir un peligroso abismo entre gobernantes y gobernados; yo no quiero que me pase eso. Yo quiero estar informado de lo que la gente del pueblo piensa y habla en las calles, en los barrios, en los restaurantes y en sus reuniones familiares; yo no quiero alejarme de mi pueblo y, ésa es precisamente la importante labor que quiero encomendarte. Yo quiero que tú, mi eterno y más querido amigo, precisamente por no tener un nombramiento oficial, en tu carácter aparentemente de simple ciudadano, te acerques a la gente y escuches sus comentarios, sus opiniones relacionadas con mis acciones de gobierno y que registres

sus críticas, sus inconformidades y sus malestares sociales. Tú sabrás cómo infiltrarte discretamente en todas las organizaciones civiles, sindicatos obreros, grupos de empresarios, clubes de servicio, asociaciones culturales, grupos universitarios, organizaciones de jóvenes, así como en algunas esferas de los diferentes partidos políticos que existen en el estado, y descender iesto es muy importante! a los sectores más humildes de la población, entre ellos, a las clases campesinas y rendirme informes permanentes de todo lo que logres captar en los diversos círculos sociales en los que está dividida nuestra comunidad estatal. Pero además de esos informes, yo quiero que los gloses con opiniones particulares tuyas sobre el grado de importancia o de gravedad que revista cada caso, así como el peligro que pueda implicar para la estabilidad política de mi gobierno, y por último, yo quiero que complementes tus informes con sendas propuestas de solución, porque no sólo quiero que me señales los problemas sino que me des tu personal opinión para solucionarlos. Como vez, mi querido Salvador, todas las acciones de mi gobierno se sustentarán principalmente en los informes que tú me presentes, porque eso me permitirá estar en contacto cercano y permanente con lo que la gente del pueblo piensa, critica y demanda. Si tú logras comprender la importancia tremenda de tu cometido y lo realizas con la mejor vocación de servicio y de amistad hacia mí, te aseguro que mi gobierno será recordado como el mejor de todos los tiempos, pues cada acción tendrá como objetivo resolver las carencias y demandas más sentidas y más urgentes de mis gobernados. ¡No permitas, Baldemar, que me separe de mi pueblo! ¡No permitas que la seducción de los privilegios del poder cambie mi manera de pen-

sar!

¡No permitas, en fin, que la adulación de los covachuelos de palacio me cieguen a tal grado que no me dejen ver la realidad! ¡No permitas que me separe de los lineamientos del gran Benito Juárez que siempre ha sido y seguirá siendo mi inspiración y guía!

-Querido Salvador -le dije- desde niño te admiraba cuando te conocí allá en la escuela de San Isidro; después admiré tus agallas de abandonar el pueblo y venir a la gran ciudad en busca de un mejor destino; luego te admiré como estudiante y como dirigente estudiantil; ahora te admiro más como político. Lo que acabas de decirme aumenta tanto mi admiración por ti, que temo que mi grado de admiración pueda llegar casi a los extremos de la veneración personal. La labor que me estás encomendando y los propósitos que buscas con ello, tan humanos, tan generosos y tan sublimes, te sitúan, en mi opinión, en la gama de los más grandes políticos que ha dado nuestra patria. En verdad, el mismo Benito Juárez te hubiera llamado a colaborar con él si hubieras vivido en ese tiempo. Esa cercanía permanente con lo que piensa el pueblo que vas a gobernar, te dará, sin duda alguna, una visión panorámica del rumbo que deben tener tus programas de gobierno para ser absolutamente congruentes con los más elementales requerimientos populares. Por supuesto que no permitiré que te apartes del pueblo que gobiernas; por supuesto que no permitiré que te ciegue la soberbia y la arrogancia que son los más nocivos efectos de quienes ejercen el poder; por supuesto que te informaré permanentemente de lo que piensan, critican, exigen y necesitan los diferentes sectores que integran nuestra sociedad, particularmente nuestras clases más

humildes. También te señalaré los problemas de mayor gravedad y aquéllos que pueden generarte una crisis política o social, y también, como me lo acabas de pedir, incluiré en todos mis informes algunas propuestas de solución que a mi modesta capacidad intelectual parezcan posibles. Me agrada que no me des un ministerio oficial porque se te podría criticar de «amiguista», pero en el fondo me halaga tu encomienda personal, que me permitirá frecuentemente ir a rendirte mis informes en tu despacho en el Palacio de Gobierno.

-Y también a mi casa particular -dijo Salvador- a donde me gustaría que fueras con frecuencia para que saludes a Blanquita, quien constantemente me pregunta por ti.

En cumplimiento de mis funciones empecé por acercarme a los diversos círculos sociales, políticos, económicos, culturales y estudiantiles así como a los barrios más humildes en la periferia de la ciudad. También acudí ante las organizaciones campesinas, a los ejidos y a los grupos rurales independientes. Un mayor grado de dificultad encontré para penetrar en los grupos empresariales, y en los centros de reunión de la aristocracia local, pero finalmente lo logré. Todo esto tuve que hacerlo utilizando diversas excusas, pues tenía que ocultar ante ellos mi carácter de agente del señor gobernador, pues si eso se descubría, perdería mi capacidad para convivir con ellos y lograr que se exhibieran en sus conversaciones espontáneamente.

Las primeras críticas de importancia surgieron en los sindicatos obreros, pues consideraban como una afrenta a la causa de los trabajadores la designación del Lic. Ricardo Maritán como Presidente del Tribunal de Justicia

Laboral, pues dicho abogado había surgido de las filas de los grandes empresarios de la localidad, y siempre se había dedicado a defender patrones, en contra de los trabajadores. Ésa era una inconformidad de cierta importancia porque los sindicatos obreros aglutinaban en su seno a una gran cantidad de obreros que representaban una fuerza política y laboral de indiscutible importancia.

Ese malestar sindical me alarmó demasiado y en mi ingenuidad política creí que mi deber de amigo me obligaba a buscar de inmediato una entrevista con el señor gobernador y utilicé para ello los canales que él mismo me había señalado como más adecuados; ahora bien, como yo mencioné que se trataba de un asunto «urgente» inmediatamente se me concedió dicha entrevista y una vez ante él, después del saludo y el abrazo efusivo, como siempre, me enfrenté a su intempestiva pregunta:

-¿Cuál es el asunto tan urgente que me quieres plantear? Y yo tímidamente, porque ahora la personalidad de Salvador me parecía abrumadora, le respondí:

Me da pena venir a molestarte, pero cumpliendo con la función que me encomendaste creí muy importante informarte que los sindicatos obreros organizados están muy inconformes con la designación que hiciste para Presidente del Tribunal del Trabajo en el Estado, pues afirman que el Lic. Maritán siempre ha sido un enemigo de los trabajadores y consideran que su actuación en dicho tribunal no será de todo imparcial. Como esa opinión de inconformidad se ha generalizado en el seno de todas las organizaciones laborales en el estado, estimé muy convenientemente venir rápidamente a informártelo, antes de que vayan a manifestarlas de alguna manera que pueda afectar a tu administración.

-¿Ése es el asunto urgente que me viniste a tratar? - dijo Salvador soltando una sonora carcajada- No, mi querido Baldemar, ese asunto para mí no tiene la menor importancia; a los sindicatos obreros yo tengo la fórmula para calmarlos, basta con ofrecerles a sus líderes algunas prebendas de carácter político y todo se tranquiliza. Por otra parte, la designación del Lic. Maritían me abre las puertas ante los intereses capitalistas más grandes del país, que en los tiempos modernos son el factor político más importante para poder acceder a las más altas esferas del poder en la nación; estando bien con ellos es la única forma de poder llegar a las más altas magistraturas nacionales. Los sindicatos obreros, fueron en su tiempo los grupos políticos más determinantes en la política nacional, pero actualmente las cosas han cambiado y ya no tienen la representatividad política de antes. Así es que mi querido Baldemar, mi ingenuo amigo, esa designación del Lic. Maritían estuvo bien meditada y políticamente, muy bien calculada. Desde ahora te digo, amigo Baldemar, que haber llegado a la gubernatura del Estado no agota mis aspiraciones personales, sino que es el comienzo apenas, de mis posibilidades futuras. Este puesto será para mí como un escalón, o un trampolín, para alcanzar más grandes alturas. Vete tranquilo, no va a pasar nada; como quiera te agradezco tus exagerados propósitos de cuidar la buena imagen de mi gobierno.

Después de aquellas palabras ya me proponía a salir de su despacho un poco avergonzado y escurrido, cuando me alcanzó en la puerta de salida y me dijo:

-No te vayas sin darme un abrazo, porque ante todo y sobre todo está nuestra gran amistad.

Nos dimos, como siempre, un fuerte abrazo y otra vez,

cuando ya intentaba abandonar su oficina me dijo:

-A propósito Baldemar, por razones protocolarias te ruego que cuando estemos en presencia de terceras personas no te dirijas a mí con mi nombre, sino con el tratamiento oficial de: «Señor Gobernador».

Salí del palacio de gobierno con una profunda sensación de tristeza; aquel Salvador que acababa de entrevistar, ya no era el Salvador de siempre; ahora era un Salvador rebosante de arrogancia y de soberbia. Evidentemente el poder que le daba su alto puesto, lo había transformado, y ahora sus aspiraciones ya no se sustentaban en principios ideológicos como antes; ahora sus altas ambiciones buscaban apoyarse en grandes intereses y no en grandes ideales. Dejé un poco de admirarlo y yo perdí por completo mi autoestima porque me sentí un estúpido acelerado, creyendo que mis advertencias serían consideradas como algo de primera importancia. Resonaba en mi cabeza la estridente carcajada de Salvador cuando le expuse mis temores, y me propuse a mí mismo, no volverle a llamar por su nombre aun cuando estuviéramos solos. En lo sucesivo siempre le diría «Señor Gobernador».

Yo seguí cumpliendo con mis funciones y detecté una serie de inconformidades en los grupos campesinos del sur del estado, quienes habían sufrido una tremenda sequía que había malogrado por completo sus cosechas, por lo cual le habían pedido al señor Gobernador del Estado por conducto de sus autoridades agrarias, declarara esa región como «zona de desastre» a fin de que el Gobierno Federal aportara la ayuda económica establecida en el presupuesto de la Nación para esos casos y que a través del Gobierno Estatal se les concedieran subsidios

o préstamos blandos a cuenta de futuras cosechas. Lo que más me intranquilizó fue lo que dijo el comisariado ejidal en una de las reuniones campesinas, pues manifestó que Salvador Montero era el peor gobernante que había tenido el Estado en los últimos tiempos, pues ningún gobernador se había negado a gestionar ante la federación la declaración de «zona de desastre» en casos similares.

Personalmente constaté que en la mayoría de los ejidos de esa región la gente no tenía nada que comer, solamente estaban viviendo, comiendo patatas que encontraban arañando la tierra y que habían quedado enterradas como residuos de cosechas anteriores. En realidad la estaban pasando muy mal.

No obstante lo anterior, con la mala experiencia que acababa de pasar con Salvador, no me atreví a volver a entrevistarle, simplemente tomé nota de ello para incluirlo en un futuro informe que habría de entregar por escrito. Sin embargo, el recuerdo de las caritas tristes y hambrientas de los niños en los ejidos me perseguía permanentemente. Mi sensibilidad humana me impedía soslayar o posponer aquel informe, pero no quise volver a pedir audiencia en el palacio de gobierno, sino que, aprovechando la invitación que me hizo Salvador de acudir a su domicilio, particularmente a saludar a Blanca Nelly, así lo hice.

Blanca Nelly me recibió con un abrazo y una expresión de cariño y amistad que me hizo sentir en confianza.

-Tengo mucho interés en hablar con Salvador -le dije porque en el cumplimiento del trabajo que él me encomendó, estuve visitando los ejidos del Sur del Estado que

han sido azotados este año por una de las más terribles sequías; el ganado se está muriendo por falta de agua y las cosechas en general, se malograron por completo. Me dio mucha tristeza ver a los campesinos, a sus mujeres y a sus niños arañar con las manos la tierra polvorienta en busca de patatas que se quedaron sepultadas en cosechas anteriores y ése es el único alimento al que pueden aspirar, porque no hay otra cosa. La sequía acabó con todo, y están muy molestos porque Salvador, en su carácter de Gobernador del Estado, se ha negado a gestionar ante la Federación la declaratoria de «zona de desastre» lo cual permitiría recibir una importante ayuda del Gobierno Nacional. La verdad, Blanca Nelly, me parece muy penosa la situación de esta gente, sobre todo, los niños, que son los más vulnerables en esas adversidades.

-Tienes mucha razón Baldemar, en preocuparte por esa gente, yo te sugiero que esperes a que venga Salvador a cenar y estoy seguro que escuchará con mucha atención tu preocupación, y también lo estoy de que tomará de inmediato las acciones que correspondan para ayudar a esa pobre gente. Ahora mismo le voy a hablar por teléfono a su oficina para darle la grata noticia de que estás aquí en nuestra casa y que lo vas a esperar para cenar juntos los tres.

-¿Tú crees en realidad, Blanca Nelly que Chávalo tomará en cuenta mis preocupaciones?

-¡Por supuesto que sí! A Salvador siempre le han interesado mucho los problemas de la gente del campo.

En efecto, Blanca Nelly le habló por teléfono a Salvador informándole de mi presencia, así como de su deseo de cenar juntos los tres allí en su domicilio. Salvador prometió cancelar algunos asuntos oficiales para cumplir el

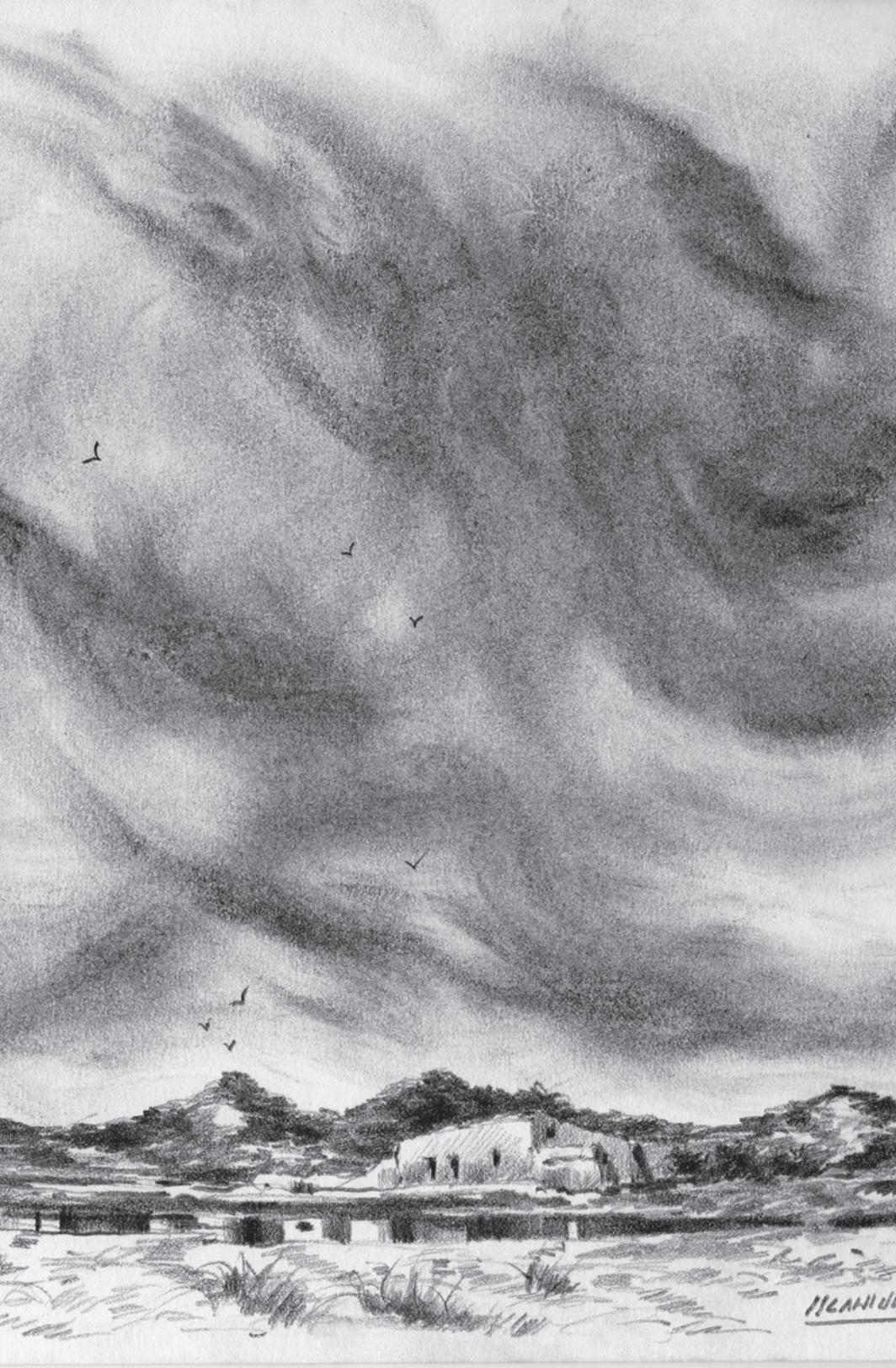
deseo de su esposa y, efectivamente, a las 8:00 de la noche llegó a su casa y después de los rigurosos saludos y abrazos pasamos al comedor; la servidumbre, dirigida por Blanca Nelly, empezó a servir la cena. Después de degustar los alimentos, Blanca Nelly muy ingeniosamente derivó el rumbo de la conversación, que se había concentrado hasta ese momento en los recuerdos de la niñez cuando vivíamos Salvador y yo en San Isidro; recuerdos que Salvador gustaba mucho de traer a colación, y con un aparente disimulo, muy propio de la gracia femenina, expresó:

-Salvador: parece ser que Baldemar te quiere tratar un asunto que en su concepto reviste especial importancia -y agregó- si quieren tratarlo a solas, yo me salgo al portal y allí los espero para tomar juntos el café.

-No, dijo Salvador, para nosotros tres jamás ha habido secretos. Por el contrario, me gustaría que te quedaras, y luego saldremos los tres al portal para tomar, no sólo el café, sino también el aire fresco de la noche.

-¿Cuál es ese asunto tan importante que me quieres tratar amigo Baldemar?

-No sé si para ti lo sea, pero me inquietó y me dolió mucho escuchar de uno de los principales comisarios ejidales del Sur del Estado, que en una de sus reuniones plenarias te calificara como el peor de los gobernantes de los últimos tiempos en el estado y el menos amigo de los campesinos, porque te habías negado a gestionar la declaración de «zona de desastre» de toda aquella región, con motivo de la terrible sequía que desde hace varios meses los aqueja, y personalmente pude percibir la desastrosa situación que están viviendo ellos y sus familias.



Le platicaba a tu esposa que lo único que están comiendo son algunas patatas que logran desenterrar y que son residuos de pasadas cosechas. Si tú tomaras la decisión de acudir personalmente a esa región y hablaras con los dirigentes campesinos ofreciéndoles iniciar las gestiones que ellos te están solicitando, con toda seguridad cambiaría la mala opinión que ahora tienen de ti y ganarías muchas buenas voluntades entre esa gente, que aún cuando son muy pobres, organizados en su sector campesino, creo que constituyen una fuerza social y política digna de tomarse en cuenta; pero al margen de todo eso, lo más importante Salvador, es ayudarlos por humanidad, no te olvides que nuestros padres fueron también humildes campesinos que allá en las áridas tierras de San Isidro luchaban contra las adversidades de la naturaleza tratando de arrancarle a la tierra el alimento para sus familias. Recuerda, Salvador, que nosotros somos de origen campesino y nuestros hermanos del Sur se están muriendo de hambre y de desolación. Tú eres un hombre bueno y no creo que sus angustias no te duelan a ti también. ¡Discúlpame si he venido a tu casa a importunarte! pero recuerda que tú mismo me autorizaste para ello.

-Pero nunca te autoricé a que vinieras a plantearle a mi esposa los asuntos oficiales, yo solamente te invité a que vinieras a saludarla y a recordar viejos tiempos. Los problemas de gobierno solamente los trato allá en el palacio de gobierno, no en mi domicilio particular.

-¡Salvador! -intercedió alarmada Blanquita- me parece que estás dándole un maltrato a nuestro amigo Baldemar y lo peor de todo es que lo estás haciendo en nuestra propia casa. Baldemar no me comentó el proble-

ma agrario con la intención de involucrarme en la solución, sino simplemente tratando de justificar la necesidad que tenía de advertirte el peligro de que esa gente por desesperación o por hambre pudiera atentar políticamente, o de hecho, contra tu gobierno.

Visiblemente molesto Salvador argumentó:

-Esos campesinos del Sur se han convertido en unos gandules, que en vez de trabajar la tierra, buscan que el gobierno los mantenga. Yo estoy seguro que en vez de rogarle a Dios o a los Santos de su devoción, que lloviera, estaban rogando para que continuara la sequía y así solicitar la declaración de «zona de desastre» y con ese motivo recibir ayuda del gobierno sin ningún esfuerzo. Yo no estoy dispuesto a ser cómplice de su holgazanería, y finalmente, no me importa lo mal que ellos piensen de mí, yo pienso lo peor de ellos. Ahora bien, mi querido Baldemar, discúlpame si me alteré contigo, reconozco que tu preocupación es en razón de la labor que te encomendé, pero sobre todo, en razón, de nuestra gran amistad. Tú puedes venir a esta casa cuando gustes con la seguridad de que aquí siempre serás bien recibido con amistad y con afecto, y ahora, te invito a que vayamos los tres al porche a platicar de tantas aventuras que tuvimos de niños allá en nuestro querido San Isidro.

Al salir del comedor no pude evitar intercambiar una mirada con Blanca Nelly y advertí en ella un semblante de perplejidad.

Después de aquello me dediqué a recorrer los barrios más humildes de la periferia de la ciudad, recogiendo las opiniones de la gente, así como mis propias observaciones respecto de su forma de vida. Una noche, en la colonia San Bartolo, una de las más humildes, casi paupérrima

mas, tuve conocimiento de que se celebraría en el local de la escuela una reunión de padres de familia a la que resolví asistir para tomar nota de los planteamientos que en ella se hicieran. El presidente de la sociedad de padres de familia, un señor de apellido Garma, destacó el incumplimiento de parte del Gobernador del Estado Salvador Montero, quien en varias ocasiones durante su campaña política había estado en esa colonia; pues les había prometido ampliar la escuela con seis aulas más, para dar cabida al aumento impresionante de alumnos en aquel plantel, comprometiéndose a iniciar las obras de ampliación tan pronto como tomara posesión de su puesto a fin de que las nuevas aulas estuvieran terminadas antes del nuevo ciclo escolar, y que no obstante que habían pasado varios meses de que tomó posesión como gobernador, ni siquiera se había empezado el proyecto constructivo de ampliación, mucho menos las obras. Una señora que no dio su nombre pero que dijo ser representante de los vecinos de la colonia expresó:

-Salvador Montero es un mentiroso, igual que todos los políticos que han pasado por esta colonia y que nos prometen el cielo, la luna y las estrellas para que votemos por ellos, y una vez encumbrados en sus puestos se olvidan de sus promesas de campaña. Yo propongo, -dijo la lideresa- que vayamos todos en grupo al palacio de gobierno y exijamos el cumplimiento de sus promesa para evitar que los niños de nuevo ingreso escolar tengan que recibir su educación en el patio de la escuela bajo la sombra de los árboles, sujetos a las intemperancias climáticas. Toda la colonia votó por él porque recordábamos que en algún tiempo nos traía bolsas de fruta a regalar y por eso creímos que como Gobernador del Estado nos trae-

ría los servicios públicos de los que tanto carecemos. ¡Cómo nos engañó!

En la mayoría de las colonias humildes que recorrí escuché la reiterada queja contra el Gobernador del Estado por haber aceptado el aumento de las tarifas del servicio de agua potable y alcantarillado, así como las del transporte urbano de pasajeros. Yo fui registrando en mi informe todas aquellas inconformidades, entre las que destacaba el malestar de la gente humilde que no encontraba canales de comunicación con el gobernador del estado, pues en el palacio de gobierno encontraban siempre las puertas cerradas y no había ninguna persona designada para atender a los grupos populares que asistían a presentar sus quejas, carencias y su inconformidad. En conclusión, se percibía la existencia de un abismo de comunicación entre el gobernante y sus gobernados; pero acaso lo que más reclamaban era que el gobernador nunca había vuelto a visitar sus colonias y por lo tanto, ignoraba la situación en que vivían sus habitantes.

Salvador me había pedido que le impidiera separarse de su pueblo y yo estaba advirtiendo claramente que cada vez se ensanchaba más aquella separación y haciendo a un lado las frustradas experiencias anteriores que había tenido con él, tanto en el palacio de gobierno como en su domicilio particular, sentí que mi deber de amigo me obligaba a intentar de nuevo persuadir a Salvador de los peligros de que su gobierno perdiera popularidad y de que las inconformidades sociales de los gobernados se coaligaran y le pudieran provocar una seria crisis de estabilidad en su gobierno. Reflexioné detenidamente que mi deber de amigo me obligaba a despojarme de cualquier mal entendido orgullo personal por las malas res-

puestas que había tenido ante él en mis entrevistas anteriores y con toda entereza y sobre todo, con toda lealtad, consideré que mi deber era acudir a exponerle fríamente la realidad social que yo estaba percibiendo en mis recorridos por los diversos sectores de la sociedad; convencido de ello acudí de nuevo ante el Secretario Particular de Salvador y solicité una nueva audiencia, también con el carácter de urgente.

La audiencia se me concedió varios días después y armado de mi mejor voluntad y de la convicción de estar haciendo lo debido me presenté ante Salvador y después de los saludos acostumbrados le hice entrega personal del informe que por escrito había elaborado, donde se mencionaba, con toda fidelidad y objetividad mis personales apreciaciones sobre la realidad política, económica y social de los grupos que había visitado. Como Salvador me había pedido que también le señalara «soluciones», al final de mi informe, con grandes letras de color rojo le sugerí:

«ACÉRCATE A TU PUEBLO» «'ÁBRELES LAS PUERTAS DEL PALACIO» «CUMPLE TUS PROMESAS DE CAMPAÑA» «REGRESA A LOS LUGARES A DONDE FUISTE A PEDIRLE EL VOTO A LA GENTE».

Cuando le entregué el informe me dijo: ¡Baldemar no me entregues papeles! dime con palabras lo que tengas que decir y te ruego que lo hagas con la mayor brevedad porque tengo mucho trabajo pendiente.

-Yo le dije -por primera vez en tono áspero-. En ese informe, Salvador, encontrarás en detalle todo lo que piensa de ti la gente de la calle, de las colonias y de las organizaciones de carácter social, pero ya que me pides que lo

haga de viva voz y con toda brevedad te diré:

La gente que entrevisté esta decepcionada de ti profundamente; todo mundo piensa que te has convertido en un político demagogo y arrogante; que tus promesas de campaña fueron falsas; que no te importa el sufrimiento de la gente pobre; que te has vendido a los altos intereses económicos y en general, que están arrepentidos de haber votado por ti. No sabes cuánto me duele estar diciéndote esto, pero más me dolió a mí cuando lo escuché en voz de la gente. En mi informe, si es que te interesa leerlo, te sugiero al final, las posibles soluciones para rescatar tu buen nombre y el buen concepto de tu gobierno. Nunca creí poder hablarte de esta manera, pero mi profundo sentimiento de amistad me ha obligado a ello.

Después de escuchar mis palabras Salvador montó en gran cólera, nunca lo había visto tan enfadado; su rostro se alteró a tal grado, que de pronto me pareció estar frente a otra persona; acostumbrado siempre a ver en Salvador un rostro amable, con predisposición a la ternura y a la alegría, aquel rostro colérico y descompuesto me resultaba dramático y siniestro. Con el semblante desencajado y con voz tonante se dirigió a mí y me dijo:

-¡Baldemar, ya me colmaste la paciencia!! Con lo que me acabas de decir he terminado por comprobar que es falso tu sentimiento de amistad; todo el mundo que me rodea, y en las muchas reuniones a las que asisto diariamente con gente importante y representativa de los altos valores sociales del Estado, no cesan de aplaudirme en cuanto llego y en sus discursos, así como en las conversaciones privadas, me llenan de halagos y felicitaciones por la buena conducción de mi gobierno; hasta las auto-

ridades universitarias me acaban de otorgar el título de «Doctor Honoris Causa». De tal suerte, que a donde quiera que voy soy bienvenido, se me trata con respeto, y con afabilidad como corresponde a mi alta magistratura; en ninguno de los eventos a los que he asistido he escuchado frases de inconformidad, crítica o malestar social; te repito, todos son aplausos y frases halagüeñas; ninguno de mis ministros, ni de mis colaboradores, me han señalado algún error en mi administración; todos me dicen que soy el mejor gobernador de los tiempos modernos y me auguran grandes posibilidades para alcanzar un día merecidamente, la Presidencia de la República. Nada más tú, que fuiste siempre mi mejor amigo y el eterno compañero de mi vida, eres el único que me trae malos informes acerca de mi gobierno; nada más tú, a quien le he dado toda mi confianza, eres el único que me dice que mi carrera política peligra y que estoy defraudando a la gente que votó por mí. Tú eres el que me está defraudando a mí: estoy verdaderamente decepcionado de ti; he llegado a pensar seriamente que me tienes mucha envidia porque siempre he logrado mayores posiciones que tú. Esa envidia debe haberse venido engendrando en tu alma desde niño y a través del camino que hemos andado juntos, ese negro sentimiento se ha ido apoderando cada vez más de tu espíritu y ahora ha desembocado en una actitud negativa, pesimista, odiosa y de gran resentimiento hacia mis triunfos, que seguramente entre más grandes, más resentimientos y envidia te causan. Me has decepcionado definitivamente Baldemar; yo te había designado como mi Ministro «Áulico», es decir mi consejero más cercano, pero tu envidia te ha convertido en un «MINISTRO ODIOSO».

Aquella andanada de epítetos y diatribas me agobiaron tanto que con voz entrecortada apenas pude decir:

-Es qué tú me pediste que te dijera la verdad.

-¡Sí, pero no una verdad viciada por la ponzoña de tu envilecida envidia! Yo no tengo la culpa de que siempre hayas sido un pobre infeliz apocado y bueno para nada. Desde este momento quedas destituido de la función pública que te encomendé; no quiero saber nada de ti; doy por terminada en forma absoluta nuestra amistad, que de parte mía era sincera, pero de parte tuya era falsa y envidiosa. Te ruego salgas inmediatamente de este recinto y me evites la pena de hacerte salir por la fuerza, y te prohíbo que vuelvas a pisar este palacio. Además, por la alta traición que elucubraste contra mí voy a dictar en este mismo momento un decreto oficial declarándote persona «NON GRATA» en todos los confines del estado, lo que significa un destierro oficial para ti que te impedirá permanecer físicamente en esta entidad, y en caso de negarte a salir de los límites geográficos estatales, o en el caso de que habiendo salido pretendas volver, serás privado de tu libertad por desacatamiento a una autoridad legalmente constituida. Te prohíbo, también, que vayas a mi domicilio y que vuelvas a tener alguna relación amistosa con Blanca Nelly mi esposa, a quien le informaré de tu traición y del rompimiento definitivo de nuestra amistad. Tampoco se te ocurra volver a San Isidro, nuestro pueblo natal, porque el decreto del destierro se le dará a conocer a las autoridades municipales de ese lugar. Retírate de inmediato de mi vista o me obligarás a echarte por la fuerza a través de la policía del palacio.

Salí llorando del despacho de Salvador y para evitar suspicacias en el público que estaba en la sala de espera,

me dirigí a los servicios sanitarios y allí di rienda suelta a mi llanto, no podía creer lo que estaba pasando; no podía comprender el enconoso enfurecimiento de quien había sido el mejor amigo de mi vida; sobre todo, porque en mi conciencia no existía contra Salvador ningún sentimiento de envidia, solamente admiración; en mi alma no cabía resentimiento en contra de quien me había abierto caminos de superación personal en todos los aspectos. Yo nunca lo envidié, sólo lo admiré toda la vida con una admiración rayana en la devoción personal; tal vez, mi pecado o mi error fue ignorar que Salvador al convertirse en un prominente personaje, adulado por todos casi hasta el endiosamiento supremo, había perdido el principal atributo que debe ser la mejor prenda de todo funcionario público o sea, el saber escuchar no solamente a los «achichincles» de su alrededor, o la voz de los grandes intereses buscadores de prebendas, subsidios o facilidades para seguir amasando sus fortunas; sino también, la voz del pueblo bajo, la del pueblo mayoritario, la de la gente que cuando vota por un personaje estampa en el sufragio un toque de esperanza, y que se siente defraudado cuando aquel personaje, ya ungido de poder, se olvida de ellos. Yo creí estar cumpliendo con mi deber de amigo al informarle algunas inconformidades de la gente del pueblo, tanto aquellas que llegaban a mis oídos, como las que yo atestiguaba personalmente; yo creí que ése era el verdadero deseo de Salvador para encausar sus acciones de gobierno hacia el bien público. Tal vez, lo más conveniente hubiera sido llevarle en mis informes puras noticias llenas de optimismo, de buena voluntad y de tranquilidad pública, pero esa no sería la verdad que Salvador me había pedido. Nunca sospeché que Salva-

dor me desterrara no sólo de mi terruño, sino de todo el estado y que me prohibiera volver a ver a Blanquita, y mucho menos que me amenazara con encarcelarme si volvía a pisar los límites de esta tierra; pero lo más doloroso, no sólo eran las diatribas insolentes que me lanzó, sino el rostro de furor con que se dirigió a mí, pues aquella mirada, siempre amiga y amable, estaba convertida en la de un animal enloquecido y rabioso. No creí merecer nada de esto, pero lleno de dolor, de perplejidad y de incompreensión salí desterrado de mi estado natal y aquí, amigo caminante ando errando por estos caminos de Dios, sin rumbo, ni destino, sin saber qué camino tomar, ni a dónde ir; pero lo más triste, amigo mío, es no saber qué hacer con mi vida, ni siquiera puedo ir a San Isidro a ver a mi familia, porque inmediatamente sería encarcelado, aparte de las burlas de que sería objeto por todo el pueblo, porque seguramente ya tendrían una idea deformada acerca de mi persona, derivada de los informes que estaría pasando el gobierno del Estado para justificar la destitución de mi cargo y el terrible destierro que se había decretado en mi contra. Así es que, amigo caminante doy por terminada mi historia que yo le advertí desde el principio que se trataba de un largo relato. Pero como conclusión, quiero decirle: Que después de lo que me pasó con Salvador veo muy a lo lejos su amistad de antes; veo muy a lo lejos el valor de la lealtad; muy a lo lejos están aquellos anhelos de compartir juntos el destino y más a lo lejos veo el valor de la humildad. Estoy tan perplejo que todo en lo que antes creía, ahora lo veo tan lejos, desvanecido, disipado e inalcanzable.

-Me ha impresionado en el alma su triste historia amigo mío, pero lo que le sucedió confirma la teoría que sus-

tentaba un viejo y sabio maestro amigo de mi padre que afirmaba que el ser humano era demasiado frágil ante el halago y la adulación permanente; lo que lo convertía en un ser demasiado vulnerable ante la alabanza y la lisonja constante, de tal suerte que quienes son objeto de ellos llegan a creer en la grandiosidad que le manifiestan asiduamente quienes lo rodean y que con ello buscan mercedes y favores; así, se sugestionan tanto de su grandeza que no pueden aceptar que alguien contraríe su magnificencia, y quien se atreva a hacerlo parecerá su peor enemigo, pues no permitirá que nadie lo baje de su altar; ésa es la naturaleza humana, mi querido y errante amigo. Por desgracia el ser humano es más vulnerable e indefenso ante el halago, que ante cualquier adversidad por poderosa que sea; el ser humano, repito, tiene potencialidades tremendas para defenderse de cualquier desventura o fatalidad, pero carece de defensas contra la adulación, porque la vanidad y el ego personal son las fuerzas interiores que gobiernan su individualismo y su existencia. Salvador fue una de esas víctimas, y de paso te victimó a ti. «Pobre hombre» cuando se disipen las penumbras de la oscuridad en que temporalmente vive, y surjan los rayos de la aurora, con su compañera inseparable: «la realidad», se encontrará solo y olvidado, abandonado y seguramente rechazado por aquellos que lo elevaron al altar supremo de la grandiosidad y que ahora adulan y halagan con su aplauso al nuevo dios que llegó a la gubernatura del Estado. Entonces, sólo entonces, Salvador volverá a ser quien era, y descubrirá que todo era falsedad, fingimiento e hipocresía; esa soledad y ese abandono por parte de todos los que le aparentaban afecto será su peor castigo y le impedirá pensar y aspirar a eta-

pas superiores, porque habrá dejado atrás, cancelada por completo, aquella personalidad y aquellos atributos personales que lo llevaron a alcanzar tan grandes alturas. Con seguridad entonces, volverá a pensar en ti, sabiendo que fue injusto contigo, sabiendo que es demasiado tarde para rescatar aquel cariño verdadero que existía entre los dos; así pasará el resto de su vida, rumiando sus errores, con su autoestima colapsada por completo y su vanidad por los suelos, recordando pasajes hermosos de su vida pasada, antes de endiosarse a sí mismo en la ambición de la fama y el poder. Los que fueron sus viejos amigos le reprocharán su conducta para siempre y morirá solo y olvidado. En cambio a ti, mi errabundo amigo, todo mundo te tendrá en su sentimiento y en su pensamiento como una injusta víctima de una auténtica amistad. Sigue tu camino con tu conciencia limpia y en completa armonía contigo mismo; algún día encontrarás el camino esplendoroso de una felicidad que te mereces. Tu nobleza, tu sentimiento sublime de amistad, tu inquebrantable lealtad y tu irreductible bondad te llevarán por los más bellos senderos de paz y de tranquilidad interior que son base y sustento de la felicidad humana.

-En verdad, amigo Astucio ¡Cuánta sabiduría derraman sus palabras! sobre la esencia misma de la vida y sobre la condición humana; me duele mucho el triste pronóstico que avizora usted sobre el futuro de Salvador; porque no obstante todo, yo lo sigo queriendo como siempre y me llenaría de pena que fuera a sufrir esa desolación que usted vaticina, aun cuando fuera merecida. En cuanto a mí, una vez que se termine el período gubernamental de Salvador dejará de tener efecto su decreto de destierro y podré volver a mi querido San Isidro a disfru-

tar tranquilamente la vida al lado de mis familiares que aún vivan, y al lado, también, de todos aquellos amigos que fueron mis compañeros en la escuela primaria Benito Juárez, y que, con toda seguridad me recibirán con los brazos abiertos. Las tristes experiencias que he vivido en la gran ciudad me servirán para apreciar en toda su magnitud, el alto valor humano que reside en las almas sencillas y candorosas de la gente del campo, alejadas, casi por completo, de toda hipocresía y de toda simulación; no quiero decir con esto que no haya gente mala en el campo, pero se les nota, en cambio, en las ciudades se aprende a hacer de la hipocresía y el fingimiento un arte o una profesión que se pule y perfecciona a medida que se eleva en el círculo social. De alguna manera volveré a adaptarme a la vida pueblerina, donde, en ocasiones, resulta difícil sobrevivir con holgura; pero la tranquilidad, y la paz interior, y sobre todo la armonía espiritual que recubre nuestra alma cuando nos arroba ese sentimiento de concordia que solo surge cuando existe absoluta cordialidad con todas las personas que nos rodean, lo cual estoy seguro de encontrar al regresar a San Isidro, eso tiene para mí un valor inestimable. En esa armonía de sinceridad y profunda cordialidad con mis coterráneos, quiero pasar lo que me queda de vida; allí encontraré, entre las muchachas de mi pueblo la que habrá de ser la compañera de mi vida, y formaré con ella una familia revestida de los valores morales que determinan las tradiciones y la forma de vida de mi querido San Isidro. Por lo pronto seguiré errante por todos estos caminos que un día me llevarán a mi pueblo natal. Sus palabras, amigo Astucio, han fortalecido mi fe en mí mismo porque me han hecho comprender que mis valores espirituales

siguen persistiendo en mi vida interior, pero sobre todo, han sido un factor de comprensión de mi triste experiencia con mi amigo Salvador. Le doy las gracias porque mi encuentro casual con usted me ha dado fuerzas para reencontrar nuevas razones para seguir viviendo; tenga usted la seguridad que siempre recordaré este momento y que siempre estará en mis oraciones pidiendo para usted grandes bienaventuranzas. Aquí me despido, porque ya está cayendo la tarde y creo que apenas le queda a usted tiempo para ir a recoger la valija del correo a la estación del ferrocarril, y con todo cariño le prometo que algún día pasaré a ese pueblo de Loreto y preguntaré por la oficina de Don Astucio el Presidente de la Secretaría Federal de Comunicación Postal en ese municipio, es decir por la oficina de correos.

-Yo no tengo ni siquiera oficina, amigo Baldemar. Cuando vaya a mi pueblo, que ojalá sea pronto, pregúntele a cualquiera por la casa de Don Astucio y todo mundo le dará razón, pues en mi pueblo hasta los perros me conocen. Que Dios lo acompañe en su camino y en su vida futura. Es usted un hombre bueno y merece lo mejor.

Así nos despedimos ambos caminantes siguiendo rumbos distintos, pero, los dos llevábamos en el alma la impresión de un insólito y bello encuentro.

-¡Caramba tío Astucio qué increíble historia acabas de contarme! Estoy sorprendido de las sabias razones que le diste a Baldemar tratando de comprender, no de justificar, la injusta actitud de Salvador; no cabe duda que todo lo que has vivido y lo mucho que has leído te han dado una sabiduría elemental para comprender algunos aspectos de la vida y de los hombres. Me siento orgulloso de ti. Quiero que me disculpes por haber lastimado tus

sensibilidades de amor a tu terruño cuando te dije, insensatamente, que en este adormilado pueblo nunca había pasado nada digno de contarse, que no fueran las fantasías lugareñas, los cuentos de aparecidos, las aventuras de bandoleros legendarios o las hazañas con las víboras de cascabel. Te digo en verdad, que todos los episodios sucedidos en este pueblo y que me has contado con tus grandes dotes de buen conversador, me han impresionado mucho, al grado, que me siento avergonzado por los denuestos que expresé al principio. Ahora comprendo por qué eres tan sabio; haber tenido contacto con la gente que vivió y sufrió esas experiencias, o con los que fueron testigos de ellas, enriqueció, sin duda, el caudal de tus conocimientos sobre el más recóndito misterio del ser humano: «El de su propia existencia».

# ÍNDICE

*Presentación.../11*

*Introducción.../17*

*Un filósofo pueblerino:*

*Un Filósofo Pueblerino.../23*

*El oso.../34*

*El mezquite chueco.../56*

*El orador.../157*

*Las hadas.../245*

*Frases de amor para Aliria.../270*

*Esta es la paradoja de nuestro amor.../274*

*Poesía para Aliria.../276*

*A lo lejos.../281*

*Un Filósofo Pueblerino.....* de Hernando Castillo Guerra, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2010 en los talleres de la Imprenta Universitaria. En su composición se utilizaron tipos New-Baskerville de 8, 9, 10, 11, 12, 14, 18, 24, 30 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor. Formato electrónico y portada de Héctor Manuel Pérez Martínez.